

34

A.T. 45



R. 32. 986 LOS TRABAIOS

DE PERSILES,
Y SIGISMUNDA,
HISTORIA SETEN-
TRIONAL.

* POR MIGVEL DE CERVANTES *
Saauedra.

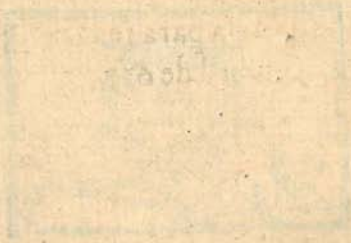
DIRIGIDO A DON PEDRO FERNANDEZ
*de Castro Conde de Lemos, de Andrade, de Villalua, Mar-
ques de Sarria, Gentilhombre de la Camara de su Ma-
gestad, Presidente del Consejo supremo de Italia, Co-
mendador de la Encomienda de la Zarça, de
la Orden de Alcantara.*



EM LISBOA.

Com todas as licenças necessarias.

Por Iorge Rodriguez. Anno 1617.



F. M. I. S. R. O. A.

Comisión de Historia Nacional
Paseo de Colón, 140 - Madrid

L I C E N C A S.

ESTE liuro emendado como está não tem cousa que impida poderse imprimir, por quanto contem honestas historias, & grande recreação, posto que fabulosas. Em São Domingos de Lisboa a 12. de Abril de 617.

Fr. Thomas de S. Domingos.

Vista a informação podesse Imprimir este liuro: & depois de impresso torne a este Conselho para se conferir. Em Lisboa 14. de Abril de 617.

Antonio diaz Cardoso.

Vista a informação podese imprimir, Lisboa aos 26. de Abril de 617.

Damião Viegas.

DA M licença a Jorge Rodriguez impressor de liuros, que possa imprimir os tratados de Persiles, & Sigismunda, visto a que tem do Santo officio, & do Ordinario, & depois de impresso tornara a esta mesa para se taxar, & sem isso não correrá. Em Lisboa a 27. de Abril de 617,

Gama.

Luis Machado.

TAxaõ este liuro das obras de Persiles, em oito vinteis em papel a 4. de julho de 617.

Rangel.

Luis Machado.


A EL SEPVLGRO DE MIGVEL DE CER-
uantes Saauedra, Ingenio Christiano, por Luys
Francisco Calderon.

S O N E T O.

EN este, ò caminante, marmot breue,
Vrna funesta, sino excelsa pira,
Cenizas de vn ingenio santas mira,
Que oluido, y tiempo à despreciar se atreue.

No tantas en su orilla arenas mueue
Glorioso el Tajo, quantas oy admira
Lenguas la suya, por quien grata aspira
A el lauro España, que à su nombre deue.

Luzientes de sus libros gracias fueron,
Con dulce suspension su estilo graue,
Religiosa inuencion, moral decoro.

A cuyo ingenio los de España dieron
La solida opinion, que el mundo sabe,
Y à el cuerpo ofrenda de perpetuo lloro.

A DON

PEDRO FERNANDEZ DE CASTRO CONDE DE LEMOS DE ANDRADE, DE VILLALVA, MARQUES DE SARRIA, GENTILHOMBRE DE LA CAMARA DE SU Magestad, Presidente del Consejo supremo de Italia, Comendador de la Encomienda de la Zarça, de la Orden de Alcantara.



QUELLAS coplas antiguas, q̄ fueron en su tiempo tan celebradas, que comiençan: Puesto ya el pie en el estriuo: quisiera yo, no vinieran tan à pelo en esta mi epistola, porque casi con las mismas palabras las puedo començar, diziendo: Puesto ya el pie en el estriuo con las ansias de la muerte, Gran Señor, esta te

escriuo: ayer me dieron la Estrema vncion, y oy escriuo esta, el tiempo es breue, las ansias crecen, las esperanças menguan, y con todo esto lleuo la vida sobre el desseo que tengo de viuir, y quisiera yo ponerle coto, hasta besar los pies à Vuestra Excelencia, que podria ser, fuesse tanto el contento, de ver a vuestra Excelencia bueno en España, que me voluiesse a dar la vida: pero si está decretado, que la aya de perder, cumplase la voluntad de los cielos, y por lo menos sepa, que tuuo en mi vn tan aficionado criado de seruirle, que quiso passar aun mas alla de la muerte, mostrando su intencion. Con todo esto como en profeciã me alegro de la llegada de Vuestra Excelencia, regozijome, de verle señalar con el dedo, y realegrome, de que fallieron verdaderas mis esperanças dilatadas en la fama de las

bondades de Vueſſa Excelencia. Todavía me quedan en el alma ciertas reliquias, y aſſomos, de las ſemanas del jardín, y del famoso Bernardo, ſi á dicha, por buena ventura mía, que ya no ſeria ventura, ſino milagro, me dieſſe el cielo vida, las verá, y con ellas ſin de la Galatea, de quien ſe eſtá aficionado Vueſſa Excelencia, y con eſtas obras, continuando mi deſſeoguarde Dios a Vueſſa Excelencia, como puede. De Madrid diez y nueue de Abril de mil y ſeyſcientos y diez y ſeys años.

*Criado de Vueſſa Excelencia
Miguel de Cervantes.*



PROLOGO

PROLOGO.

SUCEDIO pues, Lector amantissimo, que viniendo otros dos amigos, y yo del famoso lugar de Esquivias, por mil causas famoso, una por sus illustres linages, y otra por sus illustriſsimos vinos, senti, que a mis espaldas venia picando con gran priessa vno, que al parecer traia deſſeo de alcançarnos, y aun lo mostro, dandonos voces, que no picassemos tanto. Esperamosle, y llegò sobre vna borrica vn estudiante pardal, porque todo venia vestido de pardo, antiparas, zapato redondo, y espada con contera, valona bruñida, y con trenças yguales: verdad es, no traia mas de dos, porque se le venia à vn lado la valona por momentos, y el traia sumo trabajo, y cuenta de endereçarla: llegando a nosotros dixo: Vuessas mercedes van à alcançar algun oficio, ò prebenda à la Corte, pues allà està su Illuſtriſſima de Toledo, y su Mageſtad ni mas ni menos, segun la priessa con que caminan, que en verdad que a mi burra se le ha cantado el victor de caminante mas de vna vez? A lo qual respon dio vno de mis compañeros: El rozin del señor Miguel de Ceruantes tiene la culpa deſto, porque es algoque paſilargo. Apenas huuo oido el estudiante el nombre de Ceruantes, quando apeandose de su caualgadura, cayendosele aqui el coxin, y alli el portamanteo, que con toda esta autoridad caminaua, arremetio à mi, y acudiendo aſirme de la mano y zquierda, dixo: Si, si, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regozijo de las musas? Yo que en tan poco espacio vi el grande encomio de mis alabanças, pareciome ser descortesia, no corresponder a ellas, y aſi abrazandole por el cuello, donde le echè a perder de todo punto la valona, le dixè: Esse es vn error, donde han caido muchos aficionandos ignorantes, yo, señor, soy Ceruantes, pero no el regozijo de las Musas, ni ninguno de las demas baratijas, que ha dicho vuesa merced: vuelua à cobrar su burra y suba, y caminemos en buena conuerſacion, lo poco que nos falta del camino: hizolo aſi el comedi

didó estudiante, tuuimos alguntanto mas la rienda, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el qual se traió mi enfermedad, y el buen estudiante me deshaucio al momento, di ziendo: Esta enfermedad es de ydropesia, que no la sanará toda el agua del mar Oceano que dulcemente se beuiesse: vueſſa merced, señor Ceruantes, ponga tassa al beuer, no oluidandose de comer, que con esto sanará sin otra medecina alguna. Eſſo me han dicho muchos, respondi yo, pero así puedo dexar de beuer à todo mi beneplacito, como si para solo eſſo huuiera nacido, mi vida se va acabando, y al paso de las efemeridas de mis pulsos, que a mas tardar acabaran su carrera este Domingo, acabarè yo la de mi vida. En fuerte punto ha llegado vueſſa merced, à conocerme, pues no me queda espacio, para mostrarme agradecido a la voluntad, que vueſſa merced me ha mostrado: en esto llegamos a la puente de Toledo, y yo entrè por ella, y el se apartò à entrar por la de Segouia. Lo que se dira de mi suceso, tendrá la fama cuydado, mis amigos gana de dezilla, y yo mayor gana da escuchalla. Tornèle à abraçar, voluioſeme à oferecer, picò a su burra, y dexòme tan mal dispuesto, como el yua cauallero en su burra, à quien auia dado gran ocasion a mi pluma, para escriuir donayres, pero no son todos los tiempos vnos: tiempo vendr a quiça, donde anudando eſte roto hilo, diga, lo que aqui me falta, y lo que se conuenia.

A Dios gracias, à Dios donayres, à Dios regozjados amigos, que yo me voy muriendo, y deseando veros presto contentos en la otra vida.



LIBRO

PRIMERO

DE LA HISTORIA

DE LOS TRABAIOS DE

PERSILES, Y SIGISMVND A.

CAPITULO PRIMERO.



VOZES
daua el
barbaro
Consi-
curbo a
la estre-
cha bo-
ca de v-

na profunda mazmorra, antes sepultura que prision de muchos cuerpos viuos que en ella estauan sepultados; y aun que su terrible y espantoso estuendo cerca y lexos se escuchaua, de nadie eran entendi-

das articuladamente las razones que pronunciaua, fino de la miserable Cloelia, a quien sus desuenturas en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ò Cloelia (dezia el barbaro) que assi como està ligadas las manos atras, salga acá arriba atado a essa cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que aura dos dias que te entregamos: y mira bien, si entre las mugeres de la passada presa ay alguna, que merezca nuestra compañia, y

Hist. de Persiles, y Sigismonda.

gozar de la luz del claro cielo, que nos cubre, y del ayre saludable que nos rodea. Descolgo en esto vna gruesa cuerda de cañamo, y de alli a poco espacio el y otros quatro barbaros tiraron azia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los braços sacaron asido fuertemente a vn mancebo, al parecer, de hasta diez y nueue, o veynte años, vestido de lienço basto como marinero, pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hizieron los barbaros fue, requerir las esposas y cordeles, con que a las espaldas trahia ligadas las manos: luego le sacudieron los cabellos que como infinitos anillos de puro oro la cabeça le embrian, limpiaronle el rostro que cubierto de poluo tenia, y descubrio vna tan maravillosa hermosura, que suspendio, y enternecio los pechos de aquellos, que para ser sus verdugos le lleuauan. No mostraua el gallardo moço en su semblante genero de afficion alguna, antes con ojos al pare-

cer alegres alçò el rostro, y mirò al cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua dixo: Gracias os hago, ò inmensos y piadosos cielos, de que me aueys trahido a morir, adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos escuros calabozos, de donde agora salgo, de sombras caliginosas la cubran: bien querria yo no morir desesperado alomenos, porque soy Christiano, pero mis desdichas son tales, que me llaman, y parece que me fuerçan a dessearlo. Ninguna destas razones fue entendida de los barbaros, por ser dichas en diferente language que el fuyo, y assi cerrando primero la boca de la mazmorra con vna gran piedra, y cogiendo al mancebo sin desatarte, entre los quatro llegaron con el a la marina, donde tenian vna balsa de maderos, y atados vnos con otros con fuertes bexucos, y flexibles mimbres: este artificio les seruia, como luego parecio, de baxel, en que passauan a

otra isla, que no dos millas ò tres de allí se parecia: saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio dellos sentado al prisionero, y luego vno de los barbaros alsio de vn grandissimo arco, que en la balsa estaua, y poniendo en el vna desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal con mucha presteza le flechò, y encarando al mancebo, le señalò por su blanco, dando señales y muestras de que ya le queria passar el pecho. Los barbaros que quedauan, affieron de tres palos gruesos cortados a manera de remos, y el vno se puso a ser timonero, y los dos a encaminar la balsa a la otra isla. El hermoso moço que por instantes esperaba, y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los ombros, apretaua los labios, enarcaba las cejas y con silencio profundo dentro en su coraçon pedia al cielo, no que le librasse de aquel tan cercano, como cruel peligro, sino que le diesse animo para sufrirlo: viendo lo qual el bar-

baro flechero, y sabiendo, que no auia de ser aquel el genero de muerte, con que le auian de quitar la vida, hallando la belleza del moço, piedad en la dureza de su coraçon, no quiso darle dilatada muerte, teniendole siempre encarada la flecha al pecho, y assi arrojò de si el arco, y llegando se a el por señas, como mejor pudo, le dio a entender, que no queria matarle. En esto estauan, quando los maderos llegaron a la mitad del estrecho que las dos islas formaua, en el qual de improuiso se leuantò vna borrasca, que sin poder remediallo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron, y diuidieron en partes (quedando en la vna, que seria de hasta seys maderos compuesta) el mancebo, que de otra muerte, que de ser anegado, tan poco auia, que estaua temeroso. Leuantaron remolinos las aguas, pelearon entre si los contrapuestos vientos, anegaronse los barbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto,

passauante las olas por cima, no solamente impidiendole ver el cielo, pero negandole el poder pedirle, tuuiesse compassion de su desventura, y si tuuo, pues las continuas y furiosas ondas que a cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se le llevaron consigo a su abismo, que como lleuaua atadas las manos a las espaldas, ni podia affirse, ni vsar de otro remedio alguno. Desta manera que se ha dicho, salio a lo raso del mar, que se mostrò algun tanto sossegado y tranquilo, al boluer vna punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron: sentòse el fatigado jounen, y tendiendo la vista a todas partes, casi junto a el descubrio vn nauio que en aquel redoso del alterado mar, como en seguro puerto, se reparaua: descubrieron assi mismo los del nauio los maderos, y el bulto que sobre ellos venia, y por certificarse, que podia ser aquello, echaron el esquite al agua, y

llegaron a verlo, y hallando alli al tan desfigurado como hermoso mancebo; con diligencia, y lastima le passaron a su nauio, dando con el nueuo hallazgo admiracion a quãtos en el estauan. Subio el moço en braços agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porque auia tres dias que no auia comido) y de puro molido, y mal tratado de las olas, dio consigo vn gran golpe sobre la cubierta del nauio, el Capitan del qual, con animo generoso, y compassiõ natural mandò, que le socorriessen: acudieron luego vnos a quitarle las ataduras, otros a traer conseruas, y odoriferos vinos, con cuyos remedios boluio en si como de muerte a vida el desmayado moço, el qual, poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza, y rico trage, le lleuò tras si la vista, y aun la lengua, y le dixo: Los piadosos cielos te paguen piadoso señor, el bien que me has hecho: que mal se pueden llevar las tristezas del animo, sino se esfuerçan los descaeci-

mientos del cuerpo : mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hazer ninguna recompensa deste beneficio, fino es con el agradecimiento : y si se sufre, que vn pobre affigido pueda dezir de si mismo alguna alabañça, yo se, que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podra llevar alguna ventaja. Y en esto prouò a leuantarse, para yr a besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitio, porque tres vezes lo prouò, y otras tantas boluio a dar consigo en el suelo : viendo lo qual el Capitan, mandò, que le lleuassen debaxo de cubierta, y le echassen en dos traspontines, y que quitandole los mojados vestidos, le vistiesen otros enjutos, y limpios, y le hiziesen descansar, y dormir: hizose lo que el Capitan mandò, obedecio, callando, el moço, y en el Capitan crecio la admiracion de nueuo, viendo lo leuantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le començò a fatigar el desseo de saber del, lo mas

presto que pudieffe, quien era, como se llamaua, y de que causas auia nacido el efecto, que en tanta estrecheza le auia puesto : pero excediendo su cortesia a su desseo, quiso, que primero se acudiesse a su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAPITULO

SEGUNDO

Del Libro Primero.

R Eposando dexaron los ministros de la naue al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les auia mandado, pero como le acossauan varios y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar possession de sus sentidos, ni menos lo consintieron vnos congojosos suspiros, y vnas angustiadas lamentaciones, que a sus oydos llegaron, a su parecer salidos de entre vnas ta-

blas de otro apartamiento, que junto al suyo estaua, y poniendose con grande atencion a escucharlas, oyò que dezian: En triste y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojò a la luz del mundo, y bien digo arrojò, porque nacimiento como el mio, antes se puede dezir arrojar, que nacer. Libre pense yo, que gozàra de la luz del sol en esta vida, pero engañòme mi pensamiento, pues veo a pique de ser vendida por esclaua: desuentura, a quien ninguna puede compararse! O tu, quien quiera que seas, dixo a esta fazon el mancebo, si es, como dezir se suele, que las desgracias y trabajos, quando se comunican, suelen aliuirse, llegate aqui, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuentame los tuyos, que si en mi no hallares aliuio, hallaras quien dellos se compadezca. Escucha pues, le fue respondido, que en las mas breues razones te conta-

relas sinrazones, que la fortuna me ha hecho: pero querria saber primero, a quien las cuento. Dime, si eres por ventura vn mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en vnos maderos, que dicen, firuen de barcos a vnos barbaros que estan en esta isla, donde auemos dado fondo, reparandonos de la borrasca, que se ha leuantado. El mismo soy, respondió el mancebo. Pues quien eres, preguntò la persona que hablaua. Dixerá-telo, sino quisiera que primero me obligàras con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha que te oí dezir, imagino, que no deue de ser tan buena como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te dire mis males. El Capitan y señor deste nauio se llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, a cuyo poder vino por diferentes, y estraños acontecimientos vna principal donzella, a quien yo tuue por se-

ñora, á mi parecer de tanta hermosura, que entre las que oy viuen en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede llevarla ventaja: su discrecion y guala a su belleza, y sus desdichas a su discrecion, y a su hermosura, su nombre es Auristela, sus padres de linage de Reyes, y de riquissimo Estado: esta pues, a quien todas estas alabanças vienen cortas, se vio vendida; y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco, y con tantas veras la amò, y la ama, que mil vezes de esclaua la quiso hazer su señora, admitiendola por su legitima esposa, y esto con voluntad del Rey padre de Arnaldo, que juzgò, que las raras virtudes, y gentileza de Auristela mucho mas que ser Reyna merecian: pero ella se defendia, diziendo: no ser posible, romper vn voto, que tenia hecho, de guardar virginidad toda su vida, y que no pensaua quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitassen

promessas, ò la amenazassen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanças con dudosas imaginaciones, arrimandolas a la variacion de los tiempos, y a la mudable condicion de las mugeres: hasta que sucedio, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazandose, no como esclaua, sino como Reyna, llegaron vnos baxeles de coffarios, y la robaron, y llevaron, no se sabe adonde. El Principe Arnaldo imaginando, que estos coffarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, los quales coffarios andan por todos estos mares, insulas, y riberas, robando ò comprando las mas hermosas donzellas, que hallan, para traellas por grangeria, a vender a esta insula, donde dizen que estamos, la qual es habitada de vnos barbaros, gente indomita, y cruel, los quales tienen entre si por cosa inuiolable y cierta, persuadidos, o ya del demonio, o ya de vn antiguo hechizero, a quien ellos

Hist. de Persiles y Sigismunda.

ellos tienen por sapientissimo varon, que de entre ellos ha de salir vn Rey, que conquiste, y gaue gran parte del mundo: este Rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechizero les dio esta orden: Que sacrificassen todos los hombres que a su insula llegassen, de cuyos coraçones, digo de cada vno de por si hiziesse poluos, y los diessen a beuer a los barbaros mas principales de la insula, con expressa orden, que el que los passasse sin torcer el rostro, ni dar muestras, de que le sabia mal, le alçassen por su Rey, pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino vn hijo suyo. Tambien les mandò, que tuuiesse en la isla todas las donzellas que pudiesse, ò comprar, ò robar, y que la mas hermosa dellas se la entregassen luego al barbaro, cuya sucession valerosa prometia la beuida de los poluos. Estas donzellas compradas, ò robadas son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran, no ser bar

baros, y las que compran, son a subidissimos precios, que los pagan en pedaços de oro sin cuño, y en preciosissimas perlas, de que los mares de las riberas destas islas abundan: y a esta causa llevados deste interes, y ganancia, muchos se han hecho costarios, y mercaderes. Arnaldo pues, que como te he dicho, ha imaginado, que en esta isla podria ser que estuuiesse Auristela, mitad de su alma, sin la qual no puede viuir, ha ordenado, para certificarse desta duda, de venderme a mi a los barbaros, porque quedando yo entre ellos, sirua de espia de saber lo que dessea, y no espera otra cosa, sino que el mar se amanse, para hazer escala, y cõcluyr su venta: mira pues si con razon me queixo, pues la ventura que me aguarda, es venir a viuir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer, venir a ser Reyna, especialmente si la corta suerte huuiesse traydo a esta tierra a mi señora la sin par Auristela: desta causa nacie-

ron los suspiros, que me has oydo, y destes temores las queexas que me atormentan. Callò, en diziendo esto, y al mancebo se le atreuessò vn ñudo en la garganta, pegò la boca con las tablas, que hume decio con copiosas lagrimas, y al cabo de vn pequeño espacio le preguntò, si por ventura tenia algunos barruntos, de que Arnaldo huuiesse gozado de Auristela, ò ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdennasse a Arnaldo, y no admitiesse tan grandadiua, como la de vn Reyno, porque a el le parecia, que talvez las leyes del gusto humano tienen mas fuerça que las de la religion. Respondiole: Que aunque ella imaginaua, que el tiempo auia podido dar a Auristela ocasion, de querer bien a vn tal Periandro, que la auia sacado de su patria, Cauallero generoso, dotado de todas las partes, que le podian hazer amable de todos aquellos que le conociesse, nunca se le auia oydo nombrar en las continuas queexas, que de sus

desgracias daua al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntole, si conocia ella a aquel Periandro que dezia, dixole, que no, sino que por relacion sabia ser, el que lleuò a su señora, a cuyo seruicio ella auia venido despues que Periandro por vn extraño acontecimiento la auia dexado. En esto estauan, quando de arriba llamaron a Taurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias auia contado, la qual oyendose llamar, dixo: Sin duda alguna el mar está manso, y la borrasca quieta, pues me llaman, para hazer de mi la desdichada entrega, a Dios te queda, quien quiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado, para que los poluos de tu abrasado coraçon testifiquen esta vanidad, è impertinente profecia: que tambien estos insolentes moradores desta insula buscan coraçones que abrasar, como donzellas que guardar, para lo que procuran. Apartaronse, subio Taurisa a la cubierta, quedò el mancebo pensatiuo, y pidio, que le diessen de vestir,

tir, que queria leuantarse: truxeronle vn vestido de Damasco verde, cortado al modo del que auia traydo de lienço. Subio arriba, recibiole Arnaldo con agradable semblante, sentole junto a si, vistieron a Taurisa rica y gallardamente, al modo que suelen vestirse las Ninfas de las aguas, o las Amadriades de los montes. En tanto que esto se hazia con admiracion del moço, Arnaldo le contò todos sus amores, y sus intentos, y aun le pidio consejo de lo que haria, y le preguntò: si los medios que ponía, para saber de Auristela, yuan bien encaminados. El moço, que del razonamièto que auia tenido con Taurisa, y de lo que Arnaldo le contaua, tenia el alma llena de mil imaginaciones y sospechas, discurriendo con velocissimo curso del entendimiento, lo que podria suceder, si a caso Auristela entre aquellos barbaros se hallasse, le respondió: Señor, yo no tengo edad, para saberte aconsejar, pero tengo voluntad que me mueue a seruirte, que

la vida que me has dado, con el recibimiento, y mercedes que me has hecho, me obligan a emplearla en tu seruicio: mi nombre es Periandro de nobilissimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura, y mis desgracias, las quales por ser tantas, no conceden aora lugar, para contartelas. Essa Auristela que buscas, es vna hermana mia, que también ando buscando, que por varios acontecimètos ha vn año que nos perdimos: por el nombre y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda, que es mi perdida hermana, q̄ daria por hallarla, no solo la vida que poseo, sino el contento, que espero recibir, de auerla hallado, que es lo mas que puedo encarecer: y asì como tan interessado en este hallazgo, voy escogiendo otros muchos medios, que en la imaginacion fabrico este, que aunq̄ venga a ser con mas peligro de mi vida, sera mas cierto, y mas breue: tu, señor Arnaldo estas determinado de vender esta donzella a estos barbaros,

para que estando en su poder, vea, si está en el suyo Auristela, de que te podras informar boluiendo otra vez a vender otra donzella a los mismos barbaros, y a Taurisa no le faltará modo, o dará señales si está, o no Auristela con las demás, q̄ para el efeto q̄ se sabe, los barbaros guardan, y con tanta sollicitud compran. Así es la verdad, dixo Arnaldo, y he escogido antes à Taurisa, que a otra de quatro que van en el nauio para el mismo efeto, porq̄ Taurisa la conoce, q̄ ha sido su donzella. Todo esto está muy bien pensado, dixo Perianandro, pero yo soy de parecer, que ninguna persona hará esta diligencia tã bien como yo; pues mi edad, mi rostro, el interes que se me sigue, juntamente con el conocimiento que tengo de Auristela me está incitando, a aconsejarme, que tome sobre mis ombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, que en los casos arduos, y dificultosos en vn mismo punto han de andar el consejo, y la obra. Quadrarõle

a Arnaldo las razones de Perianandro, y sin reparar en algunos inconuenientes, que se le ofrecian, las puso en obra, y de muchos y ricos vestidos de que venia proueydo, por ver si hallaua a Auristela, vistio a Perianandro, que quedò, al parecer, la mas gallarda, y hermosa muger, que hasta entõces los ojos humanos auia visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualarsele. Los del nauio quedaron admirados, Taurisa atonita, el Principe confuso, el qual, a no pésar, que era hermano de Auristela, el considerar que era varon, le traspasar a el alma, con la dura lança de los zelos, cuya pũta se atreue a entrar por las del mas agudo diamante, quiero dezir, que los zelos rompen toda seguridad, y recato, aunq̄ del se armen los pechos enamorados. Finalmẽte hecho el metamorfosis de Perianandro, se hizieron vn poco a la mar, para que de todo en todo de los barbaros fuesen descubiertos. La priessa, con que Arnaldo quiso saber de Auristela,

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

no consintio, en que preguntasse primero a Periandro, quien eran el, y su hermana, y por que trances auian venido al miserable, en que le auia hallado, que todo esto, segun buen discurso, auia de preceder a la confianza, que del hazia; pero como es propia condicion de los amantes, ocupar los pensamientos, antes en buscar los medios de alcançar el fin de su desseo, que en otras curiosidades, no le dio lugar, a que preguntasse, lo que fuera bien, que supiera, y lo que supo despues, quando no le estuuo bien el saberlo. Alongados pues vn tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la naue con flammulas, y gallardetes, que ellos açotando el ayre, y ellas besando las aguas, hermosissima vista hazian: el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimias, y de otros instrumentos tan belicosos como alegres suspendian los animos; y los barbaros que de no muy lexos lo mi-

rauan, quedaron mas suspensos, y en vn momento coronaron la ribera, armados de arcos y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de vna milla llegaua la naue a la isla, quando disparando toda la artilleria, que trahia mucha, y gruessa, arrojò el esquife al agua, y entrando en el Arnaldo, Taurisa, y Periandro, y otros seys marineros, pusieron en vna lança vn lienço blanco, señal de que venian de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra) y lo que en esta les sucedio, se cuenta en el capitulo que se sigue.

CAPITULO TERCERO

Del Primer Libro.

COMO se yua acercando el barco a la ribera, se yuan apiñando los barbaros, cada vno desseooso saber primeroc

que viesse lo que en el venia, y en señal que lo recibirian de paz, y no de guerra, sacaron muchos lienços, y los campearon por el ayre, tiraron infinitas flechas al viento, y con increíble ligereza saltauan algunos de vnas partes en otras: no pudo llegar el barco a bordas con la tierra, por ser la mar baxa, que en aquellas partes crece, y mengua como en las nuestras; pero los barbaros hasta cantidad de veynte se entraron a pie por la mojada arena, y llegaron a el casi a tocarse con las manos. Traian sobre los ombros a vna muger barbara, pero de mucha hermosura, la qual, antes que otro alguno hablasse, dixo en lengua Polaca: A vosotros, quien quiera que seays, pide nuestro Principe, ò por mejor dezir, nuestro Governador, que le digais, quien soys, a que venis, y que es lo que buscays, si por ventura traheys alguna donzella que vender, se os sera muy bien pagada, pero si son otras mercancias las vuestras,

no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necesario para la vida humana, sin tener necesidad de salir a otra parte a buscarlo. Entendiola muy bien Arnaldo, y preguntole, si era barbara de nacion, ò si a caso era de las compradas en aquella isla? A lo que le respondió: Respondeme tu a lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan, que en otras platicas me dilate, sino en aquellas que hazen al caso para su negocio. Oyendò lo qual Arnaldo, respondió: Nosotros somos naturales del Reyno de Dinamarca, vsamos el officio de mercaderes, y de coffarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos comprá y despachamos lo que hurtamos, y entre otras presas que a nuestras manos han venido ha sido la de esta donzella (y señalò a Periandro) la qual, por ser vna de las mas hermosas, ò por mejor dezir, la mas hermosa del mundo, os la traemos a vender, que ya sabe-

mos el efeto, para que las compran en esta isla: y si es, que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros Sabios han dicho, bien podeys esperar desta sin igual belleza, y disposicion gallarda, que os dara hijos hermosos y valientes. Oyendo esto algunos de los barbaros, preguntaron a la barbara, les dixesse lo que dezia, dixolo ella, y al momento se partieron quatro dellos, y fueron (a lo que parecio) a dar auiso a su Governador: en este espacio que boluian, preguntò Arnaldo a la barbara, si tenian algunas mugeres compradas en la isla, y si auia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudieffe ygualar a la que ellos trahian para vender: no, dixo la barbara, porque aunque ay muchas, ninguna dellas se me yguala, porque en efeto yo soy vna de las desdichadas para ser Reyna destes barbaros, que seria la mayor desventura que me pudieffe venir. Boluieron los que auian ydo a la tierra, y con ellos otros muchos, y su Príncipe, que lo mostrò ser en

el rico adorno q̄ trahia. Auiale echado sobre el rostro vn delgado y trasparente velo Perião, por dar de improuiso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos barbaros, q̄ con grandissima atencion le estauan mirando. Hablò el Governador con la barbara, de q̄ resultò, que ella dixo a Arnaldo, que su Príncipe dezia que mandasse alçar el velo a su dõzella, hizo se assi: leuantòse en pie Perião, descubrio el rostro, alçò los ojos al cielo, mostrò dolerse de su ventura, estendio los rayos de sus dos soles a vna y otra parte, que encontrandose con los del barbaro Capitan, dieron con el en tierra, alomenos assi lo dio a entender el hincarse de rodillas, como se hincò, adorando a su modo en la hermosa imagen, que pensaua ser muger, y hablando con la barbara, en pocas razones concertò la venta, y dio por ella, todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna: partieron todos los barbaros a la isla, en vn instante boluierõ

con infinitos pedaços de oro, y con luengas sartas de finifimas perlas, que sin cuenta y a monton confuso se las entregaron a Arnaldo, el qual luego tomando de la mano a Periandro, le entregò al barbaro, y dixo a la interprete, dixesse a su dueño, que dentro de pocos dias bolueria a venderle otra donzella, sino tan hermosa, alomenos tal, que pudiesse merecer, ser comprada. Abraçò Periandro a todos los que en el barco venian casi preñados los ojos de lagrimas, que no le nacia de coraçon afeeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances, que por el auian passado: hizo señal Arnaldo a la naue, que disparasse la artilleria, y el barbaro a los suyos, que tocassen sus instrumentos, y en vn instante atronò el cielo la artilleria, y la musica de los barbaros llenaron los ayres de confusos y diferentes sonos: con este aplauso llevado en ombros de los barbaros, puso los pies en tierra Periandro, llegò a su naue Arnaldo, y los que con

el venian, quedando concertado entre Periandro, y Arnaldo, que si el viento no le forçasse, procuraria, no desuiarse de la isla, sino lo que bastasse, para no ser de ella descubierto, y boluer a ella, a vender (si fuesse necessario) a Taurisa, que con la seña que Periandro le hiziesse, se sabria el si, ò el no del hallazgo de Auristela; y en caso que no estuuiesse en la isla, no faltaria traça, para libertar a Periandro, aunque fuesse moviendo guerra a los barbaros con todo su poder, y el de sus amigos.

CAPITULO

QUARTO

Del Libro Primero.

ENtre los que vinieron a concertar la compra de la donzella, vino con el Capitan vn barbaro llamado Bradamiro,

de los mas valientes y mas principales de toda la isla, me nospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia, y atreuido tanto como el mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este pues desde el punto que vio a Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo disinio en su pensamiento, de escogerla para si, sin esperar, a que las leyes del vaticinio se prouassen, ò cumplieren. Así como puso los pies en la insula Periandro, muchos barbaros a porfia le tomaron en ombros, y con muestras de infinita alegria le llevaron a vna gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en vn apazible y deleitoso prado estauan puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domesticos, quales seluaticos. La barbara que auia seruido de interprete de la compra y venta, no se le quitaua del lado, y con palabras, y en language que el no entendia, le consolaua: ordenò luego el Gouver-

nador, que passassen a la insula de la prision, y traxessen de ella algun varon, si le huuiesse, para hazer la prueua de su engañosa esperança; fue obedecido al punto, y al mismo instante tendieron por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias, y lissas de animales, para que de manteles firuiesse, sobre las quales arrojaron y tendieron sin concierto, ni policia alguna diuersos generos de frutas secas, y sentandose el, y algunos de los principales barbaros, que alli estauan, començò a comer, y a combidar por señas a Periandro, que lo mismo hiziesse. Solo se quedò en pie Bradamiro, arrimado a su arco, clauados los ojos en la que pensaua ser muger: rogole el Governador, se sentasse, pero no quiso obedecerle, antes dando vn gran sospiro, boluio las espaldas, y se salio de la tienda. En esto llegò vn barbaro, que dixo al Capitan, que al tiempo que auian llegado el, y otros quatro, para passar a la prision, llegò a la marina vna balsa

balsa, la qual trahia vn varon, y a la muger guardiana de la mazmorra, cuyas nueuas puffieron fin a la comida, y leuandose el Capitan con todos los que alli estauan, acudio a ver la balsa: quiso acompañarle Periandro, de lo que el fue muy contento. Quando llegaron, ya estauan en tierra el prisionero, y la custodia: mirò atentamente Periandro, por ver, si por ventura conocia al desdichado, a quien su corta suerte auia puesto en el mismo extremo, en que el se auia visto, pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, a causa que tenia inclinada la cabeza, y como de industria, parecia, que no dexaua verse de nadie, pero no dexò de conocer a la muger, que dezian, ser guardiana de la prision, cuya vista, y conocimiento le suspendio el alma, y le alborotò los sentidos, porque claramente, y sin poner duda en ello, conocio ser Cloelia ama de su querida Auristela, quisierala hablar, pero no se atreuio, por no entender, si acertaria, ò no en

ello: y assi reprimiendo su desseo como sus labios, estuuò esperando, en lo que pararia semejante acontecimiento. El Governador, con desseo de apressurar sus prueuas, y dar felice compañía a Periandro, mandò, que al momento se sacrificasse aquel mancebo, de cuyo coraçon se hiziesfen los poluos de la ridicula y engañosa prueua: affieron al momento del mancebo muchos barbaros, sin mas ceremonias que atarle vn lienço por los ojos, le hizieron hincar de rodillas, atandole por atras las manos, el qual sin hablar palabra, como vn manso cordero, esperaua el golpe, que le auia de quitar la vida. Visto lo qual por la antigua Cloelia, alçò la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaua, començò a dezir: Mira, o gran Governador, lo que hazes, por que esse varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprovechar, ni seruir en cosa alguna a tu intencion, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermo-

fissima Auristela, y no permitas, llevada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tassa à la providencia de los cielos, que te la pueden guardar, y conservar, para que felicemente la gozes: á estas razones los crueles barbaros detuvieron el golpe, que ya ya la sombra del cuchillo se señalava en la garganta del arrodillado. Mándò el Capitan desatarle, y dar libertad a las manos, y luz a los ojos, y mirando con atencion, le parecio, ver el mas hermoso rostro de muger, que huviesse visto, y juzgò, aunque barbaro, que fino era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria ygualarsele: q̄ lengua podra dezir, ò que pluma escreuir, lo que sintio Periandro, quando conocio, ser Auristela la condenada, y la libre: quitosele la vista de los ojos, cubriosele el coraçon, y con pasos torzidos y floxos fue á abraçarse con Auristela, a quien dixo, teniendola estrechamente entre sus braços: O querida mitad de mi alma, ò

firme columna de mis esperanças, ò prenda, que no sê, si diga por mi bien, ò por mi mal hallada, aunque no serà fino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno; ves aqui tu hermano Periandro: y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oyda, y prosiguió diziendo: Viue, señora, y hermana mia, que en esta isla no ay muerte para las mugeres, y no quieras tu para contigo ser mas cruel que sus moradores, confia en los cielos, que pues te han librado hasta aqui de los infinitos peligros, en que te deues de aver visto, te libranan, de los que se pueden temer de aqui adelante. Ay hermano, replicò Auristela (que era la misma, que por varon pensava ser sacrificada) ay hermano, replicò otra vez, y como creo, que este en que nos hallamos, ha de ser el vltimo trance, que de nuestras desventuras puede temerse: suerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar, y en semejante trage. Llorauan

entrambos, cuyas lagrimas vio el barbaro Bradamiro, y creyendo, que Perianandro las vertia del dolor de la muerte de aquel, que pèsò fer su conocido, pariente, ò amigo determinò de libertarle, aunq se pufiesse à romper por todo inconueniente, y assi llegádo-se á los dos, affio de la vna mano a Auristela, y de la otra a Perianandro, y con semblante amenzador, y ademan soberuio en alta voz dix; ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar a estos dos aun en vn solo cabello: esta dò zella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. A penas huuo dicho esto, quádo el barbaro Governador indignado, é impaciente sobre manera puso vna grande, y aguda flecha en el arco, y desuiádole de sí, quanto pudo estenderse el brazo yzquierdo, pulsola en pulguera con el derecho junto al diestro oydo, y dispò la flecha con tan buen tino, y cò tanta furia, que en vn instante llegò á la boca de Bra-

damiro, y se la cerrò, quitádo-le el mouimiento de la lengua y sacandole el alma, con q dexò admirados, atonitos, y suspensos, á quantos alli estauan, pero no hizo tan a su saluo el tiro tan atreuido, como cierto, que no recibiesse por el mismo estilo la paga de su atreuimiento: porque vn hijo de Corficurbo el barbaro, que se ahogò en el pasage de Perianandro, pareciendole ser mas ligeros sus pies que las flechas de su arco, en dos brincos se puso júro al Capitan, y alçádo el brazo le enuaynò en el pecho vnz puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte, y agudo, que si de azero forjado fuera: cerrò el Capitan en sempiterna noche los ojos, y diò con su muerte vengança á la de Bradamiro, alborotò los pechos, y los coraçones de los parientes de entrambos, puso las armas en las manos de todos, y é vn instante, incitados de la vengança y colera, començaron a embiar muertes en las flechas de vnas partes a otras, acabadas las flechas, como nose

acabaron las manos, ni los puñales, arremetieron los vnos a los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano antes, como si de muchos tiempos atras fueran enemigos mortales por muchas injurias recibidas, con las vñas se despedaçaban y con los puñales se herian, sin aver quien los pusiese en paz. Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes estauan juntos la antigua Cloelia, la donzella interprete, Periandro y Auristela todos apiñados, y todos llenos de confusion, y de miedo: en mitad desta furia llevados en buelo algunos barbaros, de los que devian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desuiaron de la contienda, y fueron a poner fuego a vna selua, que estaua alli cerca, como a hacienda del Governador: començaron a arder los arboles, y a fauorecer la ira el viento, que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos, y abrasados, llegauase la noche, que aunque fuera clara, se escure-

ciera, quanto mas siendo escura, y tenebrosa, los gemidos de los que morian, las voces de los que amenazauan, los estallidos del fuego, no en los coraçones de los barbaros ponian miedo alguno, porque estauan ocupados con la ira, y la vengança, ponianle si en los de los miserables apiñados, que no sabian, que hazerse, adonde yrse, o como valerse: y en esta sazón tan confusa no se olvidò el cielo, de locorrerles, por tan estraña nouedad, que la tuvieron por milagro. Ya casi cerraua la noche, y como se ha dicho escura, y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selua dauan luz bastante, para diuisar las cosas, quando vn barbaro mancebo se llegó a Periandro, y en lengua Castellana, que del fue bien entendida, le dixo: Sigüeme, hermosa donzella, y di, que hagan lo mismo, las personas que contigo estan, que yo os pondre en saluo, si los cielos me ayudan. No le respondió palabra Periandro, sino hizo, que Auristela, Cloelia, y la interprete se

se animassen, y le figuieffen, y assi pisando muertos, y hollando armas, figuieron al jouden barbaro, que les guiava, lleuauan las llamas de la ardiente selua a las espaldas, que les feruian de viento, que el paso les aligerasse: los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela no permitian, que al paso de su guia tendieffen el fuyo. Viendo lo qual el barbaro robusto, y de fuerças, affio de Cloelia y se la echò al ombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela, la interprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia: desta manera cayendo, y leuantando, como dezir se suele, llegaron a la marina, y auiendo andado como vna milla por ella, azia la vanda del Norte, se entrò el barbaro por vna espaciosa cueua, en quie la faca del mar entraua, y salia: pocos pasos anduieron por ella, torziendose a vna y otra parte, estrechándose en vna, y alargandose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie, y derechos, hasta que

salieron, a su parecer, avn campo raso, pues les parecio, que podian libreméte endereçarse, que assi se lo dixo su guiador, no pudiendo verlo ellos por la escuridad de la noche, y porq̄ las luzes de los encédidos mōtes, que entonces con mas rigor ardiã, alli llegar no podiã. Bendito sea Dios, dixo el barbaro en la misma lengua Castellana, que nos ha traydo a este lugar, que aunq̄ en el se puede temer algun peligro, no sera de muerte: en esto vieron, q̄ azia ellos venia corriendo vna gran luz, bien assi como cometa, ò por mejor dezir, exalaciō que por el ayre camina: esperarã la cō temor, si el barbaro no dixera. Este es mi padre, q̄ viene a recebirme. Periandro, que aunque no muy despiertamente sabia hablar la lengua Castellana, le dixo: El cielo te pague, ò angel humano, ò quie quiera que seas, el biẽ que nos has hecho, que aunque no sea otro, q̄ el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegò en esto la luz, q̄ la trahia vno, al parecer, barba

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

ro, cuyo aspecto la edad de poco mas de cinquenta años le señalaua; llegando, puso la luz en tierra, que era vn grueso palo de tea, y a braços abiertos se fue a su hijo, a quien preguntò en Castellano: que q̄ le auia sucedido, que con tal cõpañia boluia. Padre, respondió el moço, vamos a nuestro rãcho, q̄ ay muchas cosas q̄ dezir, y muchas mas q̄ pensar: la isla se abrasa, casi todos los moradores della quedã hechos ceniza, ò medio abrafados, estas pocas reliquias q̄ aqui veis, por impulso del cielo las he hurtado á las llamas, y al filo de los barros puñales, vamos, señor, como tẽgo dicho, a nuestro rãcho, para q̄ la caridad de mi madre, y de mi hermana se muestre, y exercite è acariciar à estos mis cansados, y temerosos huespedes. Guio el padre siguièrõle todos, animose Cloelia, pues caminò a pie, no quiso dexar Perianandro la hermosa carga q̄ lleuaua, por no ser posible q̄ le diessè pesadũbre, siendo Auristela vnico biè suyo è la tierra. Poco anduierõ, quã

do llegarõ a vna altissima peña, al pie de la qual descubrieron vn anchissimo espacio, ò cueua, à quiè seruiã de techo, y de paredes las mismas peñas salierõ cõ teas encédidas è las manos dos mugeres vestidas al trage barbaro, la vna muchacha de hasta quinze años, y la otra hasta treinta, esta hermosa, pero la muchacha hermosissima: la vna dixo: Ay padre, y hermano mio: y la otra no dixo mas, sino: Seais biè venido regalado hijo demi alma. La interprete estaua admirada, de oyr hablar en aq̄lla parte, y a mugeres q̄ pareciã barbaras, otra lègua, de aq̄lla q̄ è la isla se acostũbraua, y quãdo les yua a preguntar, q̄ misterio tenia, saber ellas aquel lèguage lo estoruò, mãdar el padre a su esposa, y a su hija, q̄ aderezassè cõ lanudas pieles el suelo de la inculta cueua: ellas le obedierõ, arrimãdo a las paredes las teas, en vn instãte sollicitas y diligètes sacarõ de otra cueua, q̄ mas adẽtro se hazia, pieles de cabras, y ouejas, y de otros animales, con q̄ quedò el

fuelo adornado, y se reparò el frio, q̄ coméçaua á fatigarles.

CAPITULO

QUINTO.

*De la cuèta que dio de si el bar-
baro Español à sus nue-
uos huespedes.*

PResta y breue fue la cena, pero por cenar la sin sobrefalto la hizo sabrosa: renouaron las teas, y aunq̄ quedò ahumado el aposento, quedò caliente, las baxillas, que en la cena siruierõ, ni fueron de plata, ni de Pifa, las manos de la barbara, y barbaro pequeños fueron los platos, y vnas cortezas de arboles vn poco mas agradables, q̄ de corcho fueron los vasos. Que dose Candia lexos, y siruio en su lugar agua, pura, limpia, y frigidissima, quedose dormida Cloelia, porq̄ los luègos años mas amigos son del sueño, q̄ de otra qualquiera cõuerfación por gustosa, q̄ sea. Acomodola la barbara grãde en el segũdo

apartamièto, haziédole de pieles assi colchones, como frazadas: boluidò à sètarfe cõ los demas: a quiè el Español dixo en lègua Castellana desta manera: Puesto que estaua en razõ, q̄ yo supiera primero, señores mios, algo de vuestra hazièda y lucessos, antes q̄ os dixera los mios, quiero por obligaros, q̄ los sepais, porque los vuestros no se me encubrá, despues que los mios huieredes oydo. Yo segũ la buena fuerte quiso, naci en España, en vna de las mejores Prouincias de ella; echarõme al mũdo padres medianamente nobles, criarõme como ricos, lleguè à las puertas de la Gramatica, que son aquellas, por donde se entra à las demas ciencias, inclinome mi estrell a, si bien en parte a las letras, mucho mas a las armas, no tuue amistad en mis verdes años ni con Ceres, ni con Baco, y assi en mi siempre estuuo Venus fria. Lleuado pues de mi inclinaciõ natural, dexé mi patria, y fuyme a la guerra, q̄ entonces la Magestad del Cesar Carlo Quinto hazia en

Alemania contra algunos Potentados de ella, fueme Marte favorable, alcancè nombre de buen soldado, honrome el Emperador, tuue amigos, y sobre todo aprendi à ser liberal, y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Christiano, bolui a mi patria, honrado, y rico, con proposito de estarme en ella algunos dias, gozando de mis padres, que aun viuian, y de los amigos que me esperauan, pero esta, que llaman fortuna, que yo no se lo que se sea, embidiosa de mi sosiego, boluiendo la rueda, que dizen que tiene, me derribò de su cumbre, adonde yo pense, que estaua puesto, al profundo de la miseria, en que me veo, tomando por instrumento, para hazerlo, a vn Cauallero hijo segundo de vn Titulado, que junto a mi lugar el de su Estado tenia. Este pues vino a mi pueblo, a ver vnas fiestas, estando en la plaça en vna rueda, ò corro de hidalgos y Caualleros, donde yo tambien hazia numero, boluiendose a mi, con

ademán arrogante, y risueño me dixo: Brauo estays, señor Antonio, mucho le ha aprobechado la platica de Flandes y de Italia, porque en verdad que està bizarro, y sepa el bué Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondi: Porque yo soy aquel Antonio, belo a vueſſa ſeñoria las manos mil vezes por la merced que me haze, en fin vueſſa ſeñoria haze, como quien es, en honrar a sus compatriotos, y seruidores, pero con todo eſſo quiero, que vueſſa ſeñoria entienda, que las galas yo me las lleuè de mi tierra a Flandes, y con la buena criança naci del vientre de mi madre, anſi que por eſto ni merezco ser alabado, ni vituperado, y con todo bueno, ò malo que yo sea, soy muy seruidor de vueſſa ſeñoria, a quien ſuplico, me honre, como merecen mis buenos deseos. Vn hidalgo que estaua a mi lado, grande amigo mio, me dixo, y no tan baxo, que no lo pudo oyr el Cauallero: Mirad, amigo Antonio como hablays, que al ſeñor don fulano

no le llamamos acá señoría: A lo que respondió el Cauallero, antes que yo respondiesse: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde el lugar de merced dizen señoría. Bien se, dixè yo, los vsos, y las ceremonias de qualquiera buena criança, y el llamar a vueſſa señoría, Señoría, no es al modo de Italia, fino porque entiendo, que el q̄ me ha de llamar vos, ha de ser señoría, a modo de España: y yo, por ser hijo de mis obras, y de padres hidalgos, merezco el merced de qualquier señoría, y quien otra cosa dixere (y esto echando mano a mi espada) está muy lexos de ser bien criado, y diziendo, y haziendo, le dy dos cuchilladas en la cabeça muy bien dadas, con que le turbè de manera, que no supo, lo que le auia acontecido, ni hizo cosa en su desagrauio, que fuesse de prouecho, y yo sustentè la ofensa, estandome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero passandosele la turbacion, puso mano a su espada, y con gentil brio pro-

curò vengar su injuria, mas yo no le dexè, poner en efeto su honrada determinacion, ni a el la sangre que le corria de la cabeça, de vna de las dos heridas. Al borotaronse los circũstantes, pusieron mano contra mi: retirè me a casa de mis padres, contèles el caso, y aduertidos del peligro en que estaua, me proueyeron de dineros y de vn buen cauallo, aconsejandome, a que me pusiesse en cobro, porque me auia grangeado muchos, fuertes, y poderosos enemigos: hizelo ansi, y en dos dias pise la raya de Aragon, donde respirè algun tanto de mi no vista priessa. En resolucion con poco menos diligencia me puse en Alemania, dõde bolui a seruir al Emperador; alli me auisaron, que mi enemigo me buscava con otros muchos, para matarme, del modo que pudiesse, temi este peligro, como era razon, que lo temiesse, boluime a España, porq̄ no ay mejor Asylo que el que promete la casa del mismo enemigo: vi a mis padres de noche, tornaronme a

proueer de dineros y joyas, cō
q̄ vine a Lisboa, y me éuarque
en vna naue, que estaua cō las
velas en alto, para partirse en
Inglaterra, en la qual yuan al-
gunos Caualleros Inglesses, q̄
auian venido lleuados de su cu-
riosidad á ver a España, y auie-
dola visto toda, ò por lo me-
nos las mejores ciudades de-
lla, se voluian a su patria. Su-
cedio pues, que yo me rebolui
sobre vna cosa de poca impor-
tancia con vn marinero In-
gles, a quien fue forçoso darle
vn bofeton, llamò este golpe
la colera de los demas marine-
ros, y de toda la chusma de la
naue, que començaron à tirar-
me todos los instrumētos ar-
rojados, que les vinierō a las
manos: retirè me al castillo de
popa, y tomé por defensa á v-
no de los Caualleros Inglesses
poniendome a sus espaldas, cu-
ya defensa me valio de modo,
q̄ no perdi luego la vida, los de-
mas Caualleros sossegaron la
turba, pero fue con condiciō,
que me arrojasen a la mar, ò q̄
me diessen el esquite, ò varqui-
lla de la naue, en q̄ me voluies-

se a España, adōde el cielo me
lleuasse. Hizose assi, dieronme
la varca proueyda con dos var-
riles de agua, vno de manteca,
y alguna cātidad de vizcocho;
agradeci a mis valedores la
merced, q̄ me hazian, entrè en
la varca con solos dos remos:
alargose la naue, vino lanoche
escura, halleme solo en la mi-
tad de la inmensidad de aque-
llas aguas, sin tomar otro ca-
mino, que aquel q̄ le concedia
el no contrastar contra las o-
las, ni cōtra el viento: alcé los
ojos al cielo encomendè me a
Dios, con la mayor deuocion
que pude, mirè al Norte, por
donde distingui el camino, q̄
hazia, pero no supe el parage,
en que estaua; seys dias, y seys
noches anduue desta manera,
cōfiado mas en la benignidad
de los cielos, que en la fuerça
de mis braços, los quales ya
cālados, y sin vigor alguna del
continuo trabajo, abandonarō
los remos, que quitè de los es-
calamos, y los puse dentro la
varca para seruirme dellos quã-
do el mar lo consintiesse, ò las
fuerças me ayudassen. Tendi-

me de largo a la go de espaldas en la varca, cerrè los ojos, y en lo secreto de mi coraçõ no quedò fante en el cielo, a quiẽ no llamasse en mi ayuda, y en mitad deste aprieto, y en medio desta necessidad (cosa dura de creer) me sobreuino vn sueño tan pesado, que borrando me de los sentidos el sentimiento, me quedè dormido (tales son las fuerças, del o que pide, y ha menester nuestra naturalaleza) pero allà en el sueño me representaua la imaginacion mil generos de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas dellas me parecia, que me comian lobos y despedaçauan fieras, de modo que dormido, y despierto era vna muerte dilatada mi vida. Deste no apazible sueño me despertò con sobresalto vna furiosa ola del mar, que pasando por cima de la varca, la llenò de agua, reconoci el peligro, volui, como mejor pude, el mar al mar, tornè a valerme de los remos, que ninguna cosa me aprouecharon, vi que el mar se ensobreuezia, açotado,

y herido de vn viento abrego, que en aquellas partes parece, que mas que en otros mares muestra su poderio, vi, que era simpleza, o poner mi debil varca a su furia, y con mis flacas y desmayadas fuerças a su rigor: y assi tornè á recoger los remos, y a dexar correr la varca por donde las olas, y el viento quisiessen lleuarla. Reyterè plegarias, añadi promessas, aumentè las aguas del mar, con las que derramaua de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se mostraua, sino por el de la pena, que mis malas obras merecian: finalmente no sé acabo de quantos dias, y noches, que anduue vagamundo por el mar, siempre mas inquieto, y alterado, me vine a hallar junto á vna isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella á manadas discurrían: lleguè me al abrigo de vna peña, que en la ribera estaua, sin osar saltar en tierra por temor de los animales, que auia visto, comi del vizcocho ya remojado, que

la necesidad y la hambre no reparan en nada: Llegò la noche menos escura, que auia sido la passada, parecio, que el mar se sossegaua, y prometia mas quietud el venidero dia, mirè al cielo, vi las estrellas con aspecto de prometer bonã ça en las aguas, y sosiego en el ayre. Estando en esto, me parecio por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me seruia de puerto, se coronaua de los mismos lobos, que en la marina auia visto, y que vno dellos (como es la verdad) me dixo en voz clara y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte a lo largo y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedaços por nuestras vñas, y dientes, y no preguntes, quien es, el que esto te dize fino da gracias al cielo, de que has hallado piedad entre las mismas fieras. Si quedè espantado, ò no, a vuestra consideracion lo dexo, pero no fue bastante la turbacion mia, para dexar de poner en obra el consejo, que se me auia dado:

apretè los escalamos, até los remos, esforcè los braços, y sali al mar descubierta: mas, como suele acontecer, que las desdichas, y afficiones turban la memoria, de quien las padece, no os podrè dezir, quantos fuerõ los dias que anduue por aquellos mares, tragando no vna, sino mil muertes a cada paso, hasta que arrebatada mi varca en los braços de vna terrible borrasca, me hallè en esta isla, donde dy al traues con ella, en la misma parte y lugar adonde està la boca de la cueua, por donde aqui entrastes. Llegò la barca a dar casi en seco por la cueua adentro, pero boluiala a sacar la resaca; vièdo yo lo qual, me arrojè della, y clauando las vñas en la arena, no dy lugar, a que la resaca al mar me boluiesse: y aunq̃ cõ la barca me lleuaua el mar la vida, pues me quitaua la esperãça de cobrarla, holguè de mudar genero de muerte, y q̃darme en tierra, q̃ como se dilate la vida, no desmaya la esperãça. A este pũto llegaua el barbero Español, q̃ este titulo le daua

dava su trage, quando en la estancia mas adentro, donde auian dexado a Cloelia, se oyeron tiernos gemidos, y sollozos, acudieron al instante con luzes Auristela, Periandro, y todos los demas, a ver que seria, y hallaron, que Cloelia, arrimadas las espaldas a la peña, sentada en las pieles tenia los ojos clauados en el cielo, y casi quebrados. Llegose a ella Auristela, y a vozes compasivas y dolorosas le dixo: Que es esto, ama mia? como, y es posible, que me quereys dexar en esta soledad, y a tiempo, que mas he menester valerme de vuestros consejos? Boluio en si algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela le dixo: Ves ahi, hija de mi alma, lo que tengo tuyo, yo quisiera que mi vida durara, hasta que la tuya se viera en el sosiego que merece, pero, si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezco mi vida, lo que te ruego, es, señora mia, que quando la buena suerte quisiere, que si

querra, que te seas en tu Estado, y mis padres aun fueren viuos, o alguno de mis parientes, les digas, como yo muero Christiana en la Fe de Iesu-Christo, y en la que tiene, que es la misma, la santa Iglesia Catolica Romana, y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas vezes pronunciando el nombre de Iesus, cerrò los ojos en tenebrosa noche, a cuyo espectaculo tambien cerrò los suyos Auristela con vn profundo desmayo: hizieronse fuentes los de Periandro, y rios los de todos los circunstantes, acudio Periandro, a socorrer a Auristela, la qual buelta en si acrecentò las lagrimas, y començò sospiros nuevos, y dixo razones, que mouieran a lastima a las piedras: ordenose, que otro dia la sepultassen, y quedando en guarda del cuerpo muerto la donzella barbara, y su hermano, los demas se fueron a reposar, lo poco que de la noche les faltaua.

CAPITULO

SEXTO.

Donde el barbaro Español prosigue su historia.

T Ardò aquel dia en mostrarse al mundo al parecer, mas de lo acostumbrado, a causa que el humo, y pauefas del incendio de la isla, que aun duraua, impedía, que los rayos del sol por aquella parte no passassen a la tierra, mandò el barbaro Español a su hijo, que saliesse de aquel sitio, como otras vezes solia, y se informasse, de lo q̄ en la isla passaua. Con alborado sueño passaron los demas aquella noche, porque el dolor y sentimiento de la muerte de su ama Cloelia no consintio, que Auristela dormiesse, y el no dormir de Auristela tuuo en continua vigilia á Perianдро, el qual con Auristela salio al raso de aquel sitio, y vio, q̄ era hecho, y fabricado de la

naturaleza, como si la industria, y el arte le huuieran compuesto, era redondo, cercado de altissimas y peladas peñas, y a su parecer, tanteò, que boxaua poco mas de vna legua, todo lleno de arboles siluestres que ofrecian frutos, si bien asperos, comestibles a lo menos. Estaua crecida la yerua, porq̄ las muchas aguas, que de las peñas salian, las tenian en perpetua verdura, todo lo qual le admiraua, y suspendia, y llegó en esto el barbaro Español, y dixo: Venid, señores, y daremos sepultura a la difunta, y fin a mi comenzada historia: hizieronlo assi, y enterraron a Cloelia en lo hueco de vna peña, cubriendola con tierra, y con otras peñas menores. Auristela le rogò, que le pusiesse vna Cruz encima, para señal de que aquel cuerpo auia sido Christiano. El Español respondió, que el traeria vna gr̄a Cruz, que en su estancia tenia y la pondria encima de aquella sepultura: dieronle todos el vltimo vale, renouò el llanto Auristela, cuyas lagrimas saca

ron al momento las de los ojos de Periandro. En tanto pues q̄ el moço barbaro voluia, se voluieron todos a encerrar en el concauo de la peña, donde auia dormido, por defenderse del frio q̄ con rigor amenazaua, y auiendose fentado en las blandas pieles, pidio el barbaro silencio, y prosiguió su cuento en esta forma.

Quando me dexô la varca, en que venia, en la arena, y la mar tornò á cobrarla, ya dixé, que con ella se me fue la esperanza de la libertad, pues aun aora no la tengo de cobrarla, entrè aqui dentro, vi este sitio y pareciome, que la naturaleza le auia hecho, y formado, para ser teatro, donde se representasse la tragedia de mis desgracias, admirome, el no ver gente alguna, sino algunas cabras montesses, y animales pequeños de diuersos generos, rodee todo el sitio, hallè esta cueua cauada en estas peñas, y señaléla para mi morada: finalmente auiendolo rodeado todo, volui a la entrada, que aqui me auia conduxido, por ver, si

oia voz humana, ò descubria, quien me dixesse, en que parte estaua: y la buena suerte, y los piadosos cielos, que aun del todo no me tenian olvidado, me depararon vna muchacha barbara de hasta edad de quinze años, que por entre las peñas, riscos, y escollos de la marina pintadas conchas, y apetitoso marisco andaua buscando: pasmose, viédome, pegaronse los pies en la arena, soltò las cogidas conchuelas, y derramosele el marisco, y cogiendola entre mis braços, sin dezir la palabra, ni ella á mi tan poco, me entrè por la cueua adelante, y la truxe a este mismo lugar, dõ de agora estamos, pufela en el suelo, beséle las manos, halaguéle el rostro cõ las mias, y hizo todas las señales, y demõstraciones, q̄ pude, para mostrarme bládo, y amoroso cõ ella. Ella, passado aq̄l primer espanto, cõ atétissimos ojos me estuuo mirádo, y cõ las manos me tocua todo el cuerpo, y dequádo en quádo, ya perdido el miedo, se reya, y me abraçaua, y sacádo del seno vna manera de

pan hecho a su modo , que no era de trigo , me lo puso en la boca , y en su lengua me hablo , y a lo que despues acà he sabido , en lo que dezia , me rogaua , que comiessè , yo lo hize ansi , porque lo auia bien menester : ella me asio por la mano , y me lleuò a aquel arroyo , que alli està , donde ansi mismo por señas me rogo , que beuiessè . Yo no me hartaua de mirarla , pareciendome antes Angel del cielo , que barbara de la tierra : bolui a la entrada de la cueua , y alli con señas , y con palabras , que ella no entendia , le supliqué , como si ella las entendiera , que boluiesse a verme : con esto la abraçe de nuevo , y ella simple y piadosa me beso en la frente , y me hizo claras y ciertas señas , de que bolueria a verme : hecho esto , tornè a pisar este sitio , y a requerir , y prouar la fruta , de que algunos arboles estauan cargados , y hallè nuezes , y auellanas , y algunas peras siluestres , di gracias a Dios del hallazgo , y alentè las desmayadas esperanças de mi reme-

dio , passe aquella noche en este mismo lugar , espere el dia , y en el espere tambien la buelta de mi barbara hermosa , de quien comence a temer , y a rezelar , que me auia de descubrir , y entregarme a los barbaros , de quien imagine estar llena esta isla , pero sacome de este temor el verla boluer algo entrado el dia , bella como el sol , mansa como vna cordera , no acompañada de barbaros que me prendiessen , sino cargada de bastimentos , que me sustentassen . Aqui llegaua de su historia el Español gallardo , quando llego el que auia ydo a saber lo que en la isla passaua , el qual dixo , que casi toda estaua abrasada , y todos o los mas de los barbaros muertos vnos a hierro , y otros a fuego , y que si algunos auia viuos , eran los que en algunas balsas de maderos , se auian entrado del mar , por huyr en el agua el fuego de la tierra , que bien podian salir de alli , y passear la isla por la parte que el fuego les diessè licencia , y que cada vno pensasse , que reme-

dio se tomara, para escapar de aquella tierra maldita, que por alli cerca auia otras islas de gente menos barbara habitadas, que quiza, mudando de lugar, mudarian de ventura. Sossiegate, hijo, vn poco, que estoy dando cuenta a estos señores de mis sucessos, y no me falta mucho, aunque mis desgracias son infinitas. No te canses, señor mio, dixo la barbara grande, en referirlos tan por estenso, que podra ser, que te canses, ò que canses, dexame a mi, que cuente, lo que queda alomenos hasta este punto, en que estamos. Soy contento, respondió el Español, porque me le dara muy grande, el ver, como las relatas. Es pues el caso, replicò la barbara, que mis muchas entradas y salidas en este lugar le dieron bastante, para que de mi, y de mi esposo naciesen esta muchacha, y este niño: llamo esposo a este señor, porque antes que me conociesse del todo, me dio palabra de serlo, al modo que el dize, que se vsa entre verdaderos Christianos,

ha me enseñado su lengua, y yo a el la mia, y en ella ansi mismo me enseñò la ley Catolica Christiana, diome agua de Bautismo en aquel arroyo, aunque no con las ceremonias que el me ha dicho, que en su tierra se acostumbran, declaròme su Fè, como el la sabe, la qual yo assentè en mi alma, y en mi coraçon, donde le he dado el credito, que he podido darle: Creo en la santissima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo, y Dios Espiritu santo, tres personas distintas, y que todas tres son vn solo Dios verdadero, y que aunque es Dios el Padre, y Dios el Hijo, y Dios el Espiritu santo, no son tres Dioses distintos, y apartados, sino vn solo Dios verdadero: finalmente creo todo lo que tiene, y cree la santa Iglesia Catolica Romana, regida por el Espiritu santo, y gouernada por el sumo Pontifice, Vicario de Dios en la tierra, sucessor legitimo de san Pedro, su primer pastor despues de Iesu Christo, primero, y vniuersal pastor de su

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

Esposa la Iglesia. Dixome grandezas de la siempre Virgen Maria Reyna de los cielos, y señora de los Angeles, y nuestra, tesoro del Padre, relicario del Hijo, y amor del Espiritu santo, amparo, y refugio de los pecadores. Con estas me ha enseñado otras cosas, que no las digo, por parecerme, que las dichas bastan, para que entendais, que soy Católica Christiana. Yo simple, y compasiva le entregué un alma rustica, y el (merced a los cielos) me la ha buelta discreta, y Christiana: entreguele mi cuerpo, no pensando que en ello ofendia a nadie, y deste entrego resultò, averle dado dos hijos, como los que aqui veis, que acrecientan el numero, de los que alaban al Dios verdadero: en vezes le truxe alguna cantidad de oro, de lo que abunda esta isla, y algunas perlas que yo tengo guardadas, esperando el dia, que ha de ser tan dichoso, que nos saque desta prision, y nos lleue a donde con libertad, y certeza, y sin escrupulo sea-

mos unos de los del rebaño de Christo, en quien adoro, en aquella Cruz, que alli veis. Esto que he dicho, me pareció a mi era lo que le faltava, por dezir a mi señor Antonio, que assi se llamava el Español barbaro, el qual dixo: Dizes verdad, Ricla mia, que este era el proprio nombre de la barbaro, con cuya variable historia admiraron a los presentes, y despertaron mil alabanzas, que les dieron, y mil buenas esperanças, que les anunciaron, especialmente Auristela, que quedò aficionadissima a las dos barbaras, madre, y hija. El moço barbaro, que tambien como su padre se llamava Antonio, dixo a esta sazón, no ser bien, estarfe alli ociosos sin dar traça, y orden como salir de aquel encerramiento, porque si el fuego de la isla, que a mas andar, ardia, sobrepujasse las altas sierras, ò traidas del viento cayessen en aquel sitio, todos se abrasarian. Dizes verdad, hijo, respondió el padre. Soy de parecer, dixo Ricla, que

aguardemos dos dias , porque de vna islla que està tan cerca desta , que algunas vezes estando el sol claro , y el mar tranquilo , alcançò la vista averla , della vienen a esta sus moradores , a vender , y a trocar , lo que tienen , con lo que tenemos , y a trueco por trueco. Yo saldré de aqui , y pues ya no ay nadie , que me escuche , ò que me impida , pues ni oyen , ni impiden lós muertos , concertaré , que me vendan vna varca , por el precio que quisieren , que la he menester , para escaparme con mis hijos , y mi marido , que encerrados en vna cueua tengo de la riguridad del fuego , pero quiero , que sepais , que estas varcas son fabricadas de madera , y cubiertas de cueros fuertes de animales , bastantes a defender , que no entre agua por los costados , pero a lo que hè visto , y notado , nunca ellos nauegan , fino con mar sossegado , y no traen aquellos lienços , que he visto , que traen otras varcas , que suelen llegar a

nuestras riberas , á vender donzellas , ò varones para la vana supersticion , que aureys oydo dezir , que en esta isla ha muchos tiempos , que se acostumbra , por donde vengo a entender , que estas tales varcas no son buenas , para fiarlas del mar grande , y de las borrafcas , y tormentas , que dizen , que suceden a cada paso. A lo que añadió Periandro : No ha vsado el señor Antonio deste remedio en tantos años , como ha , que está aqui encerrado ? No respondió Ricla , porque no me han dado lugar los muchos ojos , que miran para poder concertarme con los dueños de las varcas , y por no poder hallar escusa que dar , para la compra. Assi es , dixo Antonio , y no por no fiarme de la debilidad de los vaxeles , pero agora que me ha dado el cielo este consejo , pienso tomarle , y mi hermosa Ricla estará atenta , á ver quando vengan los mercaderes de la otra isla , y sin reparar en precio comprará vna

barca con todo el necessario mitalotage, diciendo, que la quiere, para lo que tiene dicho. En resolucion todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados, de ver el estrago, que el fuego auia hecho, y las armas: vieron mil diferentes generos de muertes, de quien la colera, sinrazon, y enojo suelen ser inuentores: vieron assi mismo, que los barbaros que auian quedado vivos, recogiendo a sus balsas, desde lexos estauan mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se auian passado a la isla, que seruia de prision a los cauiuos. Quisiera Auristela, que passaran a la isla, a ver, si en la escura mazmorra quedauan algunos, pero no fue menester, porque vieron venir vna balsa, y en ella hasta veynte personas, cuyo trage dio a entender, ser los miserables que en la mazmorra estauan. Llegaron a la marina, besaron la tierra, y casi dieron muestras, de adorar el fuego, por auerles dicho el bar

baro, que los sacò del calabozo escuro, que la isla se abrasaua, y que ya no tenian que temer a los barbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue posible, algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras, para dezirlas. Ricla se admirò, de que huuiesse auido barbaro tan piadoso, que los sacasse, y de que no huuiesse passado a la isla de la prision parte de aquellos, que a las balsas se auian recogido, vno de los prisioneros dixo, que el barbaro, que los auia libertado (en lengua Italiana) les auia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejandoles, que passassen a ella, a satisfacerse de sus trabajos, cò el oro y perlas que en ella hallarian, y que el vendria en otra balsa, que allà quedaua, à tenerles compañia, y a dar traça en su libertad. Los sucesos que contaron, fueron tan diferentes, tan estraños, y tan desdichados, que vnos les sa-

cauan las lagrimas a los ojos, y otros la rifa del pecho. En esto vieron venir hazia la isla hasta seys barcas, de aquellas de quien Ricla auia dado noticia, hizieron escala, pero no sacaron mercaderia alguna, por no parecer barbaro que la comprasse. Concertò Ricla todas las barcas con las mercancías, sin tener intención de llevarlas, no quisieron venderle sino las quatro; porque les quedassen dos para bolverse: hizose el precio con liberalidad notable, sin que en el huuiesse tanto mas quanto. Fue Ricla a su cueua, y en pedaços de oro no acuñado, como se ha dicho, pagò todo lo que quisieron, dieron dos barcas, a los que auian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaron: en la vna todos los bastimentos, que pudieron recoger, con quatro personas de las rezien libres, y en la otra se entraron Auristela, Periandro, Antonio el padre, y Antonio el hijo con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constã

ça hija de Ricla y de Antonio: quiso Auristela yr a despedirse de los hueffos de su querida Cloelia, acompañaronla todos, llorò sobre la sepultura, y entre lagrimas de tristeza, y entre muestras de alegria boluieron a embarcarse, auiendo primero en la marina hincandose de rodillas, y suplicado al cielo con tierna y deuota oracion, les diessè felice viage, y los enseñasse el camino que tomarian. Siruio la barca de Periandro de Capitana, a quié figuieron los demas, y al tiempo que querian dar los remos al agua, porque velas no las tenian, llegó a la orilla del mar vn barbaro gallardo, que a grandes voces en lengua Toscana dixo: Si por ventura soys Christianos, los que vays en essas barcas, recoged a este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Vno de las otras barcas dixo, este barbaro, señores, es el que nos sacò de la mazmorra, si quereys corresponden a la bondad, que parece que teney's (y esto encaminando su platica a los de la

varca primera) bien será, que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le hazeis, recogiendo en nuestra compañía. Oyédo lo qual Periandro, le mandò, llegasse su varca à tierra, y le recogiesse, en la que lleuaua los bastimètos: hecho esto alçaron las voces con alegres acentos, y tomando los remos en las manos, dieron alegre principio a su viage.

CAPITULO

S E T I M O.

Del Primer Libro.

Q Vatro millas poco mas ò menos auria nauegado las quatro varcas, quando descubrieron vna poderosa naue, que cõ todas las velas tendidas, y viento en popa, parecia, que venia a embestirles. Periandro dixo, auendola visto: Sin duda este

nauió deue de ser el de Arnaldo, que buelue a saber de mi suceso, y tuuieralo yo por muy bueno agora, no verle. Auia ya contado Periandro a Auristela, todo lo que con Arnaldo auia passado, y lo que entre los dos dexaron concertado. Turbose Auristela, que no quisiera voluer al poder de Arnaldo, de quien auia dicho, aunque breue y succinctamente, lo que en vn año, que estuuó en su poder, le auia acontecido: no quisiera ver juntos a los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro con el fingido hermanazgo suyo, y de Periandro, todauia el temor de que podia ser descubierta el parentesco, la fatigaua, y mas que quien le quitaria à Periandro, no estar zeloso, viendo a los ojos tan poderoso contrario? que no ay discricion que valga, ni amorosa fee que asegure al enamorado pecho, quando, por su desventura, entran en el zelosas sospechas, pero de todas estas les aseguró el viento, que voluio

en vn instante el soplo, que daua de lleno, y en popa a las velas en contrario, de modo que a vista fuya, y en vn momento breue dexò la naue derribar las velas de alto a baxo, y en otro instante, casi inuifible, las hizaron, y leuantaron hasta las gauias, y la naue començò a correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongandose de las varcas con toda priessa. Respirò Auristela, cobrò nueuo aliento Periandro, pero los demas que en las varcas yuan, quifieran mudarlas, entrandose en la naue, que por su grandeza mas seguridad de las vidas, y mas felice viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubrio la naue, a quien quisieran seguir, si pudieran, mas no les fue possibile, ni pudieron hazer otra cola, que encaminar sus varcas a vna isla, cuyas altas montañas cubiertas de nieue hazian parecer, que estauan cerca, distando de alli mas de feys leguas. Cerraua la noche al-

go escura, picaua el viento largo, y en popa, que fue aliuio a los braços, que voluendo a tomar los remos, se dieron priessa, a tomar la isla. La media noche seria, segun el tanteo que el barbaro Antonio hizo del Norte, y de las guardas, quando llegaron a ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las varcas en tierra, y a fuerça de braços las vararon. Era la noche fria de tal modo, que les obligò à buscar reparos para el yelo, pero no hallaron ninguno: ordenò Periandro, que todas las mugeres se entrassen en la varca Capitana, y apiñandose en ella con la compañia, y estrechez templassen el frio: hizose asy, y los hombres hizieron cuerpo de guarda á la varca, passeandose como centinelas de vna parte a otra, esperando el dia, para descubrir, en que parte estauan, por que no pudieron saber por entonces, si era, ò no despo-

blada la isla: y como es cosa natural, que los cuydados destierran el sueño, ninguno de aquella cuydadosa compañía pudo cerrar los ojos, lo qual visto por el barbaro Antonio dixo al barbaro Italiano: Que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la mala noche fuesse seruido de entretenerles, contando les los sucessos de su vida, por que no podian dexar, de ser peregrinos, y raros, pues en tal trage, y en tal lugar le auian puesto. Hare yo esso de muy buena gana, respondió el barbaro Italiano, aunque temo, que por ser mis desgracias tantas, tan nueuas, y tan extraordinarias, no me aueys de dar credito alguno. A lo que dixo Periandro: En las que a nosotros nos han sucedido, nos hemos enfayado, y dispuesto, a creer quantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo imposible que de lo verdadero. Lleguemos aqui, respondió el barbaro, al borde desta barca, donde estan estas señoras, quiza alguna al son de la voz

de mi cuento se quedará dormida, y quiza alguna, desterrando el sueño, se mostrara compasiua, que es aliuio, al que cuenta sus desuenturas, ver, ò oyr, que ay, quien se duela dellas. Alomenos por mi, respondió Ricla de dentro de la barca, y a pesar del sueño tengo lagrimas que ofrecer a la compassion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas: casi lo mismo dixo Auristela, y assi todos rodearon la barca, y con atento oydo estuuieron escuchando, lo que, el que parecia barbaro, dezia, el qual començò su historia desta manera.

CAPITULO

OCTAVO

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

MI nombre es Rutilio, mi patria Sena, vna

de las mas famosas ciudades de Italia, mi officio maestro de dançar, vnico en el, y venturoso, si yo quisiera. Auia en Sena vn Cauallero rico, a quien el cielo dio vna hija mas hermosa, que discreta, a la qual tratò de casar su padre con vn Cauallero Florentin, y por entregarsela, adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltauan, quiso, que yo la enseñasse a dançar, que la gentileza, gallardia, y disposicion del cuerpo en los bayles honestos, mas que en otros pasos se señalan, y a las damas principales les está muy bien saberlos, para las ocasiones forçosas que les pueden suceder. Entrè a enseñarla los mouimientos del cuerpo, pero mouila los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindio la suya a la mia, y la suerte, que de corriente larga trahia encaminadas mis desgracias, hizo, que para que los dos nos gozassemos, yo la facasse de en casa de su padre, y la lleuasse a Roma, pe-

ro como el amor no dà baratos sus gustos, y los delitos lleuan a las espaldas el castigo (pues siempre se teme) en el camino nos prendieron a los dos, por la diligencia que su padre puso en buscarnos. Su confession, y la mia, que fue dezir, que yo lleuaua a mi esposa, y ella se yua con su marido, no fue bastante, para no agrauar mi culpa, tanto que obligò al juez, mouio, y conuencio, a sentenciarme a muerte. Apartaronme en la prision con los ya condenados a ella por otros delitos no tan condenables como el mio. Pero de aqui por medio de vna muger fui sacado, y al fin despues de varios trances, me he hallado en estas tierras tan estrañas y remotas de mi patria, adonde despues de largos trabajos, y estraña confusion, sin conocer a nadie, oh! que venia, hablando, por junto de donde estaua, alguna gente, y assi fue verdad, y saliendoles al encuentro, les preguntè en mi lengua Toscana, que me dixessen, que tierra era aquella:

aquella : y vno de ellos assi mismo en Italiano me respondió : Esta tierra es Noruega: pero quien eres tu , que lo preguntas , y en lengua , que en estas partes ay muy pocos que la entiendan. Yo soy, respondi , vn miserable , que por huyr de la muerte , he venido a caer en sus manos, y en breues razones le dí cuenta de mi viage , mostrô condolerse, el que me hablaua , y dixome ; Puedes buen hombre, dar infinitas gracias al cielo, por te auer librado de tantos peligros, como hasta aqui auras passado. Preguntèle, que hora podria ser , porque me parecia , que la noche se alargaua , y el dia nunca venia. Respondiome , que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos, tres meses auia da noche escura, sin que el sol pareciese en la tierra en manera alguna, y tres meses auia de crepusculo del dia, sin que bien fuese noche , ni bien fuese dia : otros tres meses auia de dia claro, continuado, sin que

el sol se escondiese, y otros tres en crepusculo de la noche, y que la fazon en que estauan, era la del crepusculo del dia, assi que esperar la claridad del sol, por entonces, era esperanza vana, y que tambien lo seria, esperar yo voluer a mi tierra tan presto , sino fuese, quando llegasse la fazon del dia grande , en la qual parten nauios de estas partes a Inglaterra, Francia, y España con algunas mercancias. Preguntòme , si tenia algun officio en que ganar de comer , mientras llegaua tiempo de voluerme a mi tierra. Dixele , que era baylarin , y grande hombre de hazer cabriolas , y que sabia jugar de manos sutilissimamente. Riòse de gana el hombre, y me dixò , que aquellos exercicios, ô officios (ô como llamarlos quisiese) no corrian en Noruega , ni en todas aquellas partes. Preguntòme , si sabria officio de orifice. Dixele, que tenia habilidad, para aprender lo que me enseñasse : Pues venios , hermano,

conmigo, aunque primero fera bien, que demos sepultura a esta miserable. Hizimoflo assi, y lleuome a vna ciudad, donde toda la gente andaua por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociando lo que les importaua. Preguntele en el camino, que como, ò quando auia venido á aquella tierra, y que si era verdaderamente Italiano. Respondio que vno de sus passados abuelos se auia casado en ella, viniendo de Italia, a negocios que le importauan, y a los hijos que tuuo, les enseñò su lengua, y de vno en otro se estendio por todo su linage, hasta llegar a el, que era vno de sus quartos nietos, y assi como vezino, y morador tan antiguo lleuado de la afficion de mis hijos, y muger me he quedado hecho carne, y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia, ni de los parientes que allá dixeron mis padres, que tenian. Contar yo aora la casa donde entrè, la muger,

è hijos que hallè, y criados (que tenia muchos) el gran caudal, el recebimiento, y agassajo que me hizieron, feria proceder en infinito: basta dezir en suma, que yo aprendi su officio, y en pocos meses ganaua de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegò el de llegar el dia grande, y mi amo, y maestro (que assi le puedo llamar) ordenò de llevar gran cantidad de su mercancia á otras islas por alli cercanas, y a otras bien apartadas: fuime con el, assi por curiosidad, como por vender algo, que ya tenia de caudal, en el qual viage vi cosas dignas de admiracion y espanto, y otras, de risa y contento: notè costumbres, adverti en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente vsadas, en fin acabo de dos meses corrimos vna borrasca, que nos durò cerca de quarenta dias, al cabo de los quales dimos en esta isla, de donde oy salimos, entre vnas peñas, donde nuestro vaxel se hizo

pedaços, y ninguno de los que en el venian, quedò viuo fino yo.

CAPITULO

N O N O.

*Donde Rutilio profi-
gue la historia de
su vida.*

LO primero, que se me ofrecio a la vista, antes que viesse otra cosa alguna, fue vn bar-
baro pendiente, y ahorcado de vn arbol, por donde cono-
ci, que estaua en tierra de barbaros saluages, y luego el miedo me paso delante mil generos de muertes, y no sabiendo que hazerme, alguna, o todas juntas las tenia, y las esperaua: en fin, como la ne-
cessidad, segun se dize, es maestra de sutilizar el ingenio, dy en vn pensamiento harto extraordinario, y fue que descolguè al barbaro del

arbol, y auierendome desnuda-
do de todos mis vestidos, que enterrè en la arena, me vesti de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura, que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados a medida, sino ce-
ñidos por el cuerpo, como lo auieys visto, para dissimular la lengua, y que por ella no fuesse conocido por estran-
gero, me fingi mudo, y sor-
do, y con esta industria me entrè por la isla adentro, sal-
tando, y haziendo cabriolas en el ayre. A poco trecho descubri vna gran cantidad de barbaros, los quales me ro-
dearon, y en su lengua vnos y otros con gran priessa me preguntaron (a lo que despues acà he entendido) quien era, como me llamaua, adonde venia, y adonde yua. Respon-
diles con callar, y hazer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reytteraua los saltos, y menudeaua las cabriolas. Salime de entre ellos, figuieronme los muchachos, que no me dexa-

uan, adonde quiera que yua: con esta industria passè por barbaro, y por mudò, y los muchachos, por verme saltar, y hazer gestos, me dauan de comer, de lo que tenian: desta manera he passado tres años entre ellos, y aun passara todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion, y curiosidad noté su lengua, y aprendi mucha parte de ella, supè vn pronóstico, que de la duracion de su Reyno tenia dado vn antiguo, y sabio barbaro, a quien ellos dauan gran credito, he visto sacrificar algunos varones, para hazer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas donzellas para el mismo efecto, hasta que sucedio el incendio de la isla, que vosotros señores aueys visto, guardème de las llamas, fuy a dar auiso a los prisioneros de la mazmorra, donde vosotros sin duda aureys estado: vi estas barcas, acudi a la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogistes me en ellas, por lo que os doy in-

finitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacò de tanta miseria a todos, nos ha de dar, en este que pretendemos, felicissimo viage. Aqui dio fin Rutilio a su platica, con que dexò admirados y contentos a los oyentes, llegose el dia aspero, turbio, y cõ señales de nieue muy ciertas. Diole Auristela a Periandro, lo que Cloelia le auia dado, la noche que murio, que fueron dos pelotas de cera, que la vna como se vio, cubria vna cruz de diamantes, tan rica, que no acertaron a estimarla, por no agrauiar su valor: y la otra dos perlas redondas assi mismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiento, de que Auristela, y Periandro eran gente principal, puestto que mejor declaraua esta verdad su gentil disposicion, y agradable trato. El barbaro Antonio viniendo el dia, se entrò vn poco por la isla, pero no descubrio otra cosa que montañas, y sierras de nieue, y boluiendo a las barcas, dixo, que la isla era despoblada, y

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

que conuenia partirse de alli luego, á buscar otra parte, don de recogerse del frio, que amenazaua, y proueerse de los mantenimientos, que presto le harian falta. Echaron con presteza las varcas al agua, em barcaronse todos, y pusieron las proas en otra isla, que no lexos de alli se descubria: En esto, y endo nauegando, con el espacio que podian, prometer dos remos, que no lleuaua mas cada varca, oyeron, que de la vna de las otras dos salia

vna voz blanda, suaue, de manera que les hizo estar atentos a escuchalla. Notaron, especialmente el barbaro Antonio el padre, que notò, que lo que se cantaua, era en lengua Portuguesa, que el sabia muy bié. Callò la voz, y de alli a poco boluio a cantar en Castellano y no a otro tono de instrumentos, que al de remos, que seguramente por el tranquilo mar las varcas impelian, y notò, que lo que cantaron fue esto.

*Mar sesgo, viento largo, estrella clara,
Camino, aunque no usado, alegre y cierto,
Al hermoso, al seguro, al capaz puerto
Lleuan la naue vuestra, unica, y rara*

*En Scylas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro, que el mar tenga encubierto,
Siguiendo su derrota al descubierto,
Que limpia honestidad su curso para*

*Con todo, si os faltàre la esperança
Del llegar a este puerto, no por esso
Gireis las velas, que sera simpleza.*

*Que es enemigo amor de la mudança:
Y nunca tuuo prospero suceso,
El que no se quilata en la firmeza.*

LA barbara Ricla, dixo, en callando la voz: Despacio deue de estar y ocioso el cantor, que en semejante tiempo da su voz a los vientos: pero no lo juzgaron assi Periandro, y Auristela, porque le tuuieron por mas enamorado, que ocioso, al que cantado ruia: que los enamorados facilmente reconcilian los animos, y trauan amistad con los que conocen, que padecen su misma enfermedad, y assi con licencia de los demas, que en su varca venian, aunque no fuera menester pedirla; hizo, que el cantor se passasse a su varca, assi por gozar de cerca de su voz, como saber de sus successos, porque persona que en tales tiempos cantaua, ò se tia mucho, ò no tenia sentimiento alguno. Iuntaronse las varcas, passò el musico a la de Periandro, y todos los della le hizieron agradable recogida: en entrando el musico, en medio Portugues, y en medio Castellano dixo: Al cielo, y á vosotros señores, y ami voz agradezco esta mudança, y esta

mejora de nauio: aunque creo que con mucha breuedad le dexare libre de la carga de mi cuerpo, por que las penas que siento en el alma, me van dando señales, de que tengo la vida en sus vltimos terminos. Mejor lo hara el cielo, respondió Periandro, que pues yo soy viuo, no aura trabajos, que pueda matar a alguno. No seria esperança aquella, dixo a esta sazón Auristela, a que pudiessen contrastar, y derribar infortunios, pues assi como la luz resplandece mas en las tinieblas, assi la esperança ha de estar mas firme en los trabajos, que el desesperarse en ellos, es accion de pechos cobardes, y no ay mayor pusilanimidad, ni baxeza, que entregarse el trabajado (por mas q̄ lo sea) ala desesperacion. El alma ha de estar, dixo Periandro el vn pie en los labios, y el otro en los diétes, si es q̄ hablo con propiedad, y no ha de dexar de esperar su remedio, porq̄ seria agrauiar a Dios, q̄ no puede ser agrauiado, poniédo tassa y coto a sus infinitas misericordias. Todo

Todo es assi, respondió el musico, y yo lo creo, a despecho, y pesar de las esperiencias, que en el discurso de mi vida en mis muchos males tengo hechas. No por estas platicas dexauan de bogar, de modo, que antes de anochecer, con dos horas, llegaron a vna isla tambien despoblada, aunque no de arboles, porque tenia muchos, y llenos de fruto, que aunque pasado de sazón, y seco, se dexaua comer: saltaron todos en tierra, en la qual vararon las barcas, y con gran priessa se dieron a desgajar arboles, y hazer vna gran barraca, para defenderse aquella noche del frio, hizieron assi mismo fuego, ludiendo dos secos palos el vno con el otro: artificio tan sabido como vsado, y como todos trabajauan en vn punto se vio leuantada la pobre maquina, donde se recogieron todos, supliendo con mucho fuego la incomodidad del sitio, pareciendoles aquella choça dilatado alcaçar. Satisfazieron la hambre, y acomodarante a dormir luego, si

el desseo que Periandro tenia, de saber el suceso del musico no lo estoruarda, porque le rogò, si era possible, les hiziesse sabidores de sus desgracias, pues no podian ser venturas, las que en aquellas partes le auian trahido. Era cortés el cantor, y assi sin hazerse de rogar, dixo.

C A P I T U L O

D I E Z .

De lo que contò el enamorado Portugues.

CON mas breues razones de las que sean posibles, darè fin a mi cuento, con darle al de mi vida, si es que tengo de dar credito a cierto sueño, que la pasada noche me turbò el alma. Yo, señores, soy Portugues de nacion, noble en sangre, rico en ios bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza, mi nombre es Manuel de Sosa

Coitiño mi patria Lisboa, y mi exercicio el de soldado: junto a las casas de mis padres casi pared en medio estaua la de otro Cauallero del antiguo linage de los Pereiras, el qual tenia sola vna hija, vnica heredera de sus bienes, que eran muchos, baculo y esperança de la prosperidad de sus padres, la qual por el linage, por la riqueza, y por la hermosura era desseada de todos los mejores del Reyno de Portugal, y yo que como mas vezino de su casa tenia mas comodidad de verla, la miré, la conocí, y la adoré con vna esperança mas dudosa que cierta, de que podria ser, viniessse a ser mi esposa, y por ahorrar de tiempo, y por entender, que con ella auian de valer poco requiebros, promesas, ni dadiuas, determinè, de que vn pariente mio se la pidieffe a sus padres para esposa mia, pues ni en el linage, ni en la hazienda, ni aun en la edad diferenciarnos en nada. La respuesta que truxo, fue, que su hija Leonora aun no estaua en edad de

casarse, que dexasse passar dos años, que le daua la palabra, de no disponer de su hija en todo aquel tiempo, sin hazerme sabidor dello. Lleuè este primer golpe en los ombros de mi paciencia, y en el escudo de la esperança, pero no dexè por esto deseriurla publicamente a sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la ciudad: pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia, y en los retretes de su recato, con honestidad, y licencia de sus padres admitia mis seruicios, y daua a entender, que sino los agradecia con otros, por lo menos no los desestimaua. Sucedió, que en este tiempo mi Rey me embiò por Capitan general a vna de las Fuerças, que tiene en Berberia, officio de calidad, y de confiança, llegòse el dia de mi partida, y pues en el no llegò el de mi muerte, no ay ausencia que mate, ni dolor que consume: hablè a su padre, hizele, que me boluieffe a dar la palabra de la espera de los dos años, tuome lasti-

Hist. de Persiles y Sigismunda.

ma , porque era discreto , y consintio , que me despidiese de su muger , y de su hija Leonor , la qual en compañia de su madre salio á verme a vna sala , y salieron con ella la honestidad , la gallardia , y el silencio. Pasmème , quando vi tan cerca de mi tanta hermosura , quise hablar , y anudoseme la voz a la garganta , y pegoseme al padadar la lengua , y ni supe , ni pude hazer otra cosa , que callar , y dar con mi silencio indicio de mi turbacion , la qual vista por el padre , que era tan cortès como discreto , se abraçò conmigo , y dixo: Nunca , señor Manuel de Sousa , los dias de partida dan licencia a la lengua , que se desmande , y puede ser , que este silencio hable en su fauor de vueſſa merced mas que alguna otra Retorica: vueſſa merced vaya á exercer su cargo , y vuelua en buen punto , que yo no faltarè , ninguno , en lo que tocare , à seruirle Leonora mi hija es obediente , y mi muger desſea darme gusto ,

y yo tengo el desſeo , que he dicho , que con estas tres cosas me parece , que puede esperar vueſſa merced buen ſucesso en lo que desſeo. Estas palabras todas me quedaron en la memoria , y en el alma impressas , de tal manera , que no se me han olvidado , ni se me olvidaran , en tanto que la vida me durare : ni la hermosa Leonora , ni su madre me dixeran palabra , ni yo pude , como he dicho , dezir alguna: partime a Berberia , exercitè mi cargo con satisfacion demi Rey dos años , volui a Lisboa , hallè , que la fama , y hermosura de Leonora auia salido ya de los limites de la ciudad , y del Reyno , y estendiose por Castilla , y otras partes , de las quales venian embaxadas de Principes , y señores , que la pretendian por esposa: pero como ella tenia la voluntad tan sugeta á la de sus padres , no miraua , si era , ò no solicitada. En fin viendo yo passado el termino de los dos años , volui a suplicar a su padre , me la diessè por esposa:

Ay de mi, que no es possible, que me detenga en estas circunstancias! porque a las puer-
tas de mi vida está llamando la muerte, y temo, que no me ha de dar espacio, para contar mis desventuras, que si así fuesse, no las tendria yo por tales: finalmente vn dia me auisaron, que para vn Domingo venidero me entregarian a mi desseada Leonora, cuya nueua faltò poco, para no quitarme la vida de contento, combidè a mis parientes, llamé a mis amigos, hize galas, embiè presentes, con todos los requisitos que pudiesen mostrar, ser yo el que me casaua, y Leonora la que auia de ser mi esposa. Llegose este dia, y yo fuy acompañado de todo lo mejor de la ciudad à vn Monasterio de monjas, que se llama de la Madre de Dios, a donde me dixeron, que mi esposa desde el dia de antes me esperaua, que auia sido su gusto, que en aquel Monasterio se celebrasse su desposorio, con licencia del Arçobispo de la ciudad: de-

tuouosse algun tanto el lastimado. Cauallero, como para tomar aliento de proseguir su platica, y luego dixo: Lleguè al Monasterio; que Real y pomposamente estaua adornado: salieron à recibirme casi toda la gente principal del Reyno, que alli aguardandome estaua con infinitas señoras de la ciudad, de las mas principales, hundiafe el Templo de musica, assi de voces, como de instrumentos, y en esto salio por la puerta del claustro la fin-
par Leonora, acompañada de la Priora, y de otras muchas monjas vestida de raso blanco acuchillado con saya entera à lo Castellano, tomadas las cuchilladas con ricas y grueltas perlas, venia forrada la saya en tela de oro verde, traía los cabellos fultos por las espaldas tan rubios, que deslumbrauan los del sol, y tan luengos, que casi besauan la tierra: la cintura, collar, y anillos que traía, opiniones huno, que valian vn Reyno, torno a dezir, que

salio tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente com puesta, y a dornada, que causò inuidia en las mugeres, y admiracion en los hombres: de mi se dezir, que quedè tal con su vista, que me hallè indigno de merecerla, por parecer me, que la agrauiaua, aunque yo fuera el Emperador del mundo. Estaua hecho vn modo de teatro en mitad del cuerpo de la Iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachasse, se auia de celebrar nuestro desposorio, subio en el primero la hermosa donzella, donde al descubierto mostrò su gallardia, y gentileza. Parecio a todos los ojos, que la mirauan, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia (o lo que dizen las antiguas fabulas) que parecia la casta Diana en los bosques, y algunos, creo, que huuo tan discretos, que no la acertaron a comparar sino a si misma: suby yo al teatro, pensando, que subia a mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostracion de adorarla. Al-

çose vna voz en el Templo, procedida de otras muchas, que dezia: Viuid felices y luegos años en el mundo, ò dichosos, y bellissimos amantes, coronen presto hermosissimos hijos vuestra mesa, y a largo andar, se dilate vuestro amor en vuestros nietos, no sepan los rabiosos zelos, ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos, rindase la inuidia a vuestros pies, y la buena fortuna no acierte a salir de vuestra casa. Todas estas razones, y deprecaciones santas me colmauan el alma de contento, viendo, con que gusto general lleuaua el pueblo mi ventura: en esto la hermosa Leonora me tomò por la mano, y assi en pie como estamos, alçando vn poco la voz, me dixo: Bien sabeys, señor Manuel de Sofa, como mi padre os dio palabra, que no dispondria de mi persona en dos años, que se auian de contar desde el dia, que me pedistes, fuesse yo vuestra esposa, y tambien, si mal no me acuerdo, os dixè yo, viendome acoffada

de vuestra sollicitud, y obligada de los infinitos beneficios, que me aueys hecho mas por vuestra cortesía, que por mis merecimientos, que yo no tomara otro esposo en la tierra, sino a vos, esta palabra mi padre os la ha cumplido, como aueys visto, y yo os quiero cumplir la mia, como vereys, y assi porque se, que los engaños, aunque sean honrosos, y prouechosos, tienen vn no se que de traycion, quando se dilatan, y entretienen, quiero, del que os parecera, que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo viuo, puedo casarme con otro, yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por vno del cielo, que es Iesu Christo Dios, y hombre verdadero, el es mi esposo, a el le di la palabra primero que a vos, a el sin engaño, y de toda mi voluntad, y a vos con dissimulacion, y sin firmeza alguna, yo confieso, que para escoger esposo en la tier-

ra, ninguno os pudiera yguallar, pero auriendole de escoger en el cielo, quien como Dios? si esto os parece traycion, ò descomedido trato, dadme la pena que quisieredes, y el nombre que se os antojare, que no aura muerte, promessa, o amenaza, que me aparte del crucificado esposo mio. Callò, y al mismo punto la Priora, y las otras monjas començaron a desnudarla, y a cortarle la preciosa madexa de sus cabellos: yo enmudeci, y por no dar muestra de flaqueza, tuue cuenta, con reprimir las lagrimas, que me venian a los ojos, y hincandome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerza le besè la mano, y ella Christianamente compasiua me hechò los braços al cuello, alçame en pie, y alçando la voz de modo, que todos me oyessen, dixè: *Maria optimam partem elegit*: y diziendo esto me baxè del teatro, y acompañado de mis amigos me bolui a mi casa, adonde yendo, y viniendo con la imaginacion en este

estranño suceso , vine casi a perder el juyzio, y aora por la misma causa vengo a perder la vida, y dando vn gran suspiro, se le salio el alma , y dio consigo en el suelo.

CAPITULO

O N Z E N O.

Del Primer Libro.

A Cudio con presteza Periandro , a verle, y hallò, que auia espirado de todo punto , dexando a todos confusos , y admirados del triste y no imaginado suceso. Con este sueño dixo a esta sazón Auristela , se ha escusado este Cauallero de contarnos, que le sucedio en la pasada noche, los trances por dõ de vino a tan desastrado término, y a la prision de los barbaros, que sin duda deuián de ser casos tan desesperados, como peregrinos. A lo que añadió el barbaro Antonio: Por

marauilla ay desdichado solo, que lo sea en sus desventuras, compañeros tienen las desgracias, y por aqui, o por alli siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser , quando acabata con la vida , del que las padecieron luego orden de enterralle, como mejor pudierõ, siruiole de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieue, y de Cruz, la que le hallaron en el pecho en vn escapulario , que era la de Christus, por ser Cauallero de su Habito, y no fuera menester, hallarle esta honrosa señal para enterarse de su nobleza , pues las auian dado bien claras su graue presencia , y razonar discreto. No faltaron lagrimas , que le acompañassen, porque la compassion hizo su officio , y las sacò de todos los ojos de los circunstantes : amanecio en esto , voluieron las varcas al agua, pareciendoles , que el mar les esperaua sossegado, y blando, y entre tristes y alegres, entre temor y esperança siguieron su camino , sin

lleuar

Lleuar parte cierta, a donde en caminalle. Estan todos aquellos mares casi cubiertos de islas, todas, ò las mas despo- bladas, y las que tienen gente es rustica, y medio barbara de poca vrbaniidad, y de coraçones duros, è insolentes, y con todo esto desseaun topar alguna, que los acogiesse, por- que imaginauan, que no podía ser tan crueles sus moradores, que no lo fuesen mas las mon- tañas de nieue, y los duros y asperos riscos, de las que atras dexauan. Diez dias mas naue- garon, sin tomar puerto, playa ò abrigo alguno, dexando a entrambas partes diestra, y si- niestra islas pequeñas, que no prometian estar pobladas de gente: Puesta la mira en vna gran montaña, que a la vista se les ofrecia, y pugnauan con todas sus fuerças llegar a ella, con la mayor breuedad que pudiesen, porque ya sus var- cas hazian agua, y los basti- mentos, á mas andar, yuan fal- tando: en fin mas con la ayu- da del cielo, como se deue cre- er, que con las de sus braços lle-

garon a la desseaada isla, y vie- ron andar dos personas por la marina, a quien con grandes voces preguntò Tranfila, que tierra era aquella, quien la go- uernaua, y si era de Christia- nos Catolicos. Respondieron le en lengua, que el entendio, que aquella isla se llamaua Go- landia, y que era de Catholi- cos, puesto que estaua despo- blada, por ser tan poca la gen- te que tenia, que no ocupaua mas de vna casa, que seruia de meson a la gente que llegaua a vn puerto, que detras de vn peñon, que señalò con la ma- no, y si vosotros, quien quiera que seais, quereis repararos de algunas faltas, seguidnos con la vista, que nosotros os pon- dremos en el puerto. Dieron gracias à Dios los de las var- cas, y siguieron por la mar, a los que los guiauan por la tie- rra, y al volver del peñon, que les auian señalado, vie- ron vn abrigo, que podia llamarse puerto, y en el haf- ta diez, ò doze vaxeles, de- llos chichos, dellos medianos, y dellos grandes, y fue gran-

de la alegría , que de verlos recibieron , pues les daua esperança , de mudar de nauios , y seguridad de caminar con certeza a otras partes . Llegaron a tierra , fallieron assi gente de los nauios como del meson , à recibirles , saltò en tierra en ombros de Periandro , y de los dos barbaros padre , è hijo la hermosa Auristela , vestida con el vestido , y adorno , con que fue Periandro vendido a los barbaros por Arnaldo . Salio con ella la gallarda Transila , y la bella barbara Constança con Riela su madre , y todos los demas de las barcas acompañaron este esquadron gallardo . De tal manera causò admiracion , espanto , y asombro la bellissima esquadra en los de la mar , y la tierra , que todos se postraron en el suelo , y dieron muestras de adorar a Auristela , mirauanla callando , y con tanto respeto , que no acertauan a mouer las lenguas , por no ocuparse en otra cosa , que en mirar . La hermosa Transila , como ya auia hecho esperiencia , de que entendian su lengua , fue la primera , que rompio el silencio , diziendoles : A vuestro hospedage nos ha traydo la nuestra , hasta oy , contraria fortuna , en nuestro trage , y en nuestra mansedumbre echa reys de ver , que antes buscamos paz que guerra , porque no hazen batalla las mugeres , ni los varones afligidos : acogednos , señores , en vuestro hospedage , y en vuestros nauios , que las barcas que aqui nos han conduxido , aqui dexan el atreuimiento , y la voluntad de tornar otra vez a entregarse a la inestabilidad del mar , si aqui se cambia por oro , ò por plata lo necessario que se busca , con facilidad y abundancia sereys recompensados , de lo que nos diereis , que por subidos precios que lo vendays , lo recibiremos , como si fuesse dado . Vno (milagro extraño) que parecia ser de la gente de los nauios en lengua Española respondió : De corto entendimiento fuera , hermosa señora ,

ñora, el que dudára la verdad que dizes, que puesto que la mentira se disimula, y el daño se disfraça con la máscara de la verdad, y del bien, no es possible, que aya tenido lugar de acogerse a tan gran belleza como la vuestra. El patron deste hospedage es cortesissimo, y todos los destas naues ni mas ni menos, mirad, si os dà mas gusto, bolueros a ellas, ó entrar en el hospedage, que en ellas, y en el fereys recibidos, y tratados, como vuestra presencia merece. Entonces viendo el barbero Antonio, o oyendo, por mejor dezir, hablar su lengua, dixo: Pues el cielo nos ha traydo a parte, que suene en mis oydos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias, vamos, señores, al hospedage, y en reposando algun tanto, daremos orden, en boluer a nuestro camino, con mas seguridad, que la que hasta aqui hemos traydo. En esto vn grumete que estava en lo alto de vna gavia, dixo a vo-

zes en lengua Inglessa: Vn nauio se descubre, que con tendidas velas, y mar, y viento en popa viene la buelta deste abrigo. Alborotaronse todos, y en el mismo lugar, donde estauan, sin mouerse vn paso, se pusieron a esperar el baxel, que tan cerca se descubria, y quando estuuo junto, vieron, que las hinchadas velas las atrauessauan vnas Cruces roxas, y conocieron, que en vna vandera que traya en el peñolo de la mayor gavia, venian pintadas las armas de Inglaterra, disparò, en llegando dos pieças de gruesa artilleria, y luego hasta obra de veynte arcabuzes: de la tierra les fue hecha señal de paz,

y de alegres voces, porque

no tenían artilleria,

con que res-

ponder-

le.



CAPITULO

DOZE.

Del primer libro: Donde se cuenta, de que parte, y quien eran los que venian en el nauia.

HEcha como se ha dicho, la salua de entrábas partes, assi del nauio como de la tierra, al momento echaron ancoras los de la naue, y arrojaron el esquife al agua, en el qual el primero que saltò, despues de quatro marineros, que le adornaron con tapetes, y assieron de los remos, fue vn anciano varon, al parecer, de edad de sesenta años, vestido de vna ropa de terciopelo negro, q̄ le llegana a los pies forrada en felpa negra, y ceñida con vna de las que llaman colonias de seda, en la cabeza traia vn sombrero alto y puntiagudo, assi mismo, al parecer, de felpa. Tras el baxò al esquife vn gallardo, y brioso mancebo, de poco mas edad de veynte y quatro años, ves-

tido a lo marinero de terciopelo negro, vna espadadora en las manos, y vna daga en la cinta: luego como si los arrojaron, echaron de la naue al esquife vn hombre lleno de cadenas, y vna muger con el renada y presa con las cadenas mismas, el de hasta quarenta años de edad, y ella de mas de cinquenta: el brioso, y despechado, y ella malencolica, y triste: impelierò el esquife los marineros: en vn instante llegaron a tierra a donde en sus ombros, y en los de otros soldados arcabuzeros, q̄ en el varco venian, sacaron a tierra al viejo, y al moço, y a los dos prisioneros. Transila, que como los demas auia estado atentissima, mirando los que en el esquife venian, voluiédose à Auristela, le dixo: Por tu vida señora que me cubras el rostro con esse velo, que traes atado al brazo, porq̄, ò yo tengo poco conocimiento, ò son algunos de los que vienen en este varco, personas que yo conozco, y me conocen: hizolo assi Auristela, y en esto llegó los

de la varca, á jutarfe con ellos, y todos se hizieron bien criados recibimientos; fuefe derecho el áciano de la felpa a Tráfila, diziendo: Si mi ciécia no me engaña, y la fortuna no me des fauorece, prospera aura fido la mia con este hallazgo, y diziendo, y haziendo, alçò el velo del rostro de Transila, y se quedò desmayado é sus brazos, que ella se los ofrecio, y se los puso, porque no diessè en tierra. Sin duda se püede creer que este caso de tãta nouedad, y tan no esperado, puso en admiracion a los circunstantes, y mas quando le oyerò dezir a Transila: O padre de mi alma, que venida es esta, quien trae à vuestras venerables canas, y á vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la ueltra? Quien le ha de traer dixo a esta sazón el brioso mancebo, sino el buscar la ventura, q̄ sin vos le faltaua? el, y yo, dulcissima señora, y esposa mia, venimos buscando el Norte, q̄ nos ha de guiar, adonde hallamos el puerto de nuestro descanso, pero pues ya, gracias seã

dadas a los cielos, le auemos hallado, haz, señora, que buelua en si tu padre Mauricio, y consiente, que de su alegría reciba yo parte, recibiendo a el como a padre, y ami como a tu legitimo esposo. Voluio en sí Mauricio, y sucediole en su del mayo Transila: acudio Aurifetela á su remedio, pero no osò llegar a ella La dislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro, q̄ a Transila se le deuia, pero como los desmayos que suceden de alegres y no pensados a contecimientos, ò quitan la vida en vn instante, ò no duran mucho, fue pequeño espacio el, en que estuuo Transila desmayada. El dueño de aquel mesón, ò hospedage dixo: Venid, señores todos, adonde con mas comodidad, y menos frio, del q̄ aqui haze, os deis cuèta de vuestros sucessos, tomaron su consejo, y fueronse al meson, y hallaron, que era capaz, de alojar vna flota. Los dos en cadenados se fueron por su pie, ayudandoles a llenar sus hierros los arcabuzeros, q̄ como

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

en guarda con ellos venian: acudieron a sus naues algunos, y con tanta priesa como buena voluntad truxeron dellas los regalos, que tenian, hizose lumbre, pusieronse las mesas, y sin tratar entonces de otra cosa, fatisfizieron todos la hambre mas con muchos generos de pescados, que con carnes, porque no siruio otra que la de muchos pajaros, que se crian en aquellas partes de tan estraña manera, que por ser rara, y peregrina, me obliga, a que aqui la cunte. Hincanse vnos palos en la orilla de la mar, y entre los escollos, donde las aguas llegan, los quales palos de alli a poco tiempo todo aquello que cubre el agua, se conuierte en dura piedra, y lo que queda fuera del agua, se pudre, y se corrompe, de cuya corrupcion se engendra vn pequeño pajarillo, que volando a la tierra se haze grande, y tan sabroso de comer, que es vno de los mejores manjares, que se vsan: y donde ay mas abundancia dellos, es en las pro-

uincias de Ybernia, y de Irlanda, el qual paxaro se llama Barnaclas. El desseo que tenian todos, de saber los sucesos de los rezien llegados, les hazia parecer larga la comida, la qual acabada, el anciano Mauricio dio vna gran palmada en la mesa, como dando señal de pedir, que con atencion le escuchassen: enmudecieron todos, y el silencio les sellò los labios, y la curiosidad les abrio los oydos, viendo lo qual Mauricio soltò la voz en tales razones: En vna isla, de siete que estan circunuezinadas a la de Ybernia, nací yo, y tuuo principio mi linage tan antiguo bien, como aquel, que es de los Mauricios, que en dezir este apellido, le encarezco, todo lo que puedo, soy Christiano Catholico, y no de aquellos que andan, mendigando la fè verdadera entre opiniones, mis padres me criaron en los estudios, assi de las armas, como de las letras (si se puede dezir que las armas se estudian) he sido aficionado a la ciència dela

Astrologia judiciaria , en la qual he alcançado famoso nōbre, caseme, en teniendo edad, para tomar estado con vna hermosa, y principal muger de mi ciudad, de la qual tuue esta hija, que esta aqui presente, segui las costumbres de mi patria, alomenos en quanto a las que parecian ser niueladas con la razon, y en las que no con apariencias fingidas mostraua seguir las, que tal vez la dissimulacion es prouechosa, crecio esta muchacha á mi sombra, porque le faltò la de su madre, a dos años despues de nacida, y a mi me faltò el arrimo de mi vejez, y me sobró el cuydado de criar la hija, y por tal ir del que es carga dificil de llevar de cansados, y ancianos ombros, en llegando a casi edad, de darle esposo, en que le diessse arrimo, y compania, lo puse en efeto, y el que le escogi, fue este gallardo mancebo, que tengo a mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado, y aun conue-

niente, que los padres casen a sus hijas con su beneplacito, y gusto, pues no les dan compania por vn dia, sino por todos aquellos, que les durare la vida, y de no hazer esto anfi se han seguido, figuen, y seguiran millares de inconuenientes, que los mas suelen parar en defastrados sucesos, es pues de saber, que en mi patria ay vna costumbre, entre muchas malas la peor de todas, y es, que concertado el matrimonio, y llegado el dia de la boda en vna casa principal, para esto diputada, se juntan los nouios, y sus hermanos, si los tienen, con todos los parientes mas cercanos de entrambas partes, y con ellos el Regimiēto de la ciudad, los vnos para testigos, y los otros para verdugos, que assi los puedo, y deuo llamar. Está esperando la desposada a que entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus parientes mas cercanos, de vno en vno a hazer algunas experiencias della: costumbre barbara, y maldita, que va contra to-

das las leyes de la honestidad, y del buen decoro: porque la honestidad siempre anda acompañada con la verguença, y la verguença con la honestidad, y si la vna, ô la otra comiençan a desmoronarse, y à perderse, todo el edificio de la hermosura dara en tierra, y sera tenido en precio baxo, y asqueroso. Muchas vezes auia yo inuentado, de persuadir a mi pueblo, dexasse esta prodigiosa costumbre, pero apenas lo intentaua, quádo se me daua en la boca con mil amenazas de muerte, donde vine a verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se diz; Que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarle se siente como la muerte. Finalmente mi hija se encerrò en el retrainiento dicho, y quando queria ya entrar vn hermano de su esposo, veis aqui, donde veo salir con vna lança terciada en las manos a la gran sala, donde toda la gente estaua, a Transila hermosa como el sol, braua como vna leona, y ayrada co-

mo vna tigre.

Aqui llegaua de su historia el Anciano Mauricio, escuchandole todos con la atencion possible, quando reuistiendose a Transila el mismo espiritu que tuuo, al tiempo que se vio en el mismo acto, y ocasion, que su padre contaua, leuantandose en pie, con lengua a quien suele turbar la colera, con el rostro hecho brasa, y los ojos fuego, en efeto con ademan que la pudiera hazer menos hermosa, si es, que los accidentes tienen fuerças de menoscabar las grandes hermosuras, quitandole a su padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente capitulo.

CAPITULO

T R E Z E.

Donde Transila prosigue la historia, a quien su padre dio principio.

S Ali, dixo Transila como mi padre hadicho, a la gran sala,

fala, y mirando a todas partes, en alta, y colerica voz dixè: Hazeos adelante vosotros, a aquellos cuyas deshonestas, y barbaras costumbres van, contra las que guarda qualquier bien ordenada Republica. Vosotros, digo, mas lasciuos que curiosos. Veisme aqui, gente mal perdida, y peor aconsejada, venid, que la razon puesta en la punta desta lança defendera mi partido, y quitara las fuerças a vuestros malos costumbres. Y en diziendo esto, saltè en mitad de la turba, y rompiendo por ella, sali a la calle, acompañada de mi mismo enojo, y lleguè a la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hize en vno, me arrojè en vn pequeño varco, que sin duda me deparò el cielo, assiendo de dos pequeños remos, me alarguè de la tierra, todo lo que pude: pero viendo, que se dauan priessa, a seguirme en otros muchos varcos, mas bien parados, y de mayores fuerças impelidos, y que no era possible escaparme, solte los

remos, y volui a tomar mi lança, con intencion de esperarles, y dexar lleuarme a su poder, sino perdiendo la vida, véngando primero, en quiè pudiefse, mi agrauio. Vueluo a dezir otra vez, que el cielo cómoviéndose de mi desgracia, auiuò el viêto, y lleuò el varco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegò a vna corriente, ò raudal, que le arrebatò como en peso, y le lleuò mas adentro, quitando la esperanza, a los q̄ tras mi veniã, de alcançarme, q̄ no se auenturaron, a entrar en la desenfrenada corriente, q̄ por aquella parte el mar lleuaua. Assi es verdad, dixo a esta sazón su esposo Ladislao, porq̄ como me lleuauas el alma, no pude dexar de seguirte, sobreuino la noche, y perdimos de vista, y aun perdimos la esperança de hallarte viua, sino fuesse en las léguas de la fama q̄ desde aq̄l p̄to tomò a su cargo el celebrar tal hazã por siglos eternos. Es pues el caso, prosiguió Transila, que aquella noche vn viento, que de la mar soplaua,

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

me truxo a la tierra, y en la marina hallè vnos pescadores, que benignamente me recogieron, y aluergaron, y aun me ofrecieron marido, sino le tenia: pero la codicia humana que reyna, y tiene su señorío aun entre las peñas, y riscos del mar, y en los coraçones duros, y campestres, se entrò aquella noche en los pechos de aquellos rusticos pescadores, y acordaron entre sí, que pues de todos era la presa, que en mí tenían, y que no podia ser diuidida en partes, para poder repartirme, que me vendieffen a vnos cossarios, que aquella tarde auian descubierto no lexos de sus pesquerias, bien pudiera yo ofrecerles mayor precio, del que ellos pudieran pedir a los cossarios, pero no quise tomar ocasion, de recibir bien alguno de ninguno de mi barbara patria, y assi al amanecer, auiendo llegado allí los piratas, me vendieron, no se por quanto, auendome primero despojado de las joyas que lleuaua de desposada: lo que se dezir, es, que me trata-

ron los cossarios con mejor termino, que mis ciudadanos, y me dixeron; que no fuesse malencolica, porque no me lleuauan, para ser esclaua, sino para esperar ser Reyna, y aun señora de todo el vniuerso, si ya no mentian ciertos adeuinos de los barbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaua por el mundo. De como llegué, del recibimiento, que los barbaros me hizieron, de como aprendi su lengua, en este tiempo, que ha que falté de vuestra presencia, de sus ritos, y ceremonias, y costumbres, del vano assumpto de sus adeuinos, y del hallazgo de estos señores, con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrafada, y de nuestra libertad, diré otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar, a que mi padre me diga, que ventura le ha traydo, a darmela tan buena, quando menos la esperaua.

Aqui dio fin Tranfila a su platica, teniendo a todos colgados de la suauidad de su lengua, y admirados del estremo

de su hermosura, que despues de la de Auristela ninguna se le ygualaua. Mauricio su padre entonces dixo: Ya sabes, hermosa Transila querida hija, como mis estudios y exercicios entre otros muchos, gustosos, y loables me lleuaron tras si los de la Astrologia judiciaria, como aquellos que quando aciertan, cumplen el natural desseo, que todos los hombres tienen, no todo lo passado, y presente, sino lo por venir. Viendo te pues perdida, notè el punto, obserué los astros, mirè el aspecto de los planetas, señalè los sitiòs y casas necessarias, para que respondiesse mi trabajo a mi desseo: porque ninguna ciencia en quanto ciencia engaña, el engaño està, en quien no la sabe, principalmente la del Astrologia, por la velocidad de los cielos que se lleua tras si, todas las estrellas, las quales no influyen en este lugar, lo que en aquel, ni en aquel lo que en este: y assi el Astrologo judiciario si acierta alguna vez en sus juyzios, es, por ar-

rimarse a lo mas propable, y a lo mas experimentado, y el mejor Astrologo del mundo, puesto que muchas vezes se engaña, es el demonio, por la ciencia que sabe, y tambien por las premissas, y conjeturas, y como ha tanto tiempo, que tiene experiencia de los casos passados, y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja, a juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendizes desta ciencia, pues hemos de juzgar siempre a tienta, y con poca seguridad, con todo esso coniecture, que tu perdicion no seria largo tiempo, y que te auia de cobrar presto, para remoçar mis canas, y para dár gracias a los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espiritu cō tu presencia, puesto que se, que ha de ser a costa de algunos sobrefaltos, que por la mayor parte las buenas andanças no vienen sin el contrapeso de desdichas, las quales tienen jurisdiccion, y vn modo de licencia, de entrar se por los buenos sucessos, para darnos a en-

tender, que ni el bien es eterno ni el mal durable. Los cie-
los seran seruidos, dixo a esta
fazon Auristela, que auia grã
tiempo que callaua, de darnos
prospero viage, pues nos le
promete tan buen hallazgo.
La muger prisionera, que auia
estado escuchando con gran-
de atencion el razonamiento
de Transila, se puso en pie a
pesar de sus cadenas, y al de la
fuerça que le hazia, para que
no se leuantasse, el que con
ella venia preso, y con voz le-
uantada dixo.

CAPITULO

CATORZE.

*Del primer libro: Donde se de-
clara, quien eran, los que
tan aberrojados ve-
nian.*

SI es, que los afligidos
tienen licencia, para
hablar ante los ven-
turosos, concedaseme a mi
por esta vez, donde la breue-
dad de mis razones templará

el fastidio, que tuvieredes de
escuchallas Has te quejado,
dixo voluiendose a Transila)
señora donzella de la barbara
costumbre de los de tu ciudad
como si lo fuera, aliuia el tra-
bajo a los menesterosos, y qui-
tar la carga a los flacos, si que
no es error (por bueno que sea
vn cauallo) passarle la carre-
ra primero, que se ponga en
el, ni va contra la honestidad
el vso y costumbre, si en el no
se pierde la honra, y se tiene
por acertado, lo que no lo pa-
rece: si que mejor gouernara
el timon de vna naue, el que
huuiere sido marinero, que no
el que sale de las escuelas de la
tierra, para ser piloto: la espe-
riencia en todas las cosas es la
mejor maestra de las artes, y
assi mejor te fuera entrar espe-
riimentada en la compañia de
tu esposo, que rustica, é inculta.
Apenas oyò esta razon vl-
tima, el hombre que consigo
venia atado, quando dixo, po-
niendole el puño cerrado jun-
to al rostro, amenazandola: O
Rosamunda, ò por mejor de-
zir, Rosa inmunda, porque

munda ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo seras en tu vida, si vivieses mas años que los mismos tiempos, y assi no me maravillo, de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato, a que estan obligadas las honradas donzellas. Sabed, señores (mirando a todos los circunstantes) profiguio, que esta muger que aqui veis atada como loca, y libre como atreuida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido con cubina, y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impudicas costumbres ay largas historias, y longuissimas memorias entre todas las gentes del mundo: esta mandò al Rey, y por añadidura a todo el Reyno, puso leyes, quitò leyes, levantò caydos viciosos, y derribò levantados virtuosos, cumplio sus gustos tan torpe, como publicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras, y tan torpes, y tantos sus atreuimientos, que rompiendo los lazos de diamantes,

y las redes de bronze, con que tenia ligado el coraçon del Rey, le mouieron, á apartarla de si, y á menospreciarla en el mismo grado, que la auia tenido en precio: quando esta estaua en la cumbre de su rueda, y tenia assida por la guedexa á la fortuna, viuia yo despechado, y con desseos de mostrar al mundo, quan mal estauan empleados los de mi Rey, y señor natural: tengo vn cierto espiritu satirico, y maldiziente, vna pluma veloz, y vna lengua libre, deleytanme las maliciosas agudezas, y por dezir vna perderrè yo no solo vn amigo, pero cien mil vidas. No me atauan la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizauan amenazas, ni enmendauan castigos: finalmente a entrambos a dos llegò el dia de nuestra vltima paga, a esta mandò el Rey, que nadie en toda la ciudad, ni en todos sus Reynos, y señorios le diese, ni dado, ni por dineros otro algun sustento que pan, y agua, y que a mi

junto con ella nos traxessen a vna de las muchas islas, que por aqui ay, que fuesse despolblada, y aqui nos dexassen, pena que para mi ha sido mas mala, que quitarme la vida: porque la que con ella passo, es peor que la muerte. Mira Clodio, dixo a esta sazón Rosamunda, quan mal me hallo yo en tu compañía, que mil vezes me ha venido al pensamiento, de arrojarme en la profundidad del mar, y si lo he dexado de hazer, es, por no lleuarte conmigo, que si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliviarian las penas. Yo confieso, que mis torpezas han sido muchas, pero han caydo sobre sugeto flaco, y poco discreto, mas las tuyas han cargado sobre varoniles ombros, y sobre discrecion experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia, que vna delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos rebuelue el viento: tu has lastimado mil ajenas honras, has aniquilado illustres creditos, has descubierto

secretos escondidos, y contaminado lina ges claros, has te atreuido a tu Rey, a tus ciudadanos, a tus amigos, y a tus mismos parientes, y en son de dezir gracias, te has desgraciado con todo el mundo, bien quisiera yo, que quisiera el Rey, que en pena de mis delitos acabara con otro genero de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas, que a cada paso me dá tu lengua, de la qual tal vez no estan seguros los cielos, ni los Santos. Con todo esso, dixo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia, de auer dicho alguna mentira. A tener tu conciencia, dixo Rosamunda, de las verdades, que has dicho, tenias harto, de que acusarte, que no todas las verdades han de salir en publico, ni a los ojos de todos. Si, dixo a esta sazón Mauricio, si, que tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto, nadie ha de ser osado de sacarlas en publico, especialmente las de los Reyes, y Principes, que nos

gouernan, si que no toca a vn hombre particular reprehender a su Rey, y señor, ni sembrar en los oydos de sus vassallos las faltas de su Principe? porque esto no sera causa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen, y si la correccion ha de ser fraterna entre todos, porque no ha de gozar deste priuilegio el Principe? porque le han de dezir publicamente, y en el rostro sus defetos, que tal vez la reprehension publica, y mal considerada suele endurecer la cõdicion, del que la recibe, y boluerle antes pertinaz que blando: y como es forçoso, que la reprehension caiga sobre culpas verdaderas, ò imaginadas, nadie quiere, que le reprehendan en publico, y assi dignamente los satiricos, los maldizientes, los mal intencionados son desterrados, y echados de sus casas sin honra, y con vituperio, sin que les quede otra alabança, que llamarse agudos sobre bellacos, y bellacos sobre agudos, y es como lo que suele

dezirse: La traycion contenta, pero el traydor enfada; y ay mas, que las honras que se quitan por escrito, como buellan, y passan de gente en gente, no se pueden reduzir a restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados. Todo lo sé, respondió Clodio, pero si quieren, que no hable, ò escriua, cortenme la lengua, y las manos, y aun entonces pondré la boca en las entrañas de la tierra, y daré voces, como pudiere, y tendré esperança, que de alli salgan las cañas del Rey Midas. Aora bien, dixo a esta razon Ladislao, haganse estas pazes, casemos a Rosamunda con Clodio, quiça con la bendicion del sacramento del matrimonio, y con la discrecion de entrambos, mudando de estado, mudaran de vida. Aun bien, dixo Rosamunda, que tengo aqui vn cuchillo, con que podré hazer vna, o dos puertas en mi pecho, por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo auer oydo este tan desaf-

trado, y desatinado casamiento. Yo no me mataré, dixo Clodio, porque aunque soy murmurador, y mal diziente, el gusto que recibo de dezir mal, quando lo digo bien, es, tal, que quiero viuir, porque quiero dezir mal, verdad es, que pienso guardar la cara á los Principes, porque ellos tienen largos braços, y alcançan, a donde quieren, y á quien quieren, y ya la esperiencia me ha mostrado, que no es bien, ofender a los poderosos, y la caridad Christiana enseña, que por el Principe bueno se ha de rogar al cielo por su vida, y por su salud, y por el malo, que le mejore, y enmiende. Quien todo esso sabe, dixo el barbero Antonio, cerca está de enmendarse, no ay peccado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre, ò quite del todo: la lengua maldiziente es como espada de dos filos, que corta hasta los huesos, ò como rayo del cielo, que sin romper la

vayna, rompe, y desmenuza el azero, que cubre, y aunque las conuersaciones, y entretenimientos se hazen sabrosos con la sal de la murmuracion, todavia suelen tener los dexos las mas vezes amargos, y desabridos: es tan ligera la lengua como el pensamiento, y si son malas las preñezes de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua, y como sean las palabras como las piedras, que se sueltan de la mano, que no se pueden reuocar, ni voluer a la parte, donde salieron, hasta que han hecho su efeto, pocas vezes el arrepentirse de auerlas dicho, menoscaba la culpa, del que las dixo, aunque ya tengo dicho, que vn buen arrepentimiento es la mejor medicina, q̄ tienen las enfermedades del alma.

(?)

CAPITULO

QUINZE.

*Del primer libro desta gran
de historia.*

EN esto estauan, quando entrò vn marinero en el hospedage, diciendo a voces: Vn vaxel gran de viene con las velas tendidas encaminado a este puerto, y hasta agora no he descubierto señal, que me de a entender, de que parte sea. Apenas dixo esto, quando llegó a sus oydos el fon horrible de muchas piezas de artilleria, que el vaxel disparò al entrar del puerto, todas limpias, y sin bala alguna, señal de paz, y no de guerra: de la misma manera le respondió el vaxel de Mauricio, y toda la arcabuzeria de los soldados, que en el venian. Al momento todos los que estauan en el hospedage, salieron a la marina, y en viendo Periandro el vaxel rezien llegado conòcio, ser

el de Arnaldo Principe de Dinamarca, de que no recibio contento alguno, antes se le rebolieron las entrañas, y el coraçon le començò a dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes, y sobrefaltos recibio en el suyo Auristela, como aquella, que por larga experiencia sabia la voluntad, que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su coraçon, a pensar, como podria ser, que las voluntades de Arnaldo, y Periandro se auiniesen bien, sin que la rigurosa, y desesperada flecha de los zelos no les atrauessasse las almas. Ya estaua Arnaldo en el esquife de la naue, y ya llegaua à la orilla, quando se adelantò Periandro, a recebille, pero Auristela no se mouio del lugar, dõ de primero puso el pie, y aunque quisiera, que allí se le hincaran en el suelo, y se voluieran en torzidas rayzes, como se voluieron los de la hija de Peneo, quando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo que vio à Periandro, le conocio, y sin esperar, que los suyos le

facassen en ombros a tierra, de vn salto que dio desde la popa del esquife, se puso en ella, y en los braços de Periandro, que con ellos abiertos le recibio, y Arnaldo le dixo: Si yo fuesse tan venturoso, amigo Periandro, que contigo hallasse a tu hermana Auristela, ni tendria mal, que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo está, valeroso señor, respondió Periandro, que los cielos, atentos a fauorecer tus virtuosos, y honestos pensamientos, te la han guardado, con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se auia comunicado por la nueva gente, y por la que en la tierra estava, quien era el Principe, que en la naue venia: y todavia estava Auristela como estatua, sin voz, inmouible, y junto a ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer, barbas, Riela, y Constança: llegò Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela le dixo: Seas bien hallada Norte, por donde se guian mis honestos

pensamientos, y estrella fixa, que me lleua al puerto, donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondió palabra Auristela, antes le vinieron las lagrimas a los ojos, que comenzaron a bañar sus rosadas mejillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar, ò de alegria podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro que todo lo notaua, y en qualquier mouimiento de Auristela tenia puesto los ojos facò a Arnaldo de duda, diciendole: señor el silencio, y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion, y de gusto: la admiracion, del verte en parte tan no esperada, y las lagrimas del gusto de auerte visto: ella es agradecida, como lo deuen ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones, en que la has puesto, de seruirte, con las mercedes, y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fueronse cò esto al hospedage, boluieron a colmarse las mesas de manja-

res, llenaronse de regozijo los pechos, porque se llenaron las taças de generosos vinos, que quando se trafiegan por la mar de vn cabo a otro, se mejoran de manera, que no ay nectar, que se les yguale. Esta segunda comida se hizo por respeto del Principe Arnaldo, contò Periandro al Principe, lo que le sucedio en la isla Barbara, con la libertad de Auristela, con todos los sucessos, y puntos, que hasta aqui se han contado, con que se suspendio Arnaldo, y de nuevo se alegraron, y admiraron todos los presentes.

CAPITULO DIEZYSSEIS.

*Del primer libro de Persiles,
y Sigismunda.*

EN esto el patron del hospedage dixo: No se, si diga, que me pesa de la bonança que prometen en el mar las señales del cielo, el sol se pone claro y limpio, cerca, ni lexos no se descubre zelage

alguno, las olas hiéren la tierra blanda, y suaueméte, y las aues salen al mar, a espaciarse, que todos estos son indicios de serenidad firme y duradera, cosa que ha de obligar, a que me de xen solo tan honrados huespedes, como la fortuna a mi hospedage ha traydo. Assi sera, dixó Mauricio, que puesto que vuestra noble compañía se ha de tener por agradable, y cara el desseo de boluer a nuestras patrias no consiente, que mucho tiempo la gozemos: de mi se dezir, que esta noche ala primera guarda me pienso hazer a la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto, y el de estos señores soldados que en el nauio viené. A lo que añadió Arnaldo: Siempre la perdida del tiempo no se puede cobrar, y la q se pierde en la nauegación, es irremediable: en efeto entre todos los q en el puerto estauã quedò de acuerdo, que en aquella noche fuesen de partida la buelta de Inglaterra, a quié todos yuan encaminados. Leuãtòse Arnaldo de la mesa, y afiendiendo de la mano a Periandro

le sacò fuera del hospedage, donde a solas, y sin ser oydo de nadie, le dixo: No es possible, Perian dro amigo, fino que tu hermana Auristela te aura dicho la voluntad, que en dos años que estuuo en poder del Rey mi padre, le mostrè tan ajustada con sus honestos deseos, que jamas me salieron palabras a la boca, que pudiesen turbar sus castos intentos, nunca quise saber mas de su hazieda, de aquello que ella quiso dezirme, pintandola en mi imaginacion, no como persona ordinaria, y debaxo estado, fino como a Reyna de todo el mundo, porque su honestidad, su grauedad, su discrecion tan en extremo estremada no me daua lugar, a que otra cosa pensasse, mil vezes me le ofreci por su esposo, y esto con voluntad de mi padre, y aun me parecia, que era corto mi ofrecimiento, respondiome siempre, que hasta verse en la ciudad de Roma, adonde yua, á cumplir vn voto no podia disponer de su persona, jamas me quiso dezir su calidad, ni la de

sus padres, ni yo, como ya he dicho, le importunè, me la dixesse, pues ella sola por si misma, sin que trayga de pendencia de otra alguna nobleza, merece, no solamente la Corona de Dinamarca, fino de toda la Monarquia de la tierra. Todo esto te he dicho, Perian dro, para que como varon de discurso, y entendimiento consideres, que no es muy baxa la ventura, que está llamando a las puertas de tu conuodidad, y la de tu hermana, a quien desde aqui me ofrezco por su esposo, y prometo de cumplir este ofrecimiento, quando ella quisiere, y a donde quisiere, aqui debaxo destes pobres techos, ò en los dorados de la famosa Roma, y assi mismo te ofrezco, de contenerme en los limites de la honestidad, y buè decoro, si bien viesse confirmarme en los ahincos, y deseos que trae consigo la concupiscencia desenfrenada, y la esperança propinqua, que suele fatigar mas que la apartada. Aqui dio fin a su platica Arnaldo, y estuuo atentissimo,

a lo que Periandro auia de responderle, que fue: Bien conozco, valeroso Principe Arnaldo, la obligacion, en que yo, y mi hermana te estamos, por las mercedes, que hasta aqui nos has hecho, y por la que agora de nueuo nos hazes: a mi, por ofrecerte por mi hermano, y à ella, por esposo; pero aunque parezca locura, que dos miserables peregrinos desterrados de su patria no admitan luego luego, el bien que se les ofrece, te sé dezir, no ser possible el recibirle, como es possible, el agradecerle: mi hermana, y yo vamos lleuados del destino, y de la eleccion a la santa ciudad de Roma, y hasta vernos en ella, parece, que no tenemos ser alguno, ni libertad, para vsar de nuestro aluedrio, si el cielo nos lleuare a pisar la santissima tierra, y adorar sus reliquias santas, quedaremos en disposicion de disponer de nuestras, hasta agora impedidas, voluntades, y entonces sera la miã toda empleada, en seruirte: sé te

dezir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen desseo, llegarás a tener vna esposa de ilustrissimo linage nacida, y vn hermano, que lo sea mejor, que cuñado, y entre las muchas mercedes que entrambos a dos hemos recebido, te suplico, me hagas a mi vna, y es, que no me preguntes mas de nuestra hazienda, y de nuestra vida, porque no me obligues, a que sea mentiroso, inuentando quimeras, que dezirte, mentirosas, y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mi, respondió Arnaldo hermano mio, a toda tu voluntad, y gusto haziendo cuenta, que yo soy cera, y tu el sello, que has de imprimir en mi, lo que quisieres, y si te parece, sea nuestra partida esta noche a Inglaterra, que de alli facilmente passaremos a Francia, y à Roma, en cuyo viage, y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si dello gustaredes. Aunque le pesò a Periandro deste vltimo ofrecimiento, le admitio, *esperado*

Hist de Persiles, y Sigismunda.

esperando en el tiempo, y en la dilacion, que tal vez mejora los sucessos, y abraçandose los dos cuñados en esperança, se boluieron al hospedage, a dar traça en su partida. Auia visto Auristela, como Arnaldo, y Perianandro auian salido juntos, y estaua temerosa del fin, que podia tener el de su platica: y puesto que conocia la modestia en el Principe Arnaldo, y la mucha discrecion de Perianandro, mil generos de temores la sobrealteauan, pareciendole, que como el amor de Arnaldo y gualaua a su poder, podia remitir á la fuerça sus ruegos, que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se cõuiente la paciencia en rabia, y la cortesia en descomedimiento, pero quando los vio venir tan soffogados, y pacificos, cobrò casi los perdidos espíritus. Clodio el maldiziente que ya auia sabido, quien era Arnaldo, se le echò a los pies, y le suplicò, le mandasse quitar la cadena, y apartar de la compañía de Rosamunda. Mauricio le contò luego la condi-

cion, la culpa, y la pena de Clodio, y la de Rosamunda, mouido a compassion dellos, hizo por vn Capitan, que los trahia a su cargo, que los desherrassen, y se los entregassen, que el tomaua a su cargo, alcançarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo qual el maldiziente Clodio, dixo: Si todos los señores se ocupassen en hazer buenas obras, no auria, quien se ocupasse en dezir mal dellos, pero porque ha de esperar, el que obra mal, que digan bien del? y si las obras virtuosas, y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, porque no lo seran las malas? porque ha de esperar, el que siembra zizaña, y maldad, dè buen fruto su cosecha? Lléuame contigo, ò Principe, y veras, como pongo sobre el cerco de la Luna tus alabanças. No, no, respondió Arnaldo, no quiero, que me alabes, por las obras que en mi son naturales: y mas que la alabança tanto es buena, quanto es bueno, el que la dize, y

tanto es mala, quanto es vicioso y malo, el que alaba, que si la alabança es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabança, y si vicioso, vituperio.

CAPITULO

DIEZ Y SIETE.

Del primer libro: Da cuenta Arnaldo del suceso de Taurisa.

COn gran desseo estaua Auristela, de saber, lo que Arnaldo, y Periandro passaron en la platica, que tuuieron fuera del hospedage, y aguardaua comodidad, para preguntarselo a Periandro, y para saber de Arnaldo, que se auia hecho su donzella Taurisa, y como si Arnaldo le aduinaua los pensamientos, le dixo: Las desgracias que has passado, hermosa Auristela, te auran lleuado de la memoria, las que tenias en obligacion de acordarte dellas, entre las

quales querria, que huuiesse borrado de ella a mi mismo, que con sola la imaginacion de pensar, que algun tiempo he estado en ella, viuiria contento, pues no puede auer oluido, de aquello de quien no se ha tenido acuerdo: el oluido presente cae sobre la memoria del acuerdo passado: pero como quiera que sea, acuerdese de mi, ò no te acuerdes, de todo lo que hizieres, estoy contento, que los cielos que me han destinado, para ser tuyo, no me dexan hazer otra cosa, mi aluedrio lo es, para obederte, tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robaron de mi Reyno, te han sucedido: vnas me han admirado, otras suspendido, y estas, y aquellas espantado, veo asimismo, que tienen fuerça las desgracias, para borrar de la memoria algunas obligaciones, que parecen forçosas, ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu donzella, a el dexè yo bueno, y con desseo, de que te buscasse, y te hallasse

hallasse: a ella la traxe conmigo, con intencion de venderla a los barbaros, para que siruiesse de espia, y viesse, si la fortuna te auia llevado a su poder, de como vino al mio tu hermano Periandro, ya el te lo haura contado, y el concierto que entre los dos hizimos, y aunque muchas vezes he prouado voluer a la isla Barbara, los vientos contrarios no me han dexado, y aora voluia con la misma intencion, y con el mismo desseo, el qual me ha cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas como son, de tenerte en mi presencia, aliuio vniuersal de mis cuydados. Taurisa tu donzella aura dos dias, que la entreguè a dos Caualleros amigos mios, que encontrè en medio desse mar, que en vn poderoso nauio yuan a Irlanda, à causa que Taurisa yua muy mala, y con poca seguridad de la vida, y como este nauio, en que yo ando, mas se puede llamar de coffario, que de hijo de Rey, viendo, que en el no auia regalos, ni me-

dicinas, que piden los enfermos, se la entreguè, para que la llevassen a Irlanda, y la entregassen a su Principe, que la regalasse, curasse, y guardasse, hasta que yo mismo fuesse por ella. Oy he dexado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, o ya para Inglaterra, ò ya para España, ò Francia, que a do quiera que arribemos, tendremos segura comodidad, para poner en efeto los honestos pensamientos, que tu hermano me ha dicho, que tienes, y yo en este entretanto llevarè sobre los ombros de mi paciencia mis esperanças, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento, con todo esto te ruego, señora, y te suplico, que mires, si con nuestro parecer viene, y a justa el tuyo, que si algun tanto disuena, no le pondremos en execucion. Yo no tengo otra voluntad, respondió Auristela, fino la de mi hermano Periandro, ni el, pues es discreto, querra salir vn punto de la tuya. Pues si assi es, replicò

Arnaldo, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan, que por la calidad de mi persona me quiero alçar con el mando a mayores. Esto fue lo que passò a Arnaldo con Auristela, la qual se lo contò todo a Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao, y los dos Capitanes, y el nauio Ingles, con todos los que salieron de la isla Barbara, entraron en consejo, y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPITULO

DIEZ Y OCHO.

Del primer libro: Donde Mauricio sabe por la Astrologia un mal suceso, que les auino en el mar.

EN la naue, donde vinieron Mauricio, y Ladislao, los Capitanes, y soldados que traxeron a Rosamunda, y a Clodio, se enuarcaron todos aquellos, q̄ salieron de la mazmorra, y pri-

sion de la isla Barbara, y en el nauio de Arnaldo se acomodaron Mauricio, Transila, Ricla, y Constança, y los dos Antonios padre, y hijo: Ladislao, Mauricio, y Transila, sin consentir Arnaldo, que se quedassen en tierra Clodio, y Rosamunda, Rutilio se acomodò con Arnaldo: hizieron agua aquella noche, recogiendo, y comprando del huesped todos los bastimètos, q̄ pudieron, y auiedo mirado los puntos mas conuenientes para su partida, dixo Mauricio, q̄ si la buena suerte les escapaua de vna mala, q̄ les amenazaua muypropinqua, tẽdria buen suceso su viage, y q̄ el tal peligro, puesto que era de agua, no auia de suceder, si sucediesse, por borrasca, ni tormenta del mar, ni de tierra, sino por vna traicion mezclada y aun forjada del todo de deshonestos y lasciuos desseos. Periandro, que siempre andaua sobresaltado con la compaña de Arnaldo, vino a temer, si aquella traicion auia de ser fabricada por el Principe, para alçar se con la hermosa Auristela,

Hist. de Persiles y Sigismunda.

Auristela, pues la auia de llevar en su nauio, pero opusose a todo este mal pensamiento la generosidad de su animo, y no quiso creer, lo que temia, por parecerle, que en los pechos de los valerosos Principes no deuen hallar acogida alguna las trayciones: pero no por esto dexò, de pedir, y rogar a Mauricio, mirasse muy bien, de que parte les podia venir el daño, que les amenazaua, Mauricio respondió, que no lo sabia, puesto que le tenia por cierto, aunque templaua su rigor, con que ninguno de los que en el se hallassen, auia de perder la vida, sino el sosiego, y la quietud, y auian de ver rompidos la mitad de sus dissinios, sus mas bien encaminadas esperanças. A lo que Periandro le replicò, que detuuiessen algunos dias la partida, quizá con la tardança del tiempo se mudarian, o se templarian los influxos rigurosos de las estrellas. No, replicò Mauricio, mejor es, arrojarnos en las manos deste peligro, pues no llega a

quitar la vida, que no intentar otro camino, que nos lleue a perderla. Ea pues, dixo Periandro, echada está la suerte, partamos en buen hora, y haga el cielo, lo que ordenado tiene, pues nuestra diligencia no lo puede escusar. Satisfizo Arnaldo al huesped magnificamente con muchos dones el buen hospedage, y vnos en vnos nauios, y otros en otros, cada qual segun, y como vio, que mas le conuenia, dexò el puerto desembaraçado, y se hizo a la vela. Salio el nauio de Arnaldo adornado de ligeras flamulas, y vanderetas, y de pintados, y vistosos gallardetes, al çarpar los hierros, y tirar las ancoras disparò assi la gruessa como la menuda artilleria, rompieron los ayres los sonos de las chirimias, y los de otros instrumentos musicos, y alegres: oyeronse las voces, de los que dezian, reiterandolo amenudo: buen viage, buen viage. A todo esto no alçaua la cabeça de sobre el pecho la hermosa Auristela, que casi como presaga

del mal que le auia de venir, yua pensatiua, mirauala Perriandro, y remirauala Arnaldo, teniendola cada vno hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos, y principio de sus alegrías: acabose el dia, entròle la noche clara, serena, despejando vn ayre blando los zelages, que parece, que se yuan a juntar, si los dexaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nueuo tornò a mirar en su imaginacion las señales de la figura que auia leuantado, y de nueuo confirmò el peligro, que les amenazaua, pero nunca supo atinar, de que parte les vendria. Con mucha confusion, y sobresalto se quedò dormido Mauricio encima de la cubierta de la naue, y de alli a poco despertò despauorido, diziendo a grandes voces: traycion, traycion, traycion, despierta, Principe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas voces se leuantò Arnaldo, que no dormia, puesto que estaua echado junto a Perriandro en la misma cubierta, y dixo: Que

has amigo Mauricio, quien nos ofende, ò quien nos mata: todos los que en este nauio vamos, no somos amigos? no son todos los mas vassallos, y criados mios? el cielo no está claro, y sereno? el mar tranquilo, y blando, y el baxel sin tocar en escollo, ni en baxio no nauega? ay alguna remora, que nos detenga? pues sino ay nada desto, de que temes, que ansi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sè, replicò Mauricio, haz, señor, que baxen los buzanos a la sentina, que si no es sueño, a mi me parece, que nos vamos anegando. No huuo bien acabado esta razon, quando quatro, ò seys marineros se dexaron calar al fondo del nauio, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no allanaron costura alguna, por donde entrasse agua al nauio, y bueltos a la cubierta dixeron, que el nauio yua sano y entero, y que el agua de la sentina estaua turbia, y hedionda, señal clara, de que no entraua agua nueva en la naue. Assi deue de

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

ser, dixo Mauricio, fino que yo como viejo, en quien el temor tiene su asiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega a Dios, que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, que verdadero judicario. Arnaldo le dixo: Sosegaos buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan a estas señoras. Yo lo haré assi, si puedo, respondió Mauricio, y tornandose a echar sobre la

cubierta, quedò el nauio lleno de muy sossegado silencio, en el qual Rutilio que yua sentado al pie del arbol mayor combidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ò de la voz, que la tenia estremada, al son del viento que dulcemente heria en las velas en su propria lengua Toscana començò a cantar esto, que buelto en lengua Española assi dezia.

*Huye el rigor de la inuencible mano
Aduertido, y encierrase en el arca
De todo el mundo el general Monarca
Con las reliquias del linage humano.*

*El dilatado aylo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entonces fiera y licenciosa abarca,
Quanto alienta, y respira el ayre vano.*

*Vense en la excelsa maquina encerrarse
El leon, y el cordero, y en segura.
Paz la paloma al fiero alcon vnida,*

*Sin ser milagro lo discorde amarse,
Que en el comun peligro, y desventura
La natural inclinacion se qluida.*

EL que mejor entendio, lo que cantò Rutilio, fue el barbaro Antonio, el qual le dixo assi mismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es fuyo el soneto, que ha cantado, no es mal Poeta, aunque como lo puede ser bueno vn oficial? pero no digo bien, que yo me acuerdo, auer visto en mi patria España Poetas de todos los officios: esto dixo en voz, que la oyò Mauricio, el Principe, y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo: Possible cosa es, que vn oficial sea Poeta, porque la Poesia no está en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del fastre, para ser Poeta, como la de vn Maestre de campo, porque las almas todas son de vna misma especie en sus principios criadas, y formadas por su hazedor, y segun la caxa, y temperamento del cuerpo, donde las encierra, assi parecen ellas mas o menos discretas, y atienen, y se afficionan a saber las ciencias, artes, ò habilidades, a que las estrellas mas

las inclinan pero mas principalmente, y propia se dize, que el Poeta nascitur. Assi que no ay que admirar, de que Rutilio sea Poeta, aunque aya sido maestro de dançar. Y tan grande, replico Antonio, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes. Assi es respondio Rutilio, que todo esto estava escuchando, que yo las hize casi junto al cielo, quando yo soñaua que me traya cauallero en el manto vna hechizera desde Toscana mi patria hasta Noruega, donde la matè, pensando que se auia conuertido en figura de loba. Esto de conuertirse en lobas, y lobos, algunas gentes destas Setentrionales, bien parece sueño, dixo Mauricio. Pues a mi me han contado, dixo Arnaldo, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos: que de gentes humanas se han conuertido en ellos. Esto, respondio Mauricio es fabula, y quando no lo fuera no puede ser en Inglaterra, porq̃ en aq̃lla isla

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

templada, y fertilissima no solo no se crian lobos, pero ninguno otro animal nociuo, como si dixessemos, serpientes, viuoras, sapos, arañas, y escorpiones, antes es cosa llana, y manifesta, que si algun animal ponçoñoso traen de otras partes a Inglaterra, en llegando a ella muere, y si de la tierra desta isla lleuan a otra parte a alguna tierra, y cercan cõ ella a alguna viuora, no osa, ni puede salir del cerco, que la aprisiona, y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender desto, de conuertirse en lobos, es, que ay vna enfermedad, a quien llaman los Medicos, Mania lupina, que es de calidad, que al que la padece, le parece, que se ha conuertido en lobo, y ahulla como lobo, y se juntan con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos, y por los montes: ladrando ya como perros, ò ya ahullando como lobos, despedaçan los arboles, matan, a quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos, y oy dia

se yo, que ay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterraneo, gentes deste genero, a quien los Sicilianos llaman lobos menar, los quales antes que les dè tan pestifera enfermedad, lo sienten, y dizen, a los que estan junto a ellos, que se aparten, y huyan dellos, ò que los aten, ò encierren, porque si no se guardan, los hazen pedaços a bocados, y los desmenuzan; si pueden con las vñas, dando terribles, y espantosos ladridos, y es esto tanta verdad, que entre los que se han de casar, se haze informacion bastante, de que ninguno dellos es tocado desta enfermedad; y si despues, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, no viuen juntos los casados. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escriue en el lib. 8. cap. 22. que entre los Arcades ay vn genero de gente, la qual passando vn lago, cuelga los vestidos, que lleua, de vna encina, y se entra desnudo la tierra dentro, y se junta con la gente, que alli halla

de su linage en figura de lobos, y està con ellos nueue años, al cabo de los quales buelue a passar el lago, y cobra su perdida figura, pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo ay, passa en la imaginacion, y no realmente. No se, dixo Rutilio, lo que se, es, yo pensè que matè vna loba, y hallè muerta á mis pies vná muger a lo que me parecia. Todo esso, replicò Mauricio, haze la fuerça de los hechizos de los maleficos y encantadores, que los ay, y nos haze ver vna cosa por otra, y quede desde aqui assentado, que no ay gente alguna, que mude en otra su primer naturaleza. Gusto me ha dado grande, dixo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era vno de los credulos deste error, y lo mismo deue de ser, lo que las fabulas cuentan de la conuersion en cueruo del Rey Artus de Inglaterra, tan creyda de aquella discreta nacion, que se abstienen de matar cuervos en toda la isla. No se, respondió Mauricio, de donde tomò

principio essa fabula tan creyda como mal imaginada. En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia, dixo Clodio, que hasta alli auia estado oyendo, y callando: Yo soy vn hombre, a quien no se le da, por aueriguar estas cosas, vn dinero: que se me da a mi, que aya lobos hombres, ò no, ò que los Reyes anden en figuras de cuervos, ò de aguilas, aunque si se huieffen de conuertir en aues, antes querria, que fuesen en palomas, que en milanos. Passò, Clodio, no digas mal de los Reyes, que me parece, que te quieres dar algun filo a la lengua, para cortarles el credito. No, respondió Clodio, que el castigo me ha puesto vna mordaça en la boca, ò por mejor dezir, en la lengua, que no conuiente, que la mueua, y assi antes pienso, de aqui adelante rebentar callando, que alegrarme hablando: los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas si a vnos alegran, a otros entristezen: contra el callar,

llar, no ay castigo, ni respues-
ta, viuir quiero en paz, los
dias que me quedan de la vi-
da á la sombra de tu generoso
amparo, puesto que por mo-
mentos me fatigan ciertos im-
petus maliciosos, que me ha-
zen baylar la lengua en la bo-
ca, y malograrse me entre los
dientes más de quatro verda-
des, que andan por salir a la
plaça del mundo, siruase Dios
con todo. A lo que dixo Au-
ristela: De estimar es, ò Clo-
dio, el sacrificio que hazes al
cielo de tu silencio. Rosamun-
da que era vna de las llegadas
a la conuersacion, voluien-
dose a Auristela, dixo: El dia
que Clodio fuere callado, serè
yo buena, porque en mi la tor-
peza, y en ella la murmuracion
son naturales, puesto que mas
esperança puedo yo tener, de
enmendarme que no el, por-
que la hermosura se enuejeze
con los años, y faltando la
belleza, menguan los torpes
deseos, pero sobre la len-
gua del maldiziente no tiene
jurisdiccion el tiempo, y assi los
ancianos murmuradores ha-

blan mas quanto mas viejos,
porque han visto mas, y to-
dos los gustos de los otros sen-
tidos los han cifrado, y reco-
gido a la lengua. Todo es ma-
lo, dixo Transila, cada qual
por su camino va à parar a su
perdicion. El que nosotros
aora hazemos, dixo Ladislao,
prospero y felice ha de ser, se-
gun el viento sa muestra fauo-
rable, y el mar tranquilo. Af-
si se mostraua esta passada no-
che, dixo la barbara Constan-
ça, pero el sueño del señor
Mauricio nos puso en confu-
sion, y alboroto, tanto que ya
yo pense, que nos auia sorbi-
do el mar a todos, En verdad,
señora, respondió Mauricio,
que si yo no estuiera enseña-
do en la verdad Catolica, y
me acordara de lo que dize
Dios en el Leuitico: No seais
agoreros, ni deis credito a los
sueños, porque no a todos es
dado, el entenderlos: que me
atreuiera, à juzgar del sue-
ño, que me puso en tan gran
sobresalto, el qual, segun a
mi parecer no me vino por
algunas de las causas, de don-
de sue-

de suelen proceder los sueños, que quando no son reuelaciones diuinas, ò ilusiones del demonio, proceden ò de los muchos manjares, que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ò ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño, que a mi me turbò, cae debajo de la obseruacion de la astrologia: porque sin guardar puntos, ni obseruar astros, señalar rumbos, ni mirar imagines, me parecio ver visiblemente, que en vn gran palacio de madera, donde estauamos todos los que aqui vamos, llouian rayos del cielo, que le abrian todo, y por las bocas que hazian descargauan las nubes, no solo vn mar sino mil mares de agua: de tal manera que creyendo, que me iua anegando, comencè a dar voces, y a hazer los mismos ademanes, que suele hazer, el que se anega, y aun no estoy tan libre deste temor, que no me queden algunas reliquias en el alma, y como se, que no ay mas cierta Astro-

logia; que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, que mucho que yendo nauegando en vn nauio de madera, tema rayos del cielo, nubes del ayre, y aguas de la mar pero lo que mas me confunde, y suspende, es, que me parece segun mi sueño, si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada y precisamente se disponga a ello, sino de vna traicion forjada, como ya otra vez he dicho en algunos lasciuos pechos: pero no creo en sueños. Bien dizes dixo Arnaldo, porque yo no me puedo persuadir, que entre los que van por el mar, nauegando, puedan entremeterse las blanduras de Venus, ni los peatitdos e su torpe hijo al casto amor, bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardandose para mejor vida. Esto dixo Arnaldo, por dar a entender a Auristela, y á Periandro, y a todos aquellos que sus desseos conocian, quan ajustados yuan sus mouimientos con los

los de la razon, y prosiguió, diciendo: El Principe justa razon es, que viua seguro entre sus vassallos, que el temor de las trayciones nace de la injusta vida del Principe. Affi es, respondió Mauricio, y aun es bien, que assi sea: pero dexemos passar este dia, que si el dá lugar, a que llegue la noche, sin sobresaltarnos: yo padre, y las dare albricias del buen suceso. Yua el sol à esta fazon, a ponerse en los braços de Tetis, y el mar se estaua con el mismo sosiego, que hasta alli auia tenido, soplaua fauorable el viento, por parte ninguna se descubrian zelajes, que turbassen los marineros, el cielo, la mar, el viento todos juntos, y cada vno de por si prometian felicissimo viage, quando el prudente Mauricio dixo en voz turbada y alta: Sin duda nos anegamos, anegamos sin duda.



CAPITULO

DIEZY NVEVE

Del primero libro: Donde se dà cuenta, de lo que dos soldados hizieron, y la diuision de Periandro, y Auristela.

A Cuyas voces respondió Arnaldo: Como es esto, ò gran Mauricio, que aguas nos sorben, ò que mares nos tragan, que olas nos embisten? La respuesta que le dieron a Arnaldo, fue, ver salir debaxo de la cubierta a vn marinero despauorido, echando agua por la boca, y por los ojos, diciendo con palabras turbadas, y mal compuestas: Todo este nauio se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en el tan a rienda suelta, que presto le vereys sobre esta cubierta. Cada vno atienda a su salud, y a la conseruacion de la vida. Acogete, ò Principe Arnaldo, al esquife, ò a la barca, y lleva contigo las prendas, que mas estimas, antes que tomen en-

tera possession dellas estas aguas. Estancò en esto el nauio sin poderse mouer, por el peso de las aguas, de quien ya estaua lleno, amaynò el Piloto todas las velas de golpe, y todos sobrefaltados y temerosos acudieron a buscar su remedio: el Principe, y Periandro fueron al esquife, y arrojandole al mar, pusieron en el a Auristela, Transila, Ricla, y a la barbara Constança, entre las quales viendo, que no se acordauan della, se arrojò Rosamunda, y tras ella mandò Arnaldo, entrasse Mauricio. En este tiempo andauan dos soldados descolgando la barca, que al costado del nauio venia affida, y el vno dellos, viendo, que el otro queria ser el primero, que entrasse dentro, sacando vn puñal de la cinta, se le enuaynò en el pecho, diziendo a voces: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin prouecho, esta pena te sirua a ti de castigo, y a mi de escarmiento, alomenos el poco tiempo que me queda de vida, y diziendo esto, sin querer aprouecharse del acogi-

miento q̄ la barca les ofrecia, desesperadamente se arrojò al mar, diziendo a voces, y con mal articuladas palabras: Oye ò Arnaldo, la verdad que te dize este traydor, que en tal punto es bié, que la diga: yo, y aq̄l a quié me viste passar el pecho por muchas partes abrimos, y taladramos este nauio, con intencion de gozar de Auristela y de Transila, recogiedolas en el esquife, pero auiendo visto yo, auer salido mi diffinio contrario de mi pensamiento, a mi compañero quitè la vida, y a mi me doy la muerte, y cõ esta vltima palabra se dexò yr al fondo de las aguas, que le estoruaron la respiracion del ayre, y le sepultaron en perpetuo silencio: y aunque todos andauan confusos, y ocupados, buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexò de oyr las razones Arnaldo del desesperado, y el y Periandro acudieron a la barca, y auiendo antes que entrassen en ella, ordenado, que entrasse en el esquife Antonio el moço, sin acordarse,

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

de recoger algun bastimiento. El Ladislao, Antonio el padre, Periandro, y Clodio se entraron en la varca, y fueron à abordar con el esquife, que algun tanto se auia apartado del nauio, sobre el qual ya passauan las aguas, y no se parecia del fino el arbol mayor, como en señal que alli estaua sepultado. Llegose en esto la noche, sin que la varca pudiese alcançar al esquife, desde el qual daua voces Auristela, llamando a su hermano Periandro, que la respondia, reiterando muchas vezes su, para el, dulcissimo nombre. Transila, y Ladislao hazian lo mismo, y encontrauanse en los ayres las voces de dulcissimo el polo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus diffinios, y se deshazian sus esperanças, con la impossibilidad de no poder juntarse, à causa que la noche se cubria de escuridad, y los vientos començaron a soplar de partes diferentes: en resolucion la varca se apartò del esquife, y como mas ligera, y menos cargada vo-

lò por donde el mar, y el viento quisieron llevarla: el esquife mas con la pesadumbre que con la carga de los que en el yuan, se quedò, como si apòsta quisieran que no nauegàra: pero quando la noche cerrò con mas escuridad que al principio, començaron a sentir de nueuo la desgracia sucedida, vieron se en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra, el esquife sin remos, y sin bastimentos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre, que sintieron. Mauricio, que auia quedado por patron, y por marinero del esquife, ni tenia con que, ni sabia, como guialle, antes segun los llantos, gemidos, y suspiros de los que en el yuan, podia temer, que ellos mismos le anegarian, miraua las estrellas, y aunque no parecian de todo en todo à algunas, que por entre la escuridad se mostrauan, le dauan indicio de venidera serenidad, pero no le mostrauá

en que parte se hallaua, no cõfintio el sentimiento, que el sueño aliuiaffe su angustia, por que se les passò la noche velando, y se vino el dia, no a mas andar, como dizen, sino para mas penar, porque cõ el descubrieron por todas partes el mar cerca, y lexos, por ver, si topauan los ojos con la varca, que les lleuauan las almas, ò alguno otro vaxel, que les prometieffe ayuda, y socorro en su necesidad: pero no descubrieron otra cosa que vna isla a su mano yzquierda, que juntamẽte los alegrò, y los entristezio: nacio la alegria, de ver cerca la tierra, y la tristeza de la impossibilidad de poder llegar a ella, si ya el viento no los lleuasse. Mauricio era, el que mas confiaua de la salud de todos, por auer hallado, como se ha dicho, en la figura, que como judiciario auia leuantado, que aquel suceso no amenazaua muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente el fauor de los cielos se mezclò con los vientos, que poco a poco lleuaron el esquife, a la

isla, y les dio lugar de tomarle en la tierra en vna espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cantidad de nieue, que toda la cubria: miserables son, y temerosas las fortunas del mar pues los que las padecen, se huelgan, de trocarlas con las mayores, que en la tierra se les ofrezcan, la nieue de la desierta playa les parecio blanda arena, y la soledad compaña. Vnos en braços de otros desenuarcaron, el moço Antonio fue el Atlante de Auristela, y de Tranfila, en cuyos ombros tambien desenuarcaron Rosamunda, y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de vn peñon, que no lexos de la playa se mostraua, auiendo antes, como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en el, despues de en Dios, su esperança. Antonio considerando, que la hambre auia de hazer su officio, y que esta auia de ser bastante, a quitarles las vidas, apresto su arco, que fiẽpre de las espaldas le colgaua, y dixo

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

y dixo, que el queria yr a descubrir la tierra, por ver, si hallaua gente en ella, ò alguna caça, que socorriessse su necesidad. Viniéron todos con su parecer, y assi se entrò con ligero paso por la isla, pisando no tierra, fino nieue, tan dura por estar elada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguióle, sin que el lo echasse de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impedida de los demas, que creyeron, que alguna natural necesidad la forçaua a dexallos. Boluio la cabeça Antonio a tiempo, y en lugar, donde nadie los podia ver, y viendo junto a sia Rosamunda, le dixo: La cosa de que menos necesidad tengo, en esta que agora padecemos, es la de tu compañía, que quieres, Rosamunda, bueluete, que ni tu tienes armas, con que matar genero de caça alguna, ni yo podrè acomodar el paso, a esperarte, que me sigues? O inexperto moço, respondió la muger torpe, y quan lexos estás de conocer la intencion, con que te sigo, y la deuda que

me deues: y en esto se llegó junto a el, y profiguio, diziendo: Ves aqui, ò nueuo caçador mas hermoso que Apolo, otra nueua Dafne, que no te huye, fino que te sigue, no mires, que ya a mi belleza la marchita el rigor de edad ligera siempre, fino considera en mi, a la que fue Rosamunda domadora de las ceruites de los Reyes, tenme por tuya, que yo te llevaré a parte, donde llenes las manos de tesoros para ti sin duda alguna, de mí recogidos, y guardados, si llegamos a Inglaterra, donde mil vandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te llevaré, a donde te entregues en mas oro que tuuo Midas, y en mas riquezas, que acumulò Crasso. Aqui dio fin a su platica, pero no al mouimiento de sus manos q̄ arremetierõ, a detener las de Antonio, q̄ de si las apartaua, y entre esta tan honesta como torpe contièda dezia Antonio: Detente, ò harpia, no turbes, ni afees las limpias mesas de Fineo, no fuerces, ni incites la castidad, y limpieça

deste, que no es tu esclauo, tarçate la lengua, sierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras, lo que tienes escondido en tus deshonestos desseos. Mira el poco lugar, que nos queda desde este punto al de la muerte, que nos està amenazando con la hambre, y con la incertidumbre de la salida deste lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara, que con la que me has descubierto, desuiate de mi, y no me sigas, que castigarè tu atreuimiento, y publicarè tu locura, si te buelues, mudarè proposito, y pondrè en silencio tu desuerguença, sino me dexas, te quitarè la vida: oyendo lo qual la lasciua Rosamunda, se le cubrio el coraçon de manera, que no dio lugar a suspiros, a ruegos, ni a lagrimas: dexola Antonio sagaz y aduertido. Boluiose Rosamunda, y el siguió su camino, pero no hallò en el cosa, que le assegurasse, porque las nieues eran muchas, y los caminos asperòs, y la gente ninguna, y ad-

uirtiendo, que si adelante pasaua, podia perder el camino de buelta, se boluio a juntar con la compaña, alçaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desuertura: a Mauricio dixeron, que boluieran al mar el esquife, pues no era possible remediarle en la impossibilidad y soledad de la isla.

CAPITULO

VEINTE.

De un notable caso que sucedio en la isla Neuada.

A Poco tiempo que pasó el dia, desde lexos vieron venir vna nauue gruesa, que les leuantò las esperanças de tener remedio, amaynò las velas, y parecio, que se dexaua detener las ancoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife a la mar, y se vinieron a la playa, donde ya los tristes se arrojauan al esquife.

esquife. Auristela dixo, que sería bien, que aguardassen, los que venian, por saber, quié eran. Llegò el esquife de la naue, y encallò en la fria nieue, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos y fuertes mancebos de estremada disposicion, y brio, los quales sacaron encima de sus ombros a vna hermosissima donzella tan sin fuerças, y tan delmayada, que parecia, que no le daua lugar, para llegar a tocar la tierra: llamaron a voces, los que estauan ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron, que se desembarcassen, á ser testigos de vn suceso, que era menester, que los tauiesse. Respondio Maricio, que no auia remos, para encaminar el esquife, si no les prestauan los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y voluieron á pisar la nieue: luego los valientes jounes assieron de dos tablachinas, con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los braços saltaron de nuevo

en tierra. Auristela llena de sobrelalto, y temor, casi con certidumbre de algun nuevo mal, acudio á ver la delmayada, y hermosa donzella, y lo mismo hizieron todos los demas. Los Caualleros dixerón: Esperad, señores, y estad atentos, a lo que queremos deziros: este Cauallero, y yo, dixo el vno, tenemos concertado de pelear por la possession de essa enferma donzella, que á veys, la muerte ha de dar la sentencia en fauor del otro, sin que aya otro medio alguno, que ataje en ninguna manera nuestra amorosa pendencia, si ya no es, que ella de su voluntad ha de escoger, qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará enuaynar nuestras espadas, y sossegar nuestros espiritus, lo que pedimos, es, que no estorueis en manera alguna nuestra porfia, la qual lleuáramos hasta el cabo, sin tener temor, que nadie nos la estoruará, si no os huuieramos menester, para que mirarades: si estas soledades

des pueden ofrecer algun remedio, para dilatar, si quiera, la vida de essa donzella, que es tan poderosa, para acabar las nuestras, la priessa que nos obliga á dar conclusion á nuestro negocio no nos da lugar, para preguntaros por agora, quien soys, ni como estais en este lugar tan solo, y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desuiaros desta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondió, que no saldrían vn punto, de lo que querían, y luego echaron los dos manos a las espadas, sin querer, que la enferma donzella declarasse primero su voluntad, remitiendo antes su dependencia á las armas, que a los desseos de la dama. Arremetieron el vno contra el otro, y sin mirar reglas, movimientos, entradas, salidas, y compasses, á los primeros golpes el vno quedó passado el coraçon de parte a parte, y el otro abierta la cabeça por medio este le concedio el cielo tanto espacio de vida, que le tuuo

de llegar a la donzella, y juntar su rostro con el suyo, diciendole: Venci, señora, mi eres, y aunque hade durar poco el bien de posseerte, el pensar que vn solo instante te podre tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo, recibe señora esta alma, que embuelta en estos vltimos alientos te embio, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia a tu honestidad, pues el nombre de esposo a todo esto da licencia. La sangre de la herida bañò el rostro de la dama, la qual estaua sin sentido, que no respondió palabra: los dos marineros que auian guiado el esquife de la naue, saltaron en tierra, y fueron con presteza, á requerir, assi al muerto de la estocada, como al herido en la cabeça, el qual puesta su boca con la desu tan caramente comprada esposa, embiò su alma a los ayres, y dexò caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela, que todas estas acciones auia estado mirando, antes de descubrir, y mirar atenta-

tamente el rostro de la enferma señora, llegó de proposito a mirarla, y limpiandole la sangre, que auia llouido del muerto enamorado, conocio, ser su donzella Taurisa, la que lo auia sido al tiempo, que ella estuuo en poder del Principe Arnaldo, que le auia dicho, la dexaua en poder de dos Caualleros, que la lleuassen a Irlanda, como queda dicho. Auristela quedò suspensa, quedò atonita, quedò mas triste que la tristeza misma, y mas quando vino a conocer, que la hermosa Taurisa estaua sin vida: Ay, dixo a esta sazón, con que prodigiosas señales me va mostrando el cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa, que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilatan, y entretengan, hazen dichosa la vida. Que red barredera es esta, con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? que impossibles son estos, que descubro à cada paso de mi remedio? mas pues aqui son escu-

sados los llantos, y son de ningun prouecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por aora, a la piedad, y enterremos los muertos, y no congoxe yo por mi parte los viuos, y luego pidio a Mauricio, pidiesse a los marineros del esquife, boluiesse al nauio por instrumentos, para hazer las sepulturas. Hizo lo assi Mauricio, y fue a la nauue con intencion, de concertarse con el piloto, ò Capitan que huuiesse, para que los sacasse de aquella isla, y los lleuasse, adonde quiera que fuesen. En este entretanto tuuieron lugar Auristela, y Transila, de acomodar a Taurisa, para enterralla, y la piedad, y honestidad Christiana no consentio, que la desnudassen. Boluio Mauricio con los instrumentos, auiendo negociado, todo aquello que quiso: hizo se la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como Catolicos, que se hiziesse ninguna a los muertos en el desafio Rosamunda, que despues que boluio de auer decla-

rado su mal pensamiento al barbaro Antonio, nunca auia alçado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que yuan a sepultar a Taurisa, leuantando el rostro dixo: Si os preciays, señores, de caritatiuos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia, y la misericordia: vsad destas dos virtudes conmigo, yo desde el punto que tuue vso de razon, no la tuue, porque siempre fuy mala con los años verdes, y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mi los vicios de tal manera, que han sido, y son en mi como a cidentes inseparables. Ya sabeys, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las ceruices de los Reyes, y he traydo a la mano, que he querido, las voluntades de los hombres, pero el tiempo saltador, y robador de la humana belleza de las muges, se entrò por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea que desengañada,

mas como los vicios tienen asiento en el alma, que no enuejeze, no quieren dexarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo yr con la corriente de mis gustos, he me ydo aora, con el que me da, el ver si quiera a este barbaro muchacho, el qual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde a la mia, que es de fuego, con la suya, que es de elada nieue, veome despreciada, y aborrecida, en lugar de estimada, y bien querida, golpes que no se pueden resistir con poca paciencia, y con mucho desseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y estiende la mano para alcançarme de la vida: por lo que veys, que deue la bondad del pecho, que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico, que cubrays mi fuego con yelo, y me enterreys en essa sepultura, que puesto que mezcleys mis lasciuos huesos con los de essa casta donzella, no los contaminaran, que las reliquias buenas siempre lo son, donde quiera que esten, y

voluiendose al moço Antonio, proliguio: Y tu arrogante moço que agora tocas, o estás para tocar los margenes, y rayas del deleyte, pide al cielo, que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza, y si yo he ofendido tus rezientes oydos, que assi los puedo llamar con mis inadvertidas, y no castas palabras, perdoname, que los que piden perdon en este trance, por cortesia, si quiera, merecen ser, sino perdonados, a lo menos escuchados: esto diciendo, dio vn suspiro embuelto en vn mortal desmayo.

CAPITULO

VEYNTE Y VNO

Del primer libro: De los trabajos de Persiles, y Sigismunda.

Y O no sè, dixo Mauricio a esta sazón, que quiere este, que

llaman amor, por estas montañas, por estas faldades, y riscos, por entre estas nieves, y ellos, dexandose allà los Pafos, Noydos, las Cipres, los Euseos campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el coraçon sossegado en el animo quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lagrimas, ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constança, y Riela quedaron atonitas del suceso, y con callar le admiraron, y finalmente con no pocas lagrimas enterraron à Taurisa, y despues de auer vuelto Rosamunda del pesado desmayo se recogieron, y enuarcaron en el esquite de la naue, donde fueron bien recibidos, y regalados, de los que en ella estauan, satisfaziendo luego todos la hambre, que les aquexaua, solo Rosamunda, que estaua tal, que por momentos llamaua a las puertas de la muerte. Alçaron velas, lloraron algunos los Capitanes muertos, y instituyeron luego vno, que lo fuesse

fneſſe de todos, y ſiguieron ſu viage, ſin llevar parte conocida, donde le encaminaffen, porque era de coſſarios, y no Irlandeſſes, como á Arnaldo le auia dicho, ſino de vna iſla rebelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañía, ſiempre yua temiendo algun reues de ſu acelerada coſtumbre, y mal modo de viuir, y como viejo, y eſperimétado en las coſas del mundo, no le cabia en el coraçon en el pecho, temiendo, que la mucha hermoſura de Aurifela, la gallardia, y buen parecer de ſu hija Tranſila, los pocos años, y nueuo trage de Conſtança no despertaffen en aquellos coſſarios algun mal pensamiento. Seruiales de Argos el moço Antonio, de lo que ſiruió el paſtor de Aufriſo, eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por ſus quartos las hazian a las manſas, y hermoſas ouejuelas, que debaxo de ſu ſolicitud, y vigilancia ſe ampara-
uan. Roſamunda con los continuos deſdenes vino a en-

flaquezer de manera que vna noche la hallaron en vna camara del nauio ſepultada en perpetuo ſilencio: harto auian llorado, mas no dexaron de ſentir ſu muerte compaſſiua, y Chriſtianamente, ſiruióla el ancho mar de ſepultura, donde no tuuo harta agua para apagar el fuego, que cauſó en ſu pecho el gallardo Antonio, el qual, y todos rogaron muchas vezes a los coſſarios, que los lleuaſſen de vna vez a Irlanda, ò á Ybernia, ſi ya no quiſieſſen a Inglaterra, o Eſcocia: pero ellos reſpondian, que haſta auer hecho vna buena y rica preſſa, no auian de tocar en tierra alguna, ſi ya no fueſſe á hazer agua, ò á tomar baſtimentos neceſſarios. La barbara Riela bien comprara a pedaços de oro, que los lleuara a Inglaterra, pero no oſaua deſcubrirlos, porque no ſe los robaffen, antes que ſe los pidieſſen. Dioles el Capitan eſtancia á parte y acomodoles de manera, que les aſſeguró de la inſolencia, q̄ podian temer de los ſoldados.

De esta manera anduieron casi tres meses por el mar de vuas partes a otras, ya tocaban en vna isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierta, propia costumbre de corsarios, que buscan su ganancia, las vezes que auia calma, y el mar sossegado no les dexaua nauegar. El nueuo Capitan del nauio se yua a entretener a la estancia de sus passageros, y con plasticas discretas, y cuetos graciosos, pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hazia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla, y Constança mas se ocupauan en pensar en la ausencia de las miradas de su alma, que en escuchar al Capitan, ni a Mauricio, con todo esto estuuieron vn dia atentas a la historia, que en este siguiente capitulo se cuenta, que el Capitan les dixo.

CAPITULO
VEINTE Y DOS,
Donde el Capitan da cuenta de las grandes fiestas, que acostumbra a hazer en su Reyno el Rey Policarpo.

Vna de las islas que estan junto a la de Ybernia, me dio el cielo por patria, es tan grande, que toma nombre de Reyno, el qual no se hereda, ni viene por sucession de padre a hijo, sus moradores le eligen a su beneplacito, procurando siempre, que sea el mas virtuoso, y mejor hombre, que en el se hallara, y sin interuenir de por medio ruegos, ò negociaciones, y sin que los soliciten promesas, ni dadiuas, de comun consentimiento de todos sale el Rey, y toma el ceptro absoluto del mando, el qual le dura, mientras le dura la vida, ò mientras no se empeora en ella, y con esto los que no son Reyes, procuran ser virtuosos para serlo, y los que lo son, pugnan serlo mas, para no dexar de

de ser Reyes , con esto se cortan las alas a la ambicion , se a tierra la codicia, y aunque la hipocresia suele andar lista , a largo andar se le cae la mascara , y queda sin el alcançado premio : con esto los pueblos viuen quietos , campea la justicia , y resplandece la misericordia , despachanse con brevedad los memoriales de los pobres, y los que dan los ricos, no por serlo, son mejor despachados, no agobian la vara de la justicia las dadiuas, ni la carne, y sangre de los parentescos, todas las negociaciones guardan sus puntos, y andan en sus quicios: finalmente Reyno es, donde se viue sin temor de los insolentes , y donde cada vno goza, lo que es suyo. Esta costumbre, a mi parecer , justa, y fanta puso el cetro del Reyno en las manos de Policarpo varon insigne y famoso , assi en las armas como en las letras, el qual tenia, quando vino a ser Rey , dos hijas de estremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Simforosa, no tenian madre , que no les

hizo falta, quando murio, sino en la compania, que sus virtudes , y agradables costumbres eran ayas de si mismas, dando marauilloso exemplo a todo el Reyno : con estas buenas partes , assi ellas como el padre se hazian amables , se estimauan de todos. Los Reyes, por parecerles , que la malencolia en los vassallos suele despertar malos pensamientos , procuran tener alegre el pueblo , y entretenido con fiestas publicas , y a vezes con ordinarias comedias, principalmente, solenizauan el dia , que fueron assumptos al Reyno , con hazer, que se renouassen los juegos , que los Gentiles llamauã Olimpicos, en el mejor modo que podian, señalauan premio a los corredores , honrauan a los diestros , coronauan a los tiradores , y subian al cielo de la alabança, a los que derribauan a otros en la tierra . Haziafe este espectaculo junto a la marina , en vna espaciosa playa , a quien quitauan el sol infinita cantidad de ramos entretexidos, que la dexauan a la

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

Sombra ponian en la mitad vn
funtuoso teatro, en el qual sen-
tado el Rey, y la Real familia,
mirauan los apazibles jue-
gos: llegose vn dia destes, y
Policarpo procurò auenta-
jarse en magnificencia, y gran-
deza, en solenizarla sobre to-
dos quantos hasta alli se auian
hecho, y quando ya el teatro
estaua ocupado con su perso-
na, y con los mejores del
Reyno, y quando ya los ins-
trumentos belicos, y los apa-
zibles querian dar señal, que
las fiestas se començassen: y
quando ya quatro corredo-
res, mancebos agiles, y suel-
tos, tenian los pies yzquier-
dos delante, y los derechos
alçados, que no les impedia
otra cosa el soltarse à la ca-
rrera, sino soltar vna cuerda,
que les seruia de raya, y de
señal, que en soltandola auian
de volar à vn termino seña-
lado, donde auian de dar fin
a su carrera, digo, que en es-
te tiempo vieron venir por
la mar vn varco, que le blan-
queauan los costados, el ser
rezien despalmado, y le faci-

litauan el romper del agua
seis remos, que de cada van-
da traía, impelidos de doze, al
parecer, gallardos mancebos
de dilatadas espaldas y pechos
y de neruudos braços, venian
vestidos de blanco todos, sino
el que guiaua el timon, que
venia de encarnodo, como
marinero. Llegò con furia el
varco á la orilla, y el encallar
en ella, y el saltar todos los
que en el venian en tierra, fue
vna misma cosa: mandò Po-
licarpo, que no saliessem á la
carrera, hasta saber, que gen-
te era aquella, y à lo que ve-
nia, puesto que imaginò que
deuian de venir à hallarse en
las fiestas, y á prouar su ga-
llardia en los juegos. El pri-
mero que se adelantò á hablar
al Rey, fue el que seruia de
timonero, mancebo de poca
edad, cuyas mexillas desem-
baraçadas, y limpias mostra-
uan, ser de nieue, y de grana,
los cabellos anillos de oro, y
cada vna parte de las del ros-
tro tan perfecta, y todas jun-
tas tan hermosas, que forma-
uan vn compuesto admirable,

luego

luego la hermosa presenciadel moço arrebatò la vista, y aun los coraçones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedè aficionadissimo. Lo q̄ dixo al Rey: señor, estos mis compañeros, y yo auiedo tenido noticia destos juegos, venimos a servirte, y a hallarnos en ellos, y no de lexas tierras, sino desde vna naue, que dexamos en la isla Scinta, que no està lexos de aqui, y como el viêto no hizo à nuestro proposito para encaminar aqui la naue, nos aprouechamos desta varca, y de los remos, y de la fuerça de nuestros braços, todos somos nobles, y desseosos de ganar hõra, y por la que deues hazer, como Rey que eres, à los estrangeros, que a tu presencia llegan, te suplicamos, nos concedas licencia, para mostrar, ò nuestras fuerças, ò nuestros ingenios, en honra, y prouecho nuestro, y gusto tuyo. Por cierto, respondió Policarpo, agraciado jouden, que vos pedis, lo que quereis, con tanta gracia, y cortesía, que sería cosa injusta el negaroslo,

honrad mis fiestas, en lo que quisieredes, dexadme à mí el cargo de premiaros lo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperança dexais à ninguno de alcançar los primeros premios. Doblò la rodilla el hermoso mancebo, y inclinò la cabeça en señal de criãça, y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda, que detenia à los quatro ligeros corredores: sus doze compañeros se pusieron a vn lado, a ser respectatores de la carrera, sonò vna trompeta, soltaron la cuerda, y arrojaronse al buelo los cinco, pero aun no aurian dado veinte pasos, quando con mas de seys se les auentajò el rezien venido, y à los treynta ya los lleuaua de ventaja mas de quinze, finalmente se los dexò à poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmoviles con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguia con la vista, assí corriendo, como estando quedo, porque la belleza, y agilidad

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

del moço era bastante, para llevar tras sí las voluntades, no solo de los ojos de quantos le mirauan. Notè yo esto, porque tenia los míos atentos a mirar a Policarpa objeto dulce de mis desseos, y de camino miraua los mouimientos de Sinforosa. Començò luego la inuidia, a apoderarse de los pechos, de los que se auian de prouar en los juegos, viendo, con quanta facilidad se auia lleuado el estrangero el precio de la carrera. Fue el segundo certamen el de la esgrima, tomò el ganancioso la espada negra, con la qual, a seys que le salieron cada vno de por sí, les cerrò las bocas, mosqueò las narizes, les sellò los ojos, y les santiguò las cabeças, fin que a el le tocassen, como dezir se suele, vn pelo de la ropa. Alçò la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero: luego se acomodaron otros seys a la lucha, donde con mayor gallardia dio de sí muestra el moço, descubrió sus dilatadas espaldas, sus anchos y fortísimos

pechos, y los neruios, y músculos de sus fuertes braços, con los quales, y con destreza, y maña increyble hizo, que las espaldas de los seys luchadores, a despecho y pesar suyo, quedassen impressas en la tierra: affió luego de vna pesada barra, que estaua hincada en el suelo, porque le dixeron, que era el tirarla el quarto certamen, sompesola, y haziendo de señas a la gente que estaua delante, para que le diessen lugar, donde el tiro cupiesse. Tomando la barra por la vna punta, sin boluer el braço atras, la impelio con tanta fuerça, que passando los limites de la marina, fue menester, que el mar se los diesse, en el qual bien adentro quedò sepultada la barra. Esta mostruosidad notada de sus contrarios les desmayò los brios, y no osaron prouarse en la contienda, pusieronle luego la ballesta en las manos, y algunas flechas, y mostraronle vn arbol muy alto, y muy lisso, al cabo del qual, estaua hincada vna media lança, y en ella

de vn hilo estaua assida vna paloma, a la qual, auian de tirar no mas de vn tiro, los que en aquel certamen quiesse prouarse, vno que presumia de certero, se adelantò, y tomò la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes que otro, tirò, y clauò su flecha casi en el fin de la lança, del qual golpe açorada la paloma se leuantò en el ayre, y luego otro no menos presumido que el primero, tirò con tan gentil certeria, que rompiò el hilo, donde estaua assida la paloma, que suelta y libre del laço que la detenia, entregò su libertad al viento, y batio las alas con priessa: pero el ya acostumbrado a ganar los primeros premios, disparò su flecha, y como si mandàra, lo que auia de hazer, y ella tuuiera entendimiento, para obedecerle, assi lo hizo, pues diuidiendo el ayre con vn rasgado, y tendido siluo, llegò a la paloma, y le passò el coraçon de parte a parte, quitandole a vn mismo punto el buelo, y la vida. Renouaronse con

esto las voces de los presentes, y las alabanças del extranjero, el qual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra, y en el tirar de la balleta, y entre otras muchas prueuas que no cuento, con grandísimas ventajas se lleuò los primeros premios, quitando el trabajo a sus compañeros, de prouarse en ellas. Quando se acabaron los juegos, seria el crepusculo de la noche, y quando el Rey Policarpo queria leuantarse de su asiento con los juezes, que con el estauan, para premiar al vencedor mancebo, vio, que puesto de rodillas ante el, le dixo: Nuestra naue quedò sola, y desamparada, la noche cierra algo escura, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano se deuen estimar en lo possible, quiero, ò gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, que con mas espacio, y comodidad pienso boluer a seruirte. Abraçòle el Rey, preguntòle su nombre, y dixo: que se llamaua Periandro. Quitòse en esto la bella Sinforosa vna guir

nalda de flores, con que adornaua su hermosissima cabeça, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dixo al ponerse la: Quando mi padre sea tan venturoso, de que voluais á verle, vereis, como no vendreis a seruirle, fino a ser seruido.

CAPITULO
VEINTEY TRES,

De lo que sucedio à la zelosa Auristela, quando supo, que su hermano Periandro era el que auia ganado los premios del certamen.

O Poderosa fuerça de los zelos, ò enfermedad que te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida: ò hermosissima Auristela, detente, no te precipites, á dar lugar en tu imaginacion á esta rabiosa dolencia, pero quien podra tener á raya los pensamientos, que suelen ser tan ligeros, y sutiles, que como no tienen cuer-

po, passan las murallas, traspassan los pechos, y veé lo mas escondido de las almas: esto se ha dicho, porque en oyédo pronunciar Auristela el nombre de Periandro su hermano, y auiendo oydo antes las alabanzas de Sinforosa, y el fauor, q̄ en ponerle la guirnalda le auia hecho, rindio el sofrimiento á las sospechas, y entregò la paciencia á los gemidos, y dando vn gran suspiro, y abraçandose con Transila, dixo: Querida amiga mia, ruega al cielo, que sin auerse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro, no le ves en la boca deste valeroso Capitã, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas a los fauores de vna donzella q̄ a los cuydados, q̄ le deuian dar los destierros, y pasos desta su hermana? andase buscando palmas, y trofeos por las tierras agenas, y dexase entre los riscos, y entre las peñas y entre las montañas, que suele leuantar la mar alterada, á esta su hermana, que por su cõsejo, y por su gusto no ay peli-

gro de muerte, donde no se ha lle? Estas razones escuchaua atentísimamente el Capitan del nauio, y no sabia, que con elusion facar de ellas, solo parò en dezir, pero no dixo nada, porque en vn instante, y en vn momentaneo punto le arrebatò la palabra de la boca vn viento, que se leuantò tan subito, y tan rezio, que le hizo poner en pie, sin responder á Auristela, y dando voces a los marineros, que amaynassen las velas, y las templassen, y assegurassen. Acudio toda la gente à la faena, començò la naue a bolar en popa, con mar tendido, y largo, por donde el viento quiso llevarla. Recogiose Mauricio con los de su compañia à su estancia, por dexar hazer libremente su officio à los marineros. Allí preguntò Transila à Auristela, q̄ sobresalto era aquel, que tal la auia puesto, que à ella le auia parecido, auerle causado, el auer oydo nombrar el nombre de Periandro, y no sabia, porque las alabanças, y buenos sucessos de vn hermano

pudiesen dar pesadumbre. Ay amiga, respondió Auristela, de tal manera estoy obligada a tener en perpetuo silencio vna peregrinacion, que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forçada, à guardarle, en sabiendo quien soy, que si sabras, si el cielo quiere, verás las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de donde nacen, verás castos pensamientos acometidos, pero no turbados, verás desdichas sin ser buscadas, y laberintos, que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enredos, ves, quan grande es el nudo del parentesco de vn hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periandro: ves ansi mismo, quan propio es de los enamorados, ser zelosos, pues con mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. Este Capitan, amiga, no exagerò la hermosura de Sinforola, y ella al coronar las fienes de Periandro no os mirò? si sin duda, y mi hermano no es del valor, y de la belleza, q̄

tu has

Hist. de Persiles y Sigismunda.

tu has visto? pues que mucho que aya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno, que le haga olvidar de su hermana? Aduierte, señora, respondió Transila, que todo quanto el Capitan ha contado, sucedio antes de la prision de la insula Barbara, y que despues acá os aueys visto, y comunicado, donde aura hallado, que ni él tiene amor a nadie, ni cuyda de otra cosa, que de darte gusto, y no creó yo, que las fuerças de los zelos lleguen a tanto, que alcácen a tenerlos vna hermana de vn su hermano. Mira, hija Transila, dixo Mauricio, que las condiciones de amor son tan diferentes como injustas, y sus leyes tan muchas como variables, procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie, de aquello que quisiere dezirte: la curiosidad en los negocios propios se puede futilizar, y atildar, pero en los agenos que no nos importa, ni por pensamiento. Esto que oyó Auristela a Mauricio, la hizo tener

cuenta con su discrecion, y con su lengua, porque la de Transila poco necia lleuaua camino de hazerle sacar a plaça toda su historia. Amanzó en tanto el viento, sin auer dado lugar, a que los marineros temiesse, ni los pasajeros se alborotassen. Boluio el Capitan, a verlos, ya proseguir su historia, por auer quedado cuydadoso del sobresalto; que Auristela tomó, oyendo el nombre de Periandro. Deseaua Auristela boluer a la platica passada, y saber del Capitan, si los fauores que Sinforosa auia hecho a Periandro, se estendieron a mas, que coronarle, y assi se lo preguntó modestamente, y con recato, de no dar a entender su pensamiento. Respondio el Capitan, que Sinforosa no tuuo lugar de hazer mas merced (que assi se han de llamar los fauores de las damas) a Periandro, aunque a pesar de la bondad de Sinforosa, a él le fatigauan ciertas imaginaciones, que tenia, de que no estaua muy libre de tener en la suya a Periandro,

porque

porque siempre que despues de partido se hablaua de las gracias de Periandro , ella las subia , y las leuantaua sobre los cielos , y por auerle ella mandado , que saliesse en vn nauio a buscar a Periandro , y le hiziesse boluer , a ver a su padre , confirmaua mas sus sospechas. Como? y es posible , dixo Auristela , que las grandes señoras , las hijas de los Reyes, las leuantadas sobre el trono de la fortuna , se han de humillar, a dar indicios, de que tienen los pensamientos en humildes sujetos colocados? y siendo verdad, como lo es, que la Grandeza, y Magestad no se auiene bien con el amor , antes son repugnantes entre si el amor , y la Grandeza, ha se de seguir , que Sinforosa Reyna hermosa y libre , no se auia de cautiuar de la primera vista de vn no conocido moço , cuyo estado no prometia ser Grande, el venir guiando vn timon de vna barca con doze compañeros desnudos, como lo son, todos los que gobiernan los remos. Calla, hija Auristela, dixo Mauricio , que en ningunas otras acciones de la naturaleza se veen mayores prodigios , ni mas continuos , que en las del amor, que por ser tantos, y tales, se passan en silencio , y no se echa de ver en ellos, por extraordinarios que seàn : el amor junta los ceptros con los cayados , la grandeza con la baxeza , haze possible lo que parecia impossible, y guala diferentes estados , y viene a ser poderoso como la muerte. Ya sabes tu , señora , y sé yo muy bien la gentileza , la gallardia, y el valor de tu hermano Periandro , cuyas partes forman vn compuesto de singular hermosura , y es priuilegio de la hermosura , rendir las voluntades , y atraer los coraçones, de quantos la conocen, y quanto la hermosura es mayor , y mas conocida , es mas amada y estimada : assi que no seria milagro , que Sinforosa , por principal que sea , amè a tu hermano, porque no le amaria

como a Periandro a secas, sino como a hermoso, como á valiente, como a diestro, como a ligero, como a fugeto, donde todas las virtudes estan recogidas, y cifradas. Que Periandro es hermano desta señora? Dixo el Capitan. Si, respondió Transila, por cuya ausencia ella viue en perpetua tristeza, y todos nosotros, que la queremos bien. y à el le conocimos en llanto, y amargura: luego le contaron todo lo sucedido del naufragio de la

naue de Arnaldo, la diuision del esquife, y de la varca, con todo aquello que fue bastante, para darle à entender lo sucedido, hasta el punto en que estauan, en el qual punto dexa el autor el primer libro desta grande historia, y passa al segundo, donde se contaran cosas, que aunque no passan de la verdad, sobrepujan à la imaginacion, pues apenas pueden caber en la mas sutil, y dilatada de sus acontecimientos.

F F N D E L P R I M E R

*libro de los trabajos de Persiles,
y Sigismunda.*

LIBRO

LIBRO

SEGUNDO

DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y Sigismunda.

CAPITULO PRIMERO.

DONDE SE CVENTA, COMO EL NAVIO
se volcò con todos los que dentro del yuan.



ARECE
q̄ el autor
desta histo-
ria, sabia de
enamorado
mas, que de
historiador,

porque casi este primer capi-
tulo de la entrada del segundo
libro le gasta todo en vna defi-
nición de zelos, ocasionados,
de los que mostrò tener Auris-
tela, por lo que le contò el Ca-
pitan del nauio, pero en esta

traducion, q̄ lo es, se quita por
prolixa, y por cosa en muchas
partes referida, y ventilada,
y se viene á la verdad del ca-
so, que fue, que cambiando-
se el viento, y enmarañan-
dose las nubes, cerrò la no-
che escura, y tenebrosa, y
los truenos dando por men-
sagero a los relampagos,
tras quien se siguen, comen-
çaron á turbar los marine-
ros, y a deslumbrar la vista
de todos los de la naue, y començò

Hist. de Persiles y Sigismunda.

mençò la borrasca con tanta furia , que no pudo ser preuenida de la diligencia , y arte de los marineros , y assi a vn mismo tiempo les cogio la turbacion , y la tormenta , pero no por esto dexò cada vno de acudir a su officio , y a hazer la faena , que vieron ser necessaria , sino para escusar la muerte , para dilatar la vida , que los atreuidos que de vn as tablas la fian , la sustentan , quanto pueden , hasta poner su esperanza en vn madero , que a caso la tormenta desclauò de la naue , con el qual se abraçan , y tienen a gran ventura tan duros abraços , Mauricio se abraçò con Transila su hija , Antonio con Ricla , y con Constantça su madre y hermana , sola la desgraciada Auristela quedò sin arrimo , sino el que le ofrecia su congoxa , que era el de la muerte , a quien ella de buena gana se entregára , si lo permitiera la Christiana , y Catolica Religion , que con muchas veras procura ua guardar , y assi se recogio entre ellos , y hechos vn nudo , o por

mejor dezir , vn ouillo , se dexaron calar casi hasta la postrera parte del nauio , por escusar el ruydo espantoso de los truenos , y la interpolada luz de los relampagos , y el confuso estruendo de los marineros , y en aquella semejança del Limbo se escusaron , de no verse vn as vezes tocar el cielo con las manos , leuantandose el nauio sobre las mismas nubes , y otras vezes barrer la gabia las arenas del mar profundo : esperauan la muerte cerrados los ojos , o por mejor dezir , la temian , sin verla , que la figura de la muerte , en qualquier trage que venga , es espantosa , y la que coge a vn desapercibido en todas sus fuerças y salud es formidable. La tormenta crecio de manera , que agotò la ciencia de los marineros , la sollicitud del Capitan , y finalmente la esperanza de remedio en todos : ya no se ohan voces , que mandauan hagase esto , o aquello , sino gritos de plegarias , y votos , que se hazian , y a los cielos se embiauan , y llegò a tanto esta

miseria y estrechez, que Tranfila no se acordaua de Ladislao, Auristela de Periandro, que vno de los efetos poderosos de la muerte es, borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega a hazer, que no se sienta la passion zelosa, tengase por dicho, que puede lo imposible. No auia alli relox de arena, que distinguiesse las horas, ni aguja que señalasse el viento, ni buen tino, que atinasse el lugar, donde estauan, todo era confusion, todo era grita, todo suspiros, y todo plegarias. Desmayò el Capitan, abandonaronse los marineros, rindieronse las humanas fuerças, y poco a poco el desmayo llamò al silencio, que ocupò las voces de los mas de los miseros que se quexauan. Atreuiòse el mar insolente, a passarse por cima de la cubierta del nauio, y aun a visitar las mas altas gabias, las quales tambien ellas, casi como en vengança de su agrauio, besaron las arenas de su profundidad: finalmente al parecer del dia, si se puede lla-

mar dia, el que no trae consigo claridad alguna, la naue se estuuò queda, y estancò, sin mouerse a parte alguna, que es vno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder a vn baxel: finalmente combatida de vn Vracan furioso, como si la boluieran con algun artificio, puso la gabia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubrió a los cielos, quedando hecha sepultura, de quantos en ella estauan. A Dios castos pensamientos de Auristela, a Dios bien fundados dissinios, sossegaos pasos tan honrados como santos, no espereys otros Mauseolos, ni otras pyramides, ni agujas, que las que os ofrecen essas mal breadas tablas. Y vos, ò Transila, exemplo claro de honestidad en los braços de vuestro discreto, y anciano padre podeis celebrar las bodas, sino con vuestro esposo Ladislao, alomenos con la esperança que ya os aura conduzido a mejor talamo: y tu, ò Ricla, cuyos desseos te lleuauan a tu descanso, recoge

en tus brazos a Antonio, y a Constança tus hijos, y ponlos en la presencia, del que agora te ha quitado la vida, para mejorartela en el cielo, en resolución el bolcar de la naue, y la certeza de la muerte, de los que en ella yuan, puso las razones referidas en la pluma del autor desta grande y lastimosa historia, y ansi mismo puso las que se oyran en el siguiente capitulo.

CAPITULO

SEGUNDO.

Del segundo libro: Donde se cuenta vn extraño suceso.

PArece, que el bolcar de la naue bolcò: ò por mejor dezir, turbò el juyzio del autor de esta historia, porque a este segundo capitulo le dio quatro, ò cinco principios, casi como dudando, que fin en el tomara, en fin se resoluió, diciendo, que las dichas, y las desdichas, suelen andar tan juntas,

que tal vez no ay medio, que las diuida, andan el pesar, y el plazer tan apareados, que es simple el triste, que se desespera, y el alegre que se confia, como lo da facilmente a entender este extraño suceso: sepultose la naue, como queda dicho, en las aguas, quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshizieronse sus esperanças, quedando impossibil a todo su remedio, pero los piadosos cielos que de muy atarás toman la coriente de remediar nuestras desuenturas, ordenaron, que la naue llevada poco a poco de las olas ya manlas y recogidas a la orilla del mar en vna playa, que por entonces su apazibilidad y mansedumbre podia seruir de seguro puerto, y no lexos estaua vn puerto capacissimo de muchos vaxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros se estaua mirando vna populosa ciudad, que por vna alta loma sus vistosos edeficios leuantaua. Vieron los de la ciudad el vulto de la naue, y creyeron ser el de alguna vallena, ò de otro gran

pescado, que con la borrasca
 passada auia dado al traues: sa-
 lio infinita gente a verlo, y cer-
 tificandose, ser nauio, lo dixe-
 ron al Rey Policarpo, que era
 el señor de aquella ciudad, el
 qual acompañado de muchos
 y de sus doshermosas hijas, Po-
 licarpo, y Sinforosa, salió tam-
 bien, y ordenò, que con cabel-
 trantes, con tornos, y con var-
 cas, con que hizo rodear toda
 la naue, la tirassen, y encami-
 nassen al puerto. Saltaron algu-
 nos encima del buco, y dixerõ
 al Rey, que dentro del sonauã
 golpes, y aun casi se oían vo-
 zes de viuos. Vn anciano Ca-
 uallero que se hallò junto al
 Rey, le dixo: Yo me acuerdo
 señor, auer visto en el mar me-
 diterraneo en la ribera de Ge-
 noua vna galera de España, q̃
 por hazer el cur con la vela, se
 bolcò, como està agora esteva
 xel, quedando la gabia en la a-
 rena, y la quilla al cielo, y an-
 tes que la voluiesse, ò endere-
 çasse n, auiendo primero oydo
 rumor, como en este se oye.
 Asserraron el vaxel por la qui-
 lla, haziendo vn buco capaz

de ver, lo que dentro estàua, y
 el entrar la luz dentro, y el sa-
 lir por el el Capitan de la mis-
 ma galera, y otros quatro cõ-
 pañeros suyos, fue todo vno.
 Yo vi esto, y està escrito este
 caso en muchas historias Es-
 pañolas, y aũ podria ser viuief-
 sen agora las personas, que se-
 gunda vez nacieron al mundo
 del vientre desta galera, y si a-
 qui sucedieße lo mismo, no se
 ha de tener a milagro, sino à
 misterio, que los milagros su-
 ceden fuera del orden de la na-
 turaleza, y los misterios son
 aquellos, que parecẽ milagros,
 y no lo son, sino casos, que acõ-
 tecen raras vezes. Pues à que
 aguardamos, dixo el Rey, fie-
 rrese luego el buco, y veamos
 este misterio, que si este viẽtre
 vomita viuos, yo lo tendré por
 milagro: grande fue la priesa,
 que se dieron a ferrar el vaxel,
 y grande el desseo que todos
 tenian de ver el parto, abriose
 en fin vna gran concauidad,
 que descubrio muertos, muer-
 tos, y viuos que lo parecian,
 metio vno el braço, y assio de
 vna donzella, que el palpi-
 tarle

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

tarle el coraçon daua señales de tener vida, otros hizieron lo mismo, y cada vno sacò su pressa, y algunos pensando sacar viuos, sacauan muertos, que no todas vezes los pescadores son dichosos: finalmente dandoles el ayre, y la luz a los medio viuos, respiraron, y cobraron aliento, limpiaronse los rostros, fregaronse los ojos estiraron los braços, y como quien despierta de vn pesado sueño, miraron a todas partes, y hallose Auristela en los braços de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Riela, y Constança en los de Rutilio, Antonio el padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salio por si mismo, y lo mismo hizo Mauricio, Arnaldo quedó mas atonito, y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Miròle Auristela, y no conociendole, la primera palabra que le dixo, fue, que ella fue la primera, que rompio el silencio de todos. Por ventura, hermano, está en tre esta gente la bellissima Sinforosa? Santos cie-

los que es esto, dixo entre si Arnaldo, que memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon, que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al cielo por las recibidas mercedes, pero con todo esto la respondió, y dixo, que si estaua: y le preguntò, que como la conocia, porque Arnaldo ignoraua, lo que Auristela con el Capitan del nauio, que le contò los triunfos de Periandro, auia passado, y no pudo alcançar la causa, por la qual Auristela preguntaua por Sinforosa, que si la alcançara, quiçá dixera, que la fuerça de los zelos es tan poderosa, y tan sutil, que se entra, y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y va a buscar al alma enamorada en los vltimos trances de la vida. Ya despues que passò algun tanto el pavor en los resucitados, que assi pueden llamarle, y la admiracion en los viuos, que los sacaron, y el discurso en todos dio lugar a la razon: confusamente vnos a otros se preguntauan, como los de la tier-

ra estauan alli, y los del nauio venian alli. Policarpo en esto viendo, que el nauio al abrirle la boca, se le auia llenado de agua, en el lugar del ayre que tenia, mandò llevarle ajorro al puerto, y que con artificios le sacassen a tierra, lo qual se hizo con mucha presteza: fallieron assi mismo a tierra toda la gente que ocupaua la quilla del nauio, que fueron recibidos del Rey Policarpo, y de sus hijas, y de todos los principales ciudadanos, con tanto gusto como admiracion, pero lo que mas les puso en ella, principalmete a Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela, fue tambien à la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo, y nueuo trage, pocos años, y gallardia de la barbara Constança, de quien no desdezia el buen parecer, y donayre de Ricla su madre, y por estar la ciudad cerca, sin preuenirse, de quien los lleuasse, fuerõ todos apie à ella. Ya en este tiempo auia llegado Periandro a hablar a su hermana Auristela, Ladis-

lao a Transila, y el barbaro padre a su muger, y a su hija, y los vnos a los otros se fueron dando cuenta de sus sucesos, sola Auristela ocupada toda en mirar a Sinforosa callaua, pero en fin hablò à Periandro, y le dixo: Por ventura, hermano, esta hermosissima donzella que aqui va, es Sinforosa la hija del Rey Policarpo? Ella es, respondio Periandro, sujeto, donde tienen su assiento la belleza, y la cortesia. Muy cortès deue de ser, respondio Auristela, porque es muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondio Periandro, las obligaciones que yo la tengo, me obligáran, ò querida hermana mia, à que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ellas encareceys las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas del cielo, replicò Periandro, no se han de comparar las de la tierra, las hiperboles alabanças, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados, dezir, que vna

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

ger es mas hermosa que vn Angel, es encarecimiento de cortesía, pero no de obligacion, solz en ti, dulcissima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerças de verdad los encarecimientos, que se dan á tu hermosura. Si mis trabajos y mis dessafossiegos, ò hermano mio, no turbaran la mia, quiça creyera ser verdaderas las alabanças, que de ella dizes: pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reduzir a fossiego mi dessafossiego, y à bonança mi tormenta, y en este entretanto con el encarecimiento que puedo, te suplico, que no te quiten, ni borren de la memoria, lo que me deues, otras agenas hermosuras, ni otras obligaciones, que en la mia, y en las mias podras satisfacer el desseo, y llenar el vazio de tu voluntad: si miras, que juntando à la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, à la de mi alma, hallaras vn compuesto de hermosura, que te satisfaga.

Confuso yua Periandro,

oyendo las razones de Auristela, juzgauala zelosa, cosa nueva para el, por tener por larga esperiencia conocido, que la discrecion de Auristela jamas se atreuio à salir de los limites de la honestidad, jamas su lengua se mouio à declarar sino honestos y castos pensamientos, jamas le dixo palabra, que no fuesse digna de dezirse á vn hermano en publico y en secreto. Yua Arnaldo inuidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija y yerno, Antonio el grande con su muger, y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiziente Clodio, con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallasse, la grandeza de tan extraño suceſso. Llegaron à la ciudad, y el liberal Policarpo honró a sus huespedes real y magnificamente, y a todos los mandò alojar en su palacio, auentajandose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia, q̄ era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela

le auian sacado de su Reyno, y assi como vio la belleza de Auristela, hallò su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo quarto Policarpo, y Sinforosa alojaron à Auristela, de la qual no quitaua la vista Sinforosa, dando gracias al cielo, de auerla hecho no amante sino hermana de Periandro: y assi por su estremada belleza, como por el parentesco tan estrecho, que con Periandro tenia, la adoraua, y no sabia vn punto, desuiarse de ella, desmenuzauale sus acciones, notauale las palabras, ponderaua su donayre, hasta el sonido, y organo de la voz le daua gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraua à Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intenciones: Auristela miraua con zelos, y Sinforosa con senzilla beneuolencia, algunos dias estuuieron en la ciudad, descansando de los trabajos passados: y dando traça de volver Ar-

naldo à Dinamarca, ô a donde Auristela; y periandro quisieran, mostrando como siempre lo mostraua, no tener otra voluntad, que la de los dos hermanos. Clodio que con ociosidad, y vista curiosa auia mirado los mouimientos de Arnaldo, y quan oprimido le tenia el cuello, el amoroso yugo, vn dia que se hallò solo con el, le dixo: Yo que siempre los vicios de los Principes he reprehendido en publico, sin guardar el deuido decoro, que a su grandeza se deue, sin temer el daño, que nace del dezir mal. Quiero agota sin tu licencia dezirte en secreto, lo que te suplico, con paciencia me escuches, que lo que se dize, aconsejando, en la intencion halla disculpa, lo que no agrada. Confulto estaua Arnaldo no sabiendo, en q̄ yuan à parar las preuenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinò de escuchalle, y assi le dixo, que dixesse, lo que quisiesse, y Clodio con este saluo conduto prosiguió, diciendo: Tu señor,

amas a Auristela, mal dixe, amas, adoras, dixera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hazienda, ni de quien es, que aquello, que ella ha querido dezirte, que no te ha dicho nada, hasla tenido en tu poder mas de dos años, en los quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias posibles, por enternecer su dureza, amansar su rigor, y rendir su voluntad a la tuya por los medios honestissimos y eficazes del matrimonio, y en la misma entereza se està oy, que el primero dia que la sollicitaste, de donde arguyo, que quanto a ti te sobra de paciència, le falta a ella de conocimiento, y has de considerar, que algun gran misterio encierra, desechar vna muger vn Reyno, y vn Principe, que merece ser amado: misterio tambien encierra, ver vna donzella vagamunda, llena de recato de encubrir su linage, a compañada de vn moço, que como dize, que lo es, podria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sujeta a las inclemencias del

cielo, y a las borrascas de la tierra, que suelen ser peores que las del mar alborotado: de los bienes que reparten los cie los entre los mortales, los que mas se han de estimar, son los de la honra, a quien se posponen los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aqui llegaua Clodio, mostrando, querer proseguir con vn filosofico y graue razonamiento, quando entrò Periandro, y le hizo callar con su llegada a pesar de su desseo, y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle, entraron assi mismo Mauricio, Ladislao, y Tranfila, y con ellos Auristela arrimada al ombro de Sinforosa mal dispuesta, de modo que fue menester llevarla al lecho, causando cõ su enfermedad tales sobresaltos, y temores en los pechos de Periandro, y Arnaldo, que a no encubrillos con discrecion, tambien tuvierán necesidad de los Medicos como Auristela.

(?)

CAPITULO

T E R C E R O

Del segundo Libro.

A Penas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandò llamar sus Medicos, que la visitassen, y como los pulsos son lenguas, que declaran la enfermedad, que se padece: hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma, pero antes que ellos conocio su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendio en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los Medicos, que en ninguna manera la dexassen solo, y que procurassen entretenerle, y diuertirla con musica, si ella quisiessè, ò con otros algunos alegres entretenimientos. Tomò Sinforosa a su cargo su salud, y ofreciole su compania a todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan á la vista, la

causa que pensaua ser de su enfermedad, de la qual no pensaua sanar, porque estaua determinada de no dezillo, que su honestidad le ataua la lengua, su valor se oponia a su desseo, finalmente despejaron todos la estácia donde estaua, y quedaronle solas con ella Sinforosa, y Policarpo, a quien con ocasion bastante despidio Sinforosa, y a penas se vio sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretandole reziamente las manos con ardientes suspiros, parecio que queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos q̄ de nueuo la turbaron, y assi le dixo: Que es esto, señora mia, que estas muestras me dan a entender que estays mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia: mirad, si os puedo seruir en algo, que para hazerlo, aunque está la carne enferma, tengo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondió Sinforosa, quanto puedo, agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad, con que te obligas, te respondo, sin

que en esta parte tengan alguna comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto que la vida me durare, amo quiero bien, adoro, dixelo? no que la verguença, y el ser quien soy, son mordaças de mi lengua: pero tengo de morir callando: ha de sanar mi enfermedad por milagro? es por ventura capaz de palabras el silencio? han de tener dos recatados y vergonçosos ojos virtud, y fuerça para declarar los pensamientos infinitos de vn alma enamorada? Esto yua diziendo Sinforosa con tantas lagrimas, y con tantos suspiros, que mouieron a Auristela á enjugalle los ojos, y á abraçarla, y a dezirla: No se te muevan, ò a passionada señora, las palabras en la boca despide de ti por algun pequeño espacio la confusion, y el empacho, y hazme tu secretaria, que los males comunicados, sino alcançan sanidad, alcançan aliuio: si tu passion es amorosa, como lo imagino, sin duda bié

lé, que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sé, que nuestras almas estan siempre en continuo mouimiento, sin que puedan dexar de estar atentas, á querer bien á algun sujeto, á quien las estrellas las inclinan, que no se ha de dezir que las fuerçan: dime, señora, a quien quieres, á quien amas, y á quien adoras? que como no des en el disparate de amar á vn toro, ni en el que dio, el que adorô el platano, como sea hombre, el que segun tu dizes, adoras, no me causará espanto, ni marauilla, muger soy como tu, mis desseos tengo, y hasta aora por honra del alma, no me han salido á la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura, pero al fin auran de romper por inconvenientes, y por impossibles, y si quiera en mi testamento procurarè, que se sepa la causa de mi muerte. Estaua la mirando Sinforosa, cada palabra que dezia, la estimaua, como si fuera sentencia salida por la boca de vn oraculo. Ay señora, dixo, y como creo, que

los cielos te han traído por tan estraño rodeo, que parece milagro á esta tierra, con dolidos de mi dolor, y lastimados de mi lastima, del vientre escuro de la naue te voluieron á la luz del mundo, para que mi escuridad tuuiesse luz, y mis desseos salida de la confusion, en que estan, y assi por no tenerme, ni tenerte mas suspenso, fabras, que á esta isla llegò tu hermano Periandro, y successiuamente le contò, del modo que auia llegado, los triunfos que alcançò, los contrarios que vencio, y los premios que ganò, del modo que ya queda contado, dixole tambien, como las gracias de su hermano Periandro auian despertado en ella vn modo de desseo, que no llegaua á fer amor sino beneuolencia, pero que despues con la soledad, y ociosidad, yendo, y viniendo el pensa-

miento, à contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como á vn Principe, que sino lo era, merecia serlo: esta pintura me la graudò en el alma, y yo inauertida dexé, que me la grauasse, sin hazerle resistencia alguna, y assi poco à poco vine à quererle, á amarle, y aun à adorarle, como he dicho. Mas dixera Sinforosa, sino boluiera Policarpa desseosa de entretener à Auristela, cantando al son de vna harpa, que en las manos traía: enmudecio Sinforosa, quedò perdida Auristela, pero el silencio de la vna, y el perdimiento de la otra no fueron parte, para q̄ dexassen de prestar áte- tos oydos á la sin par en musica Policarpa, q̄ desta manera comèçò à catar en su légua, lo q̄ despues dixo el barbaro Antonio, q̄ en la Castellana dezia,

Cintia, si desengaños no son parte.

Para cobrar la libertad perdida,

Da riendas al dolor, suelta la vida,

Que no es valor, ni es honra, el no que xarte.

Hist. de Persiles y Sigismunda.

*Y el generoso ardor, que parte à parte
Tiene tu libre voluntad rendida,
Sera de tu silencio el homicida,
Quando pienses, por el eternizarte.*

*Salga con la doliente anima fuera
La enferma voz, que es fuerça, y es cordura,
Dezir la lengua, lo que al alma toca.*

*Quexandote, sabra el mundo, si quiera,
Quan grande fue de amor tu calentura,
Pues salieron señales a la boca.*

Ninguno como Sinforosa entendio los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus desseos, y puesto que tenia determinado, de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprouecharse del consejo de su hermana, diziendo a Auristela sus pensamientos, como ya se los auia començado a dezir. Muchas vezes se quedaua Sinforosa con Auristela, dando a entender, que mas por cortês, que por su gusto propio la acompañaua, en fin vna vez tornando a anudar la platica pasada le dixo: Oye me otra vez, señora mia, y no te can-

sen mis razones, que las que me bullen en el alma, no dexan sossegar la lengua, rebenatarè, si no las digo, y este temor, à pesar de mi credito, hará, que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mi conocidas lleuaron tras si mis enamorados desseos, y sin entremeterme, en saber, quien son sus padres, la patria, ò riquezas, ni el punto, en que le ha leuantado la fortuna, solamente atiendo à la mano liberal, con que la naturaleza le ha enriquezido: por si solo le quiero, por si solo le amo, y por si solo le adoro, y por ti sola, y por

quien eres , te suplico, que sin dezir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bié que pudieres : innumerables riquezas me dexò mi madre en su muerte sin sabiduria de mi padre, hija soy de vn Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin es Rey, la edad, ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal qual es , ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida, dame, señora, a tu hermano por esposo, darte yo a mi misma por hermana, repartire contigo mis riquezas, procurarè, darte esposo, que despues, y aun antes de los dias de mi padre, le elijan por Rey los deste Reyno, y quando esto no pueda ser, mis tesoros podran comprar otros Reynos. Teniale a Auristela de las manos Sinforosa, bañandose las en las lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la dezia, acompañauale en ellas Auristela, juzgando en si misma, quales, y quantos fueren ser los aprietos de vn coraçon enamorado, y aun que se le representaua en Sin-

forosa vna enemiga, la tenia lastima, que vn generoso pecho no quiere vengarse, quanto mas que Sinforosa no la auia ofendido en cosa alguna, que la obligasse a vengança, su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que a ella trahia desatinada: finalmente no podia culparla, sin que ella primero no quedasse conuenida del mismo delito: lo que procurò apurar, fue, si la auia fauorecido alguna vez, aunque fuesse en cosas leues, ò si con la lengua, ò con los ojos auia descubierto su amorosa voluntad a su hermano. Sinforosa la respondió, que jamas auia tenido atreuimiento, de alçar los ojos, a mirar a Periamdro, sino con el recato, que á ser quien era, deuia, y que al paso de sus ojos auia andado el recato de su lengua. Bien creo esso, respondió Auristela, pero es posible, que el no ha dado muestras de quererte? si aura, porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca, y ablande vna belleza tal como

CAPITULO

QUARTO

Del segundo libro: Donde se prosigue la historia, y amores de Sinforosa.

la tuya, y assi soy de parecer, que antes que yo rompa esta dificultad, procures tu hablarle, dandole ocasion para ello con algun honesto fauor, que tal vez los impensados fauores despiertan, y encienden los mas tibios, y descuydados pechos, que si vna vez el responde a tu desseo, sera me facil á mi hazerle, que de todo en todo le satisfaga: todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosissimos, no te aconsejo yo, que te delonestes, ni te precipites, que los fauores que hazen las donzellas, á los que aman, por castos que sean no lo parecen, y no se ha de auenturar la honra por el gusto, pero con todo esto puede mucho la discrecion, y el amor, sutil maestro de encaminar los pensamientos, á los mas turbados ofrece lugar, y coyuntura, de mostrarlos sin menoscabo de su credito

(.?.)(.?.)

(.?.)

(?)

ATenta estaua la enamorada Sinforosa á las discretas razones de Auristela, y no respondiendo a ellas, sino voluiendo á anudar las del passado razonamiento, le dixo: Mira amiga, y señora, hasta donde llegò el amor, que engendrò en mi pecho el valor, que conoci en tu hermano, que hize, que vn Capitan de la guarda de mi padre le fuesse a buscar, y le traxesse por fuerça, ò de grado a mi presencia, y el nauio, en que se enuarcò, es el mismo, en que tu llegaste, porque en el entre los muertos le han hallado sin vida. A ffi deue de ser, respondió Auristela, que el me contò grã parte de lo q̃ tu me has dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los quales, si es

posible, quiero, que sosiegues hasta que se los descubras a mi hermano, ò hasta que yo tome à cargo tu remedio, que será luego, que me descubras, lo q̄ con el tehuviere sucedido, que ni à ti te faltara lugar para hablarle, ni à mi tã poco. De nuevo voluio Sinforosa, á agradecer á Auristela su ofrecimiento, y de nuevo voluio Auristela à tenerla lastima. En tanto que entre las dos esto passaua, se las auia Arnaldo con Clodio, que moria, por turbar, ò por deshazer los amorosos p̄ famientos de Arnaldo, y hallãdole solo, si solo se puede hallar, quien tiene ocupada el alma de amorosos desseos, le dixo: el otro dia te dixi, señor, la poca seguridad que se puede tener de voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efeto es muger, aunque parece vn Angel, y que Perianandro es hombre, aunque sea su hermano, y no por esto quiero dezir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato, y si por ventura te dieren

lugar, de que discurras por el camino de la razon, quiero, q̄ tal vez consideres, quien eres. la soledad de tu padre, la falta que hazes á tus vassallos, la cõtingencia, en que te pones de perder tu Reyno, que es la milma, en que está la naue, donde falta el piloto, que la gouierne: mira que los reyes estan obligados à casarse no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen, de dar buenos successores a sus Reynos, desmengua, y apoca el respeto, que se deue al Principe, el verle coxear en la sangre, y no basta dezir, que la grãdeza de Reyes es en si tan poderosa, que yguala cõfigo misma la baxeza de la muger, que escogiere: el cauallo, y la yegua de casta generosa, y conocida prometen crias de valor admirable, mas q̄ las no conocidas, y de baxa estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto, pero no le ha de tener entre la noble: assi que, ò señor mio, ò te vuelue á tu

Reyno

Reyno, ò procura con el recato, no dexar engañarte, y perdona este atrevimiento, que ya que tengo fama de maldiziente, y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado, debaxo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra no temo las inclemencias del cielo, que ya con mejores estrellas parece, que va mejorando mi condicion hasta aqui deprauada. Yo te agradezco, ò Clodio, dixo Arnaldo, el buen consejo, que me has dado, pero no consiente, ni permite el cielo, que le reciba, Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho, que lo es; que para mi, qualquiera cosa que dixere, ha de ser verdad, yo la acepto sin disputas, que el abismo de su hermosura lleva tras si, el de mis desseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo, y he de tener vida, ansi que Clodio no me aconsejes mas, porque tus palabras se llevaran los vientos, y mis

obras te mostraran, quan vanos seran para conmigo tus consejos. Encogio los ombros Clodio, baxò la cabeça, y apartose de su presencia, con proposito de no seruir mas de consejero, porque el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades: la primera, autoridad: la segunda, prudencia: y la tercera ser llamado: estas reuoluciones, traças, y maquinias amorosas andauan en el palacio de Policarpo, y en los pechos de los confusos amantes, Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, y Arnaldo pertinaz, Mauricio haziendo dissinios de boluer a su patria contra la voluntad de Transila, que no queria boluer a la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao su esposo no osaua, ni queria contradezirla, Antonio el padre moria, por verse con sus hijos, y muger en España, y Rutilio en Italia su patria, todos desseauan, pero a ninguno se le cumplian sus desseos, condicion de la naturaleza humana, que

puesto que Dios la criò perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta, siempre la ha de auer, mientras no dexaremos de desfeñar. Sucedió pues, que casi de industria dio lugar Sinforosa, a que Perianandro se viesse solo con Auristela, desfeosa, que se diessè principio a tratar de su causa, y a la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida, ò muerte: las primeras palabras que Auristela dixo a Perianandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano, y señor mio, tan llena de trabajos, y sobrefaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia, y cada momento me haze temer los de la muerte, y querria, que diessèmos traça, de assegurar la vida, fofsegandola en vna parte, y ninguna hallo tan buena como esta, donde estamos, que a qui se te ofrecen riquezas en abundancia, no en promessas, sino en verdad, y muger noble, y hermosissima en todo estremo, digna no de que te ruegue, como te ruega, sino

de que tu la ruegues, la pidas, y la procures. En tanto que Auristela esto dezia, la miraua Perianandro con tanta atencion, que no mouia las pestañas de los ojos, corria muy a priessa con el discurso de su entendimiento, para hallar, adonde podrian yr encaminadas a aquellas razones: pero passando adelante con ellas Auristela, le sacò de su confusion, diziendo: Digo, hermano, que con este nombre te he de llamar, en qualquier estado que tomes digo, que Sinforosa te adora, y te quiere por esposo, dize, que tiene riquezas increíbles, y yo digo, que tiene creyble hermosura, digo creyble, porque es tal, que no ha menester, que exageraciones la leuanten, ni hiperboles la engrandezcan, y en lo que he echado de ver, es de condicion blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto como honesto, con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer, lo mucho que mereces, por ser quien eres, pero segun los casos presentes, no te estara mal esta

cõpañia , fuera estamos de nuestra patria, tu perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte, nuestro camino á Roma, quanto mas le procuramos mas se dificulta, y alarga mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria, que entre temores, y peligros me salteasse la muerte, y assi pienso acabar la vida en Religion, y querria, que tu la acabasses en buen estado. Aqui dio fin Auristela a su razonamiento, y principio à vnas lagrimas, que desdezian, y borrauan todo quanto auia dicho, sacò los braços honestamente fuera de la colcha, tendiolos por el lecho, y voluio la cabeça á la parte contraria, de donde estava Periandro, el qual viendo estos extremos, y auiendo oido sus palabras, sin ser poderoso à otra cosa, se le quitò la vista de los ojos, se le añudò la garganta, y se le traudò la lengua, y dio consigo en el suelo de rodillas, y arrimò la cabeça al lecho: voluio Auristela la suya, y viendole desmayado, le puso la mano en el ros-

tro, y le enjugò las lagrimas, que sin que el lo sintiessè, hilo à hilo le bañauan las mexillas.

CAPITULO

QVINTO

Del segundo libro: De lo que passò entre el Rcy Policarpo, y su hija Sinforosa.

E Fetos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormecense, ò entorpecense á vno los dientes, de ver cortar con vn cuchillo vn paño, tiembla tal vez vn hombre de vn raton, y yo le he visto temblar de ver cortar vn rabano, y à otro he visto leuantarse de vna mesa de respeto, por ver poner vnas a zeytunas: si se pregunta la causa, no ay saber dezirla, y los que mas piensan, q̄ aciertan, a dezilla, es dezir, q̄ las estrellas tienen cierta antipatia con la complecion de aquel hombre, que le inclina, ò mueue á hazer aquellas acciones, temores, y espantos, vien-

do las

do las cosas sobredichas, y otras semejantes, que á cada paso vemos. Vna de las definiciones del hombre es, dezir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal, y yo digo, que tambien se puede dezir, que es animal llorable, animal que llora, y ansi como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar el poco discurso. Por tres cosas es licito, que llore el varon prudente: la vna, por auer pecado: la segunda, por alcançar perdon del: la tercera (si me dan licencia) por estar zeloso: las demas lagrimas no dizen bien en vn rostro graue. Veamos pues desmayado a Periandro, y ya que no llore de pecador, ni arrepentido, lloré de zeloso, que no faltará, quien disculpe sus lagrimas, y aun las enjague, como hizo Auristela, la qual con mas artificio que verdad le puso en aquél estado: voluio en fin en sí, y sintiendo pasos en la estancia, voluio la cabeça, y vio a sus espaldas Riela, y à Conf-

tança, que entraua a ver a Auristela, que lo tuuo a buena suerte, que á dexarle solo, no hallàra palabras, con que responder a su señora, y assi fue á pensarlas, y à considerar en los consejos, que le auia dado. Estaua tambien Sinfrososa, con desseo de saber, que auto se auia proueydo en la Audiencia de Amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera, que entrará à ver à Auristela, y no Riela, y Constança: pero estorùselo, llegar vn recado de su padre el Rey, que la mandaua yr a su presencia luego, y sin escusa alguna: obedeciole, fue a verle, y hallòle retirado, y solo, hizola Policarpo sentar junto a sí, y al cabo de algun espacio, que estuuó callado, con voz baxa, como que se recataua, de que no le oyessen, la dixo: Hija, puesto que tus pocos años no estan obligados, a sentir, que cosa sea, esto que llaman amor, ni los muchos mios esté ya sugetos a su jurisdiciõ, todauia tal vez sale de su curso la naturaleza, y se

abrazan las niñas verdes, y se secan, y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyó Sinforosa, imaginò sin duda, que su padre sabia sus desseos: pero con todo esso callò, y no quiso interromperle, hasta que mas se declarasse, y en tanto que el se declaraua a ella, le estaua palpitando el coraçon en el pecho. Siguió pues su padre, diziendo: Despues, ò hija mia, que me faltò tu madre, me acogí a la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gouernème por tus consejos, y he guardado, como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad y recato, tanto por el credito de mi persona, como por guardar la Fè Catolica, que professo: pero despues que han venido estos nuevos huéspedes a nuestra ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caydo desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abismo baxo de no sé que desseos, que si los callo, me matan, y si los

digo, me deshonran: no mas suspension, hija, no mas silencio, amiga, no mas, y si quieres, que mas aya, sea el dezirte, que muero por Auristela, el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lumbré los míos ya escuros, la gallardia de su persona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fuesse possible, a ti, y a tu hermana daros vna madrestra, que su valor disculpe el darosla: si tu vienes con mi parecer, no se me dara nada, del que diran, y quando por esta, si pareciere locura, me quitaren el reyno, reyne yo en los braços de Auristela, que no aura Monarca en el mundo que se me yguale. Es mi intencion, hija, que tu se la digas, y alcances de ella el sí, que tanto me importa, que a lo que creo, no se le hara muy dificultoso, el darle, si con su discrecion recompensa, y contrapone mi autoridad a mis años, y mi riqueza a los suyos, bueno es ser Reyna, bueno es mandar, gust

to dan las honras , y no todos los passatiempos se cifran en los casamientos yguales. En albricias del sí, que me has de traer de esta embaxada, que lleuas, te mando vna mejora en tu suerte: que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar a desllearla mejor. Mira, quatro cosas ha de procurar tener, y sustentar el hombre principal, y son: buena muger, buena casa, buen cauallo, y buenas armas: las dos primeras, tan obligada está la muger a procurallas como el varon, y aun mas, porque no ha de levantar la muger al marido, sino el marido a la muger. Las Magestades, las Grandezas altas no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casandose, y igualan consigo a sus mugeres, assi que sease Auristela, quien fuere, que siendo mi esposa, sera Reyna, y su hermano Periandro mi cuñado, el qual, dando te lo yo por esposo, y honrandole con titulo de mi cuñado, vendras tu tambien a ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser

mi hija. Pues como sabes tu, señor, dixo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo: de que no lo sea, respondió el Rey, me lo da a entender, el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa que lo estoruan los casamientos grandes: de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica, y asegura su discrecion, que es mucha, y caera en la cuenta, de lo que contigo gana, y pues la hermosura de su hermana la haze ser Reyna, no sera mucho, que la tuya le haga tu esposo. Con estas vltimas palabras, y con esta grande promessa paladeò el Rey la esperança de Sinforosa, y saboreòle el gusto de sus deseos, y assi sin yr contra los de su padre, prometio ser casamentera, y admitio las albricias, de lo que no tenia negociado, solo le dixo, que mirasse, lo que hazia, en darle por esposo a Periandro, que puesto que sus habilidades acreditauan su valor, todauia seria bueno, no arro-

jarle, sin que primero la experiencia, y el trato de algunos dias le assegurasse, y diera ella, porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien que acertará á desfiarse en este mundo, los siglos que tuviere de vida, que las donzellas virtuosas y principales vno dize la lengua, y otro piensa el coraçon. Esto passaron Policarpo, y su hija, y en otra estancia se mouio otra conuersacion y platica entre Rutilio y Clodio. Era Clodio, como se ha visto, en lo que de su vida, y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de donde le nacia, ser gentil maldiziente, que el tonto, y simple ni sabe murmurar, ni maldezir, y aun que no es bien, dezir bien mal (como ya otra vez se ha dicho) con todo esto alaban al maldiziente discreto, que la agudeza maliciosa, no ay conuersacion, que no la ponga en punto, y de sabor como la sal á los manjares, y por lo menos al maldiziente agudo si le vituperan, y condenan por perjudicial, no dexan

de absoluerle, y alabarle por discreto. Este pues nuestro murmurador, à quien su lengua desterrò de su patria en compaña de la torpe y viciosa Rosamunda, auiendo dado yguual pena el Rey de Inglaterra á su maliciosa lengua, como a la torpeza de Rosamunda, hallandose solo cõ Rutilio, le dixo: Mira Rutilio, necio es, y muy necio, el que descubriendo vn secreto a otro le pide encarecidamente, que le calle, porque le importa la vida, en que lo que le dize, no se sepa. Digo yo agora: ven acá, descubridor de tus pensamientos, y derramador de tus secretos, si á ti, con importarte la vida, como dizes, los descubres al otro, a quien se los dizes, ¿quã no le importa nada el descubrirlos, como quieres, que los cierre, y recoja debaxo de la llave del silencio? que mayor seguridad puedes tomar, de quã no se sepa, lo que sabes, sino no deziello. Todo esto se, Rutilio, y cõ todo esto me salen a la lengua y á la boca ciertos pensamientos, que también, porque los

ponga en voz, y los arroje en las plaças, antes que se me pudran en el pecho, ò rebiente con ellos. Ven acá, Rutilio, que haze aqui este Arnaldo fingiendo el cuerpo de Auristela, como si fuesse su misma sombra, dexando su Reyno a la discrecion de su padre viejo, y quiça caduco, perdiendose aqui, anegandose alli, llorando acá, suspirando acullá, lamentandose amargamente de la fortuna, que el mismo se fabrica? que diremos desta Auristela, y deste su hermano moços vagamundos, encubridores de su linage, quiça por poner en duda, si son, ò no principales, que el que está ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y con la discreción y arteificio parecer en sus costumbres, que son hijos del sol, y de la luna: no niego yo, que no sea virtud digna de alabanza, mejorar se cada vno: pero ha de ser sin perjuyzio de tercero: el honor, y la alabanza, son primos de la virtud, que siendo firme, y solida, se le de-

uen, mas no se le deue a la ficticia, y hipocrita: quien puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor, y saltador? este Ganimedes, este lindo, este aqui vendido, acullá comprado, este Argos de esta ternera de Auristela, que apenas nos la dexa mirar por brujula, que ni sabemos, ni hemos podido saber deste paratan sin par en hermosura, de donde vienen, ni a donde van: pero lo que mas me fatiga de ellos, es, que por los onze ciegos, que dizen q̄ ay, te juro, Rutilio, que no me puedo persuadir, q̄ sean hermanos, y q̄ puesto que lo seã, no puedo juzgar bien, de que ande tan junta esta hermandad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages, y mesones: lo que gastan sale de las alforjas, saquillos, y repuestos llenos de pedaços de oro de las barbaras Riela, y Constança: bien veo que aquella Cruz de diamantes, y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen vn gran tesoro, pero no son prendas, que se cãbian, ni truecan

can por menudo, pues pensar, que siempre han de hallar Reyes, que los hospeden, y Principes que los fauorezcan, es hablar en lo escusado. Pues que diremos, Rutilio, aora de la fantasia de Transila, y de la Astrologia de su padre: ella que rebienta de valiente, y el que se preciz, de ser el mayor judicialario del mundo? yo apostarè, que Ladislao su esposo de Transila tomara aora, estar en su patria, en su casa, y en su reposo, aunque passara por el estatuto, y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena, a la discrecion del que quisiere darles, lo que han menester, y este nuestro barbaro Español, en cuya arrogancia due estar cifrada la valentia del orbe: yo pondré, que si el cielo le lleua a su patria, que ha de hazer corrillos de gente, mostrando a su muger, y a sus hijos embueltos en sus pellejos, pintando la isla Barbara en vn lienço, y señalando con vna vara, el lugar do estuu encerrado quinze años, la mazmorra de los prisioneros, y la

esperança inutil, y ridicula de los barbaros, y el incendio no pensado de la isla: bien anfi como hazen, los que libres de la esclautud Turquesca, con las cadenas al ombro, auientolas quitado de los pies, cuentan sus desuenturas con lastimeras voces, y humildes plegarias en tierra de Christianos: pero esto passe, que aunque parezca, que cuentan impossibles, a mayores peligros está sugeta la condicion humana, y los de vn desterrado, por grandes que sean, pueden ser creederos. Adonde vas à parar ô Clodio, dixo Rutilio. Voy à parar, respondió Clodio, en dezir de ti, que mal podras vsar tu oficio en estas Regiones, donde sus moradores no dançan, ni tienen otros passatiempos, sino lo que les ofrece Baco en sus taças risueño, y en sus beuidas lasciuo: pararè tambien en mi, que auiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo, y por la cortesia de Arnaldo: no doy las gracias a Arnaldo, antes querria procurar, que aunque

fuesse

fuesse a costa de su desdicha, nosotros enmendásemos nuestra ventura: entre los pobres pueden durar las amistades, porque la ygualdad de la fortuna sirve de eslabonar los corazones: pero entre los ricos, y los pobres no puede aver amistad duradera, por la desigualdad que ay entre la riqueza, y la pobreza. Filosofo está Clodio, replicô Rutilio, pero yo no puedo imaginar, que medio podremos tomar, para mejorar, como dizes, nuestra suerte, si ella començò a no ser buena desde nuestro nacimiento: yo no soy tan letrado como tu, pero bien alcanço, que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasíadamente el cielo, ellos por si solos pocas vezes se leuantan, adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dà la mano, pero à ti quien te la ha de dar, si la mayor que tienes, es dezir mal de la misma virtud? y a mi quien me ha de leuantar, pues quando mas lo procure, no podre subir mas, de lo que se alça vna cabriòla,

yo dançador, tu murmurador: yo condenado à la horca en mi patria, tu desterrado de la tuya, por maldiziente: mira, que bien podremos esperar, que nos mejore. Suspendiose Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspensión dio fin a este capitulo el autor de esta grande historia.

CAPITULO SEXTO Del Segundo Libro.

Todos tenian con quié comunicar sus pensamientos Policarpo con su hija, y Clodio con Rutilio, solo el suspenso Periandro los comunicaua consigo mismo, que le engendraron tantos las razones de Auristela, que no sabia a qual acudir, que le aluiasse su pesadumbre. Valame Dios, que es esto, dezia entre si mismo, ha perdido el juyzio Auristela, ella mi casamétera! como es possible, que aya dado al oluido nuestros conciertos? que tégoyo que ver con Sinforosa? que Reynos, ni que riquezas me pueden a mi obligar, a

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

que dexé a mi hermana Sigismunda? sino es dexando de ser yo Perfiles, en pronunciando esta palabra se mordió la lengua, y mirò à todas partes, à ver, si alguno le escuchaua, ya fegurandose, que no, profinguió, diziendo: Sin duda Aurifela està zelosa, que los zelos se engendran, entre los que bié se quieren, del ayre que passa, del sol que toca, y aun de la tierra que pisa. O señora mia, mira lo que hazes, no hagas agrauio a tu valor, ni á tu belleza, ni me quites à mi la gloria de mis firmes penlamientos, cuya honestidad, y firmeza me va la brando vna inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica, y bien nacida es Sinforosa, pero en tu comparacion es fea, es pobre, y de linage humilde: considera, señora, que el amor nace, y se engendra en nuestros pechos, ò por eleccion, ò por destino: el que por destino siempre està en su punto, el que por eleccion, puede crecer, o menguar segun pueden menguar, ò crecer las causas, que nos obli-

gan, y mueuen, à querernos, y siendo esta verdad tan verdad, como lo es, hallo, que mi amor no tiene terminos, que le encierre, ni palabras, que le declare, casi puedo dezir, que desde las mantillas, y faxas de mi niñez te quise bien, y aqui pongo yo la razon del destino: cò la edad, y con el vfo de la razón fue creciendo en mi el conocimiento, y fueron creciendo en ti las parte, que te hizieron amables, vílas, contemplélas, conocilas grauèlas en mi alma, y de la tuya, y la mia hize vn compuesto tan vno, y tã solo, que estoy por dezir, que tendra mucho que hazer la muerte, en diuidirle: dexa pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me combides con Imperios, ni Monarquias, ni dexes, q̄ suene en mis oidos el dulce nombre de hermano, con que me llamas, todo esto que estoy diziédo entre mi, quisiera dezirtelo atí por los mismos terminos, con que lo voy fraguando en mi imaginacion, pero no sera posible, porque la luz de tus ojos

y mas si me miran ayrados, ha de turbar mi vista, y enmudecer mi lengua, mejor sera escriptelo en vn papel, porque las razones seran siempre vnas, y las podras ver muchas vezes, viendo siépre en ellas vna verdad misma, vna fè confirmada y vn desseo loable, y digno de ser creido, y assi determino de escriptirte. Quietòse cò esto al gun tanto, pareciendole, q̄ cò mas aduertido discurso pòdria su alma en la pluma que en la lengua. Dexemos escriptièdo a Periandro, y vamos á oyr, lo q̄ dize Sinforosa à Auristela, la qual Sinforosa con desseo de saber, lo que Periandro auia respondido à Auristela, procurò verse cò ella á solas, y darle de camino noticia de la intenciõ de su padre, creyendo, que apenas se la auria declarado, quando alcançasse el fi de su cùplimiento, puesta en pensar, q̄ pocas vezes se desprecian las riquezas, ni los señorios, especialmente de las mugeres, que por naturaleza las mas son codiciosas, como las mas son altiuas, y soberuias. Quando Au

ristela vio a Sinforosa, no le plugo mucho su llegada, por que no tenia, que responderle, por no auer visto mas á Periaandro, pero Sinforosa antes de tratar de su causa, quiso tratar de la de su padre, imaginandose, que cò aquellas nueuas que á Auristela lleuaua tan dignas de dar gusto, la tendria de su parte, en quien pensaua estar el todo de su buen fuccesso, y así le dixo: Sin duda alguna bellissima Auristela, que los cielos te quieren bien, porque me parece, que quieren llouer sobre ti venturas, y mas venturas, mi padre el Rey te adora, y conmigo te embia a dezir, q̄ quiere ser tu esposo, y en albricias del fi, que le has de dar, y yo se le he de llevar, me ha prometido à Periandro por esposo, ya, señora eres Reyna, ya Periandro es mio, ya las riquezas te sobran, y si tus gustos en las canas de mi padre no te sobra ren, sobrarte han en los del mando, y en los de los vassallos, que estaran continuo atetos à tu seruicio. Mucho te he dicho amiga, y señora mia, y mucho

Hist. de Persiles y Sigismunda.

mucho has de hazer por mi, que de vn gran valor, no se puede esperar menos, que vn grande agradecimiento: comience en nosotras a verse en el mundo dos cuñadas, que se quieren bien, y dos amigas, que sin doblez se amen, que si veran, si tu discrecion no se oluida de si misma: y dime agora, que es lo que respondio tu hermano a lo que de mi le dixiste, que estoy confiada de la buena respuesta, porque bié simple seria, el que nõ recibiesse tus consejos, como de vn oraculo. A lo que respondió Auristela: Mi hermano Periandro es agradecido como principal Cauallero, y es discreto como andante peregrino, que el ver mucho, y el leer mucho auia los ingenios de los hombres, mis trabajos, y los de mi hermano nos van leyendo, en quanto deuenos estimar el sosiego, y pues que el que nos ofreces, es tal, sin duda imagino, que le auremos de admitir, pero hasta agora, no me ha respondido nada Periandro, ni sé de su volun-

tad, cosa que pueda alentar tu esperança, ni desmayarla. Da, ò bella Sinforosa, algun tiempo al tiempo, y dexanos considerar el bien de tus promesas, porque puestas en obra, sepamos estimarlas: las obras que no se han de hazer mas de vna vez, si se yerran, no se pueden enmendar en al segunda, pues no la tienen, y el casamiento es vna destas acciones: y assi es menester, que se considere bien, antes que se haga, puesto que los términos desta consideracion los doy por passados, y hallo, que tu alcançaras tus deseos, y yo admitiré tus promesas, y consejos, y vete, hermana, y haz llamar de mi parte á Periandro, que quiero saber del alegres nuevas: que dezirte, y aconsejarme con el, de lo que me conuiene, como con hermano mayor, a quien deuo tener respeto, y obediencia. Abraçòla Sinforosa, y dexòla, por hazer venir a Periandro, a que la viesse, el qual en este tiempo encerrado, y solo auia tomado la pluma, y de muchos

chos principios que en vn papel borrò , y tornò a escriuir, quitò , y añadió , en fin salio con vno , que se dize , dezia desta manera.

No he osado fiar de mi lengua, lo que de mi pluma, ni aùn della fio algo , pues no puede escriuir cosa, que sea de momento, el que por instantes está esperando la muerte: aora vengo a conocer, que no todos los discretos saben aconsejar en todos los casos , aquellos si , que tienen esperiencia , en aquellos, sobre quien se les pide el consejo . Perdoname, que no admito el tuyo , por parecerme , ò que no me conoces , ò que te has olvidado de ti misma, buelue, señora, en ti, y no te haga vna vana presuncion zelosa, salir de los limites de la grauedad, y peso de tu raro entendimiento. Considera, quien eres, y no se te oluide, de quien yo soy, y veras en ti el termino del valor, que puede desfearse, y en mi el amor, y la firmeza, que puede imaginarse , y firmandote en esta consideració discreta, no temas, que agenas

hermosuras me enciendan , ni imagines , que a tu incomparable virtud y belleza otra alguna se anteponga , figamos nuestro viage , cumplamos nuestro voto, y quedense a parte zelos infructuosos, y mal nacidas sospechas, la partida de esta tierra solicitarè con toda diligencia, y breuedad, porque me parece , que en salir della, saldrè del infierno de mi tormento al gusto de verte sin zelos . Esto fue, lo que escriuio Periandro , y lo que dexò en limpio, al cabo de auer hecho seys borradores, y doblando el papel se fue à ver a Auristela, de cuya parte ya le auian llamado.

CAPITULO

S E P T I M O

Del segundo Libro, diuidido en dos partes.

RVtilio, y Clodio aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el vno de

su ingenio, y el otro de su poca verguença, se imaginaron merecedores, el vno de Policarpa, y el otro de Auristela, à Rutilio le contentò mucho la voz, y el donayre de Policarpa, y à Clodio, la sin y igual belleza de Auristela, y andauan buscando ocasion, como descubrir sus pensamientos, sin que les viniesse mal por declararlos, que es bien, que tenga vn hombre baxo y humilde, q se atreuese, à dezir à vna muger principal, lo que no auia de atreuerse, à pèsarlo si quiera: pero tal vez acontece, que la desemboltura de vna principal señora, da motiuo, à que vn hombre humilde y baxo ponga en ella los ojos, y le declare sus pensamientos: ha de ser anexo à la muger principal el ser graue, el ser compuesta, y recatada, sin que por esto sea soberuia, defabrida, y descuydada, tanto ha de parecer mas humilde, y mas graue vna muger, quanto es mas señora, pero en estos dos Caualleros, y nuevos amantes no nacieron sus desseos de las desemboltu-

ras, y poca grauedad de sus señoras, pero nazcan, de do nacieren, Rutilio en fin escriuio vn papel à Policarpa, y Clodio à Auristela, del tenor que se sigue.

Rutilio a Policarpa.

S Eñora, yo soy estrangero, y aunque te diga grandezas de mi linage, como no tengo testigos, que las confirmè, quicà no hallaran crédito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy illustre en linage, basta que he tenido atreuimiento de dizirte, que te adoro, mira, que prueuas quieres, que haga para confirmarte en esta verdad, que à ti estartará el pedir las, y ami el hazer las, y pues te quiero para esposa, imagina, que desseo, como quien soy, y que merezco, como desseo, que de altos spiritus es, aspirar a las cosas altas, dame si quiera con los ojos respuesta deste papel, que en la blandura, ò rigor de tu vista verè la sentencia de mi muerte, ò de mi vida. Cerrò el papel Rutilio con intencion de darle

darfele a Policarpa, arrimandose al Parecer de los que dicen: díselo tu vna vez, que no faltará quien se lo acuerde ciéto: mostròselo primero a Clodio, y Clodio le mostrò a el otro, que para Auristela tenía escrito, que es este, que se si gue.

Clodio à Auristela.

VNos entran en la red amorosa con el leuo de la hermosura, otros con los del donayre, y gentileza, otros cò los del valor que consideran en la persona, a quien determinan rendir su voluntad, pero yo por diferente manera he puesto mi garganta á su yugo, mi ceruiz a su coyunda, mi voluntad a sus fueros, y mis pies a sus grillos, que ha sido por la de la lastima, que qual es el coraçon de piedra, que no la tendra, hermosa señora, de verte vendida, y comprada, y en tan estrechos pasos puesta, que has llegado al vltimo de la vida por momentos; el ye-

rro, y despiadado azero ha amenazado tu garganta, el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la nieue tal vez te ha tenido yerta, y la hambre enflaquezida, y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas, y finalmente el agua te ha sorbido, y vomitado, y estos trabajos no sè, cò que fuerças los llevas, pues no te las pueden dar las pocas de vn Rey vagamundo, y que te sigue por solo el interes de gozarte, ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedan alentar en tus miserias: no fies, señora, de promesas remotas, y arrimate à las esperanças propinquas, y escoge vn modo de vida, que te asegure, la que el cielo quisiere darte, moço soy, habilidad tengo para saber viuir en los mas vltimos rincones de la tierra, yo darè traça, como sacarte desta, y librate de las importunaciones de Arnaldo, y sacandote deste Egypto, te llevaré a la tierra de promission, que es España, ò Francia ò Italia, ya que no puedo viuir

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

en Inglaterra dulce, y amada patria mia, y sobre todo me ofrezco a ser tu esposo, y desde luego te aceto por mi esposa. Auiendo oydo Rutilio el papel de Clodio, dixo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juyzio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos da nuestra prentension son las de la hormiga. Mira, Clodio, yo soy de parecer, que rasguemos estos papeles, pues no nos ha forçado a escriuirlos ninguna fuerça amorosa, sino vna ociosa y baldia voluntad, porque el amor, ni nace, ni puede crecer, sino es al arrimo de la esperança, y faltando ella, falta el de todo punto, pues porque queremos auenturarnos, a perder, y no a ganar en esta empresa? que el declararla, y el ver a nuestras gargantas arrimado el cordel, ò el cuchillo, ha de ser todo vno, demas que por mostrarnos enamorados, auremos de parecer, sobre desagradecidos, traydores: tu no ves la distancia que ay de vn maestro de dançar,

que enmendò su officio, con aprender el de platero a vna hija de vn Rey? y la que ay de vn desterrado murmurador, a la que desecha, y menosprecia Reynos? mordamonos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento, a do ha llegado nuestra necedad, alomenos este mi papel se dara primero al fuego o al viento, que a Policarpo. Haz tu lo que quisieres del tuyo, respondió Clodio, que el mio, aunque no le dè a Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aunque temo que sino se le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de auer tenido este arrepentimiento, porque el tentar, no todas las vezes daña. Estas razones passaron entre los dos fingidos amantes, y atreuidos, y necios de veras: llegòse en fin el punto de hablar a solas Periandro con Auristela, y entrò a verla con intencion de darle el papel, que auia escrito, pero assi como la vio, olvidandose de todos los discursos, y disculpas que lleuaua preuenidas, le dixo: Señora,

mirame bien, que yo soy Periandro, que fuy el que fue Perfiles, y soy, el que tu quieres, que sea Periandro, el nudo con que estan atadas nuestras voluntades, nadie le puede desfatar sino la muerte, y siendo esto assi, de que te sirve, darme consejos tan contrarios á esta verdad? por todos los cielos, y por ti misma te ruego, que no nombres mas a Sinforosa, ni imagines, que su belleza, ni sus tesoros han de ser parte, a que yo oluide las minas de tus virtudes: y la hermosura incomparable tuya assi del cuerpo como del alma: esta mia que respira por la tuya, te ofrezco de nuevo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofreci la vez primera, que mis ojos te vieron, porque no ay clausula que añadir a la obligacion, en que quedè de servirte, el punto que en mis potencias se imprimio el conocimiento de tus virtudes: Procura, señora, tener salud, que yo procuraré la salida de esta tierra, y dispondré, lo mejor que pudiere, nue-

stro viage, que aunque Roma es el cielo de la tierra, no está puesta en el cielo, y no aura trabajos, ni peligros, que nos nieguen del todo el llegar a ella, puesto que los aya para dilatar el camino: tente al tróco, y a las ramas de tu mucho valor, y no imagines, que ha de auer en el mundo, quien se le oponga. En tanto que Periandro esto dezia, le estava mirando Auristela con ojos tiernos, y con lagrimas de zelos, y con passion nacidas, pero en fin haziendo efeto en su alma las amorosas razones de Periandro, dio lugar a la verdad, que en ellas venia encerrada, y respõdióle seys o ocho palabras, que fueron: Sin hazerme fuerça, dulce amado, te creo, confiada te pido, que cõ breuedad salgamos desta tierra, que en otra quiça conualezca de la enfermedad zelosa, que en este lecho me tiene. Si yo huiera dado, señora, respondió Periandro, alguna ocasion á tu enfermedad, lleuàra en paciencia tus queexas, y en mis disculpas, hallaràs tu

el remedio de tus lastimas: pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme: por quien eres, te suplico, que alegres los coraçones de los que te conocen, y sea breuemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no ay para que nos mates con ella: pondrè en efeto, lo que me mandas, saldremos desta tierra con la breuedad possible. Sabes quanto te importa, Periadro, respondió Auristela, pues has de saber, que me van lisongeando promesas, y apretando dadiuas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este Reyno, Policarpo el Rey quiere ser mi esposo, ha me lo embiado á dezir con Sinforosa su hija, y ella con el fauor, que piensa tener en mi, siendo su madrastra quiere, que seas su esposo, si esto puede ser, tu lo sabes, y si estamos en peligro, consideralo, y conforme a esto aconsejate con tu discrecion, y busca el remedio, que nuestra necesidad pide, y perdoname, que la fuerça de las sospechas han sido, las que me han forçado, a

ofenderte, pero estos yerros facilmente los perdona el amor. Del se dize, replicò Periadro, que no puede estar sin zelos, los quales, quando de debiles, y flacas ocasiones nacen, le hazen creer, siruiendo de espuelas á la voluntad, que de puro confiada se entibia, ò a lo menos parece, que se desmaya, y por lo que deues a tu buen entendimiento, te ruego, que de aqui adelante me mires, no con mejores ojos pues no los puede auer en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana, y menos puntuosa, no leuando algun descuydo mio mas pequeño que vn grano de mostaça a ser monte, que llegue a los cielos, llegando a los zelos, y en lo demas con tu buen juyzio entretien al Rey, y a Sinforosa, que no la ofenderas, en fingir palabras, que se encaminan, a conseguir buenos, desseos, y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga platica. Con esto la dexò Periadro, y al salir

salir de la estancia encontró con Clodio , y Rutilio acabando de romper el papel, que auia escrito a Policarpa , y Clodio doblando el suyo, para ponerlo en el seno. Rutilio arrepentido de su loco pensamiento , y Clodio satisfecho de su habilidad , y vfano de su atreuimiento , pero andará el tiempo , y llegará el punto, donde diera el, por no auerle escrito, la mitad de la vida, si es , que las vidas pueden partirse.

CAPITULO SETIMO

Del Segundo Libro.

ANdaua el Rey Policarpo alborozado con sus amorosos pensamientos , y deshecho ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado , y tan seguro, que auia de corresponder, à lo que desheaua, que ya consigo mismo traçaua las bodas, concertaua las fiestas, inuentaua las galas, y aun hazia

mercedes en esperança del venidero matrimonio , pero entre todos estos disñios no tomaba el pulso a su edad , ni yguallaua con discricion la disparidad que ay de diez y siete años à setenta, y quando fuerà sesenta, es también grande la distancia, ansí halagan, y lisongean los lasciuos desheos las voluntades, así engañan los gustos imaginados à los grandes entendimientos, así tiran, y lleuà tras sí las blandas imaginaciones, à los que no resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamientos estaua Sinforosa, que no se asseguraua de su suerte, por ser cosa natural, que quien mucho desheo mucho teme, y las cosas que podian poner alas à su esperança como eran su valor su linage, y hermosura , essas mismas se las cortauan , por ser proprio de los amantes rendidos, pensar siempre, que no tienen partes, que merezcan ser amadas , de los que bien quieren: andan el amor, y el temor tan apareados, que adquiera que voluais la cara,

los vereys juntos , y no es soberuio el amor, como algunos dizen, sino humilde, agradable, y manso, y tanto que suele perder de su derecho , por no dar, a quien bien quiere, pesadumbre , y mas que como todo amante tiene en sumo precio, y estima, la cosa que ama, huye, de que de su parte nazca alguna ocasion de perderla. Todo esto con mejores discursos que su padre consideraua la bella Sinforosa , y entre temor, y esperança puesta, fue á ver a Auristela, y a saber della lo que esperaua , y temia: en fin se vio Sinforosa con Auristela, y sola, que era lo que ella mas desseaua , y era tanto el desseo, que tenia, de saber las nueuas de su buena , ò mala andança, que assi como entrò a verla, sin que la hablasse palabra , se la puso a mirar ahincadamente, por ver , si en los mouimientos de su rostro le daua señales de su vida , ò muerte. Entendiola Auristela, y a media risa, quiero dezir, con muestras alegres, le dixo: Llegaos, señora, que a la rayz

del arbol de vuestra esperança no ha puesto el temor seguro, para cortar , bien es verdad, que vuestro bien , y el mio se han de dilatar algun tanto , pero en fin llegaran, porque aunque ay inconuenientes , que suelen impedir el cumplimiento de los justos desseos, no por esso ha de tener la desesperacion fuerças , para no esperalle: mi hermano dize, que el conocimiento que tiene de tu valor y hermosura, no solamente le obliga , pero que le fuerça , a quererte , y tiene a bien , y a merced particular, la que le hazes , en querer ser fuyo , pero antes que venga a tan dichosa possession, ha menester defraudar las esperanças , que el Principe Arnaldo tiene , de que yo he de ser su esposa, y sin duda lo fuera yo, si el serlo tu de mi hermano, no lo estoruara: que has de saber, hermana mia, que assi puedo yo viuir sin Periandro, como puede viuir vn cuerpo sin alma, alli tengo de viuir, donde el viuiere , el es el espiritu, que me mueue , y el alma que

me anima, y siendo esto assi, y el se casa en esta tierra contigo, como podre yo viuir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? para escusar este desman, que me amenaza, ordena, que nos vamos con el à su Reyno, desde el qual le pediremos licencia para yr a Roma, a cumplir vn voto, cuyo cumplimiento, nos sacò de nuestra tierra, y está claro, como la esperiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir vn punto de mi voluntad. Pues esto pues en nuestra libertad, facil cosa sera, dar la buelta a esta isla, donde burlando sus esperanças, veamos el fin de las nuestras, yo casandome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondió Sinforosa, no sè, hermana, con que palabras podrè encarecer la merced, que me has hecho, con las que me has dicho, y assi la dexarè en su punto, por que no se como esplicarlo, pero esto que aora dezirte quiero, recibelo antes por aduertimiento que por consejo: Aora estás en esta tierra, y en poder

de mi padre, que te podra, y querrà defender de todo el mundo, y no sera bien, que se ponga en contingencia la seguridad de tu possessiõ, no le ha de ser possible a Arnaldo, llevaros por fuerça a ti, y a tu hermano, y hale de ser forçoso, sino querer, alomenos consentir, lo que mi padre quisiere, que le tiene en su Reyno, y en su casa: assegurame tu, ò hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor, y esposo, que yo te darè llanas todas las dificultades, è inconuenientes, que para llegar à este efeto pueda poner Arnaldo. A lo que respondió Auristela: Los varones prudentes por los casos passados, y por los presentes juzgan los que estan por venir, a hazernos fuerça publica, ò secreta: tu padre en nuestra detencion ha de irritar, y despertar la colera de Arnaldo, que en fin es Rey poderoso, alomenos lo es mas que tu padre, y los Reyes burlados, y engañados facil-

mente se acomodan, á vengar se, y assi en lugar de auer recibido con nuestro parentesco gusto recibiriades daño trayédoos la guerra á vuestras mismas casas: y si dixeres, que este temor se ha de tener siempre, ora nos quedemos aqui, ora voluamos despues, considerando, que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dexen alguna luz, con que se descubra la de su remedio. Soy de parecer, que nos vamos con Arnaldo, y que tu misma con tu discrecion, y auiso solícites nuestra partida, que en esto solicitarás, y abreviarás nuestra buelta, y aqui, sino en Reynos tan grandes como los de Arnaldo, a lo menos en paz mas segura gozarè yo de la prudencia de tu padre, y tu de la gentileza y bondad de mi hermano, sin que se diuidan, y aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa loca de contento se abalançò a Auristela, y le echò los brazos al cuello, midiéndole la boca: y los ojos con sus hermosos labios; en esto vierò

entrar por lá sala a los dos, al parecer barbaros padre, y hijo, y á Ricla, y Constança, y luego tras ellos entraron Mauricio, Ladislao, y Transila desfeosos, de ver, y hablar á Auristela, y saber en que punto estaua su enfermedad, que los tenia á ellos sin salud: dispídióse Sinforosa mas alegre, y mas engañada, que quando auia entrado, que los coraçones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promesas de su gusto. El anciano Mauricio despues de auer passado con Auristela las ordinarias preguntas y respuestas, que suelen passar entre los enfermos, y los que los visitan, dixo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen llevar con pesadumbre el verse desterrados, ò ausentes de su patria, donde no dexaron sino los terrones, que los sustentauan, que sintiran los ausentes, que dexarò en su tierra los bienes, que de la fortuna pudierã prometerse? digo esto, señora, porque mi edad que con presurosos pasos me va acercádo

al vltimo fin, me haze deffear, verme en mi patria, a donde mis amigos, mis parientes, y mis hijos me cierran los ojos, y me den el vltimo vale, este bien, y merced conseguiremos todos quantos aqui estamos, pues todos somos estrangeros y ausentes, y todos a lo q̄ creo, tenemos en nuestras patrias, lo que no hallaremos en las agenas. Si tu, señora, quisieres folicitar nuestra partida, ò a lo menos teniendo por bien, que nosotros la procuremos, puesto que no ferà possible el dexarte, porque tu generosa condicion y rara hermosura acompañada de la discrecion, que admira, es la piedra Ymã de nuestras voluntades. A lo menos, dixo á esta sazón Antonio el padre, de la mia, y de las de mi muger, y hijos lo es de suerte, que primero dexaré la vida, que dexar la compañía de la señora Auristela, si es que ella no se desdeña de la nuestra. Yo os agradezco, señores, respondió Auristela, el desseo, que me aueis mostrado, y aun que no está en mi mano, co-

responderá el, como deuia, todauia haré, que le pongan en efeto el Principe Arnaldo, y mi hermano Periandro, sin que sea parte mi enfermedad, que ya es salud, á impedirle, en tanto pues que llega el felice dia, y punto de nuestra partida: ensanchad los coraçones, y no deis lugar, que reyne en ellos la malencolia, ni penseis en peligros venideros, que pues el cielo de tantos nos ha sacado, sin que otros nos sobreuegan, nos llevará a nuestras dulces patrias, que los males que no tienen fuerças para acabar la vida, no la han de tener, para acabar la paciencia. Admirados quedaron todos de la respuesta de Auristela, porque en ella se descubrio su coraçón piadoso, y su discrecion admirable. Entrò en este instante el Rey Policarpo alegre sobre manera, porque ya auia sabido de Sinforosa su hija las prometidas esperanças del cumplimiento de sus entre castos, y lasciuos desseos, que los impetus amorosos, que suelen parecer en los ancianos,

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

se cubren, y disfraçan con la capa de la hipocresia, que no ay hipocrita, sino es conocido por tal, que dañe a nadie sino a si mismo. Entraron con el Rey, Arnaldo, y Periandro, y dandole todos el parabien a Auristela de la mejoría, mandò el Rey, que aquella noche, en señal de la merced que del cielo todos en la mejoría de Auristela auian recebido, se hiziesen luminarias en la ciudad, y fiestas, y regozijos ocho dias continuos, Periandro lo agradecio como hermano de Auristela, y Arnaldo como amante, que pretendia ser su espolo. Regozijauase Policarpo allá entre si mismo, en considerar, quan suauemente se yua engañando Arnaldo, el qual admirado con la mejoría de Auristela, sin que supiesse los disñios de Policarpo, buscava modos de salir de su ciudad, pues tanto quanto mas se dilataua su partida, tanto mas, a su parecer, se alongaua el cõplimiento de su desseo. Mauricio tambien desseo de boluer a su patria, acudio a su ciẽ-

cia, y hallò en ella, que grandes dificultades de tiẽpos contrarios auia de impedir su partida: comunicòlas con Arnaldo, y Periandro, que ya auian sabido los intentos de Sinfrofa, y Policarpo, que les puso en mucho cuydado, por saber cierto, quãdo el amoroso desseo se apodera de los pechos poderosos, suele rõper por qual quiera dificultad, hasta llegar al fin dellos, no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardã obligaciones: y assi no auia para que fiarse en las pocas, ò ninguna, en q̃ Policarpo les estaua. En resoluciõ quedarrò los tres de acuerdo, q̃ Mauricio buscasse vn baxel, de muchos q̃ en el puerto estauan, q̃ los lleuasse a Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo cõuenible, y que en este entretãto no mostrasse ninguno señalẽs, de que tenian noticia de los disñios de Policarpo. Todo esto se comunicò con Auristela, la qual aprouò su parecer, y entrò en nuevos cuydados, de mirar por su salud, y por la de todos.

CAPITULO

OCTAVO

Del segundo libro: Da Clodio el papel á Auristela, Antonio el barbaro le mata por yerro.

DIZE la historia, que legò a tanto la infolencia, ò por mejor dezir, la desuerguença de Clodio, que tuuo atreuimiento, de poner en las manos de Auristela el desuergonçado papel, que la auia escrito, engañada con que le dixo, que eran vnos versos deuotos dignos de ser leydos y estimados: abrio Auristela el papel, y pudo con ella tanto la curiosidad, que no dio lugar al enojo, para dexalle de leer hasta el cabo, leyòle en fin, y boluiédole á cerrar puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas vezes solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo: Quitateme de delante, hombre maldito, y desuergonçado, que si la culpa deste tu atreuido

disparate entendiera, que auia nacido de algùn descuydo mio, que menoscabára mi credito, y mi honra, en mi misma castigàra tu atreuimiento, el qual no ha de quedar sin castigo, si ya entre tu locura, y mi paciència no se pone el tenerte lastima. Quedò atonito Clodio, y diera el, por no auerse atreuido, la mitad de la vida, como ya se ha dicho, rodearonle luego el alma mil temores, y no se daua mas termino de vida, que lo que tardassen en saber su bellaqueria Arnaldo, ò Periandro, y sin replicar palabra, baxò los ojos, boluio las espaldas, y dexò sola à Auristela, cuya imaginacion ocupò vn temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado auia de dar en traydor, aprouechandose de los intentos de Policarpo, si á caso a su noticia viniesse, y determinò, darla de aquel caso a Periandro, y Arnaldo: sucedio en este tiempo, que estando Antonio el moço solo en su aposéto, entrò a deshora vna muger en el, de hasta qua-

renta años de edad, que con el brio, y donayre deuia de encubrir otros diez, vestida no al vfo de aquella tierra, sino al de España, y aunque Antonio no conocia de vfos, sino de los que auia visto en los de la barbara isla, donde se auia criado, y nacido, bien conocio, ser estrangera de aquella tierra. Leuanto se Antonio, á recibirla cortesmente, porque no era tan barbara, que no fuesse bien criado, sentaronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dè este nombre) despues de auer estado atenta, mirando el rostro de Antonio, dixo: Parecerte ha nouedad, ò mancebo, esta mi venida á verte, por que no deues de estar en vfo, de ser visitado de mugeres, auiendo te criado, segun he sabido, en la isla Barbara, y no entre barbaros, sino entre riscos, y peñas, de las quales, si como sacaste la belleza y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo, q̄ no me ha de ser de prouecho, no tedef

uies, solliegate, y no te alboroztes, que no está hablando contigo algũ mostruo, ni persona, que quiera dezirte, ni aconsejarte cosas, que vayan fuera de la naturaleza humana, mira, q̄ te hablo Español, que es la lengua que tu sabes, cuya conformidad, suelen engendrar amistad, entre los que no se conocen mi nombre es Zenotia, soy natural de España, nacida, y criada en Alhama, ciudad del Reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aũ entre otros muchos por q̄ mi habilidad no consiète que mi nombre se encubra, haziédome conocida mis obras, sali de mi patria aura quatro años, huyédo de la vigilancia, q̄ tienen los mastines veladores, que en aquel Reyno tienen del Catolico rebaño, mi estirpe es Agarena, mis exercicios los de Zoroastes, y en ellos soy vnica. A todo esto que la Española Zenotia dezia, la estaua mirando Antonio con desseo grande de saber, que suma tendria tan larga cuenta, pero la Zenotia prosiguió, diziendo:

Digote en fin, barbaro discreto, que la diligencia, de los que llaman Inquisidores en España, me arrancô de mi patria, que quando se sale por fuerça della, antes se puede llamar arrancada, que salida: vine à esta isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuieren cerca, voluiendo la cabeça atras, pensando, que me cogian, que aun hasta aqui temo: dime presto à conocer al Rey antecessor de Policarpo, hize algunas cosas, con que dexè marauillado al pueblo, procurè hazer vendible mi ciencia (que la tengo mucha) tan en mi prouecho, que tengo juntos mas de treynta mil escudos en oro, y estando atenta a esta ganancia he viuido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurara, si mi buena ò mala fortuna no te huieran traydo a esta tierra, que en tu mano está darme la suerte, que quisieres, si te parezco fea, yo haré de modo, que me juzgues por hermosa, si son pocos treynta

mil escudos, que te ofrezco, allarga tu desseo, y ensancha los sacos de la codicia, y los senos y comiença desde luego à contar, quantos dineros acertares a dessear, para tu seruicio sacaré las perlas, que encubré las conchas del mar, rendirè, y traerè a tus manos las aues, que rompen el ayre, harè, que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra, harè, que brote del abismo lo mas precioso, que en el se encierra, harete inuencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra, en fin enmendare tu suerte de manera, que seas siempre inuidiado, y no inuidioso, y en cambio destes bienes que te he dicho, no te pido, que seas mi esposa, sino que me recibas por tu esclaua, que para ser tu esclaua, no es menester, que me tengas voluntad como para ser esposa, y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, viuiré contenta: comiença pues, ò generoso mancebo, a mostrarte prudente, mostrandote agradecido: mostrarte has prudente, si antes

Hist. de Persiles y Sigismunda.

que me agradezcas estos desfeos, quisieres hazer experien-
cia de mis obras, y en señal de
que assi lo haras, alegrame el
alma aora, con darme alguna
señal de paz, dandome a tocar
tu valerosa mano, y diziendo
esto, se leuantô, para yr a abra-
çarle. Antonio viendo lo qual
lleno de confusion, como si
fuera la mas retirada donzella
del mundo, y como si enemi-
gos combatieran el castillo de
su honestidad, se puso a defen-
derle, y leuantandose, fue a to-
mar su arco, que siempre, ô le
trahia consigo, ô le tenia junto
a si, y poniendo en el vna fle-
cha, hasta veynte pasos desuia
do de la Zenotia, le encarò la
flecha. No le contentô mucho
a la enamorada dama la postu-
ra amenazadora de muerte de
Antonio, y por hnyr el golpe,
desuiò el cuerpo, y passò la fle-
cha voládo por junto a la gar-
ganta (en esto mas barbaro
Antonio de lo que parecia en
su trage) pero no fue el golpe
de la flecha en vano, porque a
este instante entraua por la
puerta de la estancia el maldi-

ziente Clodio, que le firuio de
blanco, y le passò la boca, y la
lengua, y le dexò la vida en
perpetuo silencio, castigo me-
recido a sus muchas culpas.
Boluio la Zenotia la cabeça,
vio el mortal golpe, que auia
hecho la flecha, temio la segun-
da, y sin a prouecharse de lo
mucho, que con su ciencia se
prometia, llena de confusion,
y de miedo, tropeçando aqui,
y cayendo alli, salio del apo-
sento, con intencion de ven-
garse del cruel, y desamorado
moço.

CAPITULO NONO.

Del segundo Libro.

NO le quedò fabrosa
la mano a Antonio,
del golpe que auia
hecho, que aunque acertò, er-
rando, como no sabia las cul-
pas de Clodio, y auia visto la
de la Zenotia, quisiera, auer
sido mejor certero: llegòse a
Clodio, por ver, si le quedauã
algunas reliquias de vida, y
vio, q̄ todas se las auia lleuado
la

la muerte, cayò en la cuenta de su yerro, y tuuòse verdaderamente por barbaro, entrò en esto su padre, y viendo la sangre, y el cuerpo muerto de Clodio, conocio por la flecha que aquel golpe auia sido hecho por la mano de su hijo. Preguntòsele, y respondiòle, que si, quiso saber la causa, y tambien se la dixo: admiròse el padre lleno de indignacion le dixo: Ven acá, barbaro, si a los que te aman, y te quieren, procuras quitar la vida, que harás a los que te aborrecen? si tanto presumes de casto, y honesto, defiende tu castidad, y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuentros, sino con huyr de ellos. Bien parece, que no sabes, lo que le sucedio a aquel mancebo Hebreo, que dexò la capa en manos de la lasciuua señora, que le solicitaua: dexáras tu, ignorante, essa tosca piel, que traes vestida, y esse arco, con que presumes vencer a la misma valentia, no le armáras contra la blandura de vna muger rendida, que quando lo está, rompe por qualquier inconueniente, que a su desseo se oponga: si con esta condicion passas adelante en el discurso de tu vida, por barbaro seras tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo, que ofendas a Dios en ningun modo, sino que reprehendas, a las que quisieren turbar tus honestos pensamientos, y apárese para mas de vna batalla, que la verdura de tus años, y el gallardo brio de tu persona con muchas batallas te amenazan, y no pienses, que has de ser siempre solicitado. Escuchaua, Antonio a su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonçoso, como arrepentido. Y lo que le respondiò, fue: No mires, señor, lo que hize, y pesame de auerlo hecho, procurarè enmendarme de aqui adelante, de modo que no parezca barbaro por riguroso, ni lasciuo por más, dèse orden de enterrar á Clodio, y de hazerle

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

la satisfacion mas conueniente, que ser pudiere. Ya en esto auia volado por el palacio la muerte de Clodio, pero la causa de ella, porque la encobrio la enamorada Zenotia, diziendo solo, que sin saber porque, el barbaro moço le auia muerto. Llegò esta nueua a los oydos de Auristela, que aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarle à Periandro, ò á Arnaldo, para que castigassen su atreuimiento, pero viendo que el cielo auia tomado a su cargo el castigo, rompio el papel, y no quiso, que saliesse a la luz las culpas de los muertos, consideracion tan prudente como Christiana, y bien que Policarpo se alborotò con el suceso, teniendose por ofendido, de que nadie en su casa vengasse sus injurias, no quiso aueriguar el caso, sino remitioselo al Principe Arnaldo, el qual, a ruego de Auristela, y al de Transila perdono á Antonio, y mandò enterrar a Clodio, sin aueriguar la culpa de su muerte, creyendo ser ver-

dad, lo que Antonio dezia, que por yerro le auia muerto, sin descubrir los pensamientos de Zenotia, porque a el no le tuuiesse de todo en todo por barbaro. Passò el rumor de caso, enterraron a Clodio, quedò Auristela vengada, como sien su generoso pecho albergàra genero de vengança alguna, assi como albergaua en el de la Zenotia, que beuia, como dicen, los vientos, imaginando como vengarse del cruel flechero, el qual de alli a dos dias se sintio mal dispuesto, y cayò en la cama con tanto descaecimiento que los Medicos dixeron, que se le acabaua la vida, sin conocer de que enfermedad: lloraua Rica su madre, y su padre Antonio tenia de dolor el coraçon consumido, no se podia alegrar Auristela, ni Mauricio. Ladislao, y Transila sentian la misma pesadumbre, viédolo qual Policarpo, acudio a su consejera Zenotica, y le rogò, procurasse algun remedio a la enfermedad de Antonio, la qual por no conocerla los Medicos,

ellos no sabian, hallarle: ella le dio buenas esperanças, assegurandole, que de aquella enfermedad no moriria, pero que conuenia, dilatar algun tanto la cura: creyola Policarpo, como si se lo dixera vn oraculo. De todos estos sucessos no le pesaua mucho à Sinforosa, viédo, que por ellos se detendria la partida de Periandro en cuya vista tenia librado el aliuio de su coraçon, que puesto que desseaua, que se partiesse, pues no podia voluer, sino separtia: tanto gusto le daua el verle, q̄ no quisiere, que se partiera. Llegò vna fazon y coyuntura, dõ de Policarpo, y sus dos hijas, Arnaldo, y Periandro, y Aurifrela, Mauricio, Ladislao, y Tráfila, y Rutilio, que despues que escriuio el villete á Policarpo, aunque le auia roto: de arrepentido andaua triste, y péfatiuo, bien assi como el culpado que piensa que quantos le miran, son sabidores de su culpa. Digo, que la compañia de los ya nombrados se hallò en la estancia del enfermo Antonio, a quien todos fueron á vi-

fitar, á pedimiento de Aurifrela, que ansi à el, como à sus padres los estimaua, y queria mucho, obligada del beneficio, q̄ el moço barbaro le auia hecho quando los sacò del fuego de la isla, y la lleuo al serrallo de su padre: y mas que como en las comunes desuenturas se reconcilian los animos, y se trauan las amistades, por auer sido tantas, las que en compañia de Ricla, y de Constança, y de los dos Antonios auia pasfado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccion, y destino los amaua. Estando pues juntos, como se ha dicho vn dia Sinforosa rogò encarecidamente à Periandro, les contasse algunos sucessos de su vida, especialmente se holgaria de saber, de donde venia la primera vez, que llegò à aquella isla, quando ganò los premios de todos los juegos, y fiestas que a quel dia se hizieron, en memoria de auer sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondio, que se haria, si se le permitiesse començar el cuento de su

historia, y no del mismo principio, porque este no lo podia dezir, ni descubrir a nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana: todos le dixeron, que hiziesse su gusto, que de qualquier cosa que el dixesse, le recibirian, y el que mas contento sintio, fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixesse algo, que descubriessse, quien era: con este saluoconduto Periandro dixo desta manera.

CAPITULO

DECIMO.

Del segundo libro: Cuenta Periandro el suceso de su viage.

EL principio, y preambulo de mi historia, ya que quereys, señores, que os la cuente, quiero, que sea este, que nos contempleys a mi hermana, y á mi con vna anciana ama suya enbarcados en vna naue, cuyo dueño en el lugar de parecer mercader,

era vn gran coffario, las riberas de vna isla barriamos, quiero dezir, que yuamos tan cerca de ella, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias, mi hermana cansada de auer andado algunos dias por el mar desseò salir a recrearse a la tierra, pidioselo al Capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerça de mandamiento, consintio el Capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la naue con solo vn marinero nos echò en tierra a mi, y a mi hermana, y a Cloelia, que este era el nombre de su ama, al tomar tierra vio el marinero, que vn pequeño rio, por vna pequeña boca entraua á dar al mar su tributo, hazianle sombra por vna y otra ribera gran cantidad de verdes y hojosos arboles, a quien seruian de cristalinos espejos sus transparentes aguas, rogamosle, se entrasse por el rio, pues la amenidad del sitio nos combidaua, hizolo assi, y començò a subir por el rio arriba, y auien

do perdido de vista la naue, soltando los remos, se detuvo, y dixo: Mirad, señores, del modo que aueys de hazer este viaje, y hazed cuenta, que esta pequeña barca, que aora os lleva, es vuestro nauio, porque no aueys de boluer mas, al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos que dezis, que soys su hermano, la vida: dixome en fin, que el Capitan del nauio queria deshonorar a mi hermana, y darme a mi la muerte, y que atendiessemos a nuestro remedio, que el nos seguiria, y acompañaria en todo lugar, y en todo acontecimiento: si nos turbamos con esta nueua, juzguelo, el que estuviere acostumbrado a recibir las malas de los bienes que espera. Agradecile el auiso, y ofrecile la recompensa, quando nos viessemos en mas felice estado: aun bien, dixo Cloelia, que traygo conmigo las joyas de mi señora, y aconsejandonos los quatro, de lo que hazer deuíamos, fue parecer del marinero, que nos en-

traßemos el rio adentro, quizá descubriamos algun lugar, que nos defendiesse, si á caso los de la naue viniessen a bufcarnos: mas no vendran, dixo, porque no ay gente en todas estas islas, que no piense ser cossarios todos quantos surcã estas riberas, y en viendo la naue, ò naues, luego toman las armas, para defenderse, y sino es con assaltos nocturnos, y secretos nunca salen medrados los cossarios. Pareciome bien su consejo, tomè yo el vñ remo, y ayudèle a llevar el trabajo, subimos por el rio arriba, y auiendo andado como dos millas, llegò a nuestros oydos el son de muchos, y varios instrumentos formado, y luego se nos ofrecio a la vista vna selua de arboles mouibles que de la vna ribera á la otra ligeramente cruzauan, llegamos mas cerca, y conocimos, ser barcas enramadas, lo que parecian arboles, y que el son le formauan los instrumentos que tañian los que en ellas yuan. Apenas nos huieron descubierto, quando se vinie-

ron a nosotros, y rodearon nuestro varco por todas partes, leuantose en pie mi hermana, y echandose sus hermosos cabellos a las espaldas tomados por la frente con vna cinta leonada, ò liston que le dio su ama, hizo de sí muy agraciada, & improuisa muestra, que como despues supe por tal la tuuieron todos, los que en las varcas venian, los quales á voz, como dixo el marinero, que las entendia, dezian: Que es esto? que Nympha es esta, que viene á visitarnos, y á dar el parabien al pescador Carino, y á la fin par Seluiana, de sus dulcissimas bodas? luego dieron cabo a nuestra varca, y nos llevaron a desenuascar, no lexos del lugar, donde nos auian encontrado. A penas pusimos los pies en la ribera, quando vn esquadron de pescadores, que assi lo mostrauan ser en su trage, nos rodearon, y vno por vno, llenos de admiracion, y reuerencia, llegaron á besar las orillas del vestido de Auristela, la qual, á pesar del temor que la congoxaua,

de las nueuas que la auian dado, se mostrò á aquel punto tan hermosa, que bien merecia aquellas cortesias. Poco desuiados de la ribera, vimos vn talamo en gruesos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diuersas flores, que seruian de alfombras al suelo: vimos assi mismo leuantarse de vnos asientos dos mugeres, y dos hombres: ellas moças, y ellos gallardos mancebos: la vna hermosa sobre manera, y la otra fea sobre manera: el vno gallardo y gentil hombre, y el otro no tanto, y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre dixo: O tu quien quiera que seas, que no puedes ser sino cosa del cielo, mi hermano, y yo, con el estremo á nuestras fuerzas possible, te agradecemos esta merced, que nos hazes, honrando nuestras pobres, y ya de oy mas ricas bodas, ven señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como vna de sus habitadoras, hallares en nuel-

en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los tejados de mimbres, ò por mejor decir, las paredes de mimbres, y los tejados de conchas, hallarás por lo menos los desfeos de oro, y las voluntades de perlas, para servirte, y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas. Inclínose á abraçarle Auristela, confirmando con su gravedad, cortesia, y hermosura la opinion, que della tenían. El pescador menos gallardo se apartò, a dar orden a la demas turba, á que leuantassen las voces en alabanças de la rezien venida estrangera, y que tocassen todos los instrumentos, en señal del regozijo. Las dos pescadoras feas, y hermosa, con sumission humilde besaron las manos a Auristela, y ella las abraçò cortès y amigablemente: el marinero contentissimo del suceso dio cuenta á los pescadores del nauio, que en el mar quedaua, diziendoles, que

era de coffarios, de quien se temia, que auian de venir por aquella donzella, que era vna principal señora, hija de Reyes, que para mouer los corazones a su defensa, le parecio ser necessario, leuantar este testimonio a mi hermana. Apenas entendieron esto, quando dexaron los instrumentos regozijados, y acudieron a los belicos, que tocaron, arma, arma por entrambas riberas: llegó en esto la noche, recogímonos al mismo rancho de los desposados, pusieronse centinelas hasta la misma boca del rio, ceuaronse las nasas, tendieronse las redes, y acomodaronse los anuelos, todo con intencion de regalar, y servir a sus nuevos huespedes, y por mas honrarlos, los dos rezien desposados no quisierò aquella noche passarla con sus esposas, sino dexar los ranchos solos a ellas y á Auristela, y á Cloelia, y que ellos con sus amigos, con migo, y con el marinero se les hiziesse guarda y cétinela, y aúñq sobraua la claridad del cielo, por la q̄ ofre

cia la de la creciente Luna , y en la tierra ardan las hogueras, que el nuevo regozijo auia encendido , quisieron los desposados, que cenassemos en el campo los varones , y dentro del rancho las mugeres: hizose assi, y fue la cena tan abundante, que parecio, que la tierra se quiso auentajar al mar , y el mar a la tierra , en ofrecer la vna sus carnes , y la otra sus pescados. Acabada la cena Carino me tomò por la mano, y passeandose conmigo por la ribera , despues de auer dado muestras, de tener apassionada el alma , con folloços , y con suspiros me dixo : Por tener milagrosa esta tu llegada a tal fazon, y tal coyuntura, que cõ ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto , que mi mal ha de tener remedio, mediante tu consejo , y assi aunque me tengas por loco, y por hombre de mal conocimiẽto, y de peor gusto, quiero, que sepas, que de aquellas dos pescadoras que has visto , la vna fea , y la otra hermosa, a mi me ha cabido en fuerte , de que sea mi esposa la

mas bella, que tiene por nombre Seluiana, pero no se, que te diga, ni se, que disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago, yo adoro a Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte , a hazer otra cosa : con todo esto te quiero dezir vna verdad , sin que me engañe en creerla , que á los ojos de mi alma , por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mũdo , y ay mas en esto , que de Solercio, que es el nombre del otro desposado , tengo mas de vn barrunto , que muere por Seluiana, de modo que nuestras quatro voluntades estan trocadas , y esto ha sido , por querer todos quatro obedecer a nuestros padres, y a nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios, y no puedo yo pensar , en que razon se consiente, que la carga que ha de durar toda la vida , se la eche el hombre sobre sus ombros , no por el suyo , sino por el gusto ageno , y aunque esta tarde auiamos de dar el consentimiento, y el si del cau-tiue-

rio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo, que assi lo quiero creer, se estoruò con vuestra venida, de modo, que aun nos queda tiempo, para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido consejo, pues como es estrangero, y no parcial de ninguno, sabras aconsejarme, porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda, que me lleue a mi remedio, de ausentarme destas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, ò mis parientes me riñan, ò mis amigos se enfaden. Atentamente le estuue escuchando, y de improuiso me vino a la memoria su remedio, y ala lengua estas mismas palabras. No ay para que te ausentes, amigo, alomenos no ha de ser antes, que yo hable con mi hermana Auristela, que es aquella hermosissima donzella, que has visto, ella es tan discreta, que parece, que tiene entendimiento de angel, como tiene hermosura: con esto nos boluimos a

los ranchos, y yo contè a mi hermana, todo lo que con el pescador auia passado, y ella hallò en su discrecion el modo como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos, y fue, que apartandose con Leoncia, y Seluiana a vna parte, les dixo: Sabed, amigas, que de oy mas lo aueys de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotò de vn entendimiento perspicaz, y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de vna persona leo el alma, y le adeuino los pensamientos, para prueua desta verdad, os presentarè a vosotras por testigos: tu, Leoncia, mueres por Carino, y tu Seluiana por Solercio, la virginal verguença os tiene mudas, pero por mi lengua se romperá vuestro silencio, y por mi consejo, que sin duda alguna sera admitido, se ygualaran vuestros desseos, callad, y dexad me hazer: que ò yo no tendrè discrecion, ò vosotras tendreis felice fin en vuestros desseos. Ellas sin responder palabra,

fino con besarla infinitas vezes las manos, y abraçandola estrechamente, confirmaron, ser verdad, quanto auia dicho, especialmente en lo de sus trocadas aficiones. Passose la noche, vino el dia, cuya alborada fue regozijadissima, porque con nuevos, y verdes ramos parecieron adornadas las varcas de los pescadores, sonaron los instrumentos con nuevos, y alegres sones, alçaron las voces todos, con que se aumentò la alegría, salieron los desposados, para irse a poner en el talamo, donde auian estado el dia de antes, vistieronse Seluiana, y Leoncia de nuevas ropas de boda, mi hermana de industria se adereçò, y compuso con los mismos vestidos que tenia, y con ponerse vna Cruz de diamantes sobre su hermosa frente, y vnas perlas en sus orejas, joyas de tanto valor, que hasta agora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereys, quando os las enseñe: mostrò ser imagen sobre el mortal curso leuantada, llenaua af-

fidias de las manos a Seluiana, y á Leoncia, y puesta encima del teatro, donde el talamo estaua, llamò, y hizo llegar junto a si á Carino, y à Solercio: Carino llegò temblando y confuso, de no saber, lo que yo auia negociado, y estando ya el Sacerdote apunto, para darles las manos, y hazer las Catolicas ceremonias, que se vsan, mi hermana hizo señales que la escuchassen, luego se estendio vn mudo silencio por toda la gente, tan callado que apenas los ayres se mouian. Viendose pues prestar grato oydo de todos, dixo en alta y sonora voz. Esto quiere el cielo, y tomando por la mano a Seluiana, se la entregò a Solercio, y assiéndole de la de Leoncia, se la dio a Carino. Esto, señores, prosiguió mi hermana, es como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental sino proprio destos venturosos desposados, como lo muestra la alegría de sus rostros, y el Si, que pronuncian sus lenguas. Abraçaronse los quatro, con

cuya señal todos los circunstantes aprouaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser raro el entendimiento, y belleça de mi hermana, pues allí auia trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebróse la fiesta, y luego salieron de entre las varcas del rio quatro despalmadas, vistosas por las diuersas colores con que venian pintadas, y los remos que eran feys de cada vanda, ni mas ni menos las vandere-tas, que venian muchas por los filaretos ansi mismo eran de varios colores, los doze remeros de cada vna venian vestidos de blanquissimo, y delgado lienço, de aquel mismo modo que yo vine, quando entré la vez primera en esta isla, luego conoci, que querian las varcas correr el palio, que se mostraua puesto en el arbol de otra varca desuiada de las quatro como tres carreras de cauallo, era el palio de tafetan verde listado de oro vistoso, y grande, pues alcançaua á besar, y aun pasarse por

las aguas. El rumor de la gente, y el son de los instrumentos era tan grande, que no se dexaua entender, lo que mandaua el Capitan del mar, que en otra pintada varca venian; apartaronse las enramadas varcas a vna y otra parte del rio, dexando vn espacio llano en medio, por donde las quatro competidoras varcas volassen, sin estoruar la vista á la infinita gente, que desde el talamo, y desde ambas riberas estaua atenta á mirarlas, y estando ya los vogadores assidos de las manillas de los remos, descubiertos los braços, dōde se pareciã los gruesos nervios las anchas venas, y los torzidos musculos, atédian la señal de la partida, impacientes por la tardança, y fogosos, bien ansi como lo fuele estar el generoso can de Irlanda, quando su dueño no le quiere soltar de la traylla, á hazer la presa, q̄ a la vista se le muestra. Llegò en fin la señal esperada, y á vn mismo tiēpo arrancarō todas quatro varcas, q̄ no por el agua, sino por el viēto parecia q̄ volauā:

Hist. de Persiles y Sigismunda.

vna dellas que lleuaua por insignia vn vendado Cupido, se adelantò de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja dio esperança a todos quantos la mirauan de que ella seria la primera, que llegasse, a ganar el dessea-do premio: otra que venia tras ella, yua alentando sus esperanças, confiada en el teson durissimo de sus remeros, pero viendo, que la primera en ningun modo desmayaua, estuuieron por soltar los remos sus vogadores, pero son diferentes los fines, y acontecimientos de las cosas, de aque-llo que se imagina, porque aun que es ley, que los combates, y contiendas, que ninguno de los que miran, fauorezca a nin-guna de las partes con señales, con voces, ò con otro al-gun genero, que parezca, que pueda seruir de auiso al com-batiente: viendo la gente de la ribera, que la barca de la insignia de Cupido se auentajaua tanto a las demas, sin mirar a leyes, creyendo, que ya la vi-ctoria era suya, dixeron a vo-

zes muchos: Cupido vence, el amor es inuencible: A cu-yas voces por escuchallas, pa-rece, que afloxaron vn tanto los remeros del amor. Apro-uechose de esta ocasion la se-gunda barca, que detras de la del amor venia, la qual trahia por insignia al Interes en figu-ra de vn gigante pequeño, pe-ro muy ricamente adereçado, y impelio los remos con tanta fuerça, que llegó a ygualarse el interes con el amor, y arri-mandosele a vn costado, le hizo pedaços todos los remos de la diestra vanda, auiendo primero la del interes recogido los suyos, y passado ade-lante, dexando burladas las esperanças de los que prime-ro auian cantado la victoria por el amor, y boluieron a dezir: El Interes vence, el Interes vence. La barca ter-cera, trahia por insignia a la Diligencia en figura de vna muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que a traer trompeta en las manos, antes pareciera fama que diligen-cia: viendo el buen suceso

del

del Interes, alentò su confiança, y sus remeros se esforçaron de modo, que llegaron a ygualar con el Interes, pero por el mal gouierno del timonero se embaraçò con las dos barcas primeras, de modo que los vnos, ni los otros remos fueron de prouecho. Viendo lo qual la postrera, que trahia por insignia a la Buena fortuna, quando estaua desmayada, y casi para dexar la empreffa, viendo el intricado enredo de las demas barcas, desuiandose algun tanto de ellas, por no caer en el mismo embaraço, apretò, como dezirse suele, los puños, y deslizandose por vn lado, passo delante de todas. Cambiaronse los gritos, de los que mirauan, cuyas voces firuieron de aliento a sus vogadores, que embeuidos en el gusto, de verse mejorados, les parecia, que si los que quedauan atras entonces, les llevaran la misma ventaja, no dudaran de alcançarlos, ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura que por ligereza. En fin la Buena

fortuna fue la que la tuuo buena entonces, y la mia de agora no lo seria, si yo adelante passasse con el cuento de mis muchos, y estraños sucessos. Y assi os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le darè fin, si es possible, que le puedan tener mis desuenturas. Esto dixo Perianandro, a tiempo que al enfermo Antonio le tomò vn terrible desmayo, viendo lo qual su padre, casi como adeuino de donde procedia, los dexò a todos, y se fue, como despues parecera, a buscar a la Zenotia, con la qual le sucedio, lo que se dira en el siguiente capitulo.

C A P I T V L O O N Z E N O.

Del segundo Libro.

PArece me, que si no se arrimára la paciencia al gusto, que tenian Arnaldo, y Policarpo, de mirar a Auristela, y Sinforosa, de ver a Perianandro, ya la huuierá

perdido, escuchando su larga platica, de quie juzgarõ Mauricio, y Ladislao, q̄ auia sido lar ga, y traída no mui a proposito pues para cõtar sus desgracias propias, no auia para q̄ contar plazer es agenos, con todo esso les dio gusto, y quedaron cõ el esperádo oír el fin de su histo- ria por el buen estilo, con q̄ Pe- riádro la cõtava. Hallò Anto- nio el padre á la Zenotia, que buscava, en la camara del Rey y en viendola, cõ vna daga en las manos, arremetio a ella, di- ziédo: Dame, ò hechizera, a mi hijo viuo y sano, luego, y sino haz cuéta q̄ el pũto de tu muer- te ha llegado. Pasmose Zenotia viédo q̄ la amenazava vna da- ga desnuda, y assi, téblando, le prometio de darle la vida, y sa- lud de su hijo, diziédo: Suelta- me Español, y enuayna tu aze- ro, q̄ los q̄ tiene tu hijo, le han cõduzido al ter mĩno en q̄ está y pues sabes, q̄ las mugeres fo- mos naturalmẽte vëgatiuas, y mas quãdo nos llama a la ven- gãça el desden, y el menospre- cio, no te maravilles, si la dure- za de tu hijo me ha endurezi-

do el pecho, aconsejale, que se humane de aqui adelãte cõ los rendidos, y no menosprecie, a los q̄ piedad le pidierẽ, y vete en paz, q̄ mañana estará tu hi- jo en disposiciõ de leuantarse bueno, y sano. Quando assi no sea, respõdio Antonio, ni a mi me faltara industria, para ha- llarte, ni colera para quitarte la vida, y cõ esto la dexò, y ella quedò tan entregada al miedo q̄ olvidandose de todo agrauio dio orden a la salud perdida de Antonio, cobrádo en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerças esforçado brio, de lo q̄ recibierõ general cõtento, quã- tos le conociã, y estando cõ el a solas, su padre le dixo: En to- do quãto quiero agota dezirte ò hijo, quiero q̄ aduertas, q̄ se encaminã mis razones, a acõse- jarte, q̄ no ofendas a Dios en ninguna manera, y bien auras echado de ver esto en quinze o diez y seys años q̄ ha, que te enseño la ley q̄ mis padres me enseñarõ, que es la Catolica, la verdadera, y en la q̄ se hã de salvar, y se hã saluado todos los

que han entrado hasta aqui, y han de entrar de aqui adelante en el Reyno de los cielos: esta santa ley nos enseña, que no es tamos obligados a castigar a los que nos ofendé, sino a acõsejarlos la enmiéda de sus delitos, que el castigo toca al juez, y la reprehésion a todos, como sea cõ las cõdiciones que despues te diré: quádo te cõvidaren a hazer ofensas, que redunden en deseruicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni dezir injuriosas palabras, que con no recibir el consejo, y apartate de la ocasion, quedaras vencedor en la pelea, y libre, y seguro de verte otra vez en el tráce que aora te has visto; la Zenotia te tenia en esse estado, y poco a poco perdieras la vida, si Dios y mi buena diligencia no lo huiera estoruado, y véte conmigo, porq̃ alegres a todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucessos de Periádro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometiole Antonio a su padre, de poner en obra todos sus consejos cõ

el ayuda de Dios, a pesar de todas las persuasiones y lazos, q̃ contra su honestidad le armassen. La Zenotia en esto corrida, afrentada, y lastimada de la soberuia desamorada del hijo, y de la temeridad, y colera del padre, quiso por mano agena vengar su agrauio, sin privarse de la presencia de su desamorado barbaro, y con este pensamiento y resuelta determinacion, se fue al Rey Policarpo, y le dixo: Ya sabes, señor, como despues que vine a tu casa, y a tu seruicio, siempre he procurado, no apartarme en el con la sollicitud possible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mí tienes conocida, que me tienes hecha archiuo de tus secretos, y sabes como prudente, q̃ en los casos propios, y mas si se ponen de por medio desseos amorosos, suelen errarse los discursos, que al parecer van mas acertados, y assi, por esto querria, que en el que aora tienes hecho, de dexar yr libremente a Arnaldo, y a los demas de su compañía, vas fuera de toda razõ, y todo termino.

Dime,

Dimē , si no puedes presente
rendir a Auristela , como la
rendiras ausente? y como quer
ra ella cumplir su palabra, bol
niendo a tomar por esposo a
vn varon anciano, que en efe
to lo eres , que las verdades
que vno conoce de si mismo,
no nos pueden engañar, tenié
dose ella de su mano a Perian
dro, que podria ser, que no fues
se su hermano , y a Arnaldo
Principe moço , y que no la
quiere para menos , que para
ser su esposa. No dexes, señor,
que la ocasion, que agora se te
ofrece , te buelua la calua , en
lugar de la guedeja , y puedes
tomar ocasion de detenerlos,
de querer castigar la insolencia,
y atreuimiento , que tuuo
este mostruo barbaro, que viene
en su compañia , de matar
en tu misma casa a aquel , que
dizen, que se llamaua Clodio,
que si ansi lo hazes, alcançaras
fama, que aluerga en tu pecho
no el fauor , sino la justicia.
Estaua escuchando Policarpo
atentissimamente a la malicio
sa Zenotia , que con cada pa
labra que le dezia , le atraues

faua , como si fuera con agu
dos clauos el coraçon , y lue
go luego quisiera correr a poner
en efeto sus consejos , ya
le parecia ver a Auristela en
braços de Periandro , no como
en los de su hermano, sino
como en los de su amante , ya
se la contemplaua con la corona
en la cabeça del Reyno
de Dinamarca, y que Arnaldo
hazia burla de sus amorosos
dissinios: en fin la rabia de la
endemoniada enfermedad de
los zelos se le apoderò del alma
en tal manera , que estuuo
por dar voces, y pedir vengan
ça de quien en ninguna cosa
le auia ofendido : pero viendo
la Zenotia , quan fazonado le
tenia , y quan prompto para
executar todo aquello , que
mas le quisiessse aconsejar , le
dixo, que se sossegasse por ent
onces , y que esperassen , a
que aquella noche acabasse
de contar Periandro su histo
ria, porq̃ el tiempo se le diessse
de pensar , lo que mas conue
nia. Agradecioselo Policarpo,
y ella cruel, y enamorada, da
ua traças en su pensamiento,

como cumpliesse el desseo del Rey, y el fuyo: llegò en esto la noche, juntaronse a conuersacion como la vez passada, boluio Periandro a repetir algunas palabras antes dichas, para que viniesse con concierto a anudar el hilo de su historia, que la auia dexado en el certamen de las barcas.

CAPITULO

DOZE.

Del Segundo Libro. Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.

LA que con mas gusto escuchaua a Periandro, era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de la boca de Hercules, tal era la gracia, y donayre, con que Periandro contaua sus sucessos: finalmente los boluio a nudar, como se ha dicho, prosiguiendo de esta manera: Al Amor, al Interes,

y a la Diligencia dexò atras la Buena fortuna, que sin ella vale poco la diligencia, no es de prouecho el interes, ni el amor puede vsar de sus fuerças: la fiesta de mis pescadores tan regozijada como pobre excedio a las de los triunfos Romanos, que tal vez en la llaneza, y en la humildad suelen esconderse los regozijos mas auentajados, pero como las venturas humanas esten por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudança facilmente se quiebran, y desbaratan, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron, y fortificaron mis desgracias, aquella noche la passamos todos en vna isla pequeña, que en la mitad del rio se hazia, combidados del verde sitio, y apazible lugar: holgauanse los desposados, que sin muestras de parecer, que lo eran, con honestidad, y diligencia de dar gusto, a quien se le auia dado tan grande, poniendolos en aquel desseado, y venturoso estado, y assi ordenaron que en aquella isla del rio se

renouassen las fiestas, y se continuassen por tres dias: la sazón del tiempo, que era la del verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la Luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los arboles, el olor de las flores, cada cosa destas de por sí, y todas juntas combidauan, á tener por acertado el parecer de que allí estuviésemos, el tiempo que las fiestas durassen. Pero apenas nos auíamos reduzido a la isla, quando de entre vn pedaço de bosque, que en ella estaua, salieron hasta cincuenta salteadores armados a la ligera, bien como aquellos que quieren robar, y huyr todo a vn mismo punto, y como los descuydados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuydo, casi sin ponernos en defensa, turbados con el sobresalto, antes nos pusimos a mirar, que acometer a los ladrones, los quales como hambrientos lobos arremetieron al rebaño de las simples ovejías, y se lleuaron, sino en la boca, en los braços a mi herma-

na Auristela, á Cloelia su ama, y á Seluiana, y á Leoncia, como si solamente vinieran á ofendellas, porque se dexaron muchas otras mugeres, á quie la naturaleza auia dotado de singular hermosura. Yo, á quien el estraño caso mas colerico que suspenso me puso, me arrojé tras los salteadores, los seguí con los ojos, y con las voces, afrentandolos, como si ellos fueran capaces de sentir afrentas, solamente para irritarlos, a que mis injurias les mouiéssen, á voluer a tomar vengança de ellas, pero ellos atentos á salir con su intento, ò no oyeron, ò no quisieron vengarse, y assi se desparecieron, y luego los despoados, y yo con algunos de los principales pescadores nos juntamos, como suele dezirse a consejo, sobre que haríamos, para enmendar nuestro yerro, y cobrar nuestras prendas: Vno dixo, no es possible, sino que alguna naue de salteadores está en la mar, y en parte, donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quiza

sabidores de nuestra junta, y de nuestras fiestas: si esto es así, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es, que falgan algunos varcos de los nuestros, y les ofrezcan todo el rescate, que por la presa quifieren, sin detenerse en el tanto mas quanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismos esposos merecen en rescate. Yo seré, dixé entonces, el que haré esta diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dixeron Carino, y Solercio ellos llorando en publico, y yo muriendo en secreto. Quando tomamos esta resolución, comenzaua a nocheecer, pero cō todo esso nos entramos en vn varco los desposados, y yo cō seis remeros: pero quando salimos el mar descubierto, auia acabado de cerrar la noche, por cuya escuridad no vimos vaxel alguno: determinamos de esperar el venidero dia, por ver, si con la claridad descubriamos algun nauio, y quiso

la suerte, que descubriésemos dos, el vno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia a tomarla: conocí, que el que dexaua la tierra, era el mismo, de quien auiamos salido á la isla, así en las vanderas como en las velas, que venia cruzadas con vna Cruz roxa, los que venian de fuera las traían verdes, y los vnos, y los otros eran cōsairos. Pues como yo imaginé, que el nauio que salia de la isla, era el de los salteadores de la presa, hize poner en vna lança vna vanderá blanca de seguro, vine arrimando al costado del nauio, para tratar del rescate, lleuando cuydado, de que no me prendiese. Assomose el Capitan al borde, y quando quise alçar la voz, para hablarle, puedo dezir, que me la turbó, y suspendió, y cortó en la mitad del camino vn espantoso trueno, que formó el disparar de vn tiro de artilleria de la naue de fuera, en señal que desafiava á la batalla al nauio de tierra, al mismo punto le fue respondido con otro no menos

Hist. de Persiles, y Sigismunda:

poderoso, y en vn instante se començaron a cañonear las dos naues, como si fueran de dos conocidos, y irritados enemigos. Desuiose nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lexos estuimos mirando la batalla, y auiendo jugado la artilleria casi vna hora, se aferraron los dos nauios con vna no vista furia, los del nauio de fuera, ò mas venturosos, ò por mejor dezir, mas valientes saltaron en el nauio de tierra, y en vn instante desembaraçarõ toda la cubierta, quitando la vida a sus enemigos, sin dexar a ninguno con ella: viendose pues libres de sus ofensores, se dieron a saquear el nauio de las cosas mas preciosas, que tenia, que por ser de coffarios, no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se llevaron de las primeras a mi hermana, a Seluiana, a Leoncia, y a Cloelia, con que enriquezieron su naue, pareciendoles, que en la hermosura de Auristela lleuauan vn precioso, y nunca visto rescate. Quise llegar con mi

barca, a hablar con el Capitan de los vencedores, pero como mi ventura andaua siempre en los ayres, vno de tierra soplo, y hizo apartar el nauio, no pude llegar a el, ni ofrecer impossibles por el rescate de la presa, y assi fue forçoso el boluernos, sin ninguna esperança de cobrar nuestra perdida, y por no ser otra la derrota, que el nauio lleuaua, que aquella que el viento le permitia, no podimos por entonces juzgar el camino que haria, ni señal que nos diessè a entender, quienes fuesen los vencedores, para juzgar si quiera, sabiendo su patria, las esperanças de nuestro remedio, el volò en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados, y tristes nos entramos en el rio, donde todos los barcos de los pescadores nos estauan esperando. No sè, si os diga, señores, lo que es forçoso, deziros, vn cierto espiritu se entrò entonces en mi pecho, que sin mudarme el ser me parecio, que le tenia mas que de hombre, y assi leuantandome en pie sobre la barca,

hize,

hize, que la rodeassen todas las demas, y estuuieffen atentos a estas, o otras semejantes razones, que les dixen: La baxa fortuna jamas se enmendò cõ la ociosidad, ni con la pereza, en los animos encogidos nunca tuuo lugar la buena dicha, nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no ay alma, que no sea capaz de levantarse a su assiento, los cobardes, aunque nazcan ricos, siempre son pobres, como los avaros mendigos. Esto os digo, ò amigos mios, para moveros, y incitaros, a que mejores vuestra suerte, y a que dexeys el pobre ajuar de vnas redes, y de vnos estrechos barcos, y busqueys los tesoros, que tiene en si encerrados el generoso trabajo, llamo generoso al trabajo, del que se ocupa en cosas grandes. Si suda el cauador, rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que vn dia, sin ganar fama alguna, porque no tomará en lugar de la azada vna lança? y sin temor del sol, ni de todas las inclemencias

del cielo procurará ganar, cõ el sustento, fama que le engrandezca sobre los demas hõbres? La guerra assi como es madrestra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcançan, se pueden llamar vltramundanos. Ea pues amigos, juventud valerosa, poned los ojos en aquel nauio, que se lleua las caras prendas de vuestros parientes, encerrandonos en estotro, que en la ribera nos dexaron, casi a lo que creo, por ordenacion del cielo: Vamos tras el, y hagamonos piratas, no codiciosos como son los demas, sino justicieros como lo seremos nosotros, a todos se nos entiende el arte de la marineria, bastimentos hallaremos en el nauio con todo lo necessario a la nauegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres, y si es grande el agrauio que hemos recebido, grandissima es la ocasion, que para vengarle, se nos ofrece: Sigame pues, el que quisiere, que yo os suplico, y Carino, y So-

lercio os lo ruegan, que bien se que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apenas huue acabado de dezir estas razones, quâdo se oyò vn murmureo por todas las varcas, procedido, de que vnos con otros se aconsejauan, de lo que harian, y entre todos salio vna voz, que dixo: Embarcate, generoso huesped, y se nuestro Capitan, y nuestra guia, que todos te seguiremos. Esta tan improuisa resolucion de todos me firuio de felice auspicio, y por temer, que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diessè ocasion, de madurar su discurso, me adelantè con mi varco, al qual siguieron otros casi quarenta: lleguè a reconocer el nauio, entrè dentro, escudriñele todo, mirè, lo que tenia, y lo que le faltaua, y hallè, todo lo que me pudo pedir el desseo, que fuesse necessario para el viage, aconsejeles, que ninguno voluiesse a tierra, por quitar la ocasion, de que el llanto de las mugeres, y de los queridos hijos no fuesse parte, para de-

jar de poner en efeto resolucion tan gallarda. Todos lo hizieron assi, y desde alli se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos, y mugeres: caso estraño! y que ha menester, que la cortesia ayude a darle credito: ninguno voluio a tierra, ni se acomodo de mas vestidos, de aquellos con que auia entrado en el nauio, en el qual sin repartir los officios, todos seruian de marineros, y de pilotos, excepto yo, que fuy nombrado por Capitan por gusto de todos: y encomendandome a Dios, comencè luego a exercer mi officio, y lo primero que mandè, fue, desembarçar el nauio de los muertos, que auian sido en la passada refriega, y limpiarle de la sangre, de que estaua lleno: ordenè, que se buscassen todas las armas anfi ofensiuas, como defensiuas, que en el auia, y repartiendolas entre todos, dí a cada vno, la que ami parecer, mejor le estaua: requeri los bastimientos, y conforme a la gente tanteè, para quan-

tos dias serian bastantes, pocas a menos. Hecho esto, y hecha oracion al cielo, suplicandole, encaminasse nuestro viaje, y fauoreciesse nuestros tan honrados pensamientos, mande hazar las velas, que aun se estauan atadas a las entenas, y que las dieramos al viento, que como se ha dicho, sopla de la tierra, y tan alegres como atrenidos, y tan atreuidos, como confiados comenzamos á nauegar por la misma derrota, que nos parecio, que lleuaua el nanio de la presa. Veys me aqui, señores que me estays escuchando, hecho pescador, y casamentero rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de Capitan cõtra ellos, que las vueltas de mi fortuna no tienen vn punto, donde paren, ni terminos que las encierren. No mas, dixo á esta sazõ Arnaldo, no mas Periandro amigo, que puesto que tu no te canse, de contar tus desgracias, à nosotros nos fatiga el oyr las, por ser tantas. A lo que

respondio Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto, que se llama Lugar, que es, donde todas las cosas caben, y no ay ninguna fuera del lugar, y en mi le tienen todas, las que son desgraciadas, aunque por auer hallado á mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas, que el mal que se acaba, sin acabar la vida, no lo es. A esto dixo Tranfila: Yo por mi digo, Periandro, que no entiendo essa razon, solo entiendo, que le sera muy grande, sino cumplis el desseo que todos tenemos, de saber los sucesos de vuestra historia que me va pareciendo, ser tales, que han de dar ocasion á muchas lenguas que las cuenten, y muchas injuriosas plumas que la escriuan: suspenso me tiene el veros Capitã de salteadores, juzguè merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estarè esperando tambien suspenso, qual fue la primera hazaña, que hizistes, y la aventura primera, con que encontrastes. Esta noche, señora, respondio Periandro,

daré fin, si fuere possible, al cuento, que aun hasta agora se está en sus principios, quedando todos de acuerdo, que aquella noche boluiesse a la misma platica, por entonces dio fin Perianandro a la suya.

CAPITULO

T R E Z E.

Del segundo libro. Da cuenta Perianandro de un notable caso, que le succedio en el mar.

LA salud del enechizado Antonio boluio su gallardia a su primera entereza, y con ella se boluieron a renouar en Zenotia sus mal nacidos desseos, los quales tambien renouaron su coraçon los temores, de verse de el ausente, que los desahuciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse, que lo estan, en tanto que veen presente la causa, de donde nacen, y assi procuraua con todas las traças, que po-

dia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliesse de la ciudad ninguno de aquellos huéspedes, y assi boluio a aconsejar a Policarpo, que en ninguna manera dexasse sin castigo el atreuimiento del barbaro homicida, y que por lo menos ya que no le diesse la pena conforme al delito, le deuia prender, y castigarle si quiera con amenazas, dando lugar, que el fauor se opufiesse por entonces a la justicia, como tal vez se fuele hazer en mas importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo, en la que este consejo le ofrecia, diziendo a la Zenotia, que era agrauiar la autoridad del Principe Arnaldo, que debaxo de su amparo le trahia, y enfiadar a su querida Auristela, que como a su hermano le trataua, y mas que aquel delito fue accidental, y forçoso, y nacido mas de desgracia que de malicia, y mas que no tenia parte, que le pidiesse, y que todos quantos le conocian, a firmauan, que aquella pena era condigna de su culpa, por ser el

mayor maldiziente, que se conocia. Como es esto, señor, replicò la Zenotia, que auiedo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo, de prenderle, con cuya ocasion la tomafés, de detener a Auristela, agora estàs tan lexos de tomarle? ellos se te yran, ella no boluera, tu lloraràs entonces tu perplexidad, y tu mal discurso, a tiempo, quando ni te aprouechen las lagrimas, ni enmen- dar en la imaginacion, lo que aora con nombre de piadoso quieres hazer. Rey eres, y de los Reyes las injusticias y rigores son bautizadas con nòbre de seueridad. Si prendes a este moço, daras lugar a la justicia, y soltandole, a la misericordia, y en lo vno, y en lo otro confirmaras el nombre, que tienes de bueno. Desta manera aconsejaua la Zenotia a Policarpo, el qual a solas, y en todo lugar yua, y venia cò el pensamiento en el caso, sin saber resoluerse, de que modo podia detener a Auristela, sin ofender a Arnaldo, de cuyo valor, y poder era razon te-

niessse, pero en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como la Zenotia, des- seaua la partida de Periandro, por entrar en la esperança de la buelta: se llegò el termino, de que Periandro boluiesse a proseguir su historia, que la siguió en esta manera.

Ligera volaua mi naue, por donde el viento queria llenarla, sin que se le opusiesse a su camino la voluntad de ninguno, de los que yuamos en ella, dexando todos en el aluedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gavia vimos caer a vn marinero, que antes que llegasse a la cubierta del nauio, quedò suspenso de vn cordel, que trahia anudado a la garganta: lleguè con priesa, y cortèsele, con que estornuè, no se le acortasse la vida. Quedò como muerto, y estuuò fuera de si, casi dos horas, al cabo de las cuales boluio en si, y preguntandole la causa de su desesperaciò, dixo: Dos hijos tengo, el vno de tres

y el otro de quatro años, cuya madre no passa de los veynte y dos, y cuya pobreza passa de lo possible, pues solo se sustentaua del trabajo de estas manos, y estando yo agora encima de aquella gavia, volui los ojos al lugar, donde los dexaua, y casi como si alcançara à verlos, los vi hincados de rodillas, las manos leuantadas al cielo, rogando à Dios por la vida de su padre, y llamandome con palabras tiernas, viansi mismo llorar à su madre, dádome nombres de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginè con tan gran vehemencia, que me fuerça à dezir, que lo vi, para no poner duda en ello, y el ver, que esta naue buela, y me aporta dellos, y que no sè, donde vamos, y la poca, ò ninguna obligacion que me obligò à entrar en ella, me trastornò el sentido, y la desesperacion me puso este cordel en las manos, y yo le di a mi garganta, por acabaren vn punto los siglos de pena, que me amenazaua. Este suceso mouio à lastima a quantos le escucha-

uamos, y auriendole consolado y casi assegurado, que presto dariamos la vuelta contentos, y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estoruasen, volver a poner, en execucion su mal intento, y assi le dexamos: y yo, porque este suceso no despertasse en la imaginacion de alguno de los demas, el querer imitarle, les dixè, que la mayor cobardia del mundo era, el matarse, porque el homicida de si mismo es señal, que le falta el animo, para sufrir los males que teme, y que mayor mal puede venir à vn hombre que la muerte? y siendo esto assi, no es locura el dilatarla: con la vida se enmièdan, y mejoran las malas fuertes, y con la muerte desesperada no solo no se acaban, y se mejoran, pero se empeoran, y comiençan de nueuo. Digo esto, compañeros mios, porque no os assombre el suceso, que auéis visto deste nuestro desesperado, que aun oy comèçamos à nauegar, y el animo me está diziendo, que nos aguardan, y esperan mil felices

sucessos

sucesos. Todos dieron la voz
 à vno, para responder por to-
 dos, el qual desta manera dixo:
 Valeroso Capitan, en las cosas
 que mucho se confideran, siem-
 pre se hallan muchas difficul-
 tades y en los hechos valero-
 sos que se acometé, alguna par-
 te se ha de dar a la razon, y mu-
 chas a la ventura, y en la bue-
 na, que hemos tenido en auer-
 te elegido por nuestro Capitán,
 vamos seguros, y confiados,
 de alcançar los buenos suces-
 sos que dizes, quedense nues-
 tras mugeres, quedense nues-
 tros hijos, lloren nuestros an-
 cianos padres, visite la pobre-
 za a todos, que los cielos que
 sustentan los gusarapos del a-
 gua, tendran cuydado de suste-
 nar los hombres de la tierra.
 Manda, señor, hizar las velas,
 pon centinelas en las gavias,
 por ver, si descubren, en que
 podamos mostrar, que no te-
 merarios, sino atreuidos só los
 que aqui vamos á seruirte. A-
 gradeciles la respuesta, hize
 hizar las velas, y auiendo na-
 uegado aquel dia, al amanecer
 del siguiente dia la centinela

de la gavia mayor dixo a gran-
 des voces: Nauio, nauio. Pregün-
 tandole que derrota lleuaua, y
 que de que tamaño parecia.
 Respondio, que era tan gran-
 de como el nuestro, y que le
 teniamos por la proa. Alto-
 pues, dixé, amigos, tomad las
 armas en las manos, y mostrad
 con estos, si son cossarios, el va-
 lor, que os ha hecho dexar vues-
 tras redes: hize luego cargar
 las velas, y en poco mas de dos
 horas descubrimos, y alcança-
 mos el nauio, al qual enuesti-
 mos de golpe, y sin hallar de-
 fensa alguna, saltarõ en el mas
 de quarenta de mis soldados,
 que no tuuieron, en quien en-
 sangrentar las espadas, porque
 solamente traia algunos mari-
 neros, y gente de seruicio, y mi-
 randolo bien todo, hallaron en
 vn apartamiento puestos en
 vn cepo de hierro por la gar-
 ganta, desuiados vno de otro
 casi dos varas, a vn hombre
 de muy buen parecer, y a vna
 muger mas que medianaméte
 hermosa, y en otro aposento ha-
 llaron tendido en vn rico le-
 cho a vn venerable anciano

de tanta autoridad, que obligò su presencia, a que todos le tuviessemos respeto, no se movio del lecho, porque no podia, pero levantandose vn poco, alçò la cabeça, y dixo: Ennaynad, señores, vuestras espaldas, que en este nauio no hallareys ofensores, en quien exercitarlas, y si la necesidad os haze, y fuerça, a vsar este officio, de buscar vuestra ventura a costa de las agenas, a parte aueys llegado, que os hara dichosos, no porque en este nauio aya riquezas, ni alajas, que os enriquezcan, sino porque yo voy en el, que soy Leopoldio el Rey de los Danaos. Este nombre de Rey me auiuò el desseo, de saber, que successos auian traydo a vn Rey, estar tan solo, y tan sin defensa alguna: llegueme a el, y preguntèle, si era verdad, lo que dezia, porque aunque su graue presencia prometia serlo, el poco aparato, con que nauegaua, hazia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondió el anciano, que esta gente se sosiegue, y escu-

chame vn poco, que en brèues razones te contarè cosas grandes. Sossegaronse mis compañeros, y ellos, y yo estuuiamos atentos, a lo que dezir queria, que fue esto: El cielo me hizo Rey del Reyno de Danea, que heredè de mis padres, que tambien fueron Reyes, y lo heredaron de sus passados, sin auerles introduzido a serlo la tirania, ni otra negociacion alguna, caseme en mi mocedad, con vna muger mi yqual, muriose, sin dexarme suceccion alguna, corrio el tiempo, y muchos años me contuue en los limites de vna honesta viuidez, pero al fin por culpa mia, que de los pecados que se cometen, nadie ha de echar la culpa a otro sino a si mismo: digo que por culpa mia tropecè, y cahi en la de enamorarme de vna dama de mi muger, que a ser ella, la que deuia, oy fuera el dia, que fuera Reyna, y no se viera atada, y puesta en vn cepo, como ya deueys de auer visto. Esta pues pareciendole ser injusto, anteponer los rizos de vn criado mio a

mis cañas, se enboluì con el, y no solamente tuuo gusto de quitarme la honra, sino que procurò junto con ella quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas traças, con tales embustes, y rodeos, que a no ser auisado con tiempo, mi cabeça estuuiera fuera de mis ombros en vna escarpia al viento, y las fuyas coronadas del Reyno de Danea: finalmente yo descubri sus intentos a tiempo, quando ellos tambien tuuieron noticia, de que yo lo sabia: vna noche en vn pequeño nauio que estaua con las velas en alto, para partirse, por huyr del castigo de su culpa, y de la indignacion de mi furia, se embarcaron, supelo, volè a la marina en las alas de mi colera, y hallè, que auria veynte horas, que auian dado las fuyas al viento, y yo ciego del enojo, y turbado con el desseo de la vengança, sin hazer algun prudente discurso, me enuarque en este nauio, y los segui, no con autoridad, y aparato de Rey, sino como particular ene-

migo, hallèlos a cabo de diez dias, en vna isla que llaman del Fuego, cogilos y descuydados, y puestos en esse cepo que aureys visto, los lleuaua a Danea, para darles por justicia, y processos fulminados la deuida pena a su delito. Esta es pura verdad, los delinquentes ahi estan, que aunque no quieran, la acreditan: yo soy el Rey de Danea, que os prometo ciè mil monedas de oro, no porque las trayga aqui, sino porque os doy mi palabra, de ponerolas, y embiarolas, donde quisieredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, lleuadme con vosotros en vuestro nauio, y dexad, que en este mio, ya vuestro vaya alguno de los mios a Danea, y trayga este dinero, donde le ordenaredes, y no tengo mas que deziros. Mirauanse mis compañeros vnos a otros, y dierõme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como Capitan lo podia, y deuia hazer, con todo esto quise tomar parecer con Carino, y con Solercio, y con algunos

algunos de los demas , por que no entendiessen , que me queria alçar de hecho con el mando , que de su voluntad ellos tenian dado , y assi la respuesta que di al Rey , fue dezirle: Señor , á los que aqui venimos , no nos puso la necesidad las armas en las manos , ni ninguno otro desseo , que de ambiciosos tenga semejança , buscando vamos ladrones , á castigar vamos saltadores , y á destruyr piratas , y pues tu estás tan lexos de ser persona deste genero , segura está tu vida de nuestras armas , antes si has menester , que con ellas te firuamos , ninguna cosa aura , que nos lo impida , y aunque agradecemos la rica promesa de tu rescate , soltamos la promesa , que pues no estás cautiuo , no estás obligado al cumplimiento de ella , sigue en paz tu camino , y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste , te suplicamos , perdones a tus ofensores , que la grandeza del Rey algun tanto resplandece mas ca ser misericordiosos ,

que justiceros. Quisierase humillar Leopoldio a mis pies , pero no lo consentio , ni mi cortesia , ni su enfermedad : pedile , me dicsse alguna poluora , si lleuaua , y particsse con nosotros de sus bastimentos , lo qual se hizo al punto . Aconsejéle assi mismo , que si no perdonaua á sus dos enemigos , los dexasse en mi nauio , que yo los pondria en parte , donde no la tuuicsen mas de ofenderle . Dixo , que si haria , porque la presencia del ofensor suele renouar la injuria en el ofendido : ordené , que luego nos voluicssemos a nuestro nauio con la poluora , y bastimentos , que el Rey partio con nosotros , y queriendo passar a los dos prisioneros ya sueltos , y libres del pesado cepo , no dio lugar vn rezió viento , que de improuiso se leuantó , de modo que apartó los dos nauios , sin dexar , que otra vez se juntaassen , desde el borde de mi naue me despedi del Rey a voces , y el en los braços de los suyos salio de su lecho , y se despidio de nosotros , y yo me des

pido agora, porque la segunda hazaña me fuerça a descansar, para entrar en ella.

CAPITULO

CATORZE.

Del segundo Libro.

A Todos dio general gusto de oyr el modo con que Periandro contó su estraña peregrinacion, fino fue a Mauricio, que llegando al oyo de Transila su hija, le dixo: Pareceme, Tráfila, que con menos palabras, y mas sucintos discursos, pudiera Periandro contar los de su vida, porque no auia para que detenerse, en dezirnos tan por estenso las fiestas de las varcas ni aun los casamientos de los pescadores, porque los episodios, que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia, pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio, y la elegancia de sus palabras. Assi deve de ser, respon-

dió Transila: pero lo que yo sé dezir, es, que ora se dilate, o se sucinte en lo que dize, todo es bueno, y todo da gusto, pero ninguno le recibira mayor, como ya creo, que otra vez se ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro dezia, assi le regalaua el alma, que la sacaua de si misma: los rebueltos pensamientos de Policarpo no le dexauan estar muy atento á los razonamientos de Periandro, y quisiera, que no le quedára masque dezir, porque le dexára a el mas que hazer, que las esperanças propinquas de alcançar el bien que se dessea, fatigá mucho mas que las remotas, y apartadas, y era tanto el desseo, que Sinforosa tenia de oyr el fin de la historia de Periandro, que solicitò el volverse á jutar otro dia, en el qual Periandro prosiguió su cuento en esta forma: Contemplad, señores, á mis marineros, compañeros, y soldados mas ricos de fama, que de oro, y á mi con algunas sospechas, de que no le huuiesse parecido bien mi liberalidad, y puestó

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

y puesto que nacio tan de su voluntad como de la mia en la libertad de Leopoldio, como no son todas vnas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer, no estuiesen todos contentos, y que les pareciesse, que seria dificil, recompensar la perdida de cien mil monedas de oro, que tantas eran las que prometio Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me mouio a dezirles: Amigos mios nadie estè triste por la perdida ocasion de alcançar el gran tesoro, que nos ofrecio el Rey, porque os hago saber, que vna onça de buena fama vale mas, que vna libra de perlas, y esto no lo puede saber, fino el que comiènça a gustar de la gloria, que dà el tener buen nombre. El pobre a quien la virtud enriqueze, suele llegar a ser famoso, como el rico, si es vicioso puede venir, y viene a ser infame: la liberalidad es vna delas mas agradables virtudes, de quien se engendra la buena fama, y es tan verdad esto, que no ay liberal mal puesto, como no

ay auaro, que no lo sea, mas yua a dezir, pareciendome, que me dauan todos tan gratos oydos, como mostrauã sus alegres semblantes, quando me quitò las palabras de la boca el descubrir vn nauio, que no lexos del nuestro a orça por delante de nosotros passaua, hize tocar a arma, y dile caza con todas las velas tendidas, y en breue rato me le puse a tiro de cañon, y disparando vno sin bala, en señal de que amaynasse lo hizo assi, soltãdo las velas de alto a baxo. Llegãdo mas cerca, vi en el vno de los mas estraños espectaculos del mundo, vi, que pendientes de las entenas, y de las xarcias venian mas de quarèta hõbres ahorcados, admiròme el caso, y abordando con el nauio, saltarõ mis soldados enel, sin que nadie se lo defendiesse, hallarõ la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hõbres semiuiuos, vnos con las cabeças partidas, y otros con las manos cortadas, tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma, este gimièdo dolorosamente, y

aquel

aquel gritando sin paciencia alguna: esta mortandad, y fraccasso daua señales, de auer succedido sobre mesa, porque los manjares nadauan entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardauan el olor del vino, en fin pisando muertos, y hollando heridos, passaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doze hermosissimas mugeres, y delante de ellas vna que mostraua ser su Capitana, armada de vn cosselite blanco, y tan terso, y limpio, que pudiera seruir de espejo, a quererse mirar en el, traia puesta la gola, pero no las escarcelas, ni los braçetes, el morrion si, que era de hechura de vna enroscada sierpe, a quiẽ adornauan infinitas y diuersas piedras de colores varios, tenia vn venablo en las manos, tachonado de arriba a baxo con clauos de oro, con vna gran cuchilla de agudo y luziente azero forjada, con que se mostraua tan briosa, y tan gallarda que bastò a detener su vista la turia de mis soldados, que con

admirada atencion se pusierõ a mirarla. Yo que de mi nauela estaua mirando, por verla mejor, passè a su nauio, a tiempo quando ella estaua diciendo: Bien creo, ò soldados, que os pone mas admiracion, que miedo este pequeño esquadron de mugeres, que a la vista se os ofrece, el qual, despues de la vengança que hemos tomado de nuestros agrauios, no ay cosa, que pueda engendrar en nosotros temor alguno: enuestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitando nos las vidas, que como nos quiteys las honras, las daremos por bien empleadas: Sulpicia es mi nombre, sobrina soy de Cratilo Rey de Bituania, casòme mi tio con el gran Lápido tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza, y de los de la fortuna. Yuamos los dos a ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer, yr entre nuestros vassallos y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hizimos: pero la hermo-

ra, y el vino, que suelen trastornar los mas viuos entendimientos, les borrò las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lasciuia, a noche beuieron de modo, que les sepultò en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron, á poner las manos en mi esposo, y quitandole la vida, dieron principio à su abominable intento: pero como es cosa natural, defender cada vno su vida, nosotros por morir vengadas si quiera, nos pusimos en defen-
sa, a prouechandonos del poco tiento, y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos, y con quatro criados, que libres del humo de Baco nos acudieron, hizimos en ellos, lo que muestran essos muertos, que estan sobre essa cubierta, y passando adelante con nuestra vengança, auemos hecho, que essos arboles, y essas entenas produzcan el fruto, que de ellas veis pendiente, quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil tambien

murieran, porque su poca, ò ninguna defen-
sa, y nuestra colera á toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia: riqueza traygo, que poder repartir, aunque mejor diria, que vosotros podais tomar, solo puedo añadir, que os las entregare de buena gana: Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues cõ ellas antes quedareis infames que ricos. Parecieronme tambien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cossario, me ablandarà. Vno de mis pescadores dixo à este punto: que me maten, sino se nos ofrece aqui oy otro Rey Leopoldio, con quien nuestro valeroso Capitan muestre su general condicion: ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicia, q̃ nosotros no queremos mas de la gloria, de auer vencido nuestros naturales apetitos. Af-
si sera, respondi yo, pues vosotros amigos lo quereis, y entended, que obras tales nunca las dexa el cielo sin buena paga, como a las que son malas sin castigo, despojad essos arbo-
les

les de tan mal fruto, y limpiad
 essa cubierta, y entregad a es-
 sas señoras junto con la liber-
 tad la voluntad de seruir las.
 Púsose en efeto mi manda-
 miento, y llena de admira-
 cion, y de espanto se me humi-
 llo Sulpicia, la qual como per-
 sona que no acertaua á saber,
 lo que le auia sucedido, tan
 poco acertaua á responder-
 me, y lo que hizo, fue, man-
 dar a vna de sus damas, le hi-
 ziese traer los cofres de sus jo-
 yas, y de sus dineros: hizolo as-
 si la dama, y en vn instante co-
 mo aparecidos, ò llouidos del
 cielo, me pusieron delante qua-
 tro cofres llenos de joyas y di-
 neros, abriolos Sulpicia, y hi-
 zo muestra de aquel tesoro a
 los ojos de mis pescadores, cu-
 yo resplandor quiza, y aun sin
 quiza cegó en algunos la in-
 tencion, que de ser liberales
 tenian, porque ay mucha dife-
 rencia de dar, lo q̄ se posee, y
 se tiene en las manos, á dar lo
 que está en esperanças de pos-
 seerle. Sacò Sulpicia vn rico
 collar de oro, resplandecien-
 te por las ricas piedras, que

en el venian engastadas, y di-
 ziendo; Toma, Capitan vale-
 roso, esta prenda rica, no po-
 otra cosa, que por serlo la vo-
 luntad, con que se te ofrece,
 dadiua, es de vna pobre viuda
 que ayer se vio en la cumbre
 de la buena fortuna, por verse
 en poder de su esposo, y oy se
 vee sujeta á la discrecion des-
 tos soldados, que te rodean, en-
 tre los quales puedes repartir
 estos tesoros, que segun se di-
 ze, tienen fuerças para que-
 brantar las peñas. A lo que yo
 respondi. Dadiuas de tan gran
 señora se han de estimar, co-
 mo si fueffen mercedes, y to-
 mando el collar, me volui á
 mis soldados, y les dixi: Esta
 joya es ya mia, soldados, y a-
 migos mios, y assi puedo dis-
 poner de ella como cosa pro-
 pria, cuyo precio, por ser a
 mi parecer inestimable, no
 conuiene, que se dè a vno so-
 lo; tomele, y guardele el que
 quisiere, que en hallando,
 quien le compre, se diuidira
 el precio entre todos, y quede-
 se sin tocar, lo que la gran Sul-
 picia os ofrece, porq̄ vuestra

fama quede con este hecho, frifando con el cielo. A lo que vno respondió: Quifieramos, ò buen Capitan, que no nos huieras preuenido con el cõsejo, que nos has dado, porque vieras, que de nuestra voluntad correspondiamos a la tuya: buelue el collar a Sulpicia, la fama que nos prometes, no ay collar que la ciña, ni limite que la contenga. Quedè contentissimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia: finalmente ella me pidio, que le diesse doze soldados de los mios, que le firuiesfen de guarda, y de marineros, para llevar su naue a Bituania: hizose assi, contentissimos los doze que escogi, solo por saber que yua a hazer bien. Proueyonos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conferuas, de que careciamos: foplaua el viento prospero para el viage de Sulpicia, y para el nuestro, que no lleuaua determinado paradero: despe limonos de ella, supo mi nombre, y el de Cariño, y Solercio, y dandonos a los tres

sus braços, con los ojos abraçò a todos los demas, ella llorando lagrimas de plazer, y tristeza nacidas: de tristeza por la muerte de su esposo, de alegria por verse libre de las manos, que pensò ser de salteadores, nos diuidimos, y apartamos. Oluidaua de deziros, como bolui el collar a Sulpicia, y ella le recibio afuerça de mis importunaciones, y casi tuuo a afrenta, que le estimasse yo en tan poco, que se le boluiesse. Entré en consulta con los mios, sobre que derrota tomariamos, y concluyòse, que la que el viento lleuasse, pues por ella auian de caminar los demas nauios, que por el mar nauegassen, ò por lo menos si el viento no hiziesse a su proposito, harian borodos, hasta que les viniessse a cuento. Llegò en esto la noche clara, y serena, y yo llamando a vn pescador marinerero, que nos seruia de maestro, y piloto, me sentè en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse a mirar el cielo. Apostarè, dixo a esta sazón Mauricio a Tranfila su hija,

que se pone agora Periandro, a descriuimos toda la celeste esfera, como si importasse mucho, a lo que va contando, el declararnos los mouimientos del cielo: yo por mi desseando estoy, que acabe, porque el desseo que tengo de salir de esta tierra, no da lugar, a que me entre tenga, ni ocupe en saber, quales son fixas, ò quales erraticas estrellas, quanto mas que yo sè de sus mouimientos, mas de lo que el me puede dezir. En tanto que Mauricio, y Transila esto con sumissa voz hablauan, cobrò aliento Periandro, para proteguir su historia en esta forma.

CAPITULO

QUINZE.

Del segundo Libro.

COmèçaua a tomar possession el sueño, y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaua a preguntar, al q̄ èstaua conmigo, muchas co-

sas de las necessarias para saber vsar el arte de la marineria, quando de improuiso començaron a llover no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la naue, de modo que no parecia, sino que el mar todo se auia subido a la region del viento, y desde alli se dexaua descolgar sobre el nauio. Alborotamos todos, y puestos en pie, mirando a todas partes, por vnas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa que nos puso en miedo, y en admiracion: en esto el que estaua conmigo dixo: Sin duda alguna esta lluuia procede, de la que derraman por las ventanas, q̄ tienen mas abaxo de los ojos, aquellos monstruosos pescados que se llaman Naufragos, y si esto es assi, en gran peligro estamos de perdernos, menester es, disparar toda la artilleria, con cuyo ruydo se espantan: en esto vi alçar, y poner en el nauio vn cuello como de serpiente terrible, que arrebatando vn marinero, se le engullò, y tragò de improuiso, sin tener

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

ner necesidad de mascarle. Naufragos son, dixo el piloto, con balas, ò sin ellas, que el ruydo, y no el golpe, como tengo dicho, es el que ha de librar nos. Traía el miedo confusos, y agazapados los marineros, que no osauan leuantarse en pie, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos: con todo esso se dieron priessa à disparar la artilleria, y á dar voces vnos, y acudir otros a la bomba, para voluer el agua al agua: tendimos todas las velas, y como si huyeramos de alguna gruessa armada de enemigos, huymos el sobre estante peligro, que fue el mayor que hasta entóces nos auíamos visto. Otro dia al crepusculo de la noche nos hallamos en la ribera de vna isla no conocida por ninguno de nosotros, y con desfinio de hazer agua en ella, quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera, amaynamos las velas, arrojamos las ancoras, y entregamos al reposo, y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó possession blanda y suauemen-

te, en fin nos desenuarcamos todos, y pisamos la amenissima ribera, cuya arena (vaya fuera de todo encarecimiento) la formauan granos de oro, y de menudas perlas. Entrando mas adentro, se nos ofrecieron a la vista prados, cuyas yeruas no erã verdes, por ser yeruas, sino por ser esmeraldas, en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele dezirse, sino corrientes de liquidos diamantes formados, que cruzando por todo el prado, sierpes de cristal parecian. Descubrimos luego vna selua de arboles de diferentes generos, tan hermosos que nos suspendieron las almas, y alegraron los sentidos, de algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, ò guindas, que parecian granos de rubies, de otros pendian camuefas, cuyas mexillas la vna era de rosa, la otra de finissimo topazio, en aquel se mostrauan las peras, cuyo olor era de ambar, y cuyo color de los que forma en el cielo, quando el Sol se traspo-

ne: en resolucion todas las frutas, de quien tenemos noticia, estauan alli en su sazón, sin que las diferencias del año las estorua sien, todo alli era Primavera, todo Verano, todo Estio sin pesadumbre, y todo Otoño agradable con extremo increyble. Satisfazia à todos nuestros cinco sentidos, lo que mirauamos: a los ojos con la belleza, y la hermosura: à los oydos con el ruydo manso de las fuentes, y arroyos, y con el son de los infinitos paxillos, que con no aprendidas voces formado, los quales saltando de arbol en arbol, y de rama en rama, parecia, que en aquel distrito tenía cautua su libertad, y que no querian, ni acertauan a cobrarla: al olfato con el olor que de si despedian las yeruas: las flores, y los frutos al gusto: con la prueua que hizimos de la suauidad dellos al tacto, con tenerlos en las manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tibar. Pesame, dixo a esta sa-

zon Ladislao a su suegro Mauricio, que se aya muerto Clodio, que afee que le auia dado bien que dezir Periandro, en lo que va diziendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas que digays, no podreys dezir, que no profiguo bien su cuento Periandro: el qual como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, el tomaua aliento, para proseguir en las suyas, que quando son largas aunque sean buenas, antes enfadan, que alegrá. No es nada lo que hasta aqui he dicho, profiguo Periandro, porque a lo que resta por dezir, falta entendimiento, que lo perciba, y aun cortesias que lo creá: volued, señores los ojos, y hazed cuenta, que veys salir del coraçon de vna peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos padiesse engañar, digo, que vimos salir de la abertura de la peña primero vn suauissimo son, que hirio nuestros oydos, y nos hizo estar atentos, de diuersos instrumétos de musica formado, luego salio

vn carro, que no sabrè dezir, de que materia, aunque dirè su forma, que era de vna naue rota, que escapaua de alguna grã borrasca, tirauanla doze poderosissimos ximios animales laciuos, sobre el carro venia vna hermosissima dama vestida de vna roçagante ropa de varias, y diuersas colores adornada, coronada de amarillas, y amar gas adelfas, venia arrimada a vn baston negro, y en el fi xa vna tablachina, ò escu do, donde venian estas letras, **S E N S V A L I D A D**: tras ella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferè tes instrumentos en las manos formando vna musica ya ale gre, y ya triste; pero todas sin gularmète regozijadas. Todos mis compañeros, y yo estaua mos atonitos, como si fuera mos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegòse a mi la Sensualidad, y con voz en tre ayrada, y suaue me dixo: Costarte ha, generoso mance bo, el ser mi enemigo, sino la vida, alomenos el gusto, y di ziendo esto, passò adelante, y

las donzellas de la musica ar rebataron, que assi se puede de zir, siete ò ocho de mis marine ros, y se los llevaron consigo, y boluieron a entrar se, siguien do a su señora por la abertura de la peña. Boluime yo enton ces a los mios, para preguntar les, que les parecia, de lo que auia visto, pero estoruòlo otra voz, o voces que llegaron a nuestros oydos bien diferètes que las passadas, por que eran mas suaues y regaladas, y for mauãlas vn esquadron de her mosissimas, al parecer, donze llas, y segun la guia que trahia, eranlo sin duda, por que venia delante mi hermana Auriste la, que a no toçarme tanto, ga stara algunas palabras en ala bança de su mas que humana hermosura: que me pidieran a mi entonces, que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que a pedirme la vida, no la ne gára, si no fuera, por no perder el bien, tan sin pensarlo, halla do. Trahia mi hermana a sus dos lados dos donzellas, de las quales la vna me dixo: La con tinencia, y la pudicicia, ami gas

gas, y compañeras, acompañamos perpetuamente a la castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela oy ha querido disfraçarse, ni la dexaremos, hasta que con dicho sofo fin le dé a sus trabajos, y peregrinaciones en la alma ciudad de Roma: Entonces yo a tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tan nuevo y extraño acontecimiento por su grandeza, y por su nouedad mal seguro alcè la voz, para mostrar con la lengua la gloria, que en el alma tenia, y queriendo dezir: O ynicas consoladoras de mi alma, ó ricas prendas, por mi bien halladas, dulces, y alegres en este, y en otro qualquier tiempo: fue tanto el ahinco, que puse en dezir esto, que rompi el sueño, y la vision hermosa desaparecio, y yo me hallè en mi nauio con todos los míos, sin que faltasse alguno de ellos. A lo que dixo Constança: Luego, señor Periandro, dormiades. Si, respondió, porque todos mis bienes son soñados. En verdad, repli-

cò Constança, que ya queria preguntar a mi señora Auristela, a donde auia estado el tiempo, que no auia parecido. De tal manera, respondió Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me yua haziendo dudar, si era verdad, o no, lo que dezia. A lo que añadió Mauricio: Essas son fuerças de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprehenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaua Arnaldo, y consideraua los afectos, y demostraciones, con que Periandro contaua su historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas, que en su alma auia infundido el ya muerto maldiziente Clodio, de no ser Auristela, y Periandro verdaderos hermanos. Con todo esso dixo, prosigue Periandro tu cuento, sin repetir sueños, porque los animos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la

CAPITULO

DIEZ Y SEIS.

*Del segundo Libro. Prosigue
Periandro su historia.*

sin par Sinforosa está esperando , que llegues a dezir , de donde venias la primera vez , que a esta isla llegaste , de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas , que por la eleccion de su padre cada año en ella se hazen. El gusto de lo que soñè , respondió Periandro , me hizo no advertir , de quan poco fruto son las digressiones , en qualquiera narracion , quando ha de ser sucinta , y no dilatada. Callaua Policarpo , ocupando la vista en mirar a Auristela , y el pensamiento en pensar en ella : y assi para el importaua muy poco , ò nada , que callasse , ò que hablasse Periandro , el qual advertido ya , de que algunos se cansauan de su larga platica , determinò de proseguirla , abreuandola , y siguiendola en las
menos palabras
que pudiesse,
y assi di-
xo.

D Espertè del sueño , como he dicho , tomè consejo con mis compañeros , que derrota tomariamos , y salio decretado , que por donde el viento nos lleuasse , que pues yuamos en busca de corsarios , los quales nunca nauegan contra viento , era cierto el hallarlos , y auia llegado á tanto mi simpleza , que preguntè à Carino , y á Solercio , si auian visto a sus esposas en compañía de mi hermana Auristela : quando yo la vi soñando : Rieronse de mi pregunta , y obligaronme , y y aun forçaronme , á que les contasse mi sueño. Dos meses anduimos por el mar , sin que nos sucediesse cosa de consideracion alguna , puesto que le escombramos de mas de sesenta nauios de corsarios , que por serlo verdaderos , adjudica-



mos sus robos á nuestro nauio y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros yuan alegres, y no les pesaua, de auer trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones, sino de ladrones, ni robauan sino lo robado. Sucedió pues, que vn porfiado viento nos saltè vna noche, que sin dar lugar, à que amaynassemos algun tanto, ò templassemos las velas, en aquel termino que las hallò, las tendio, y acoffò de modo, que como he dicho, mas de vn mes navegamos por vna misma derrota, tanto que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomò el viento, y tanteando las leguas que haziamos por hora, y los dias, que auiamos navegado, hallamos ser quatrociètas leguas poco mas ò menos: voluio el piloto á tomar la altura, y vio, que estaua debaxo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande, y mayor tristeza dixo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede, á

dar la buelta, para seguir otro camino, en este se acabará el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar helado, y si aqui nos saltea el hyelo, quedaremos empedrados en estas aguas. Apenas huuo dicho esto, quando sentimos, que el nauio tocua por los lados, y por la quilla, como en mouibles peñas, por donde se conocio, que ya el mar se començaua a helar, cuyos montes de hyelo, que por de dentro se formauan, impedian el mouimiento del nauio: amaynamos de golpe, por que topando en ellos, no se abrieffe, y en todo aquel dia, y aquella noche se congelaron las aguas, tan duramente, y se apretaron de modo, que cogiédonos en medio, dexaron al nauio engastado en ellas, como lo fuele estar la piedra en el anillo, casi como en vn instante començò el hyelo à entumecer los cuerpos, y á entristezer nuestras almas, y haziendo el miedo su officio, con fiderando el manifestopeligro no nos dimos mas dias de vida

que los que pudiesse sustentar el bastimento, que en el nauio huuiesse, en el qual bastimento desde aquel punto se puso rassa, y se repartio por orden tan miserable y estrechamente, que desde luego començò a matarnos la hambre, tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella, en cosa que pudiesse alentar nuestra esperança, sino fue con vn bulzo negro, que a nuestro parecer estaria de nosotros seys, ò ocho millas, pero luego imaginamos, que deuia de ser algun nauio, a quien la comun desgracia de hyelo tenia aprisionado: este peligro sobrepaja, y se adelanta a los infinitos, en que de perder la vida me he visto, porque vn miedo dilatado, y vn temor no vencido fatiga mas el alma, que vna repentina muerte, que en el acabar subito se ahorran los miedos, y los temores que la muerte trae consigo, que suelen ser tã malos como la misma muerte. Esta pues que nos amenazaua tan hambrienta como larga nos hizo tomar vna resolu-

cion sino desesperada, temeraria por lo menos, y fue, que cõsideramos, que si los bastimentos se nos acabauan, el morir de hambre era la mas rabiosa muerte, que puede caber en la imaginacion humana, y assi determinamos de salirnos del nauio, y caminar por encima del yelo, y yr a ver, si en el que se parecia, auria alguna cosa, de que aprouecharnos, o ya de grado, o ya por fuerça: puse en obra nuestro pensamiento, y en vn instante vieron las aguas sobre si formado cõ pies enxutos vn esquadron pequeño, pero de valentissimos soldados, y siendo yo la guia, resbalando, cayendo, y leuantando, llegamos al otro nauio, que lo era casi tan grande como el nuestro, auia gente en el, que puesta sobre el borde, adivinando la intencion de nuestra venida, a voces començò vno a dezirnos: A que venis, gente desesperada, que buscays? venis por venturas a apressurar nuestra muerte, y a morir con nosotros? bo lueos a vuestro nauio, y si os faltan basti-

mentos, roed las xarcias, y encerrad en vuestros estomagos los embreados leños, si es posible, porque, pensar, que os hemos de dar acogida, sera pensamiento vano, y contra los preceptos de la caridad, q̄ ha de començar de si mismo: dos meses dizen, que suele durar este yelo, que nos detiene, para quinze dias tenemos sustento, si es bien, que le reparamos con vosotros, a vuestra consideracion lo dexo. A lo q̄ yo le respondi: En los apretados peligros toda razon se atropella, no ay respeto que valga, ni bué termino que se guarde, acogednos en vuestro nauio de grado, y juntaremos en el el bastimento, que en el nuestro queda, y comamoslo amigablemente, antes que la precisa necesidad nos haga mouer las armas, y vsar de la fuerza. Esto le respondi yo, creyendo, no dezian verdad en la cantidad del bastimento, que señalauan, pero ellos, viendose superiores, y auentajados en el puesto, no temieron nuestras amenazas, ni admitieron nue-

stros ruegos, antes arremetieron a las armas, y se pusieron en orden de defenderse: los nuestros, a quien la desesperacion de valientes hizo valentissimos, añadiendo a la temeridad nuevos brios, arremetieron, al nauio, y casi sin recibir herida le entraron, y le ganaron, y alçòse vna voz entre nosotros, que a todos les quitassemos la vida, por ahorrar de balas, y de estomagos, por donde se fuesse el bastimento, que en el nauio hallassemos. Yo fuy de parecer contrario, y quicá por tenerle bueno, en esto nos socorrio el cielo, como despues dirè, aunque primero quiero deziros, que este nauio era el de los coffarios, que auian robado a mi hermana, y a las dos rezien desposadas pescadoras. A penas le huue reconocido, quando dixè a voces: Adonde teneys ladrones, nuestras almas, adonde estan las vidas, que nos robastes, que aueys hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Seluiana, y Leoncia partes mitades de los coraçones de mis

Del segundo Libro.

buenos amigos Carino, y Solercio? A lo que vno me respondió: Estas mugeres peccadoras que dizes, las vendio nuestro Capitan, que ya es muerto, a Arnaldo Principe de Dinamarca. Assi es la verdad, dixo á esta fazon Arnaldo, que yo comprè á Auristela, y á Cloelia su ama, y á otras dos hermosissimas donzellas, de vnos piratas, que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. Valame Dios, dixo Rutilio en esto, y porque rodeos, y con que eslabones se viene á engançar la perigrina historia tuya, ò Periandro! Por lo que deues al desseo que todos tenemos de seruirte, añadió Sinforosa, que abreuies tu cuento, ò historiador tan verdadero como gustoso. Si harè, respondió Periandro, si es posible, que grandes cosas en breues terminos puedan cerrarse.

(.?.)

T Oda esta tardança del cuento de Periandro se declaraua tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daua lugar, a pensar maduramente, lo que deuia hazer, para quedar se cõ Auristela, sin perjuyzio de la opinion que tenia de generoso, y de verdadero: ponderaua la calidad de sus huespedes, entre los quales se le ponía delante Arnaldo Principe de Dinamarca, no por elecion, sino por herencia, descubria en el modo de proceder de Periandro en su gentileza, y brio algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora, quisiera buenamente lograr sus desseos à pie llano, sin rodeos, ni inuenciones, cubriendo toda dificultad, y todo parecer contrario con el velo del matrimo



nio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavia podia dissimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor ca-
 sarse, que abrassarse, acuciaua, y solicitaua sus pensamientos, los que solicitauan, y aquexauan á la embaydora Zenotia, con laqual se concertò, que antes de dar otra audiencia á Periandro, se pudiesse en efeto su dissinio, que fue, que de alli á dos noches tocassen vn arma fingida en la ciudad, y se pegasse fuego al palacio por tres ò quatro partes, de modo que obligasse, á los que en el assistian, á ponerse en cobro, donde era forçoso, que interuiniesse la confusion, y el alboroto, en medio del qual preuino gente, que robassen al barbaro moço Antonio, y á la hermosa Auristela, y assi mismo ordenò a Policarpa su hija, que con mouida de lastima Christiana auisasse a Arnaldo, y a Periandro el peligro, que les amenazaua, sin descubrilles el robo, sino mostrandolès el modo de salvarse, que era, que acudiesen a la marina, donde en el

puerto hallarian vna factia, q̄ los acogiesse. Llegose la noche, y a las tres horas della començò el arma, que puso en cõfesion, y alboroto a toda la gente de la ciudad: començò a replandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaua, el que Policarpa en su pecho tenia, acudiò su hija no alborotada, sino con reposo, a dar noticia á Arnaldo, y á Periandro de los dissinios de su traidor, y enamorado padre, que se estendian, a quedarse con Auristela, y con el barbaro moço, sin quedar con indicios que le infamasen. Oyendo lo qual Arnaldo, y Periandro, llamaron a Auristela, a Mauricio, Transila, Ladislao, a los barbaros padre, y hijo, a Ricla, a Constança, y a Rutilio, y agradeciendo a Policarpa su auiso, se hizieron todos vn monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron paso desembaraçado hasta el puerto, y segura enuarcacion en la factia, cuyo piloto, y marineros estauan auisados, y cohechados de Policarpa,

que en el mismo punto, que aquella gente, que al parecer huyda se embarcasse, se hiziesen al mar, y no parassen con ella hasta Inglaterra, o hasta otra parte mas lexos de aquella isla. Entre la confusa gritaria, y el continuo vozear alarma, alarma entre los estallidos del fuego abrafador, que como si supiera, que tenia licencia del dueño de aquellos palacios, para q̄ los abrafasse, andaua encubierto Policarpo mirando, si salia cierto el robo de Auristela, y assi mismo solici-
taua el de Antonio la hechizera Zenotia, pero viendo, que se auian embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo dezia, y el alma se lo pronosticaua, acudio a mandar, q̄ todos los baluartes, y todos los nauios q̄ estauan en el puerto, disparassen la artilleria contra el nauio de los q̄ en el huía, cō lo qual de nuevo se auemètò el estruendo, y el miedo discurrio por los animos de todos los moradores de la ciudad, q̄ no sabian, q̄ enemigos los a saltauan, ò que intempe-

stiuos acontecimiétos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa ignorante del caso puso el remèdio en sus pies, y sus esperança en su inocencia, y con pasos desconcertados y temerosos se subio a vna alta torre de palacio, a su parecer, parte segura del fuego, que lo demas del palacio yua consumiendo: acertò a encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contò, como si lo huiera visto, la huida de sus huespedes, cuyas nueuas quitaron el sentido a Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiento, de auerlas dado. Amanecia en esto el alua risueña, para todos los que con ella esperauã descubrir la causa, o causas de la presente calamidad: y en el pecho de Policarpo anochezia la noche de la mayor tristeza, q̄ pudiera imaginarse, mordiale las manos Zenotia, y maldezia su engañadora ciencia, y las promesas de sus malditos maestros, sola Sinforosa se estaua aun en su desmayo, y sola su hermana lloraua su desgracia, sin des-

descuydarfe, de hazerle los remedios, que ella podia, para hazerla boluer en su acuerdo: boluio en fin, tendio la vista por el mar, vio volar la saetia, donde yua la mitad de su alma, o la mejor parte della, y como si fuera otra engañada, y nueua Dido, que de otro fugitiuo Eneas se quexaua, embiando suspiros al cielo, lagrimas a la tierra, y voces al ayre dixo estas, o otras semejantes razones: O hermoso huesped, venido por mi mal a estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dixesses palabras amorosas, para engañarme, amayna estas velas, o templalas algun tanto, para que se dilate el tiempo de que de mis ojos vean esse nauio, cuya vista solo porque vas en el, me consuela: mira señor, que huyes, de quien te sigue, que te alexas, de quien te busca, y das muestras, de que aborreces, a quien te adora, hija foy de vn Rey, y me contento coa ser esclaua tuya, y si no tengo hermosura, que pueda satisfacer a

tus ojos, tēgo desseos, que puedan llenar los vazios de los mejores, que el amor tiene, no repares, en que se abraffe toda esta ciudad, que si buelues, aura seruido este incendio de luminarias por la alegria de tu buelta: riquezas tengo, acelerado fugitiuo mio, y puestas en parte, donde no las hallará el fuego, aunque mas las busque, porque las guarda el cielo para ti solo. A esta sazón boluio a hablar con su hermana, y le dixo: No te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? no te parece, que no camina tanto: ay Dios si se aura arrepentido: ay Dios si la remora de mi voluntad le detiene el nauio. Ay, hermana respondió Policarpa no te engañes, que los desseos, y los engaños suelen andar juntos, el nauio buela, sin que le detenga la remora de tu voluntad, como tu dizes, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros. Salteòlas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre, tambien como su hija, no la mitad, sino

todasu alma , que se le ausentaua, aunque ya no se descubria: los hombres , que tomaron a su cargo , encender el fuego del palacio , le tuuieron tambien de apagarle. Supieron los ciudadanos la causa del alboroto , y el mal nacido desseo de su Rey Policarpo , y los embustes, y consejos de la hechizera Zenotia , y aquel mismo dia le depusieron del Reyno , y colgaron a Zenotia de vna entena. Sinforosa , y Policarpa , fueron respetadas como quien eran , y la ventura que tuuieron , fue tal , que correspondio a sus merecimientos , pero no en modo que Sinforosa alcançasse el fin felice de sus desseos , porque la suerte de Perianandro mayores venturas le tenia guardadas: los del nauio viendo-se todos juntos , y todos libres , no se hartauan de dar gracias al cielo de su buen suceso , de ellos supieron otra vez los traidores dissinios de Policarpo, pero no les parecieron tan traidores , que no hallasse en ellos disculpa, el auer

sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros , que quando ocupa â vn alma la passion amorosa , no ay discurso con que acierte, ni razon, que no atropelle. Haziales el tiempo claro , y aunque el viento era largo , estaua el mar tranquilo: lleuauâ la mira de su viage puesta en Inglaterra, a donde pensauâ tomar el dissinio, que mas les conuiniessse, y con tanto sosiego navegauan , que no les sobresaltaua ningun rezelo , ni miedo de ningun suceso aduerso: tres dias durò la apazibilidad del mar, y tres dias soplo prospero el viento, hasta que al quarto â poner del sol se començò a turbar el viento, y a desassofegarse el mar, y el rezelo de alguna gran borrasca començò a turbar a los marineros, que la inconstancia de nuestras vidas, y la del mar simbolizan, en no prometer seguridad, ni firmeza alguna largo tiempo, pero quiso la buena suerte, que quando les apretaua este temor , descubriessen cerca de sí vna isla, que luego de los ma-

rineros fue conocida , y dixeron, que se llamaua la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabía, que estauan dos calas capaces de guarecerse en ellas de todos vientos mas de veynte nauios: tales en fin que pudieran seruir de abrigados puertos: dixeron tambien, que en vna de las Ermitas seruia de Ermitaño vn Cauallero principal Frances llamado Renato, y en la otra Ermita seruia de Ermitaña vna señora Francesa llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se huuiesse visto. El deseo de saberla, y el de repararse de la tormenta, si viniessse, hizo a todos, que en caminassen allá la proa: hizo se assi con tanto acertamento, que dieron luego con vna de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiesse; y estando informado Arnaldo, de que en la isla no auia otra persona alguna, que la del Ermitaño, y Ermitaña referidos, por dar contento a Auristela, y a Transila, que fatigadas del

mar venian, con parecer de Mauricio, Ladislao, Rutilio, y Periandro mandò echar el esquife al agua, y que saliesse todos a tierra, a passar la noche en sosiego, libres de los baybenes del mar, y aunque se hizo assi, fue parecer del Barbaro Antonio, que el, y su hijo, y Ladislao, y Rutilio se quedassen en el nauio, guardandolo, pues la fee de sus marineros poco experimentada no les deuia assegurar de modo, que se fiasse dellos, y en efeto lo que se quedaron en el nauio, fueron los dos Antonios padre y hijo con todos los marineros que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naues, mejor les huele la pez, la brea, y la refina de sus nauios, que a la demas gente las rosas, las flores, y los amarantos de los jardines. A la sombra de vna peña los de la tierra se repararon del viento, y a la claridad de mucha lumbre, q̄ de ramas cortadas en vn instante hicieron, se defendieron del frio, y ya como acostubradas a pasar muchas vezes calamidades

femejantes , passaron la desta noche sin pesadumbre alguna, y mas con el aliuio que Perian dro les causó , con boluer por ruego de Transila, a profeguir su historia , que puesto que el lo rehusaua, añadiendo ruegos Arnaldo , Ladislao , y Mauricio, ayudandoles Auristela, la ocasion y el tiempo , la huuo de profeguir en esta forma.

CAPITULO DIEZ Y OCHO.

Del segundo Libro.

SI es verdad, como lo es, ser dulcissima cosa, contar en tranquilidad la tormenta, y en la paz presente los peligros de la passada guerra, y en la salud la enfermedad padecida , dulce me ha de ser a mi agora , contar mis trabajos en este sosiego, que puesto que no puedo dezir, que estoy libre de ellos , todauia , segun han sido grandes y muchos, puedo afirmar , que estoy en descanso, por ser condicion de

la humana suerte, que quando los bienes comiençan a crecer , parece , que vnos se van llamando a otros, y que no tienen fin, donde parar, y los males por el mismo consiguiente: los trabajos que yo hasta aqui he padecido , imagino, que han llegado al vltimo paradero de la miserable fortuna, y que es forçoso que declinen , que quando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el vltimo de todos, ha de seguirse la mudança, no de mal a mal, sino de mal a bien , y de bien a mas bien , y este en que estoy, teniendo a mi hermana conmigo, verdadera, y precisa causa de todos mis males , y mis bienes, me assegura, y promete, que tengo de llegar a la cumbre de los mas felices , que acierte a dessearme , y assi con este dichoso pensamiento digo, que quedè en la naue de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho la venta que auia hecho de mi hermana , y de las dos rezien desposadas pescadoras , y de

Clœlia al Principe Arnaldo, que aqui està presente. En tanto que los mios andauan escudriñando, y tanteando los bastimentos, que auia en el empedrado nauio, a deshora, y de improuiso de la parte de tierra descubrimos, que sobre los hyelos caminaua vn esquadrõ de armada gente de mas de quatro mil personas formado, dexònos mas helados que el mismo mar vista semejante, a prestando las armas mas por muestra de ser hombres, que con pensamiento de defenderse: caminauan sobre solo vn pie, dandose con el derecho sobre el calcaño yzquierdo, con que se impelian, y resbalauan sobre el mar grandissimo trecho, y luego boluiendo a reiterar el golpe, tornauan a resbalar otra gran pieça de camino, y desta suerte en vn instante fueron con nosotros, y nos rodearon por todas partes, y vno de ellos, que como despues supe, era el Capitan de todos, llegando se cerca de nuestro nauio, a trecho que pudo ser oydo, assegurádo la paz

con vn paño blanco, que bolteaua sobre el braço, en lengua Polaca con voz clara dixo: Cratilo Rey de Bituania, y señor destos mares tiene por costumbre, de requerirlos con gente armada, y sacar de ellos los nauios, que del hyelo estan detenidos, alomenos la gente, y la mercancia que tuuieren, por cuyo beneficio se paga, cõ tomarla por suya: si vosotros gustaredes de acetar este partido, sin defenderos, gozareys de las vidas, y de la libertad, que no se os ha de cautiuar en ningun modo: miradlo, y fino, aparejaos a defenderos de nuestras armas continuo vencedoras. Contentòme la breuedad y la resolucion del que nos hablaua. Respondile, que me dexasse to mar parecer con nosotros mismos, y fue, el que mis pescadores me dieron, dezir, que el fin de todos los males, y el mayor de ellos era, el acabar la vida, la qual se auia de sustentar por todos los medios posibles, como no fuesen por los de la infamia, y que pues en los partidos, que nos

ofrecian no enteruenia ninguna, y del perder la vida estamos tan ciertos como dudosos de la defensa: seria bien rendirnos, y dar lugar a la mala fortuna, que entonces nos perseguia, pues podria ser, que nos guardasse para mejor ocasion. Casi esta misma respuesta di al Capitan del escuadron, y al punto, mas con apariencia de guerra, que con muestras de paz arremetieron al nauio, y en vn instante le desualijaron todo, y trasladaron quanto en el auia, hasta la misma artilleria, y xarcias á vnos cueros de buyes, que sobre el hielo tendieron, liandolos por encima, asseguraron poderlos llevar, tirandolos con cuerdas sin que se perdiessse cosa alguna: robaron ansi mismo lo que hallaron en el otro nuestro nauio, y poniendonos a nosotros sobre otras pieles, alçando vna alegre vozeria, nos tiraron, y nos llevaron a tierra, que deuia de estar desde el lugar del nauio como veynte millas: pareceme a mi, que deuia de ser cosa de ver, caminar tanta gen

te por cima de las aguas a pie enxuto, sin vsar alli el cielo alguno de sus milagros, en fin aquella noche llegamos a la ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito numero de gente, que a ver la presa de los helados, y yertos auia venido. Venia entre ellos sobre vn hermoso caualllo el Rey Cratilio, que por las insignias reales con que se adornaua, conocimos ser, quié era: venia a su lado assi mismo a caualllo vna hermosissima muger armada de vnas armas blancas, a quien no podian acabar de encubrir vn velo negro, con que venian cubiertas, lleuòme tras si la vista, tanto su buen parecer, como la gallardia del Rey Cratilio, y mirandola con atencion, conoci, ser la hermosa Sulpicia, á quien la cortesia de mis compañeros pocos dias auian dado la libertad, que entonces gozaua. Acudio el Rey á ver los rendidos, y lleuandome el Capitan affido de la mano, le dixo: En este solo mancebo,

bo, ò valeroso Rey Cratilio, me parece, que te presento la mas rica presa, que en razon de persona humana, hasta agora humanos ojos han visto. Santos cielos, dixo a esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojandose del cauallo al suelo, ò yo no tengo vista en los ojos, ò es este mi libertador Perriandro, y el dezir esto, y añudarme el cuello con sus brazos, fue todo vno, cuyas estrañas, y amorosas muestras obligaron tambien a Cratilio, á que del cauallo se arrojasse, y con las mismas señales de alegria me recibiesse: entonces la desmayada esperança de algun buen suceso estaua lexos de los pechos de mis pescadores, pero cobrando aliento en las muestras alegres con que vieron recebirme, les hizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron á Dios del no esperado beneficio, que ya le contauan, no por beneficio, sino por singular, y conocida merced. Sulpicia dixo á Cratilio: Este mancebo es vn su-

jeto, donde tiene su asiento la suma cortesia, y su albergue la misma liberalidad, y aunque yo tengo hecha esta experiencia, quiero, que tu discrecion la acredite, sacando por su gallarda presencia (y en esto bien se vee, que hablaua como agradecida, y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo: este fue el que me dio libertad despues de la muerte de mi marido, este el que no despreciò mis tesoros, sino el que no los quiso, este fue, el que despues de recibidas mis dadiuas, me las voluio mejoradas, con el deseo de darmelas mayores, si pudiera: este fue en fin, el que acomodandose, ò por mejor dezir, haziendo acomodar a su gusto el de sus soldados, dan dome doze, que me acompañassen, me tiene aora en tu presencia: yo entonces á lo q̄ creo, rojo el rostro con las alabanças, ò ya aduladoras, ò demañadas q̄ de mi oía, no supe mas, q̄ hincarme de rodillas ante Cratilio, pidiéndole las manos q̄ no me las dio, para besarlas,

fino para lenantarme del suelo. En este entretanto los doze pescadores que auian venido en guarda de Sulpicia andauã entre la demas gente, buscando a sus compañeros, abraçandose vnos a otros, y llenos de contento, y regozijo se contauan sus buenas, y malas suertes, los del mar esagerauan su hyelo, y los de la tierra sus riquezas: a mi, dezia el vno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: a mi dezia otro, esta joya, que vale por dos de essas cadenas: á mi, replicaua este, me dio tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado a mi en este solo anillo de diamantes, que a todos vosotros juntos. A todas estas platicas puso silencio vn gran rumor, que se leuantò entre la gente, causado del que hazia vn poderosissimo cauallo barbaro, a quiẽ dos valientes lacayos trahian del freno, sin poderse aueriguar con el, era de color morzillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hazian hermoso, venia en pelo, porque no consentia enfi-

llarse del mismo Rey, pero nõ le guardaua este respeto despues de puesto encima, no siẽdo bastantes a detenerle mil montes de embaraços, que ante el se pusieran, de lo que el Rey estaua tan pesaroso, que diera vna ciudad, a quien sus malos finiestros le quitara. Todo esto me contò el Rey breue y sucintamente, y yo me resolui con mayor breuedad, a hazer, lo que agora os dire. Aqui llegaua Periandro con su platica, quando a vn lado de la peña, donde estauan recogidos los del nauio, oyò Arnaldo vn ruydo como de pasos de persona, que àzia ellos se encaminaua, leuantòse en pie, puso mano a su espada, y con esforçado denuedo estuuo esperando el suceso. Callò assi mismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con animo, especialmente Periandro atendian, lo que seria. Ya la escasa luz de la Luna, que cubierta de nubes no dexaua verse, vieron, que àzia ellos venian dos bultos, que no pudieran diferenciar, lo que

que eran, si vno de ellos con voz clara no dixera: No os alborote, señores, quien quiera que seays, nuestra improuisa llegada, pues solo venimos a seruiros: esta estancia que teneys desierta, y sola, la podeys mejorar, si quisieredes, en la nuestra, que en la cima desta montaña está puesta, luz, y lumbre hallareys en ella, y manjares, que si no delicados, y costosos, son por lo menos necesarios, y de gusto. Yo le respondi: Soys por ventura Renato, y Eusebia, los limpios, y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diciendo el bien, que en ellos se encierra? Si dixerades los desdichados, respondió el bulto, acertarades en ello, pero en fin nosotros somos los que dezis, y los que os ofrecimos con voluntad sincera el acogimiento, que puede daros nuestra estrechez. Arnaldo fue de parecer que se tomasse el consejo, que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaua, les obligaua a ello. Leuataronse todos, y siguiendo a Renato, y

á Eusebia, que les siruieron de guias, llegaron a la cumbre de vna montañuela, donde vieron dos Ermitas, mas comodas para passar la vida en su pobreza que para alegrar la vista con surrico adorno. Entraron dentro, y en la que parecia algo mayor, hallaron luzes, que de dos lamparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dentro estaua, que era vn altar con tres deuotas Imagenes: la vna del autor de la vida ya muerto, y crucificado: la otra de la Reyna de los cielos, y de la Señora de la alegría triste, y puesta en pie, del que tiene los pies sobre todo el mundo: y la otra del amado dicipulo, que vió mas, estando durmiendo, que vieron quantos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincaronse de rodillas, y hecha la deuota oracion con deuoto respeto, les lleuò Renato a vna estancia, que estaua junto á la Ermita, a quien se entraua por vna puerta, que junto al altar se hazia: finalmente, pues las mundancias no piden, ni sufren relaciones

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

largas, se dexaran de contar, las que alli passaron, ansi de la pobre cena, como del estrecho regalo, que solo se alargauz en la bondad de los Ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocava en los margenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, donde todavia resplâdecian las muestras, de auer sido rara en todo estremo; Auristela, Transila, y Constança se quedaron en aquella estancia, á quien siruieron de camas, secas espadañas, con otras yeruas, para dar gusto al olfato, que á otro sentido al guno. Los hombres se acomodaron en la Ermita en diferentes puestos tan frios como duros, y tan duros como frios, corrio el tiempo como suele, volo la noche, y amanecio el dia claro, y sereno, descubriose la mar tan cortés, y bien criada, q̄ parecia que el taua combidando, à que la gozassen, voluiendose a enuascar, y sin duda alguna se hiziera assi, si el piloto de la naue no subiera à dezir, que no se fiasen de las muestras del ti-

po, que puestas que prometian serenidad tranquila, los efectos auian de ser muy contrarios. Salio con su parecer, pues todos se atuuieron á el, que en el arte de la marineria mas sabe el mas simple marinero, que el mayor Letrado del mundo: dexaron sus heruosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y salieron a ver desde aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia bojar hasta doze millas, pero tan llena de arboles frutiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yeruas verdes, y tan olorosa por las flores que en vn yguar grado, y à vn mismo tiempo podia satisfazer á todos cinco sentidos. Pocas horas se auia entrado por el dia, quando los dos venerables Ermitaños llamaron á sus huespedes, y tendiendo dentro de la Ermita verdes y secas espadañas, formaron sobre el suelo vna agradable alfombra, quiza mas vistosa que las que suelen adornar los palacios de los Reyes. Luego tendie-

CAPITULO

DIEZY NVEVE.

Del segundo Libro: Cuenta Renato la ocasion que tuuo, para yrse à la isla de las Ermitas.

tendieron sobre ella diuersidad de frutas assi verdes como secas, y pan no tan reziente, que no semejasse vizcocho, coronando la mesa assi mismo de vasos de corcho con maestria labrados, de frios y liquidos cristales llenos: el adornò las frutas, las puras, y limpias aguas, que a pesar de la parda color de los corchos, mostrauan su claridad, y la necesidad juntamente obligò a todos, y aun les forço por mejor dezir, á que al rededor de la mesa se sentassen: hizieronlo assi, y despues de la tan breue como sabrosa comida, Arnaldo suplicò á Renato, que les contasse su historia, y la causa, que a la estrechez de tan pobre vida le auia conduxido, el qual como era Cauallero, a quien es mas anexa siempre la cortesía, sin que segunda vez se lo pidiesse, desta manera començò el cuento de su verdadera historia,

(:)(:)

(:)

QVando los trabajos passados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto, que se recibe encontrarlos, que fue el pesar que se recibio en sufrirlos, esto no podre dezir de los míos, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta, naci en Francia, engendronme padres nobles, ricos, y bié intencionados, crième en los exercicios de Cauallero, medi mis pensamientos con mi estado, però con todo esso me atreni a ponerlos en la señora Eusebia dama de la Reyna en Francia, à quien solo con los ojos la di á entender, q̄ la adoraua, y ella ò yadescuydada, o no aduertida, ni cõ sus ojos, ni cõ

Hist. de Persiles y Sigismunda.

su lengua me dio a entender, que me entendia, y aunque el disfauor, y los desdenes suelen matar al amor en sus principios, faltandole el arrimo de la esperança, con quien suele crecer, en mi fue al contrario, porque del silencio de Eusebia tomaua alas mi esperança, con que subir hasta el cielo de merecerla: pero la inuidia, ò la demasiada curiosidad de Libsomiros Cauallero assi mismo Frances, no menos rico que noble alcançò a saber mis pensamientos, y sin ponerlos en el punto que deuia, me tuuo mas inuidia que lastima, auiendo de ser al contrario, por que ay dos males en el amor, que llegan a todo estremo: el vno es, querer, y no ser querido: el otro, querer, y ser aborrecido, y a este mal no se ygua la el de la ausencia, ni el de los zelos. En resolucion sin auer yo ofendido a Libsomiros, vn dia se fue al Rey, y le dixo, como yo tenia trato illicito con Eusebia, en ofensa de la Magestad Real, y contra la ley, que deuia guardar como Ca-

uallero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria, que le mostrasse la pluma, ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, a quien vna, y mil vezes acusaua de impudica, y mal intencionada. Con esta informacion alborotado el Rey me mandò llamar, y me contò, lo que Libsomiros de mi le auia contado, disculpè mi inocencia, bolui por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio que pude, desmenti a mi enemigo, remitiòse la prouea a las armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su Reyno, por no yr contra la ley Catolica que los prohibe, dionosle vna de las ciudades libres de Alemania, llegòse el dia de la batalla, parecio en el puesto con las armas que se auian señalado, que erã espada y rodela sin otro artificio alguno, hizieron los padrinos, y los juezes las ceremonias, que en tales casos se acostumbra, partieron nos el sol, y dexaron nos. Entrè yo confiado y animoso, por saber in-

dubi-

dubitabilmente , que lleuaua la razon conmigo, y la verdad de mi parte: de mi contrario bien se yo, que entrò animoso y mas soberuio , y arrogante, que seguro de su conciencia: ò soberanos cielos! ò juyziòs de Dios inescrutables! yo hize lo que pude, yo puse mis esperanças en Dios, y en la limpieza de mis no executados deseos , sobre mi no tuuo poder el miedo, ni la debilidad de los braços , ni la puntualidad de los mouimientos , y con todo esso, y no saber dezir, el como me hallè tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazandome de presta, y inebitable muerte: aprieta, dixè yo entonces, o mas venturoso, que valiente vencedor mio, esta punta de espada, y sa came el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo, no esperes, a que me rinda, que no ha de confessar mi lengua la culpa, que no tengo: pecados si tengo yo, que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de leuantarme

testimonio a mi mismo: y assi mas quiero morir con honra, que viuir deshonorado. Sino te rindes, Renato, respondió mi contrario , esta punta llegara hasta el cerebro, y hará, que con tu sangre firmes, y confirmes mi verdad, y tu pecado: llegaron en esto los juezes , y tomaronme por muerto, y dieron a mi enemigo el lauro de la vitoria: sacaronle del campo en ombros de sus amigos, y a mi me dexaron solo, en poder del quebranto, y de la confusion, con mas tristeza que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaua , pues no fue bastáte a quitarme la vida, ya que no me la quitò la espada de mi enemigo: recogieronme mis criados , boluime a la patria, ni en el camino, ni en ella tenia atreuimiento para alçar los ojos al cielo, que me parecia, que sobre sus parpados cargaua el peso de la deshonra , y la pesadübre de la infamia de los amigos, que me hablauan, pensaua, que me ofendian: el claro cielo para mi estaua cubierto de obscuras tinieblas,

ni vn corrillo a caso se hazia en las calles de los vezinos del pueblo, de quien no pensasse, que sus platicas no naciessen de mi deshonra, finalmente, yo me hallè tan apretado de mis melancolias, pensamientos, y confusas imaginaciones, que por salir dellas, o a lo menos aliuirlas, o acabar con la vida de terminè salir de mi patria, y renunciando mi hacienda en otro hermano menor, que tengo, en vn nauio con algunos de mis criados quise desterrarme, y venir á estas Setentrionales partes, a buscar lugar, donde no me alcançasse la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultasse mi nombre, hallè esta isla a caso, contètome el sitio, y cõ el ayuda de mis criados leuantè esta ermita, y encerreme en ella, despediles, di les orden, q̃ cada vn año viniessen a verme, para q̃ enterrassen mis huesos; el amor q̃ me tenían, y las promesas q̃ les hize; y los dones, q̃ les di, les obligaron a cumplir mis ruegos, que no los quie-

ro llamar mandamientos: fueronse, y dexaronme entregado á mi soledad, donde hallè tan buena compañía en estos arboles, en estas yeruas, y plantas, en estas claras fuentes, en estos bulliciosos, y frescos arroyuelos, que de nuevo me tuue lastima à mi mismo, de no auer sido vencido muchos tiempos antes, pues con aquel trabajo hauiera venido antes al descanso de gozillos? O soledad alegre, compañía de los tristes? O silencio, voz agradable a los oydos, donde llegas, sin que la adulacion, ni la lisonja te acompañen? O que de cosas dixera señores en alabança de la santa soledad, y del sabroso silencio: pero estoruemelo el dezirõs primero, como dentro de vn año voluieron mis criados, y truxeron consigo à mi adorada Eusebia, que es esta señora ermitaña, que veys presente, a quiè mis criados dixeron en el termino, que yo quedaua, y ella agradecida a mis desseos, y condolidada de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme

compañera en la pena, y enuarcandose con ellos, dexò su patria, y padres, sus regalos, y sus riquezas, y lo mas que dexò, fue la honra, pues la dexò al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huyda confirmaua su yerro, y el mio, recibila como ella esperaua, que yo la recibiesse, y la soledad, y la hermosura, que auian de encender nuestros començados deffos, hizieron el efeto contrario, merced al cielo, y a la honestidad fuya, dimonos las manos de legitimos esposos, enterramos el fuego en la nieue, y en paz, y en amor, como dos estatuas mouibles, ha que viuimos en este lugar, casi diez años, en los quales no se ha passado ninguno, en que mis criados no bueluan a verme, proueyendome de algunas cosas, que en esta soledad es forçoso, que me falten: traen alguna vez consigo algun religioso, que nos confiesse: tenemos en la ermita suficientes ornamentos, para celebrar los diuinos Officios, dormimos

a parte, comemos juntos, hablamos del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios, esperamos la vida eterna. Con esto dio fin a su platica Renato, y con esto dio ocasion, a que todos los circunstantes se admirassen de su suceso, no porque les pareciesse nuevo, dar castigos el cielo contra la esperança de los pensamientos humanos, pues se sabe, que por vna de dos causas vienen, los que parecen males a las gentes, a los malos por castigo, y a los buenos por mejora, y en el numero de los buenos pusieron a Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas ni menos con Eusebia, que se mostrò prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. O vida solitaria, dixo a esta sazón Rutilio, que sepultado en silencio auia estado escuchando la historia de Renato. O vida solitaria, dixo, santa, libre, y segura, q̄ infunde el cielo en las regaladas imagines, quié te amara, quien

te abraçara, quien te escogiera, y quien finalmente te gozara, dizes bien, dixo Mauricio, amigo Rutilio: pero estas consideraciones han de caer sobre grandes sujetos: porque no nos ha de causar maravilla que vn rustico pastor se retire a la soledad del campo, ni nos ha de admirar, que vn pobre, que en la ciudad muere de hambre, se recoja a la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos ay de viuir, que los sustenta la ociosidad, y la pereza, y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas, manos. Si yo viera a vn Anibal Cartagines encerrado en vna hermita, como vi a vn Carlos V. encerrado en vn Monasterio, suspèdierame, y admirarame: pero, que se retire vn plebeyo, que se recoja vn pobre, ni me admira, ni me suspède fuera va deste cuento Renato, que le truxeron a estas soledades, no la pobreza, sino la fuerza, que nacio de su buen discurso, aqui tiene en la carestia abundancia, y en la

soledad compania, y el no tener mas que perder le haze viuir mas seguro, a lo que añadio Periandro: Si como tengo pocos, tuuiera muchos años, en trances, y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuuiera por suma felicidad, que la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre, pero no me dexan resolver mis desseos, ni mudar de vida la priessa, que me dà el cauallo de Cratilo, en quien quedè de mi historia: todos se alegraron oyendo esto, por ver, que queria Periandro boluer a su tantas vezes comenzado, y no acabado cuento, que fue assi.

CAPITULO

VEINTE:

Del segundo libro, quenta, lo que le sucedio con el cauallo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

LA grandeza, la ferocidad, y la hermosura del cauallo, que os he

descrito, tenían tan enamorado a Cratilo, y tan desseoso de verle manso, como a mi de mostrar que desseaua seruirle, pareciendome, que el cielo me presentaua ocasion, para hazerme agradable a los ojos de quien por señor tenia, y a poder acreditar con algo las alabanças, que la hermosa Sulpicia de mi al Rey auia dicho: y assi no tan maduro, como presuroso, fuy donde estaua el cauallo, y subí en el, sin poner el pie en el estriuo, pues no le tenia, y arremeti con el, sin que el freno fuesse parte para detenerle, y lleguè a la punta de vna peña, que sobre la mar pendia, y apretandole de nuevo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hize bolar por el ayre, y dar con entrambos en la profundidad del mar, y en la mitad del buelo, me acordè, que pues el mar estaua elado, me auia de hazer pedaços con el golpe, y tuue mi muerte, y la suya por cierta, pero no fue assi, porque el cielo, que para otras cosas, que el sabe, me deue de

tener guardado, hizo, que las piernas, y braços del poderoso cauallo resistiessen el golpe, sin recibir yo otro daño, que auerme sacudido de si el cauallo, y echado a rodar, resbalando, por gran espacio. Ninguno huuo en la ribera, que no pensasse, y creyesse, que yo quedaua muerto: pero quando me vieron leuantar en pie, aunque tuuieron el suceso a milagro, juzgaron a locura mi atreuimiento. Duro se le hizo a Mauricio el terrible salto del cauallo tan sin lission, que quisiera el, por lo menos, que se huuiera quebrado tres, o quatro piernas, porque no dexara Perianдро tan a la cortesia, de los que le escuchauan la creencia de tan dessaforado salto: pero el credito, que todos tenían de Perianдро, les hizo, no passar adelante con la duda del no creerle, que assi como es pena del mentiroso, que quando diga verdad no se le crea, assi es gloria del bien acreditado, el ser creydo, quando diga mentira, y como no pudieron estoruar los pensamientos de Mau-

ricio! á platica de Periandro, profugio la fuya, diziendo: Volui á la ribera con el cauallo, volui assi mismo á subir en el; y por los mismos pasos que primero, le incitè a saltar segunda vez, pero no fue possible, porque puesto en la punta de la leuantada peña, hizo tanta fuerça por no arrojarfe, que puso las ancas en el suelo, y rompio las riendas, quedandose clauado en la tierra: cubriose luego de vn sudor de pies a cabeça, tan lleno de miedo, que le voluio de leon en cordero, y de animal indomable, en generoso cauallo: de manera, que los muchachos se atreuieron a manosearle, y los Cauallerizos del Rey, enjaezandole, subieron en el, y le corrieron con seguridad, y el mostrò su ligereza, y su bondad, hasta entonces jamas vista, de lo que el Rey quedò contentissimo, y Sulpicia alegre, por ver, que mis obras auian respòdido a sus palabras. Tres meses estuuò en su rigor el yello, y estos se tardaron en acabar vn nauio, que el Rey tenia

començado, para correr en conuenible tiempo aquellos mares, limpiandolos de cofarrios, enriqueziendose con sus robos. En este entretanto le hize algunos seruicios en la caça, donde me mostre sagaz, y experimentado, y gran sufridor de trabajos: porque en ningun exercicio corresponde assi al de la guerra, como el de la caça, a quien es anexo el cansancio, la sed, y la hambre, y aun a vezes la muerte: la liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostrò conmigo, y con los mios estremada, y la cortesia de Cratilio le corrio parejas, los doze pescadores, que truxo consigo Sulpicia, estauan ya ricos, y los que conmigo se perdieron estauan ganados, acabose el nauio, mandò el Rey adereçarle, y pertrecharle de todas las cosas necessarias largamente, y luego, me hizo Capitan del a toda mi voluntad, sin obligarme a que hiziesse cosa, mas de aquella que fuesse de mi gusto, y despues de auerle bessado las manos por tan gran beneficio,

ficio, le dixe, que me diese licencia de yr a buscar a mi hermana Auristela, de quien tenia noticia, que estaua en poder del Rey de Dinamarca, Cratilo me la dio para todo aquello que quisiere hazer, diziendome, que a mas le tenia obligado mi buen termino, hablando como Rey, a quien es anexo tanto el hazer mercedes como la afabilidad: y si se puede dezir la buena criança, esta tuuo Sulpicia en todo extremo, acompañandola con la liberalidad, con la qual ricos, y contentos, yo, y los míos nos enuarcamos. La primer derrota q̄ tomamos fue a Dinamarca, donde creí hallar a mi hermana, y lo que hallè fueron nuevas, de que de la ribera del mar, a ella, y a otras donzellas las auian robado cosarios: renouaronse mis trabajos, y comenzaron de nuevo mis lastimas, a quien acompañaron las de Carino, y Solercio, los quales creyeron, que en la desgracia de mi hermana, y en su prision se deuia de comprehender la de sus esposas. Sospecharon

bien, dixo a esta sazón Arnaldo, y prosiguiendo Periandro dixo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas, o las mas islas destes contornos, preguntando siempre por nuevas de mi hermana, pareciendome a mi, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estar encubierta, por ser escuro el lugar donde estuuiere, y que la suma discrecion suya auia de ser el hilo, que la sacase de qualquier laberinto: prendimos cosarios, soltamos prisioneros, restituymos haciendas a sus dueños, alçamonos con las mal ganadas de otros, con esto, colmando nuestro nauio de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los míos volver a sus redes, y a sus casas, y á los braços de sus hijos, imaginando Carino, y Solercio, ser possible hallar a sus esposas en su tierra, ya q̄ en las agenas no las hallauan. Antes desto llegamos á aquella isla, q̄ a lo q̄ creo, se llama Scintia donde supimos las fiestas de Policarpo, y a todos nos vino

volúntad de hallarnos en ellas: no pudo llegar nuestra naue, por ser el viento contrario: y assi en trage de marineros bogadores, nos entramos en aq̃l barco luengo, como ya queda dicho, alli ganè los premios, alli fuy coronado por vencedor de todas las contiendas, y de alli tomò ocasion Sinforosa de dessear saber, quien yo era, como se vio por las diligècias, que para ello hizo. Buelto al nauio, y resueltos los mios de dexarme, los roguè, que me dexassen el barco, como en premio de los trabajos, que con ellos auia passado, dexaronme le, y aun me dexaran el nauio, si yo le quisiera, diziendome, que si me dexauan solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi desseo, y tan impossible de alcançarle, como lo auia mostrado la experiencia, en las diligencias que auiamos hecho, para conseguirle; en resolucion, con seys pescadores, que quisieron seguirme, llevados del premio, que les di, y del que les ofreci, abraçando a mis amigos, me

enbarquè, y puse la proa en la isla Barbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre, y la falsa profecia, que los tenia engañados, la qual no os refiero, porque se, que la sabeys: di al tranes en aquella isla, fuy preso, y llevado donde estauã los viuos enterrados, sacaronme otro dia para ser sacrificado, sucedio la tormenta del mar, desbarataronse los leños que seruian de barcas, sali al mar ancho en vn pedaço de ellas, con cadenas, que me rodeauan el cuello, y esposas, que me atauan las manos, cahi en las misericordiosas del Principe Arnaldo, que está presente, por cuya orden entre en la isla, para ser espia, que inuestigasse, si estaua en ella mi hermana, no sabiendo, que yo fuesse hermano de Auristela, la qual otro dia vino en trage de varon a ser sacrificada, conocila, dolíome su dolor, preuine su muerte, con dezir, que era hembra, como ya lo auia dicho Cloelia su ama, que la acompañaua, y el modo como alli los dos vinieron, ella lo di-

rá, quando quisiere, lo que en la isla nos sucedio, y a lo sabeys y con esto, y con lo que a mi hermana le queda por dezir, quedareys satisfechos de casi todo aquello, que acertare á pedir os el desseo en la certeza de nuestros sucessos.

CAPITULO

VEINTEIVNO:

Del segundo Libro.

NO se, si tenga por cierto, de manera q̄ osse afirmar, q̄ Mauricio, y algunos de los mas oyétes se holgaron, de que Perian dro pusiessse fin en su platica, porque las mas vezes las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pensamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle, con començar por entonces la historia de sus acótecimientos, que puesto, que auian sido pocos, desde que fue robada de poder de Arnaldo, hasta que Periandro la ha-

llò en la isla Barbara, no quiso añadirlos, hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera, tuuiera lugar para hazerlo, porque se lo estoruara vna naue, que vieron venir por alta mar, encaminada a la isla con todas las velas tendidas, de modo, que en breue rato llegò a vna de las calas de la isla, y luego fue de Renato conocida, el qual dixo: Esta es señores la naue donde mis criados, y mis amigos suelen visitarme algunas vezes, ya en esto echa la çaloma, y arrojado el esquite al agua, se llenò de gente, que salio a la ribera, donde ya estauã para recibirle Renato, y todos los que con el estauan: hasta veynte serian los desembarcados, entre los quales salio vno de gentil presencia, que mostrò ser señor de todos los demas; el qual apenas vio a Renato, quando con los braços abiertos se vino a el, diziendole: Abraçame, hermano, en albricias, de que te traygo las mejores nueuas, que pudieras dessear; abraçòle Renato, porque conocio ser su hermano

Sinibaldo, a quien dixo: Ningunas nuevas me pueden ser mas agradables, o hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el si nuestro estado en que me veo, ninguna alegria seria bien que me alegrasse, el verte passa a delante y tiene excepcion en la comun regla de mi desgracia. Sinibaldo le voluio luego á abraçar a Eusebia, y le dixo: Dadme tambien vos los brazos, señora, que tambien me deueys las albricias de las nuevas que traygo, las cuales no serà bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena; sabed señores, que vuestro enemigo es muerto de vna enfermedad, que auiedo estado seys dias antes que muriesse sin habla, se la dio el cielo seys horas antes que despudiesse el alma, en el qual espacio, cõ muestras de vn grande arrepentimiento confessò la culpa en que auia caydo, de aueros acusado falsamente, confessò su envidia declarò su malicia: y finalmente hizo todas las demonstraciones vastantes a ma

nifestar su pecado, puso en los secretos juyzios de Dios el auer salido vencedora su maldad contra la bondad vuestra, y no solo se contentò con decirlo, sino que quiso, que quedasse por instrumento publico esta verdad: la qual sabida por el Rey, tambien por publico instrumento os voluio vuestra honra, y os declarò, a ti, o hermano, por vencedor, y à Eusebia por honesta, y limpia, y ordenò, que fuesseis buscados, y que hallados os lleuassen a su presencia, para recompensaros con su magnanimidad, y grandeza, las estrecheças en que os deueys de auer visto. Si estas son nuevas dignas de que os den gusto, á vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entonces Arnaldo, que no ay acrecentamiento de vida, que las auentaje, ni possession de no esperadas riquezas, que las lleguen, porque la honra perdida, y vuelta a cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra, que se le iguale: gozaysle luengos años, señor Re

nato, y gozele en vuestra compañía la fin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto, y exéplo de bondad, y agradecimiento. Este mismo para bien, aunque con palabras diferentes les dieron todos, y luego passaron a preguntarle por nuevas de lo que en Europa passaua, y en otras partes de la tierra, de quien ellos por andar en el mar tenían poca noticia. Sinibaldo respondió, que de lo que mas se trataba era de la calamidad en que estaua puesto por el Rey de los Danaos Leopoldo el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados, que á Leopoldo fauorecian: contò assi mismo, como se murmuraua, que por la ausencia de Arnaldo, Principe heredero de Dinamarca, estaua su padre tan apique de perderse, del qual Principe dezian, que qual mariposa se yua tras la luz de vnos bellos ojos de vna su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia quien fuesen sus padres: contò con

esto guerras del de Transilvania, mouimientos del Turco, enemigo comundel genero humano dio nuevas de la gloriosa muerte de Carlos V. Rey de España, y Emperador Romano, terror de los enemigos de la Yglesia, y assombro de los sequazes de Mahoma: dixo assi mismo otras cosas mas menudas, que vnas alegraron, y otras suspendieron, y las vnas y las otras dieron gusto a todos, sino fue al pensatiuo Arnaldo, que desde el punto, que oyò la opresion de su padre, puso los ojos en el suelo, y la mano en la mexilla, y al cabo de vn buen espacio, que assi estuuò, quitò los ojos de la tierra, y poniendo los en el cielo, exclamando en voz alta, dixo: O amor, o honra, o compassion paterna, y como me apretays el alma, perdona-me amor, que no porque me aparto te dexo, esperame, o honra, que no porque tenga amor, dexarè de seguirte: consuelate, o pàdre, que ya vueluo, esperadme vassallos, que el amor nunca hizo ninguno

ninguno cobarde, ni lo he de ser yo, en defenderos, pues soy el mejor, y el mas bien enamorado del mundo, para la fin par Auristela quiero yr a ganar lo que es mio, y para poder merecer, por ser Rey, lo que no merezco por ser amante, que el amante pobre, si la ventura a manos llenas no le fauorece, casi no es possible, que llegue a felice fin su desseo Rey la quiero pretender, Rey la he de ser uir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparè mas a mi suerte, que a su conocimiento. Todos los circunstancias quedaron suspensos, oyèdo las razones de Arnaldo: pero el que mas lo quedò de todos fue Sinibaldo, a quien Mauricio auia dicho, como aquel era el Principe de Dinamarca, y aquella mostrandole a Auristela, la prisionera, que dezian, que le trahia rendido, puso algo mas, de proposito, los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgò a discrecion, la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Au-

ristela, como otras vezes se ha dicho, era tal, que cautiuaua los coraçones de quantos la mirauan, y hallauan en ella disculpa todos los errores, que por ella se hizieran. Es pues el caso, que aquel mismo dia se concertò, que Renato, y Eusebia se boluieffen a Francia, llevando en su nauio a Arnaldo, para dexalle en su Reyno; el qual quiso llevar consigo a Mauricio, y a Transila su hija, y a Ladislao su yerno, y que en el nauio de la huyda, profugiendo su viage, fuesen a España Perianandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla, y la hermosa Constança. Rutilio viendo este repartimiento, estuuò esperando, a que parte le echarian, pero antes, que la declarassen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicò, le hiziesse heredero de sus alajas, y le dexasse en aquella isla, si quiera, para que no faltasse en ella, quien encendiesse el farol que guiasse a los perdidos nauigantes, porque el queria acabar bien la vida, hasta entonces mala, reforçaron todos su

Christiana peticion, y el buen Renato, que era tan Christiano, como liberal, le concedio todo quanto pedia, diziendole, que quisiera, que fueran de importancia las cosas, que le dexaua, puesto que eran todas las necessarias, para cultiuar la tierra, y passar la vida humana, a lo que añadio Arnaldo, que el le prometia, si se viesse pacifico en su Reyno, de embiarle cada vn año vn baxel, que le socorriessse: a todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abraçaron, y los mas dellos lloraron de ver la santa resolucion del nuevo hermitaño, que aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto, ver enmendar la agena vida, sino es, que llega a tanto la proterbidad nuestra, que querriamos ser el abismo, que a otros abismo llamase: dos dias tardaron en disponerse, y acomodarse, para seguir cada vno su viage, y al punto de la partida, huuo cortesses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro, y Aristela, y aunque entre ellos

se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas, y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro, llorò Transila, no tuuo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuieron los de Ladislao, gimio Ricla, enterneciose Constança, y su padre, y su hermano tambien se mostraron tiernos, andaua Rutilio de vnos en otros, ya yestido con los habitos de hermitaño de Renato, despidiendose destos, y de aquellos, mezclando solloços, y lagrimas todo a vn tiempo, finalmente, combidandoles el fofsegado tiempo, y vn viento que podia seruir a diferentes viages, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las hermitas. Y aqui dio fin a este segundo libro el autor desta peregrina historia.



LIBRO

TERCERO

DE LOS TRABAJOS DE PERSILES, Y

Sigismunda.

HISTORIA SETENTRIONAL.

(CAPITULO PRIMERO.)

Del Libro Tercero.

COMO estan nuestras
almas siempre en cō-
tinuo mouimiento, y
no pueden parar ni sossegar,
sino en su centro que es Dios,
para quien fueron criadas, no
es marauilla, que nuestros pen-
samientos se muden, que este
se tome, aquel se dexè, vno se
profiga, y otro se oluide, y el
que mas cerca anduuiere de su
sosiego, esse serà el mejor, quã-
do no se mezcle con error de

entendimiento. Esto se ha di-
cho en disculpa de la ligereza,
que mostrò Arnaldo, en dexar
en vn punto el desseo, que tãto
tiẽpo auia mostrado de seruir
a Auristela: pero no se puede
dezir, que le dexò, sino que le
entretuuò, entanto, que el de la
honra, que sobrepuja al de to-
das las acciones humanas, se a-
poderò de su alma, el qual des-
seo se le declarò Arnaldo à Pe-
riandro vna noche antes de la

partida, hablandole aparte en la isla de las ermitas, alli le suplicò, que quié pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica, q̄ mirasse por su hermana Auristela, y q̄ la guardasse para Reyna de Dinamarca, y que aunque la ventura no se le mostrasse á el buena, en cobrar su Reyno, y en tan justa demanda perdiessse la vida, se estimasse Auristela por viuda de vn Principe, y como tal supiessse escoger esposo, puesto, que ya el sabia, y muchas vezes lo auia dicho, q̄ por sí sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor Reyno del mundo, no que del de Dinamarca: Perianandro le respondió, que le agradecia su buen desseo, y que el tendria cuydado de mirar por ella, como por cosa, que tanto le tocava, y que tambien le venia. Ninguna destas razones dixó Perianandro á Auristela, porque las alabanças, que se dan a la persona amada, ha las de dezir el amante, como proprias, y no como que se dicen de persona agena. Noha de enamorar

el amante con las gracias de otro, cuyas han de ser las que mostrare á su dama; sino canta bien, no le trayga quien la cante, sino es demasiado gentil hombre, no se acompañe con Ganymedes: y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuuiere no las enmiende có agenas sobras. Estos consejos no se dá a Perianandro, que de los bienes de la naturaleza, se lleuaua la gala, y en los de la fortuna, era inferior a pocos. En esto yuan las naues con vn mismo viéto por diferentes caminos, que este es vno de los que parecen misterios en el arte de la nauegacion, yuan rōpiendo, como digo, no claros, cristales, sino azules, mostrauase el mar colchado, porque el viento tratandole con respeto, no se atreuia á tocarle a mas de la superficie y la naue, suauemente le besaua los labios, y se dexaua resbalar por el con tanta ligereza, q̄ apenas parecia q̄ le tocava: desta suerte, y con la misma tranquilidad, nauegaró diez y siete dias, sin ser necessario subir, ni baxar, ni llegar a templar las

velas , cuya felicidad en los que nauegan, fino tuuiesse por descuentos el temor de borrascas venideras , no auia gusto con que igualalle. Al cabo destes, o pocos mas dias, al amanecer de vno, dixo vn grumete, que desde la gabia mayor, yua descubriendo la tierra: Albricias, señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tierra , aunque mejor diria, cielo, cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa , cuyas nuevas sacaron de los ojos de todos tiernas, y alegres lagrimas , especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constança : porq̄ les parecio, que ya auian llegado a la tierra de Promissõ, que tanto desseauan ; echõle los braços Antonio al cuello , diciendole: Agora sabras, Barbara mia , del modo que has de seruir a Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho; agora verás los ricos templos, en que es adorado ; verás juntamente las Catolicas ceremonias con que se sirue; y no-

taras , como la caridad Christiana està en su punto: aqui en esta ciudad veras , como son verdugos de la enfermedad muchos hospitales, que la destruyen , y el que en ellos pierde la vida , enbuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo : aqui el amor , y la honestidad se dan las manos, y se passean juntos: la cortesia no dexa , que se le llegue la arrogancia, y la braueça , no consiente , que se le acerque la couardia, todos sus moradores son agradables, son cortesses , son liberales , y son enamorados, porque son discretos , la ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tra- tos, en ella se descargan las riquezas del Oriente , y desde ella se reparten por el vniuerso: su puerto es capaz, no solo de naues, que se puedan reducir a numero , sino de seluas mouibles de arboles , que las naues forman , la hermosura de las mugeres admira, y enamora , la vizarria de los hombres pasma, como ellos dicen: finalmente, esta es la tierra,

que dá al cielo santo, y copiosissimo tributo. No digas mas, dixo a esta sazón Perianandro, dexa Antonio algo para nuestros ojos, que las alabanzas no lo han de dezir todo, algo ha de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nuevo, y assi, creciendo el gusto por puntos, vendra a ser mayor en sus extremos. Contentissima estaua Auristela de ver, que se le acercaua la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto, y de isla en isla, sujeta a la inconstancia del mar, y a la mouible voluntad de los vientos, y mas quando supo, que desde alli a Roma podia yr a pie enjuto, sin embarcarse otra vez, sino quisiessse. Medio dia seria, quando llegaron a Sangian, donde se registrò el nauio, y donde el Castellano del castillo, y los que con el entraron en la naue, se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardia de Perianandro, del trage Barbaro de los dos Antonios,

del buen aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constança; supieron ser extranjeros, y que yuan peregrinando a Roma, satisfizo Perianandro a los marineros, que los auian traydo magnificamente, con el oro, que sacò Ricla de la isla Barbara, ya buuelto en moneda corriente en la isla de Policarpo, los marineros quisieron llegar a Lisboa a grangearlo con alguna mercancia, el Castellano de Sangian embiò al Governador de Lisboa, que entonces era el Arçobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaua en la ciudad, de la nueva venida de los extranjeros, y de la fin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constança, que con el trage de Barbara, no solamente no la encubria, pero la realçaua, exageròle assi mismo la gallarda disposicion de Perianandro, y juntamente la discrecion de todos, que no Barbaros, sino Cortesanos parecian; llegò el nauio a la ribera de la ciudad, y en la de Belen se de-

se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada, y deuota de la fama de aquel santo Monasterio, visitarle primero, y adorar en el al verdadero Dios, libre, y desembaraçadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Auia salido a la marina infinita gente a ver los estrangeros desembarcados en Belen, corrieron allá todos por ver la nouedad, que siempre se lleua tras si los desseos: y los ojos. Ya salia de Belen el nueuo esquadron de la nueua hermosura, Rica medianamente hermosa, pero estremadamente a lo Barbaro vestida, Constança hermosissima, y rodeada de pieles, Antonio el padre, braços, y piernas desnudas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo, Antonio el hijo yua del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaua de las saetas a las espaldas, Periandro con casaca de terciopelo verde, y calçones de lo mismo a lo marinero, vn bonete estrecho, y puntiagudo en la cabeça, que no

le podia cubrir las sortijas de oro, que sus cabellos formauan, Auristela traía toda la gala del Setentrion en el vestido, la mas vizarra gallardia en el cuerpo, y la mayor hermosura del mundo en el rostro, en efeto todos juntos, y cada vno de por si causauan espanto, y marauilla a quien los miraua: pero sobre todos campeaua la simpár Auristela, y el gallardo Periandro, llegaron por tierra a Lisboa, rodeados de plebeya, y de Cortesana gente, llevaronlos al Governador, que despues de admirado de verlos, no se cansaua de preguntarles, quienes eran, de donde venian, y a donde yuan: a lo que respondió Periandro, que ya traía estudiada la respuesta, que auia de dar a semejantes preguntas, viendo, que se la auian de hazer muchas vezes, quando queria, o le parecia, que conuenia, relataua su historia à lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo, que satisfaziendo à los que le preguntauan, en breues razones

cifraua , fino toda a lo menos gran parte de su historia. Mandolos el Visorrey aloxar en vno de los mejores aloxamientos de la ciudad , que acertò a ser la casa de vn magnifico Cauallero Portugues , donde era tanta la gente que concurría , para ver a Auristela , de quien auia salido la fama , de lo que auia que ver en todos , que fue parecer de Periandro , mudassen los trages de Barbaros en los de peregrinos , porque la nouedad de los que traían , era la causa principal de ser tan seguidos , que ya parecían perseguidos del vulgo , ademas , que para el viage , que ellos lleuauan de Roma , ninguno le venia mas a cuento : hizose assi , y de alli a dos dias , se vieron peregrinamente peregrinos. Acaecio pues , que al salir vn dia de casa , vn hombre Portugues se arrojò a los pies de Periandro , llamandole por su nombre , y abraçandole por las piernas , le dixo : Que ventura es esta , señor Periandro , que la des a esta tierra con tu presencia ? no te

admires en ver que te nombro por tu nombre , que vno foy de aquellos veynte , que cobraron libertad en la abrasada isla Barbara , donde tu la tenias perdida , halleme a la muerte de Manuel de Sosa Cuytiño , el Cauallero Portugues , aparteme de ti , y de los tuyos en el hospedaje , donde llegò Mauricio , y Ladislao en busca de Tranfila , esposa del vno , y hija del otro , truxome la buena suerte a mi patria , contè aqui a sus parientes la enamorada muerte , creyeronla , y aunque yo le afirmara de vista , la creyeran , por tener casi en costumbre el morir de amores los Portugueses , vn hermano suyo , que heredò su hazienda , ha hecho sus obsequias , y en vna capilla de su linage , le puso en vna piedra de marmol blanco , como si debaxo della estuuiera enterrado , vn epitafio , que quiero , que vengays a ver todos , assi como estays , porque creo , que os ha de agradar por discreto , y por gracioso. Por las palabras bien conocio Periandro ,

que aquel hombre dezia verdad, pero por el rostro no se acordaua auerle visto en su vida, con todo esso se fueron al templo, que dezia, y vieron la Capilla, y la losa, sobre la qual estaua escrito en lengua Portuguesça este epitafio, que leyò casi en Castellano Antonio el padre, que dezia assi:

Aqui yaze viua la memoria del ya muerto Manuel de Sousa Coytiño, Cauallero Portugues, que a no ser Portugues aun fuera viuo, no murio a las manos de ningun Castellano, sino a las de amor, que todo lo puede, procura saber su vida, y embidiaras su muerte, passajero.

Vio Periandro, que auia tenido razon el Portugues de alabarle el epitafio, en el escribir de los quales tiene grã primor la nacion Portuguesça. Preguntò Auristela al Portugues, que sentimiento auia hecho la monja dama del muerto, de la muerte de su amante: el qual la respondió, que den-

tro de pocos dias, que la supò, passò desta a mejor vida, o ya por la estrechez de la que hazia siempre, o ya por el sentimiento del no pensado suceso, desde alli se fueron en casa de vn famoso pintor, donde ordenò Periandro, que en vn lienço grande, le pintasse todos los mas principales casos de su historia; a vn lado pintò la isla Barbara ardiendo en llamas, y alli juntò la isla de la prision, y vn poco mas desuiado la balsa, o enmaderamiento donde le hallò Arnaldo, quando le lleuò a su nauio; en otra parte estaua la isla neuada, dõ de el enamorado Portugues perdio la vida: luego la naue, que los soldados de Arnaldo taladraron; alli junto pintò la diuision del esquife, y de la barca; alli se mostraua el desfasio de los amantes de Taurisa, y su muerte; a cà estauan ferrando por la quilla la naue, que auia seruido de sepultura a Auristela, y a los que con ella venian; acullà estaua la agradable isla, donde vio en sueños Periandro los

dos esquadrones de virtudes, y vicios; y alli junto la naue, dõde los pezes Naufragos pescaron a los dos marineros, y les dieron en su vientre sepultura: no se oluidò, de que pintasse, verse empedrados en el mar elado, el assalto, y combate del nauio, ni el entregarse a Cratilo: pintò assi mismo la temeraria carrera del poderoso cauallo, cuyo espanto, de leon le hizo cordero, que los tales con vn assombro se amañan: pintò como en resguño, y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronandose a si mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedò pafõ principal, en que no hiziesse labor en su historia, que alli no pintasse, hasta poner la ciudad de Lisboa, y su desembarcaciõ en el mismo trage en que auia venido: tambien se vio en el mismo lienço arder la isla de Policarpo, a Clodio traspassado con la saeta de Antonio, y a Zenotia colgada de vna entena: pintò se tambien la isla de las hermitas, y a Rutilio con apariencias de santo: este lien-

ço se hazia de vna recopilaciõ que les escusaua de contar su historia por menudo: porque Antonio el moço declaraua las pinturas, y los sucessos, quãdo le apretauan, a que los dixesse: pero en lo que mas se auentajò el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien dezian, se auia mostrado a saber pintar vna hermosa figura, puesto q̃ la dexaua agrauada, pues a la belleza de Auristela, fino era lleuado de penafamiẽto angelico, no auia pinzel humano, que alcançasse. Diez dias estuuieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los templos, y en encaminar sus almas por la derecha senda de su saluacion, al cabo de los quales, con licencia del Visorrey, y con patentes verdaderas, y firmes de quienes eran, y adonde yuan; se despidieron del Cauallero Portugues su huesped, y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grãdes caricias, y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla, y esta partida fue menester

hazerla

hazerla de noche, temerosos, quasi de dia la hizieran, la gente, que les seguiria, la estoruará, puesto, que la mudança del trage auia hecho ya, que amaynase la admiracion.

CAPITULO

SEGUNDO.

Del tercer libro: peregrinos su viage por España, sucedenles nuevos, y estranos casos.

PEdian los tiernos años de Auristela, y los mas tiernos de Constança, con los entreuerrados de Ricla, coches, estruendo, y aparato, para el largo viage en que se ponian: pero la deuocion de Auristela, que auia prometido de yr a pie hasta Roma, desde la parte do llegasse en tierra, firme, lleuò tras sí las demas deuociones, y todos de vn parecer, assi varones, como hembras votaron el viage á pie, añadiendo si fuese necesario, mēdigar de puer-

ta en puerta, con esto cerro la del dar Ricla, y Periandro se escusò de no disponer de la cruz de diamantes, que Auristela traía, guardandola con las inestimables perlas, para mejor ocasion, solamente compraron vn vagaje, que sobrelleuasse las cargas, que no pudieran sufrir las espaldas, acomodaronse de bordones, que seruian de arrimo, y defensa, y de vaynas de vnos agudos estoques: con este Christiano, y humilde aparato salieron de Lisboa, dexandola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gente, que en ella se hizieron, donde de la fama no trataua de otra cosa, sino del extremo de discrecion, y belleza de los peregrinos estrangeros. Desta manera, acomodandose à sufrir el trabajo de hasta dos, o tres leguas de camino cada dia, llegaron a Badajoz, donde ya tenia el Corregidor Castellano nuevas de Lisboa, como por allí auian de passar los nuevos peregrinos, los quales entraron

do en la ciudad, acertaron à alojarse en vn meson, do se alojaua vna compañia de famosos recitantes, los quales a quella misma noche auian de dar la muestra para alcançar la licencia de representar en publico, en casa del Corregidor: pero apenas vieron el rostro de Auristela, y el de Constança, quando les sobresaltò, lo que solia sobresaltar à todos aquellos que primeraméte las veían, que era admiracion, y espanto pero ninguno puso tan en pũto el marauillarse, como fue el ingenio de vn poeta, q̄ de proposito con los recitantes venia, assi para enmendar, y remendar comedias viejas, como para hazerlas de nueuo, exercicio mas ingenioso, que honrado, y mas de trabajo, que de prouecho: pero la excelencia de la poesia es tan limpia como el agua clara, que a todo lo no limpio aprouecha, es como el Sol, que passa por todas las cosas inmũdas, sin que se le pegue nada: es auilidad, que tanto vale, quanto se estima, es vn rayo, que suele salir de donde

está encerrado, no abrasando, sino alumbrando: es instrumẽto acordado, que dulcemente alegra los fétidos, y al paso del deleyte lleua consigo la honestidad, y el prouecho: digo en fin, que este poeta, á quien la necesidad auia hecho trocar los Parnasos con los mesones, y las Castalias, y las Aganipes con los charchos, y arroyos de los caminos, y ventas, fue el q̄ mas se admirò de la belleza de Auristela, y al momẽto la marcò en su imaginacion, y la tuuo por mas que buena, para ser comedianta, sin reparar, si sabia, o no la lengua Castellana, contentole el talle, diole gusto el brio, y en vn instante la vistio en su imaginacion en habito corto de varon, desnudola luego, y vistiola de ninfa, y casi al mismo punto la enuistio de la magestad de Reyna, sin dexar trage de rifa, o de grauedad, de que no la vistiesse, y en todas se le representò graue, alegre, discreta, aguda, y sobre manera honesta, estremos, que se acomodan mal en vna farsanta hermosa.

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

Valame Dios, y con quanta facilidad discurre el ingenio de vn poeta, y se arroja a romper por mil impossibles, sobre quã flacos cimientos levanta grandes quimeras, todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera, que las esperanças le sobran, quando la vé tura le falta, como lo mostrò este nuestro moderno poeta, quando vio, descoger acafo el lienço donde venian pintados los trabajos de Periandro, alli se vio el en el mayor, que en su vida se auia visto, por venirle a la imaginacion vn grandissimo desseo, de componer de todos ellos vna comedia: pero no acertaua, en que nombre le pondria, si le llamaria comedia, o tragedia, o tragicomedia, porque si sabia el principio, ignoraua el medio, y el fin, pues aun toda via yuã corriendo las vidas de Periandro, y de Auristela, cuyos fines auian de poner nombre a lo q̄ dellos se representasse: pero lo que mas le fatigaua, era pensar como podria encajar vn lacayo consejero, y gracioso

en el mar, y entre tantas islas, fuego, y nieues, y con todo esto no se desesperò de hazer la comedia, y de encajar el tal lacayo, a pesar de todas las reglas de la poesia, y a despecho del arte comico, y en tanto, que en esto yua, y venia, tuuo lugar de hablar a Auristela, y de proponerle su desseo, y de aconsejarla quan bien la estaria, si se hiziesse recitanta: dixole, que a dos salidas al teatro le llouerian minas de oro acuestas, porque los Principes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre, pero que por la mayor parte rendian su voluntad a las ninfas de los teatros, a las diosas enteras, y a las semideas, a las Reynas de estudio, y a las fregonas de apariencia: dixole, que si alguna fiesta Real acertasse a hazerse en su tiempo, que se dieffe por cubierta de faldellines de oro, porque todas, o las mas libreas de los Caualleros auian de venir a su casa rendidas a berrarle los pies, representole el gusto de

to de los viages, y el llevarle tras si, dos, o tres disfraçados Caualleros, que la seruirian tan de criados, como de amantes, y sobre todo encarecia: y puso sobre las nubes la excelencia, y la honra, que le daría en encargarle las primeras figuras: en fin le dixo, que si en alguna cosa se verificaua la verdad de vn antiguo refran Castellano, era en las hermosas farfantas, donde la honra, y prouecho cabian en vn saco. Auristela le respondió, que no auia entendido palabra de cuántas le auia dicho, porque bien se vehia, que ignoraua la lengua Castellana, y que puesto que la supiera, sus pensamientos eran otros, que tenian puesta la mira en otros exercicios, si no tan agradables, alomenos mas conuenientes. Desesperòse el poeta con la resoluta respuesta de Auristela; miròse a los pies de su ignorancia, y deshizo la rueda de su vanidad, y locura. Aquella noche fueron a dar la muestra en casa del Corregidor, el qual como huuiesse sabido, que la her-

mosa junta peregrina estaua en la ciudad, los embio a buscar, y a combidar, viniessen a su casa a ver la comedia, y a recibir en ella muestras del desseo, que tenia de seruirles, por las que de su valor le auia escrito de Lisboa; acetòlo Periandro con parecer de Auristela, y de Antonio el padre, a quien obedecian como a su mayor. Iuntas estauan muchas damas de la ciudad con la Corregidora, quando entraron Auristela, Ricla, y Constança, con Periandro, y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que a sentir tales efetos, les forçaua la simpar vizarría de los nueuos peregrinos, los quales acrecentando con su humildad, y bué parecer la beneuolencia de los que los recibieron, dieron lugar, a que les diessen casi el mas honrado en la fiesta, que fue la representacion de la fábula de Cefalo, y de Pocris, quando ella zelosa, mas de lo que deuia, y el con menos discurso, que fuera necessario, dis-

parò el dardo, que a ella le qui-
to la vida, y a el el gusto para
siempre, el verso tocò los estre-
mos de bondad posibles, como
compuesto, segun se dixo, por
Iuan de Herrera de Gamboa,
à quien por mal nombre llama-
ron el Maganto, cuyo ingenio
tocò assi mismo las mas altas
rayas de la Poetica esfera:
acabada la comedia, desmenu-
çaron las damas la hermosura
de Auristela, parte por parte,
y hallaron todas vn todo, a
quien dieron por nombre Perfeccion
sin tacha, y los varones dixeron
lo mismo de la gallardia de Periandro,
y de recudida se alabò tambien
la belleza de Constança, y la vi-
zarria de su hermano Antonio.
Tres dias estuieron en la ciudad,
donde en ellos mostrò el Corri-
gidor ser Cauallero liberal, y tener
la Corrigidora condicion de Reyna,
segun fueron las dadiuas, y pre-
sentes que hizo à Auristela, y à
los demas peregrinos, los quales
mostrandose agradecidos, y obli-
gados, prometieron de tener cuenta de dar-

la de sus lucessos, de donde
quiera que estuieffen. Partidos
pues de Badajoz se encaminaron
a Nuestra Señora de Guadalupe,
y auiendo andado tres dias, y
en ellos cinco leguas les tomò
la noche en vn monte poblado
de infinitas enzinas, y de otros
rusticos arboles, tenia suspenso
el cielo el curso, y fazon del
tiempo en la balança igual de
los dos Equinocios, ni el calor
fatigaua, ni el frio ofendia, y à
necessidad tambien se podia
passar la noche en el campo
como en el aldea, y à esta cau-
sa, y por estar lexos vn pue-
blo, quiso Auristela, que se
quedassen en vn vnas majadas
de pastores boyeros, que a los
ojos se les ofrecieron: hizo se
lo que Auristela quiso, y apenas
auian entrado por el bosque
docientos pasos, quando se
cerrò la noche con tanta es-
curidad, que los detuuò, y les
hizo mirar atentamente la
lumbre de los boyeros, porque
su resplandor les siruiesse de
norte, para no errar el camino
las tinieblas de la noche, y vn
ruido

ruido, que sintieron les de tu-
uo el paso, y hizo, que Anto-
nio el moço se apercibiesse de
su arco, perpetuo compañero
suyo, llegó en esto vn hombre
á cauallo, cuyo rostro no vie-
ron, el qual les dixo: Soys des-
ta tierra, buena gente? No por
cierto, respondió Periandro,
fino de bien lexos della, pere-
grinos estrangeros somos, que
vamos a Roma, y primero a
Guadulepe. Si que tambien,
dixo el de acauallo, ay en las
estrangeras tierras caridad, y
cortesía, tambien ay almas
compasivas dõde quiera? Pues
no, respondió Antonio, mi-
rad señor, quien quiera que
seays, si aueys menester algo
de nosotros, y vereys como
sale verdadera vuestra imagi-
nacion? Tomad, dixo pues el
Cauallero, tomad señores esta
cadena de oro, que deue de va-
ler docientos escudos, y tomad
assi mismo esta prenda, que
no deue de tener precio, a lo
menos yo no se le hallo, y dar
le heys en la ciudad de Trugi-
llo a vno de dos Caualleros,
que en ella, y en todo el mun-

do son bien conocidos, lla-
mase el vno don Francisco
Piçarro, y el otro don Iuan
de Orellana, ambos moços,
ambos libres, ambos ricos, y
ambos en todo extremo, y en
esto puso en las manos de Ri-
cla, que como muger com-
passiua, se adelantò a tomar-
lo, vna criatura, que ya co-
mençaua á llorar, en vuelta, ni
se supo por entonces, si en ri-
cos, o en pobres paños, y di-
reys a qualquiera dellos, que
la guarden, que presto sabran
quien es, y las desdichas, que
à ser dichofo le auran llevado,
si llega á su presencia, y per-
donadme, que mis enemi-
gos me siguen, los quales,
si aqui llegaren, y pregun-
taren, si me aueys visto, di-
reys que no, pues os impor-
ta poco el dezir esto, o si ya
os pareciere mejor, dezid,
que por aqui passaron tres,
o quatro hombres de a cau-
llo, que yuan diziendo: A
portugal, a Portugal, y a
Dios quedad, que no puedo
detenerme, que puesto, que
el miedo pone espuelas, mas

agudas las pone la honra, y arrimando las que trahia al cavallo, se apartò como vn rayo dellos, pero casi al mismo punto boluio el Cauallero, y dixo: No está bautizado, y tornò a seguir su camino. Veys aqui a nuestros peregrinos, a Ricla con la criatura en los braços, a Periandro con la cadena al cuello, a Antonio el moço, sin dexar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desembaynar el estoque, que de bordon le seruia y a Auristela confusa, y atonita del estraño suceso, y a todos juntos admirados del estraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces, que aconsejó Auristela, que como mejor pudiesen llegassen a la majada de los boyeros, donde podria ser hallassen remedios, para sustentar aquella recién nacida criatura, que por su pequeñez, y la debilidad de su llanto, mostraua ser de pocas horas nacida, hizose assi, y apenas llegaron a la majada de los pastores, a costa de muchos tropieços, y caydas, quando

antes que los peregrinos les preguntassen, si eran seruidos de darles alojamiento aquella noche, llegó a la majada vna muger llorando, triste, pero no reciamente, porque mostraua en sus gemidos, que se esforçaua a no dexar salir la voz del pecho, venia medio desnuda, pero las ropas, que la cubrian, eran de rica, y principal persona, la lumbre, y luz de las hogueras, a pesar de la diligencia, que ella hazia, para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabia mas de edades, la juzgò por de diez y seys, a diez y siete años: preguntaronle los pastores, si la seguia alguien, o si tenia otra necesidad, que pidiese presto remedio; a lo que respondió la dolorosa muchacha. Lo primero, señores, que aueys de hazer, es, ponerme debaxo de la tierra, quiero dezir, que me encubrays de modo, que no me halle quien me buscare. Lo segundo, que me deys algun sustento, porque

desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dixo vn pastor viejo, mostrará, que tenemos caridad, y aguijando con presteza a vn hueco de vn arbol, que en vna valiente enzina se hazia, puso en el algunas pieles blandas de ouejas, y cabras, que entre el ganado muerto se criauan, hizo vn modo de lecho, bastánte por entonces a suplir aquella necesidad precisa, tomó luego a la muger en los braços y encerrola en el hueco, adonde le dio lo que pudo, que fueron sopas en leche, y le dieran vino, si ella quisiera beuerlo, colgó luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse; Rica viendo hecho esto, auiedo conjeturado, que aquella, sin duda, deuia de ser la madre de la criatura, que ella tenia, se llegó al pastor caritativo, diziendole: No pongays, buen señor, termino a vuestra caridad, y vsalda con esta criatura, que tengo en los braços, antes que perezca de hambre, y en breues razones le contó, como se le auian da-

do: Respondiola el pastor a la intencion, y no a sus razones, llamando a vno de los demas pastores, a quien mandò, que tomando aquella la criatura, la lleuasse al aprisco de las cabras, y hiziesse de modo, como de alguna dellas tomasse el pecho, apenas huuo hecho esto, y tan apenas, que casi se ohan los vltimos acentos del llanto de la criatura, quando llegaron a la majada vn tropel de hombres acauallo, preguntando por la muger desmayada, y por el Cauallero de la criatura: pero como no les dieron nueuas, ni noticia de lo que pedian, passaron con estraña priessa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche passaron con mas comodidad, que los peregrinos pensaron, y con mas alegría de los ganaderos, por verse tambien acompa-



CAPITULO

T E R C E R O.

*Del tercer libro, la donzella en
cerrada en el arbol de
quien eran.*

PReñada estaua la en-
zina (digamoslo assi)
preñadas estauan las
nubes, cuya escuridad la puso
en los ojos de los que por la
prisionera del arbol pregunta-
ron; pero al compassiuo pastor
que era mayoral del ato, nin-
guna cosa le pudo turbar, pa-
ra que dexasse de acudir, a pro-
ueer lo que fuesse necessario al
recebimiento de sus huespe-
des, la criatura tomò los pe-
chos de la cabra, la encerrada
el rustico sustento, y los pere-
grinos el nueuo, y agradable
hospedage, quisieron todos sa-
ber luego, que causas auian
traido alli a la lastimada, y al
parecer fugitiua, y a la desam-
parada criatura, pero fue pare-
cer de Auristela, que no le pre-
guntassen nada hasta el veni-
dero dia, porque los sobresal-

tos no fuelen dar licencia á la
lengua, aun a que cuente ven-
turas alegres, quanto mas des-
dichas tristes: y puesto, que el
anciano pastor visitaua a me-
nudo el arbol, no preguntaua
nada al deposito que tenia, si-
no solamente por su salud, y
fuela respondido, que aun que
tenia mucha ocasion para no
tenerla, le sobraria, como ella
se viesse libre de los que la bus-
cauan, que eran su padre, y her-
manos, cubriola, y encubriola
el pastor, y dexola, y voluiose á
los peregrinos, que aquella no-
che la passaron con mas clari-
dad de las hogueras, y fuegos
de los pastores, que con aque-
lla, que ella les concedia, y an-
tes, que el cansancio les obli-
gasse á entregar los sentidos al
sueño, quedò concertado, que
el pastor, que auia lleuado la
criatura a procurar, que las ca-
bras fuessen sus amas, la lleuaf-
se, y entregasse a vna hermana
del anciano ganadero, que casi
dos leguas de alli en vna pe-
queña aldea viuia: dieronle,
que lleuasse la cadena, con or-
den de darla á criar en la mis-
ma al-

ma aldea, diciendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo assi con que se aseguraron, y apercibieron á desmentir las espías, si a caso voluiesen, o viniessen otras de nuevo, a buscar los perdidos, a lo menos los que perdidos parecian: en tratar desto, y en satisfazer la hambre, y en vn breue rato, que se apoderò de sus ojos el sueño, y de sus lenguas el silencio, se pasó el de la noche, y si vino a mas andar el dia alegre para todos, fino para la temerosa, que encerrada en el arbol, a penas offaua ver del Sol la claridad hermosa. Con todo esto, auiendo puesto primero, cerca, y lexos del rebaño de trecho en trecho centinelas, que auisassen, si alguna gente venia, la sacaron del arbol, para que le diesse el ayre, y para saber della, lo que deseauan, y con la luz del dia vieron, que la de su rostro era admirable, de modo, que puso en duda, á qual darian, della, y de Constança, despues de Auristela el seguudo lugar

de hermosa, porque donde quiera se lleuò el primero Auristela, a quien no quiso dar ygual la naturaleza: muchas preguntas le hizieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados, á que su suceſso les contasse, y ella de puro cortès, y agradecida pidiendo licencia á su flaqueza con aliento debilitado assi començò à dezir.

Puesto, señores, que en lo que deziros quiero, tengo de descubrir faltas, que me han de hazer perder el credito de honrada, todauia quiero mas, parecer cortès, por obedeceros, que desagradecida, por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi patria vna villa no lexos de este lugar, mis padres son nobles mucho mas que ricos, y mi hermosura en tanto que no ha estado marchita como agora, ha sido de algunos estimada, y celebrada. Iunto à la villa, que me dio el cielo por patria, viuia vn hidalgo riquissimo, cuyo trato, y cuyas muchas virtudes le hazian

ser Cauallero en la opinion de las gentes, este tiene vn hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hazienda, que es infinita: viuia ansi mismo en la misma aldea vn Cauallero con otro hijo suyo, mas nobles que ricos en vna tan honrada mediania, que ni los humillaua, ni los ensoberuecia: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre, y dos hermanos que tengo, de casarme, echando a las espaldas los ruegos, con que me pedia por esposa el rico hidalgo: pero yo a quien los cielos guardauan para esta desventura, en que me veo, y para otras, en que pienso verme, me dio por esposo al rico, y yo me le entreguè por suya a hurto de mi padre, y de mis hermanos, que madre no la tengo por mayor desgracia mia: vimonos muchas vezes solos, y juntos, que para semejantes casos nunca la ocasion buelue las espaldas, antes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja.

Destas juntas, y destos hurtos amorosos se acortò mi vestido, y crecio mi infamia, si es, que se puede llamar infamia la conuersacion de los desposados amantes en este tiempo, sin hazerme sabidora, concertaron mis padres, y hermanos, de casarme con el moço noble, con tanto desseo de efectuarlo, que anoche le traxeron a casa acompañado de dos ceranos pariètes suyos, con proposito de que luego luego nos dièssimos las manos: sobresalteme, quando vi entrar a Luys Antonio, que este es el nombre del mancebo noble, y mas me admirè, quando mi padre me dixo, que me entrassè en mi aposento, y me adereçassè algo mas de lo ordinario, porque en aquel punto auia de dar la mano de esposa a Luys Antonio: dos dias auia, que auia entrado en los terminos, que la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto, y no esperada nueua, quedè como muerta, y diciendo, entraua a adereçarme a mi aposento, me arrojè en los braços de

vna mi donzella depositaria de mis secretos, a quien dixen hechos fuentes mis ojos: Ay Leonora mia, y como creo, que es llegado el fin de mis dias, Luys Antonio está en esta antefala, esperando que yo salga, a darle la mano de esposa, mira, si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion, en que pueda verse vna muger desdichada: passame, hermana mia, si tienes cō que, este pecho, salga primero mi alma destas carnes, que no la desuerguença de mi atreuimiento: ay, amiga mia, que me muero, que se me acaba la vida, y diziendo esto, y dando vn grã suspiro, arrojé vna criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendio a mi donzella, y a mi me cegó el discurso de manera, que sin saber, que hazer, estuue esperando, a que mi padre, o mis hermanos entrassen, y en lugar de sacarme a desposar, me sacassen a la sepultura. Aqui llegaua Felicianana de su cuento, quando vieron que las centinelas que auia puesto, para assegurarle, hazia

señal, de que venia gente, y cō diligencia no vista, el pastor anciano queria boluer a depositar a Felicianana en el arbol seguro asylo de su desgracia, pero auiendo buuelto las centinelas a dezir, que se asegurassen, porque vn tropel de gente que auian visto, cruzaua por otro camino: todos se aseguraron, y Felicianana de la Voz, boluio a su cuento, diziendo: Considerad, señores, el apretado peligro en que me vi anoche, el desposado en la sala, esperádome, y el adultero, si assi se puede dezir, en vn jardin de mi casa, atendiendome, para hablarme, ignorante del estrecho en que yo estaua, y de la venida de Luys Antonio, yo sin sentido por el no esperado suceso mi dōzella turbada con la criatura en los braços, mi padre, y hermanos dandome priessa, que saliesse a los desdichados desposorios: aprieto fue este, que pudiera derribar a mas gallardos entendimientos que el mio, y o ponerse a toda buena razon, y buen discurso. No se, que os diga mas, fino que

fenti,

Hist. de Persiles y Sigismunda.

fenti, estando sin sentido, que entrò mi padre, diciendo: Acaba, muchacha, sal como quierra que estuieres, que tu hermosura suplirà tu desnudez, y te siruirá de riquissimas galas: diole a lo que creo, en esto a los oidos el llanto de la criatura, que mi donzella, a lo que imagino, deuia de yr a poner en cobro, ò à darfela a Rosanio, que este es el nombre, del que yo quise escoger por esposo. Alborotòse mi padre, y con vna vela en la mano me mirò el rostro, y coligio por mi semblante mi sobresalto, y mi desmayo: voluiòle a herir en los oídos el eco del llanto de la criatura, y echando mano a la espada, fue siguiendo a donde la voz le lleuaua, el respládor del cuchillo me dio en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa, el dessear conseruar la vida cada vno, del temor de perderla, salio en mi el animo de remediarla, y á penas huuo mi padre veulto las espaldas, quando yo assi como estaua, baxè por vn caracol a v-

nos aposentos baxos de mi casa, y de ellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del campo en no se que camino, y finalmente aguijada del miedo, y solicitada del temor, como si tuuiera alas en los pies, caminè mas de lo que prometia mi flaqueza, mil vezes estuue para arrojar me en el camino de algun ribazo, que me acabará, con acabarme la vida, y otras tantas estuue, por sentarme, ò tenderme en el suelo, y dexarme hallar, de quien me buscasse, pero alentandome la luz de vuestras cauañas, procurè llegar à ellas, à buscar descanso a mi cansancio, y sino remedio algun aliuio a mi desdicha: y assi lleguè como me vistes, y assi me hallo, como me veo, merced a vuestra caridad, y cortesia. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al cielo, y le remito en la tierra á vuestros buenos consejos. Aqui dio fin a su platica la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion, y

y lastima en vn mismo grado. Periandro contò luego el hallazgo de la criatura, la dadiua de la cadena, con todo aquello que le auia sucedido con el Cauallero, que se la dio. Ay, di xo Feliciano, si es por ventura essa prenda mia? y se es Rosanio, el que la traxo? y si yo la viesse, fino por el rostro, pues nūca le he visto, quiça por los paños, en que viene embuelta sacaria á luz la verdad de las ti nieblas de mi confusion, porque mi donzella no apercebida, en que la podia enuoluer, si no en paños que estuuiesen en el aposento, que fuesen de mi conocidos? y quando esto no sea, quiça la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dara á entender, lo que me toca. A lo que respondió el pastor: La criatura está ya en mi aldea en poder de vna hermana, y de vna sobrina mia yo harè, que ellas mismas nos la traygan oy aqui, donde podras, hermosa Feliciano, hazer las esperiencias, que desfeas, en tanto sossiega, señora, el espíritu, que mis pastores, y

este arbol seruiran de nubes, q̄ se opongán a los ojos que te buscaren.

CAPITULO

QUARTO.

Del tercero Libro

PArece me, hermano mio, dixo Auristela á Periandro, que los trabajos, y los peligros no solamente tienen jurisdiccion en el mar sino en toda la tierra, q̄ las desgracias, è infortunios assi se encuentran sobre los leuátados, sobre los montes, como cō los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quie yo he oydo hablar algunas vezes, de la qual se dize, que quita, y da los bienes, quando, como, y a quien quiere, sin duda alguna deue de ser ciega, y antojadiça, pues à nuestro parecer, leuanta, los que auia de estar por el suelo, y derriba, los q̄ estan sobre los mōtes de la luna. No sé, hermano, lo que me voy diziendo, pero sé, q̄ quiero dezir, que no es mucho, que

nos admire, ver a esta señora, que dize, que se llama Felicianna de la Voz, que a penas la tiene, para contar sus desgracias, contemplola yo pocas horas ha en su casa acompañada de su padre, hermanos, y criados, esperando poner con sagacidad remedio a sus arrojados desseos, y agora puedo dezir, que la veo escondida en lo hueco de vn arbol, temiendo los mosquitos del ayre, y aun las lombrizes de la tierra, bien es verdad, que la fuya no es caída de Principes, pero es vn caso, que puede seruir de exemplo a las recogidas donzellas, que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueue a suplicarte, o hermano, mi res por mi honra, que desde el punto que sali del poder de mi padre, y del de tu madre, la deposité en tus manos, y aunque la esperiencia con certidumbre grandissima tiene acreditada tu bondad ansi en la soledad de los desiertos, como en la compañía de las ciudades, todavia temo, que la mudança de las horas no mude, los

que de suyo son faciles pensamientos, a ti te va, mi honra es la tuya, vn solo desseo nos gouier na, y vna misma esperança nos sustenta, el camino en que nos hemos puesto, es largo, pero no ay ninguno, que no se acabe, como no se le oponega la pereza, y la ociosidad, y a los cielos, a quien doy mil gracias por ello, nos ha traydo a España sin la compañía peligrosa de Arnaldo, ya podemos tender los pasos seguros de naufragios, de tormentas, y de salteadores, porque, segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacifica y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage. O hermana, respondió Periandro, y como por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion, bien veo, que temes como muger, y que te animas como discreta, yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos rezelos, buscar nuevas esperanças, que me acreditassen contigo, que puesto que las hechas pueden competir, el temor en es-

perança,

perança, y la esperança en firme seguridad, y desde luego en possession alegre, quisiera, que nuevas ocasiones me acreditaran, en el rancho destes pastores no nos queda que hazer, ni en el caso de Feliciana podemos seruir mas, que de compadecernos de ella, procuremos llevar esta criatura a Truxillo como nos lo encargò el que con ella nos dio la cadena, al parecer, por paga. En esto estauan los dos, quando llegó el pastor anciano con su hermana, y con la criatura que auia embiado por ella a la aldea, por ver, si Feliciana la reconocia, como ella lo auia pedido: llevaronla, miròla, y remiròla, quitole las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer, ser la que auia parido, ni aun lo que mas es, de considerar, el natural cariño, no le mouia los pensamientos, a reconocer el niño que era varon el rezié nacido. No, dezia Feliciana, no son estas las mantillas, que mi donzella tenia diputadas, para emboluer lo que de mi naciesse, ni esta cadena, que se

la enseñaron, la vi yo jamas en poder de Rosanio, de otra due ser esta prenda, que no mia, que a serlo, no fuera yo tan vèturossa, teniendola vna vez perdidada, tornar a cobrarla? aunq̄ yo ohi dezir muchas vezes a Rosanio, que tenia amigos en Truxillo, pero de ningun me acuerdo el nombre. Con todo esso, dixo el pastor, que pues el que dio la criatura, mandò, que la lleuassen a Truxillo, sospecho, que el que la dio a estos peregrinos, fue Rosanio, y assi soy de parecer, si es, que en ello os hago algun seruicio, que mi hermana con la criatura, y con otros dos destes mis pastores se ponga en camino de Truxillo, a ver, si la reciben alguno de effos dos Caualleros, a quien va dirigida. A lo que Feliciana respondió con sollozos, y con arrojarle a los pies del pastor, abraçandolos estrechamente, señales que la dieron, de que aprouaua su parecer, todos los peregrinos le a prouaron assi mismo, y cò darle la cadena lo facilitaron todo. Sobre vna de las bestias

del ato se acomodò la hermana del pastor, que estaua rezié parida, como se ha dicho, con orden que se passasse por su aldea, y dexasse en cobro su criatura, y con la otra se partiesse a Truxillo, que los peregrinos que yuan a Guadalupe, con mas espacio seguirian: todo se hizo, como lo pensaron, y luego, porque la necesidad del caso no admitia tardança alguna. Feliciana callaua, y con silencio se mostraua agradecida á los que tan de veras sus cosas tomauan a su cargo. Añadióse a todo esto, que Feliciana auiendo sabido, como los peregrinos yuan a Roma, aficionada á la hermosura y discrecion de Auristela, a la cortesía de Periandro, a la amorosa conuersacion de Constantça, y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios padre, y hijo, que todo lo mirò, notò, y ponderò en aquel poco espacio que los auia comunicado, y lo principal por volver las espaldas á la tierra, donde quedaua enterada su honra: pidió, que con-

figo la lleuassen como peregrina à Roma, que pues auia sido peregrina en culpas, querria procurar, serlo en gracias, si el cielo se las concedia, en que con ellos la lleuassen. A penas descubrió su pensamiento, quando Auristela açudiò a satisfacer su desseo, compassiua, y desseosa de sacar a Feliciana de entre los sobresaltos, y miedos, que la perseguian, solo dificultò, el ponerla en camino, estando tan rezien parida, y assi se lo dixo: pero el anciano pastor dixo, que no auia mas diferencia del parto de vna muger, que del de vna res, y que assi como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaua á las inleuencias del cielo, anfi la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir a sus exercicios, sino que el vfo auia introduzido entre las mugeres los regalos, y todas aquellas preuenciones que suelen hazer con las rezien paridas. Yo seguro, dixo mas, que quando Euario pario el primer hijo, que no se echò en el lecho, ni se guar-

dò del ayre , ni vso de los melindres , que agora se vsan en los partos. Esforçaos , señora Feliciana , y seguid vuestro intento , que desde aqui le aprueuo casi por santo , pues es tan Christiano. A lo que añadió Auristela: No quedará por falta de habito de peregrina , que mi cuydado me hizo hazer dos , quando hize este , el qual darè yo á la señora Feliciana de la Voz , con condicion que me diga , que misterio tiene el llamarse de la Voz , si ya no es el de su apellido. No me le ha dado , respondió Feliciana , mi linage , sino el ser comun opinion de todos , quantos me han oído cantar , que tengo la mejor voz del mundo , tanto que por excellencia me llaman comunmente Feliciana de la Voz , y a no estar en tiempo mas de gemir que de cantar , con facilidad os mostrára esta verdad , pero si los tiempos se mejoran , y dan lugar a que mis lagrimas se enjuguen , yo cantarè sino canciones alegres , a lo me nos endechas tris-

tes , que cantandolas encanten , y horandolas alegren. Por esto que Feliciana dixo , nacio en todos vn desseo de oírla cantar , luego , luego , pero no osaron rogarfelo , porque como ella auia dicho , los tiempos no lo permetian : otro dia se despojò Feliciana de los vestidos no necessarios que traía , y se cubriò con los que le dio Auristela de peregrina , quitose vn collar de perlas , y dos sortijas , que si los adornos son parte para acreditar calidades , estas pieças pudieran acreditarla de rica , y noble: tomòlas Rica , como tesorera general de la hazienda de todos , y quedò Feliciana segunda peregrina , como primera Auristela , y tercera Constança , aunque este parecer se diuidio en pareceres , y algunos le dieron el segundo lugar a Constança , que el primero no huuo hermosura en aquella edad , que a la de Auristela se le quitasse. A penas se vio Feliciana en el nuevo habito , quãdo le nacièrò alientos nuevos ; y desseos de ponerse en camino

Hist. de Persiles y Sigismunda.

camino: conocio esto Aurif-
tela, y con consentimiento de
todos, despidiendose del pas-
tor caritatiuo, y de los demas
de la majada, se encaminaron
a Caceres, hurtando el cuer-
po con su acostumbrado paso
al cansancio: y si alguna vez
alguna de las mugeres le te-
nia, le suplía el bagage, donde
yua el repuesto, o ya el margé
de algun arroyuelo, o fuente,
do se sentauan, o la verdura de
algun prado, que a dulce repo-
so las combidaua, y assi anda-
uan a vna con ellos el reposo,
y el cansancio junto con la pe-
reza, y la diligencia: la pereza
en caminar poco: la diligencia
en caminar siempre: pero co-
mo por la mayor parte nunca
los buenos desseos llegan a fin
dichoso, sin estoruos que los
impidan, quiso el cielo, que el
de este hermoso esquadron, q̄
aunque diuidido en todos, era
solo vno en la intencion, fues-
se impedido cō el estoruo que
a gora ohireys. Dauales assien-
to la verde yerua de vn deley-
toso pradezillo, refrescauales
los rostros el agua clara, y dul-

ce de vn pequeño arroyuelo,
que por entre las yeruas cor-
ria, seruiantes de muralla, y de
reparo muchas çarças, y cam-
broneras, que casi por todas
partes los rodeaua, sitio agra-
dable, y necessario para su des-
canso, quando de improuiso
rompiendo por las intrincadas
matas vieron salir al verde si-
tio vn mancebo vestido de ca-
mino con vna espada hincada
por las espaldas, cuya punta le
salia al pecho, cayò de ojos, y
al caer dixo: Dios sea conmi-
go, y el fin desta palabra, y el
arrancarsele el alma, fue todo
a vn tiempo, y aunque todos
con el estraño espectaculo se
leuantaron alborotados, el que
primero llegò a socorrerle, fue
Periandro, y por hallarle ya
muerto, se atreuio a sacar la
espada, los dos Antonios sal-
taron las çarças, por ver, si ve-
rian, quien huuiesse sido el
cruel, y aleuoso homicida, que
por ser la herida por las espal-
das, se mostraua, que traydo-
ras manos la auian hecho: no
vieron a nadie, boluieronse a
los demas, y la poca edad del

muerto, y su gallardo talle, y parecer les acrecentò la lastima, miraronle todo, y hallaròle debaxo de vna ropilla de terciopelo pardo sobre el jubon puesta vna cadena de quatro bueltas de menudos eslabones de oro, de la qual pendia vn deuoto Crucifixo assi mismo de oro, allà entre el jubon, y la camisa le hallaron dentro de vna caxa de euano ricamente labrada vn hermosissimo retrato de muger pintado en la lisa tabla, al rededor del qual de menudissima y clara letra vieron, que trahia escritos estos versos.

*Tela, enciende, mira, y habla,
Milagros de hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tanta fuerça en vna tabla.*

Por estos versos conjeturò Periandro, que los leyò primero, que de causa amorosa deuia de auer nacido su muerte, miraronle las faldriqueras, y escudriñaronle todos, pero no hallaron cosa, que les diessè indicio, de quien era, y estando

haziendo este escrutinio, parecieron, como si fueran llouidos quatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conocio luego Antonio el padre, que eran quadrieros de la santa Hermandad, vno de los quales dixo a voces: Teneos, ladrones, homicidas, y salteadores, no le acabeys de despojar, que a tiempo soys venidos, en que os lleuaremos, adonde pagueys vuestro pecado. E sso no, bellacos, respondió Antonio el moço, aqui no ay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicò el quadriero, el hõbre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirue de testigos vuestra maldad, ladrones soys salteadores soys, homicidas soys, y como tales ladrones, salteadores y homicidas presto pagareys vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud Christiana, con que procurays encubrir vuestras maldades, vistiendoos de peregrinos.

nos. A esto le dio respuesta Antonio el moço, con poner vna flecha en su arco, y passarle con ella vn braço, puesto que quisiera passarle de parte a parte el pecho: los demas quadrilleros, ò escarmentados del golpe, ò por hazer la prision mas al seguro voluieron las espaldas, y entre huyendo, y esperando a grandes voces apellidaron: Aqui de la santa Hermandad, fauor a la santa Hermandad, y mostrose ser santa la Hermandad, que apellidauan, porque en vn instante como por milagro se juntaron mas de veinte quadrilleros, los quales encarando sus ballestas y sus saetas, á los que no se defendian los prendieron, y aprisionaron, sin respetar la belleza de Auristela, ni las demas peregrinas, y cõ el cuerpo del muerto las llevaron a Caceres cuyo Corrigidor era vn Cauallero del Habito de Santiago, el qual viendo el muerto, y el quadrillero herido, y la informacion de los demas quadrilleros, con el indicio de ver en sangrentado a Perianandro, con

el parecer de su Teniente, quisiera luego ponerlos a questio de tormento, puesto que Perianandro se defendia con la verdad, mostrandole en su fauor los papeles, que para seguridad de su viage, y licencia de de su camino a uia tomado en Lisboa, mostrole assi mismo el lienço de la pintura de su successo, que la relatò muy bien Antonio el moço, cuyas prueuas hizieron poner en opinion la ninguna culpa, que los peregrinos tenian. Riela la tesorera que sabia muy poco, ò nada de la condicion de escriuanos, y Procuradores, ofrecio á vno de secreto, que andaua alli en publico, dando muestras de ayudarles, no se que cantidad de dineros, porque tomasse a cargo su negocio, lo echò a perder del todo, porque en oliendo los satrapas de la pluma, que tenian lana los peregrinos, quisieron trasquilarlos como es vso, y costumbre, hasta los huesos, y sin duda alguna fuera assi, si las fuerças de la inocencia no permitiera el cielo, que sobrepujáran à las

las de la malicia. Fue el caso pues, que vn huesped, ò mesonero del lugar, auiendo visto el cuerpo muerto, que auian traído, y reconocidole muy bien, se fue al Corregidor, y le dixo: Señor, este hombre que han traído muerto los quadrieros, ayer de mañana partió de mi casa en compañía de otro, al parecer, Cauallero: poco antes que se partiese, se encerrò conmigo en mi aposento, y con recato me dixo: Señor huesped, por lo que deueis á ser Christiano, os ruego, que si yo no vueluo por aqui dentro de seys dias, abrays este papel, que os doy delante de la justicia, y diciendo esto, me dio este, que entrego a vuestra merced, donde imagino, que deue de venir al guna cosa, que toque á este tan estraño suceso: tomó el papel el Corregidor, y abriendole, vio q̄ en el estauan escritas estas mismas razones.

Yo don Diego de Parraces sali de la Corte de su Magestad tal dia, y venia (puesto el dia) en compañía de don Se-

bastian de Soranço mi pariente, que me pidió, que le acompañasse en cierto viage, donde le yua la honra, y la vida, yo, por no querer hazer verdaderas ciertas sospechas falsas, que de mi tenia, fiandome en mi inocencia, di lugar á su malicia, y acompañele, creo que me lleua a matar, si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepale, que me mataron á traición, y que mori sin culpa. Y firmaua: Dó Diego de Parraces

Este papel á toda diligencia despachò el Corregidor á Madrid, donde con la justicia se hizieron las diligencias posibles, buscando al matador, el qual llegó á su casa la misma noche, que le buscauan, y entreyendo el caso, sin apear se de la caualgadura, voluio las riendas, y nunca mas pareció, quedò se el delito sin castigo, el muerto se quedò por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Riela, se desollabonò para gastos de justicia, el retrato se quedò para gustos de los ojos del Corregidor, satisfizose

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

satisfizose la herida del quadri-llero, boluio Antonio el moço a relatar el lienço, y dexando admirado al pueblo, y auiendo estado en el todo este tiempo de las aueriguaciones Felicianna de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la buelta de Guadalupe, cuyo camino entretuieron, tratando del caso estraño, y desseando, que sucediesse ocasion, donde se cumpliesse el desseo, que tenían de oír cantar a Felicianna, la qual si cantára, pues no ay dolor, que no se mitigue con el tiempo, o se acabe con acabar la vida, pero por guardar ella a su desgracia el decoro, que a sí misma deuia, sus cantos eran lloros, y su voz gemidos: estos se aplacaron vn tanto, con auer topado en el camino la hermana del compañero pastor, que boluia de Truxillo, donde dixo, que dexaua el niño en poder de don Francisco Piçarro, y de don Iuan de Orellana, los quales auian conjeturado, no poder ser de otro aquella criatura,

fino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no tenían ellos algun conocido, que auenturasse, a fiarse de ellos. Sea en fin, lo que fuere, dixo la labradora: dixerón ellos, que no ha de quedar defraudado de sus buenos pensamientos, el que se ha fiado de nosotros: así que, señores, el niño queda en Trugillo en poder de los que he dicho, si algo me queda que hazer por seruiros, aqui estoy con la cadena, que aun no me he desecho de ella, pues la que me pone a la voluntad el ser yo Christiana, me enlaza, y me obliga a mas que la de oro. A lo que respondió Felicianna, que la gozasse muchos años, sin que se le ofreciesse necesidad de deshazella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecen largo tiempo en sus casas, por que, o se empeñan, para no quitarse, o se venden, para nunca boluerlas a comprar. La labradora se despidio aqui, y dieron mil encomiendas para su her-

mano,

mano, y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco a poco a las santissimas tierras de Guadalupe.

CAPITULO

QVINTO.

Del tercero Libro.

A Penas huieron puestas los pies los deuotos peregrinos en vna de las dos entradas, que guian al valle, que forman, y cierran las altissimas sierras de Guadalupe, quando con cada paso que dauan, nacia en sus coraçones nuevas ocasiones de admirarse: pero alli llegò la admiracion a su punto, quando vieron el grande, y suntuoso Monasterio, cuyas murallas encierran la santissima Imagé de la Emperadora de los cielos, la santissima Imagen otra vez, que es libertad de los cautiuos, lima de sus hierros, y aliuio de sus passiones: la santissima Imagen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, madre de los

huerfanos, y reparo de las desgracias. Entraron en su Templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendiétes por adorno las purpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas, que dexaron los cojos, ojos de cera que dexaron los ciegos, braços que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de auer caydo en el suelo de las miserias, ya viuos, ya sanos, ya libres, y ya contentos, merced a la larga misericordia de la madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar haze campear a su benditissimo hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias: de tal manera hizo aprehension estos milagrosos adornos en los coraçones de los deuotos peregrinos, que boluieron los ojos a todas las partes del Templo y les parecia, ver venir por el ayre volando los cautiuos embueltos en sus cadenas, a colgarlas de las santas murallas, y a los enfermos arrastrar las mule-

muletás, y á los muertos mortajas, buscando lugar, donde ponerlas, porque ya en el sacro Templo no cabian: tan grãde es la suma que las paredes ocupan. Esta nouedad no vista hasta entonces de Perian-dro, ni de Auristela, ni menos de Riela, de Constança, ni de Antonio, los tenia como as-fombrados, y no se hartauan de mirar, lo que veían, ni de admirar lo que imaginauan, y assi con deuotas, y Christianas muestras hincados de rodillas se pusieron a adorar a Dios sacramentado, y á suplicar a su santissima Madre, que en credito, y honra de aquella Imagen, fuesse seruida de mirar por ellos, pero lo que mas es de ponderar, fue, que puesta de hinojos, y las manos puestas, y junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, llouiendo tiernas lagrimas con fossegado semblante, sin mouer los labios, ni hazer otra demonstracion, ni mouimiento, que diessè señal de ser viua criatura, soltó la voz á los vientos, y leuantò el coraçon al cielo, y

cantò vnos versos, que ella sabia de memoria, los quales dio despues por escrito, cõ que suspendio los sentidos de quãtos la escuchauan, y acreditò las alabanças, que ella misma de su voz auia dicho, y satisfizo de todo en todo los desseos, q̃ sus peregrinos tenian, de escucharla. Quatro estancias auia cantado, quando entraron por la puerta del templo vnos forasteros, a quien la deuocion, y la costumbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todauia cantaua, puso tambien en admiracion, y vno de ellos que de anciana edad parecia, voluiendose a otro, que estava a su lado, y dixole: Oa que lla voz es de algun Angel de los confirmados en gracia, ò es de mi hija Feliciana de la Voz. Quien lo duda, respondió el otro, ella es, y la que no será, sino yerra el golpe este mi braço, y diziendo esto, echò mano a vna daga, y con descompassados pasos perdido el color, y turbado el sentido se fue házia donde Feliciana estava: el venerable anciano se arrojà

arrojó tras el, y le abraçò por las espaldas, diziendole: No es este, ò hijo, teatro de miserias, ni lugar de castigos, da tiempo al tiempo, que pues no se nos puede huyr esta traidora, no te precipites, y pègando castigar el ageno delito, te echas sobre ti la pena de la culpa propria. Estas razones, y alboroto sellò la boca de Felicianana, y alborotò a los peregrinos, y a todos quantos en el templo estauan, los quales no fueron parte, para que su padre, y hermano de Felicianana, no la sacassen del Templo ala calle, donde en vn instante se juntò casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitò, a los que parecian mas verdugos que hermano, y padre. Estando en esta confusion, el padre dando voces por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiendola hasta saber el caso, por vna parte de la plaça entraron hasta seys de acauallo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos por ser el vno don Francisco Piçarro, y el otro don Iuan de

Orellana, los quales llegando al tumulto de la gente, y con ellos otro Cauallero, que con vn velo de tafetan negro traia cubierto el rostro, preguntaron la causa de aquellas voces: fueles respondido, que no se sabia otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina, a quien querian matar dos hombres, que dezian ser su hermano, y su padre. Esto estauan oyendo don Francisco Piçarro, y don Iuan de Orellana, quando el Cauallero emboçado, arrojádose del cauallo abaxo, sobre quien venia, poniendo mano à su espada, y descubriendose el rostro, se puso al lado de Felicianana, y a grandes voces dixo: En mi, en mi deneys, señores, tomar la enmienda del pecado de Felicianana vuestra hija, si es tan grande, que merezca muerte, el casar se vna donzella contra la voluntad de sus padres, Felicianana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veys, no de tan poca calidad, que no merezca, que me deys por cierto, lo q yo tupe el coger por

industria, noble soy, de cuya nobleza os podrè presentar por testigos, riqueza tègo, que la sustentan, y no sera bien que lo que he ganado por ventura me lo quite Luys Antonio por vuestro gusto, y si os parece, que os he hecho ofensa, de auer llegado a este punto, de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerças poderosas de amor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados a Luys Antonio, me hizo no guardar el decoro, que se os deuia, de lo qual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto dezia, Feliciana estaua pegada con el, teniendole assido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste, y toda hermosa juntamente, pero antes que su padre y hermano respõdiessen palabra, don Frãncisco Piçarro se abraçò con su padre, y don Iuan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. Don Francisco dixo al padre: Donde está vuestra discrecion, señor

don Pedro Tenorio? como, y es possible, que vos mismo querays fabricar vuestra ofensa? no veys, que estos agrauios antes que la pena traen las disculpas consigo? que tiene Rosanio, que no merezca a Feliciana? o que le quedará a Feliciana de aqui adelante, si pierde a Rosanio? Casi estas mismas, o semejantes razones dezia don Iuan de Orellana a su hermano, añadiendo mas, porque le dixo: Señor don Sancho, nunca la colera prometio buen fin de sus impetus, ella es passion del animo, y el animo apassionado pocas vezes acierta, en lo que emprende, vuestra hermana supo escoger buen marido, tomar vengança, de que no se guardaron las deuidas ceremonias, y respetos, no sera bien hecho: porque os pondreys a peligro de derribar, y echar por tierra todo el edificio de vuestro sosiego: mirad, señor don Sancho, que tengo vna prenda vuestra en mi casa, vn sobrino os tengo, que no le podreys negar, si no os ne-

gais a vos mismo, tanto es lo que os parece. La respuesta que dio el padre a don Francisco, fue, llegarle a su hijo don Sancho, y quitalle la daga de las manos, y luego fue a abrazar a Rosanio, el qual dexandose derribar a los pies, del que ya conocio ser su suegro, se los besò mil vezes: arrodillòse también ante su padre Feliciano, derramò lagrimas, embiò suspiros, vinieron desmayos. La alegría discurrió por todos los circunstantes, ganò fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos, y bien hablados: lleuòlos el Corregidor a su casa, regalòlos el Prior del santo Monasterio abundantísimamente, visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santísimas, y ricas, confessarò sus culpas, recibieron los Sa-

cramentos, y en este tiempo, que fue el de tres dias, embiò don Francisco por el niño que le auia lleuado la labradora, que era el mismo, que Rosanio dio a Periandro, la noche que le dio la cadena, el qual era tan lindo que el abuelo, puesta en olvido toda injuria, dixo, viendole: que mil bienes aya la madre, que te pario, y el padre que te engendrò, y tomándole en sus brazos, tiernamente le bañò el rostro con lagrimas, y se las enjugò con besos, y las limpiò con sus canas. Pidio Auristela a Feliciano, le diese el traslado de los versos, que auia cantado delante de la santísima Imagen, la qual respondió, que solamente auia cantado quatro estancias, y que todas eran doze dignas de ponerse en la memoria, y así las escribió, que eran estas:

*Antes que de la mente eterna fuera
Saliesen espíritus alados,
Y antes que la veloz, ò tarda esfera
Tuviere movimientos señalados,
Y antes que aquella escuridad primera
Los cabellos del sol viesse dorados,*

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

*Fabricò para si Dios una casa
De santissima, y limpia, y pura massa.*

*Los altos, y fortissimos cimientos
Sobre humildad profunda se fundaron,
Y mientras mas a la humildad atentos,
Mas la fabrica Regia leuataron:
Passò la tierra, passò el mar, los vientos,
Atras, como mas baxos, se quedaron,
El fuego passa, y con ygal fortuna
Debaxo de sus pies tiene la Luna.*

*De fee son los pilares; de esperança
Los muros desta fabrica bendita
Ciñe la caridad, por quien se alcança
Duracion, como Dios siempre infinita,
Su recreo se aumenta en su templança,
Su prudencia los grados facilita,
Del bien que ha de gozar por la grandeza
De su mucha justicia, y fortaleza.*

*Adornan este alcaçar soberano
Profundos pozos, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion, y gloria de las gentes:
Estan à la siniestra, y diestra mano
Cipresses altos, palmas eminentes,
Altos cedros clarissimos espejos,
Que dan lumbre de gracia cerca, y lejos.*

*El cinamomo, el platano, y la rosa
De Hierico se halla en sus jardines*

Con aquella color, y aun mas hermosa,
 De los mas abrássados Cherubines:
 Del pecado la sombra tenebrosa
 Ni llega, ni se acerca à sus confines,
 Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
 Este edificio, que oy se muestra al suelo.

De Salomon el templo se nos muestra
 Oy con la perfeccion a Dios posible,
 Donde no se oyò golpe, que la diestra
 Mano diese à la obra conuenible,
 Oy haziendo de si gloriosa muestra,
 Salio la luz del sol inacesible,
 Oy nuevo resplandor ha dado al dia
 La clarissima estrella de Maria.

Antes que el sol la estrella oy da su lumbre,
 Prodigiosa señal, pero tambuena,
 Que sin guardar de agueros la costumbre,
 Dexa el alma de gozo, y bienes llena:
 Oy la humildad se vio puesta en la cumbre,
 Oy començò a romperse la cadena
 Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
 Prudentissima Ester que el sol mas bella.

Niña de Dios por nuestro bien nacida,
 Tierna pero tan fuerte, que la frente,
 En soberuia maldad endurezida
 Quebrantasteis de la infernal serpiente,
 Brinco de Dios, de nuestra muerte vida
 Pues vos fuistes el medio conueniente,
 Que reduxo a pacifica concordia

Hist. de Perfiles, y Sigiſmunda.

De Dios, y el hombre la mortal discordia.

La justicia, y la paz oy se han juntado
En vos, Virgen santissima, y con gusto
El dulce beso de la paz se han dado
Harra, y señal del venidero Agosto:
Del claro amanecer del Sol sagrado
Soys la primera Aurora, soys del Iusto
Gloria, del pecador firme esperanza,
De la borrasca antigua la bonança.

Soys la paloma, que abeterno fuistes
Llamada desde el cielo, soys la esposa,
Que al sacro Verbo limpia carne distes,
Por quien de Adan la culpa fue dichosa:
Soys el brazo de Dios, que detuistes
De Abraham la cuchilla rigurosa,
Y para el sacrificio verdadero
Nos distes el mansissimo cordero.

Creced, hermosa planta, y dad el fruto
Presto en sazon, por quien el alma espera
Cambiar en ropa roçagante el luto,
Que la gran culpa le vistio primera
De aquel inmenso, y general tributo
La paga conueniente, y verdadera,
En vos se ha de fraguar, creed, señoras,
Que soys vniuersal remediadora.

Ya en las Empireas sacrosantas salas,
El paraninfo aligero se apresta,
O casi mueue las doradas alas,

*Para venir con la embaxada honesta,
Que el olor de virtud que de ti exalas,
Virgen bendita sirue de requesta,
Y apremio, a que se vea en ti muy presto,
Del gran poder de Dios echado el resto.*

EStos fueron los versos, que començò a cantar Feliciano, y los que dio por escrito, despues que fueron de Auristela mas estimados, que entendidos: en resolucion, las pazes de los desauenidos se hizieron: Feliciano, esposo, padre, y hermano se boluieron a su lugar, dexando orden a don Francisco Piçarro, y don Iuan de Orellana les embiassen el niño, pero no quiso Feliciano passar el disgusto, que da el esperar, y assi se le lleuò consigo, con cuyo suceso quedarò todos alegres.

CAPITULO

S E X T O;

Del Tercero Libro.

QVatro dias se estuuieron los peregrinos en Guadalupe, en

los quales començaron a ver las grandezas de aquel santo Monasterio, digo començarò, porque de acabarlas de ver, es imposible: desde alli se fueron a Trugillo, adonde assi mismo fueron agasajados de los dos nobles Caualleros, don Francisco Piçarro, y don Iuan de Orellana, y alli de nuevo refirieron el suceso de Feliciano, y ponderaron al par de su voz su discrecion, y el buen proceder de su hermano, y de su padre, exagerando Auristela los cortesses ofrecimientos, que Feliciano le auia hecho al tiempo de su partida: la yda de Trugillo fue de alli a dos dias la buelta de Talauera, donde hallaron, que se preparaua, para celebrar la gran fiesta de la Monda, que trae su origen de muchos años antes que Christo naciesse, reducida por los Christianos a tan buen punto

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

y termino , que si entonces se celebraua en honra de la Diosa Venus por la Gentilidad, aora se celebra en hōra, y alabāça de la Virgē de las virgines. Quisierā esperar à verla, pero por no dar mas espacio a su espacio, passarō a delāte, y se que daron sin satisfazer su desseo: feys leguas se aurian alongado de Talauera , quando delante de si vieron , que caminaua vna peregrina , tan peregrina, que yua sola, y escusōles el dar la voces , á que se detuuiesse, ele uerse ella sentado sobre la verde yerua de vn pradezillo, ò ya combidada del ameno fitio, ò ya obligada del cansancio. Llegaron a ella, y hallarō fer de tal talle, que nos obliga, á descriuirle: la edad , al parecer, salia de los terminos de la mocedad, y tocua en las margenes de la vejez, el rostro daua en rostro , porque la vista de vn lince no alcançara à verle las narizes , porque no las tenia sino tan chatas, y llanas, que con vnas pinças no le pudieran affir vna brizna de ellas, los ojos les hazian sombra

porque mas salian fuera de la cara que ella, el vestido era vna esclauina rota , que le besaua los calcañares, sobre la qual traia vna muceta la mitadguar necida de cuero, que por roto, y despedaçado no se podia distinguir, si de cordouan, ò si de badana fuesse: ceñiale con vn cordon de esparto tan abultado, y poderoso que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina , las tocas eran bastas , pero limpias , y blancas: cubriale la cabeça vn sombrero viejo sin cordon , ni toquilla, y los pies vnos alpar gates rotos, y ocupauale la mano vn bordon hecho a manera de cayado con vna punta de azero al fin , pendianle del lado yzquierdo vna calabaca de mas que de mediana estatura, apesgauale el cuello vn rosario, cuyos Padre nuestros eran mayores que algunas bolas, de las con que juegan los muchachos al argolla. En efeto toda ella era rota, y toda penitente, y como despues se echo de ver, toda de mala cōdicion. Saludarōla en llegando, y ella les

Voluio las saludes con la voz, que podia prometer la chate-
dad de sus narizes, que fue
mas gangozosa que suauē. Pre-
guntaronla a donde yua, y que
peregrinacion era la suya, y di-
ziendo, y haziendo, combida-
dos como ella del a meno sitio,
se le sentaron a la redonda, dexaron pacer el bagage, que les
seruia de recamara, de despen-
sa, y botilleria, y satisfaziendo
a la hambre, alegremente la
combidaron, y ella respondiēdo
a la pregunta, que la auian
hecho, dixo: Mi peregrinaciō
es la que vsan algunos pere-
grinos, quiero dezir, que siem-
pre es, la que mas cerca les vie-
ne a cuento, para disculpar su
ociosidad, y assi me parece,
que sera bien dezirlos, que por
aora voy a la gran ciudad de
Toledo, á visitar la deuota
Imagen del Sagrario, y desde
alli me yré al Niño de la Guar-
dia, y dando vna punta, co-
mo alcon Noruego, me entre-
tendrē con la santa Veroni-
ca de Iuen, hasta hazer tiem-
po, de que lle gue el vltimo Do-
mingo de Abril, en cuyo dia se

celebra en las entrañas de Sie-
ra Morena, tres leguas dela ciu-
dad de Andujar, la fiesta de
nuestra Señora de la Cabeça, q̄
es vna de las fiestas, q̄ en todo
lo descubierto dela tierra se ce-
lebra, tal es segū he oido dezir,
q̄ ni las passadas fiestas de la
Gentilidad, à quien imita la de
la Mōda de Talauera, no le há
hecho, ni le pueden hazer ven-
taja. Bien quisiera yo, si fuera
possible, sacarla de la imagina-
cion, donde la tengo fixa, y pin-
tarosla cō palabras, y ponerof-
la delante de la vista, para q̄
comprehendiendola, vierades
la mucha razon q̄ tengo de ala-
barosla: pero esta es carga para
otro ingenio no tã estrecho co-
mo el mio, en el rico palacio
de Madrid, morada de los Re-
yes, en vna galeria està retra-
tada esta fiesta con la puntua-
lidad possible, alli está el mon-
te o por mejor dezir, peñasco,
en cuya cima está el Monas-
terio, que deposita en si vna
santa Imagen llamada de la
Cabeça, que tomò el nombre
de la peña, donde habita,
que antiguamente se llamò

el Cabezo, por estar en la mitad de vn llano libre, y desembaraçado, solo, y señero de otros montes, ni peñas, que le rodeen, cuya altura sera de hasta vn quarto de legua, y cuyo circuyto deue de ser de pocas mas de media. En este espacioso, y ameno sitio tiene su asiento siempre verde, y apazible por el humor, que le comunican las aguas del rio Xádula, que de paso, como en reuerencia, le besa las faldas: el lugar, la peña, la Imagen, los milagros, la infinita gente que acude de cerca, y lexos el solemne dia, que he dicho, le hazen famoso en el mundo, y celebre en España sobre quantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan. Suspenso quedaron los peregrinos de la relacion de la nueua, aunque vieja, peregrina, y casi les començò a bullir en el alma la gana de yrse con ella, a ver tantas marauillas: pero la que lleuauan de acabar su camino no dio lugar, a que nueuos deseos lo impidiesen: desde alli prosiguió la peregrina, no se

que viage sera el mio, aunque se, que no me ha de faltar, donde ocupe la ociosidad, y entre tenga el tiempo, como lo hazen, como ya he dicho, algunos peregrinos, que se vsan. A lo que dixo Antonio el padre: Pareceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Effeno no respondió ella, que bien se, que es justa, santa, y loable, y que siempre la ha auido, y la ha de auer en el mundo: pero estoy mal con los malos peregrinos, como son, los que hazen grangeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: con aquellos digo, que saltean la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto por el camino Real, que junto a ellos estava, vieron venir vn hombre acauallo, que llegando a yguallar con ellos, al quitarles el sombrero, para saludarles, y hazerles cortesia, auiendo puesto la caualgadura, como despues parecio, la mano en vn hoyo, dio consigo, y con su dueño al traues vna gran cay-

da: acudieron todos luego, a socorrer al caminante, que p̄saron hallar muy mal parado. Arrendò Antonio el moço la caualgadura, que era vn poderoso macho, y al dueño le abrigaron, lo mejor que pudieron, y le socorrieron con el remedio mas ordinario, que en tales casos se vsa, que fue darle á beuer vn golpe de agua, y hallando, que su mal no era tanto, como pensauan, le dixerõ: que bien podia boluer a subir, y a seguir su camino: el qual hombre les dixo: *Quiza, señores peregrinos, ha permitido la suerte, que yo aya caydo en este llano, para poder leuantar me de los riscos, donde la imaginacion me tiene puesta el alma: yo, señores, aunque no querays saberlo, quiero, que sepays, que soy estrangero, y de nacion Polaco, muchacho sali de mi tierra, y vine a España, como a centro de los estrangeros, y a madre comun de las naciones, serui a Españoles; aprendi la lengua Castellana, de la manera que veys que la hablo, y lleuado del ge-*

neral desseo, que todos tienen de ver tierras, vine a Portugal a ver la gran ciudad de Lisboa y la misma noche que entrè en ella me sucedio vn caso, que si le creyeredes, hareys mucho, y fino no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su affiento, aunque sea en si misma. Admirados quedarõ Perianдро, y Auristela, y los demas compañeros de la improvisa y concertada narraciõ del caydo caminante, y con gusto de escucharle, le dixo Perianдро, que prosiguiesse, en lo que dezir queria, que todos le darian credito: porque todos eran cortesses, y en las cosas del mundo experimentados. Alentando con esto el caminante prosiguió, diziendo: Digo, que la primera noche que entrè en Lisboa, yendo por vna de sus principales calles, o ruas, como ellos las llaman, por mejorar de posada, que no me auia parecido bien vna, dõde me auia apeado: al passar de vn lugar estrecho, y no muy limpio, vn emboçado Portugues, con quien encontrè, me desuidò

desuò de sy con tanta fuerça, que tuue necesidad de arrimarme al suelo, despertò el agrauio la colera, remeti mi vègança à mi espada, puse mano, puso la el Portugues con gallardo brio, y desenuoltura, y la ciega noche, y la fortuna mas ciega à la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encamino la punta de mi espada à la vista de mi contrario, el qual dâdo de espaldas, dio el cuerpo al suelo, y el alma a donde Dios se sabe. Luego me representò el temor, lo que auia hecho, palmè me, puse en el huyr mi remedio, quise huyr: pero no sabia a donde, mas el rumor de la gente que me parecio, que acudia, me puso alas en los pies, y con pasos desconcertados volui la calle abaxo, buscando, donde esconderme, ò adonde tener lugar de limpiar mi espada, porque si la justicia me cogiesse, no me hallasse con manifestos indicios de mi delito, yendo pues assi ya del temor desmayado, vi vna luz en vna casa principal, y arrojeme a ella

sin saber con que diffinio: hallè vna salabaxa abierta, y muy bien adereçada, alarguè el passo, y entrè en otra quadra tambien adereçada, y lleuado de la luz que en otra quadra parecia hallè en vn rico lecho, echada vna señora, que alborotada, sentandose en el me preguntò quien era que buscaua, y adonde yua, y quien me auia dado licencia de entrar hasta alli còtan poco respeto? Yo le respondì: Señora a tantas preguntas no os puedo responder, sino solo con deziros: que soy vn hombre estrangero, que à lo que creo, dexo muerto a otro en esa calle, mas por su desgracia, y su soberuia, que por mi culpa: suplicoos por Dios, y por quiè soys, que me escapeys del rigor de la justicia, que pienso, que me viene siguiendo. Soys Castellano, me preguntò en su lengua Portuguesça? No, señora, le respondi yo, sino forastero, y bien lexos de esta tierra. Pues, aunque fuerades mil vezes Castellano, replicò ella, os librarìa yo, si pudiera, y os libraré, si puedo, subid por encima des-

ma deste lecho, y entraos debaxo deste tapiz, y entraos en vn hueco, que aqui hallareys, y no os mouays, que si la justicia viniere, me tendra respeto, y creera lo que yo quisiere dezirles. Hize luego, lo que me mandò, alcè el tapiz, hallè el hueco, estrechè me en el, recogí el aliento, y comencè à encomendarme a Dios, lo mejor que pude, y estando en esta confusa afficion, entrò vn criado de casa, diciendo casi a gritos: Señora, á mi señor don Duarte han muerto, aqui le traem passado devna estocada de parte à parte por el ojo derecho, y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas, solamente ay vn muchacho, que dize, que vio entrar vn hombre huyendo en esta casa. Esse deve ser el matador sin duda, respondió la señora, y no podra escaparse, quantas vezes temia yo, ay desdichada! ver que traían a mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias.

En esto en ombros de otros quatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la affligida madre, la qual con voz lamentable comencò a dezir. Ay vengança, y como estás llamando a las puertas del alma, pero no consiente, que responda a tu gusto, el que yo tengo de guardar mi palabra, ay con todo esto dolor que me aprietas mucho! considera señores qual estaria mi coraçon oyendo las apretadas razones de la madre, a quien la presencia del muerto hijo me parecia a mi, que le ponian en las manos mil generos de muertes, con que de mi se vengasse, que bien estaua claro, que auia de imaginar que yo era el matador de su hijo: pero que podia yo hazer entonces sino callar, y esperar en la misma desesperacion? y mas quando entrò en el aposento la justicia, que con comedimiento dixo a la señora: guiados por la voz de vn muchacho, que dize, que se entrò en esta casa el homicida deste cauallero, nos hemos atreuido

entrar en ella. Entonces yo abry los ohidos, y estuue atento a las respuestas, que daria la afligida madre, la qual respondio llena el alma de generoso animo, y de piedad Christiana: Si esse tal hombre ha entrado en esta casa, no alome nos en esta estancia, por allá le pueden buscar, aunque plegue a Dios, que no le hallen, porq̄ mal se remedia vna muerte cō otra, y mas quando las injurias no proceden de malicia. Boluiose la justicia a buscar la casa, y boluieron en mi los espiritus, que me auian desamparado, mandò la señora, quitar deláte de si el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajassen, y desde luego diessen orden en su sepultura: mandò assi mismo, que la dexassen sola, porque no estaua para recibir consuelos, y pesames de infinitos, que venian a darse-los, ansi de parientes, como de amigos y conocidos. Hecho esto, llamò a vna donzella suya, que a lo que parecio, deuio de ser, de la que mas se fiaua, y auendola hablado al oydo,

la despidio, mandandole cerrasse tras si la puerta, ella lo hizo assi, y la señora sentandose en el lecho, tentò el tapiz, y a lo que pienso, me puso las manos sobre el coraçõ, el qual palpitando a priessa, daua indicios del temor que le cercua, ella viendo lo qual me dixo con baxa y lastimada voz: Hõbre quien quiera que seas, ya ves, que me has quitado el aliẽto de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmente la vida que me sustentaua, pero porque entiendo, que ha sido sin culpa tuya, quiero, que se oponga mi palabra a mi vengança, y assi en cumplimiẽto de la promessa que te hize, de librarte, quando aqui entraste, has de hazerlo, que aora te dire, ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuydo en abrir los ojos, no me obligues, a que te conozca, y sal de esse encieramiento, y figue a vna mi dõzella, que aora vendra aqui, la qual te pondrà en la calle, y te darà cien escudos de oro, con que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes nin-

gun indicio, que te manifieste, flossiega el pecho, que el alboroto demasiado suele descubrir el delinquente. En esto boluio la donzella, yo sali detras del paño, cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento hincado de rodillas besè el pie de la caña muchas vezes, y luego seguilos de la donzella, que assi mismo callando me assio del brazo, y por la puerta falsa de vn jardin a escuras me puso en la calle. En viendome en ella lo primero que hize, fue limpiar la espada, y con flossiegado paso sali a caso a vna calle principal, de donde reconocí mi posada, y me entrè en ella, como si por mí no huiera pasado, ni prospero suceso, ni aduerso: contome el huesped la desgracia del rezien muerto Cauallero, y assi exagerò la grandeza de su linage, como la arrogancia de su condicion, de la qual se crehia, la auria grangeado algun enemigo secreto, que a semejante termino le huiesse conduzido. Passè aquella noche, dâdo gracias a Dios.

de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroso y nunca visto animo Christiano, y admirable proceder de doña Guiomar de Sosa, que assi supese llamaua mi bien hechora, sali por la mañana al rio, y hallè en el vn barco lleno de gente, que se yua a embarcar en vna gran naue, que en Sangian estaua de partida para las islas Orientales, boluime a mi posada, vendi a mí huesped la casualgadura, y cerrando todos mis discursos en el puño, bolui al rio, y al barco, y otro dia me hallè en el gran nauio fuera del puerto, dadas las velas al viento, siguiendo el camino que se desseaua: quinze años he estado en las Indias, en los quales siruiendo de soldado cõ valentissimos Portugueses, me han sucedido cosas, de que quiza pudieran hazer vna gustosa y verdadera historia, especialmente de las hazañas de la en aquellas partes inuencible nacion Portuguesa, dignas de perpetua alabança en los presentes y venideros siglos: alli grangeò algun oro, y algunas perlas,

Hist. de Persiles y Sigismunda.

perlas, y cosas de valor que de bulto, con las quales, y con la ocasion de voluerse mi General a Lisboa, volui a ella, y de alli me puse en camino, para voluermé a mi patria, determinando ver primero todas las mejores, y mas principales ciudades de España, reduzi a dineros mis riquezas, y a polizas los que me parecio, ser necesario para mi camino, que fue, el que primero intentè venir a Madrid, donde estaua rezienda la Corte del gran Felipe tercero, pero ya mi suerte cansada de llevar la naue de mi ventura con prospero vièto por el mar de la vida humana, quiso, que dièsse en vn baxio, que la destroçasse toda, y ansi hizo, que en llegando vna noche a Talauera, vn lugar q̄ no està lexos de aqui, me apee en vn meson, que no me siruió de meson, sino de sepultura, pues en el hallè la de mi honra. O fuerças poderosas de amor digo inconsiderado, presuroso, y lasciuo, y mal intencionado, y con quanta facilidad atropellas dissinios bue-

nos intentos castos, proposiciones discretas! digo pues que estando en este meson, entrò en el a caso vna donzella de hasta diez y seys años, a lo menos a mi no me parecio de mas puesto que despues supe, que tenia veynte y dos: venia en cuerpo, y entranchado, vestida de paño, pero limpiissima, y al passar junto a mi, me parecio, que olia a vn prado lleno de flores por el mes de Mayo, cuyo olor en mis sentidos dexò atras las aromas de Arabia, llegòse la qual a vn moço del meson, y hablandole al oído, alçò vna gran risa, y voluiendo las espaldas, salio del meson y se entrò en vna casa frontera; el moço mesonero corrió tras ella, y no la pudo alcançar sino fue cõ vna coz, que le dio en las espaldas, que la hizo entrar cayendo de ojos en su casa esto vio otra moça del mismo meson, y llena de colera dixo al moço: Por Dios, Alonso, q̄ lo hazes mal, que no merece Luysa, q̄ la santigues a coces. Como estas le darè yo, si viuo, respondió el Alonso; calla, Mar

tina amiga, que a estas mocitas sobresalientes no solamente es menester ponerles la mano, sino los pies y todo, y con esto nos dexo solos a mi, à Martina, à la qual le preguntè, que q̄ Luysa era aquella, y se era casada, ò no: No es casada, respondió Martina, pero seralo presto con este moço Alonso, que auéis visto, y en fè de los tratos que andan entre los padres della, y los del de esposa, se atreue Alonso à molella à cozes, todas las vezes que se le antoja, aunque muy pocas son, sin que ella las merezca: porque si va à dezir la verdad, señor huesped, la tal Luysa es algo atreuidilla, y algun tanto libre y descompuesta, harto se lo he dicho yo, mas no aprouecha, no dexará de seguir su gusto, si la sacan los ojos, pues en verdad, en verdad que vna de las mejores dotes que puede llevar vna donzella, es la honestidad, que buen siglo aya la madre, que me pario, que fue persona, que no me dexò ver la calle, ni aũ por vn agujero quãto mas salir al vmbra de la puer

ta, sabia bien, como ella dezia, q̄ la muger, y la gallina, &c. Di game señora Martina le replique yo, como de la estrechez de esse nouiciado vino a hazer profession en la anchura de vn meson. Ay mucho q̄ dezir en esso, dixo Martina, y aũ yo tuuiera mas q̄ dezir de estas menudencias, si el tiempo lo pidiera o el dolor, q̄ traygo en el alma lo permitiera.

CAPITULO SETIMO.

Del tercero Libro.

COn atencion escuchauan los peregrinos el peregrino, quando del Polaco ya desseauan saber, q̄ dolor traía en el alma, como sabian el q̄ deuia de tener en el cuerpo, a quien dixo Periandro: Cõtad, señor, lo q̄ quisieredes, y con las menudencias, q̄ quisieredes, q̄ muchas vezes el cõtardas suele acrecetar grauedad al cuento, que no parece mal estar en la mesa de vn banquete junto a vn faysan bien adreçado vn plato de vna fresca, verde, y sabrosa ensalada, a falsa

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

la falsa de los cuentos es la propiedad del lenguaje, en qualquiera cosa que se diga, assi que señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso, y de Marina, acocead a vuestro gusto, a Luyfa casada, o no la casays, sease ella libre, y desembuelta como vn cernicalo, que el toque no està en sus desembolturas, sino en sus sucessos, segun lo hallo yo en mi Astrologia. Digo pues señores, respondió el Polaco, que usando de essa buena licencia, no me quedara cosa en el tintero, que no la pōga en la plana de vuestro juyzio, con todo el que entonces tenia, que no devia de ser mucho, fuy, y vine vna, y muchas vezes aquella noche a pensar en el donayre en la gracia, y en la desemboltura de la fin par, a mi parecer, ni se si la llame vezina moça, o conocida de mi huespeda, hize mil disignios, fabriquè mil torres de viento, caseme, tuue hijos, y di dos higas al que diran; y finalmente me resolui de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Tala-

uera casado con la diosa Venus, que no menos hermosa me parecio la muchacha, aunque acoceada por el moço del melonero, passose aquella noche, tomè el pulso a mi gusto, y hallele tal, que a no casarme con ella, en poco espacio de tiempo auia de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya auia depositado en los ojos de mi labradora, y atropellando por todo genero de inconuenientes, determinè de hablar a su padre, pidiendosela por muger, enseñele mis perlas, manifestele mis dineros, dixele alabanças de mi ingenio, y de mi industria, no solo para conseruarlos, sino para aumentarlos; y con estas razones, y con el alarde, que le auia hecho de mis bienes, vino mas blando que vn guante a condescender con mi desseo, y mas quando vio, que yo no reparaua en dote, pues con sola la hermosura de su hija me tenia por pagado, contento, y satisfecho deste concierto, quedò Alonso despechado, Luyfa mi esposa rostrituerta, como lo

dieron

dieron a entender los sucesos que de allí a quinze dias acontecieron con dolor mio, y verguença suya, que fueron acomodarse mi esposa con algunas joyas, y dineros míos, con los quales, y con ayuda de Alfonso, que le puso alas en la voluntad, y en los pies, desapareció de Talauera, dexandome burlado, y arrepentido, y dando ocasion al pueblo, a que de su inconstancia, y bellaqueria en corrillos hablasten, hizome el agrauio acudir a la vengança, pero no hallè en quien tomarla, sino en mi propio, que con vn lazo estuue mil vezes por ahorcarme: pero la suerte, que quizá para satisfacerme de los agrauios, que me tiene hechos me guarda; ha ordenado, que mis enemigos ayan parecido presos en la carcel de Madrid de donde he sido auisado, que vaya a ponerles la demanda, y a seguir mi justicia; y así voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las máchas de mi honra, y cõ quitarles las vidas, quitar de sobre mis ombros la pesada carga de su de-

lito, que me trae aterrado, y cõsumido: viue Dios, que han de morir: viue Dios, que me he de végar: viue Dios, que ha de saber el mundo, q̄ no se disimular agrauios, y mas los q̄ son tan dañosos, que se entran hasta las medulas del alma, a Madrid voy, ya estoy mejor de mi cayda, no ay sino ponerme a cauallo, y guardense de mi hasta los mosquitos del ayre, y no me lleguen a los oydos ni ruegos de frayles, ni llátos de personas deuotas, ni promesas de bien intencionados coraçones, ni dadiuas de ricos, ni imperios ni mandamientos de Grandes, ni toda la caterua, q̄ suele proceder a semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito, como el azeyte sobre el agua, y diziendo esto, se yua a levantar muy ligero, para boluer a subir, y a seguir su viage; viendo lo qual Periandro, assiéndole del brazo, le detuvo, y le dixo: Vos, señor ciego de vuestra colera, no echays de ver, q̄ vays a dilatar, y a estender vuestra deshonra, hasta agora no estays mas des-

honrado

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

hórado de entre los que os conocen en Talauera, que deuen de ser bien pocos, y agora vays a serlo de los que os conoceran en Madrid: quereys ser como el labrador, que criò la viuora serpiente en el seno todo el Inuierno, y por merced del cielo quando llegò el Verano, donde ella pudiera aprouecharse de su ponçoña, no la hallò por que se auia ydo, el qual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso yrla á buscar, y voluerla á anidar en su casa, y en su seno, no mirando ser suma prudencia, no buscar el hombre, lo que no le está bien hallar, y a lo que comunmente se dize, que al enemigo que huye, la puente de plata, y el mayor, q̄ el hombre tiene, suele dezirse, que es la muger propria entre los gentiles, porque en la Religion Catolica, el casamiento, es Sacramento, que solo se defata con la muerte, o con otras cosas, que son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshazer el nudo cõ que ligados fue-

ron: que penlays, que os sucederá, quando la justicia os entregue á vuestros enemigos atados, y rendidos encima de vn teatro publico, à la vista de infinitas gentes, y á vos blandièdo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos dezis vuestra honra: que os puede suceder como digo, sino hazer mas publico vuestro agrauio, porque las venganças castigan, pero no quitan las culpas, y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad, siempre se estan en pie y siempre estan viuas en las memorias de las gentes, a lo menos en tanto que viue el agrauiado; assi, que señor volued en vos, y dando lugar a la misericordia, no corrays tras la justicia, y no os aconsejo por esto, á que perdoneys á vuestra muger, para voluella á vuestra casa, que á esto no ay ley, que os obligue, lo que os aconsejo es, que la dexeys, que es el mayor castigo, q̄ podreys

darle, vinid lexos della, y viui
 reys, lo que no hareys estando
 juntos, porque morireys con-
 tinuo. La ley del repudio fue
 muy vsada entre los Romanos
 y puesto, que seria mayor cari-
 dad, perdonarla, recogerla, su-
 frirla, y aconsejarla, es menes-
 ter tomar el pulso a la pacien-
 cia, y poner en vn punto estre-
 mado à la discreciõ, de la qual
 pocos se pueden fiar en esta vi-
 da, y mas quando la contra-
 tan inconuenientes, tantos, y
 tan pesados: y finalmente quie-
 ro, que confidereys, que vays a
 hazer vn pecado mortal, en
 quitarles las vidas, que no se
 ha de cometer por todas las ga-
 nancias, que la honra del mun-
 do ofrezca. Atento estuuõ a es-
 tas razones de Periandro el co-
 lerico Polaco, y mirandole de
 hito en hito, respondio: Tu se-
 ñor, has hablado sobre tus a-
 ños, tu discricion se adelanta a
 tus dias, y a la madurez de tu
 ingenio, á tu verde edad, vn
 Angel te ha mouido la lengua
 con la qual has ablandado mi
 voluntad, pues ya no es otra
 la que tengo, fino es la de vol-

uerme a mi tierra, adar gracias
 al cielo por la merced, que me
 has hecho, ayudame a leuan-
 tar, que si la colera me voluio
 las fuerças, no es bien que me
 las quite mi bien considerada
 paciencia. Effenos todos
 de muy buena gana, dixo An-
 tonio el padre, y ayudandole a
 subir en el macho, abraçando-
 les a todos primero, dixo, que
 queria voluer á Talauera à co-
 sas, que a su hazienda tocauan,
 y que desde Lisboa volueria
 por la mar a su patria, dioxoles
 su nombre, que se llamaua Or-
 tel Banedre, que respondia en
 Castellano, Martin Banedre, y
 ofreciendoseles de nueuo a su
 seruicio, voluio las riendas ha-
 zia Talauera, dexando á todos
 admirados de sus sucessos, y
 del buen donayre con que los
 auia contado: aquella noche la
 passaron los peregrinos en a-
 quel mismo lugar, y de alli a
 dos dias, en compaña de la an-
 tigua peregrina llegaron a la
 Sagra de Toledo, y á vista
 del celebrado Tajo, famoso
 por sus arenas, y claro por sus
 liquidos cristales.

CAPITULO

OCTAVO

Del Tercero Libro.

NO es la fama del rio Tajo tal, que la cierran limites, ni la ignoren las mas remotas gentes del mundo, que a todos se estiende, y a todos se manifiesta y en todos haze nacer vn deseo de conocerle, y como es uso de los Setentrionales, ser toda la gente principal versada en la lengua Latina, y en los antiguos poetas, eralo assi mismo Periandro, como vno de los mas principales de aquella nacion; y assi por esto, como por auer mostradole á la luz del mundo aquellos dias, las famosas obras del jamas alabado, como se deue, Poeta, Garcilaso de la Vega, y auerlas el visto, leydo, mirado, y admirado; assi como vio al claro rio, dixo, no diremos: Aqui dio fin a su cantar Salicio, sino: Aqui dio principio a su cantar Salicio: aqui sobrepujo

en sus eglogas, a si mismo: aqui resonò su çampoña, a cuyo son se detuuieron las aguas deste rio, no se mouieron las hojas de los arboles, y parandose los vientos, dieron lugar, a que la admiracion de su canto fuesse de lengua en lengua, y de gente en gentes, por todas las de la tierra: o venturosas, pues cristalinas aguas, doradas arenas; que digo yo doradas, antes de puro oro nacidas, recoged a este pobre peregrino, que como desde lexos os adora, os pienza reuerenciar desde cerca, y poniendo la vista en la gran ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo: O peñascosa pesadumbre, gloria de España, y luz de sus ciudades, en cuyo seno han estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para boluer a resucitar su muerta gloria, y a ser claro espejo, y deposito de Catolicas ceremonias: Salue pues, o ciudad santa, y dá lugar, que en ti le tengan estos, que venimos a verte. Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor

mejor Antonio el padre, si tambien como el lo supiera, porq̄ las lecciones de los libros muchas vezes hazen mas cierta esperiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, a causa, que el que vee con atencion, repara vna, y muchas vezes en lo que va leyendo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede a la leccion la visita; casi en este mismo instante resonò en sus oydos el son de infinitos, y alegres instrumentos, que por los valles, que la ciudad rodean se estendian, y vieron venir, àzia donde ellos estauan, esquadrones no armados de infanteria, sino montones de donzellas, sobre el mismo Sol hermosas, vestidas a lo villano, llenas de sartas, y patenas los pechos, en quien los corales, y la plata tenian su lugar, y assiento, con mas gala que las perlas, y el oro, que aquella vez se hurtò de los pechos, y se acogio a los cabellos que todos eran luengos, y rubios, como el mismo oro; venian, aunque sueltos, por las

espaldas, recogidos en la cabeza con verdes guirnaldas de olorosas flores; campeò aquel dia, y en ellas antes la palmita de Cuenca, que el damasco de Milan, y el raso de Florencia; finalmente la rusticidad de sus galas se auentajaua a las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraua la honesta mediania, se descubria assi mismo la estremada limpieça, todas eran flores, todas rosas, todas donayre, y todas juntas componian vn honesto movimiento, aunque de diferentes bayles formado, el qual movimiento era incitado del son de los diferentes instrumetos ya referidos; al rededor de cada esquadron andauan por defuera, de blanquissimo lienço vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabeças, muchos çagales, o ya sus parientes, o ya sus conocidos, o ya vezinos de sus mismos lugares, vno tocava el tamboril, y la flauta, otro el salterio, este las sonajas y aquel los albogues, y de todos estos sones redundaua vno solo, que alegrava con la con-

cordancia, que es el fin de la musica, y al passar vno destos esquadrones, ò junta de vayladoras donzellas por delante de los peregrinos, vno q̄ a lo q̄ despues parecio era el Alcalde del pueblo, assiò a vna de aquellas dōzellas del braço, y miradola muy bien de arriba a baxo, con voz alterada y de mal talante, la dixo: A Toçuelo, Toçuelo, y que de poca verguença os acompaña, vayles son estos, para ser profanados; fiestas son estas, para no llevarlas sobre las niñas de los ojos: no se yo, como consienten los cie los semejantes maldades, si esto ha sido con sabiduria de mi hija Clementa Coueña por Dios, que nos han de oyr los sordos: a penas acabò de dezir esta palabra el Alcalde, quando llegó otro Alcalde, y le dixo: Pedro Coueño, si os oyessen los sordos, seria hazer milagros, contentaos con que nosotros nos oygamos à nosotros, y sepamos en que os ha ofendido mi hijo Toçuelo, que si el ha dilinquido contra vos

justicia soy yo que le podre, y sabre castigar, a lo que respondió Coueño: El delinquimiento ya se vee, pues siendo varon va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, sino de donzella de su Magestad, en sus fiestas, porque veays Alcalde Toçuelo, si es mocosa la culpa, temome, que mi hija Coueña anda por aqui, porque estos vestidos de vuestro hijo, me parecen suyos, y no querria, que el diablo hiziesse de las suyas, y sin nuestra sabiduria los juntasse sin las bendiciones de la Yglesia, que ya sabeys, que estos casorios echos a hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal. A esto respondió, por Toçuelo vna donzella labradora, de muchas, que se pararon a oyr la platica: Si va a dezir la verdad señores Alcaldes, tan marida es Mari Coueña de Toçuelo, y el marido della, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre, ella está encinta, y no está para dançar ni vaylar, casenlos, y vayase el di

ablo para malo, y a quien Dios se la dio S. Pedro se la bendiga. Par Dios hija, respòdio Toçuelo, vos dezis muy bié, entrambos sò iguales, no es mas Christiano viejo el vno, que el otro, las riquezas se puedé medir cõ vna misma vara. Agora bien, replicò Coueño, llamen aqui a mi hija, que ella lo deslindará todo, que no es nada muda: vino Coueña, que no estaua le-xos, y lo primero que dixo fue Ni yo he sido la primera, ni serè la postrera, q̄ aya tropeçado y caydo en estos barrâcos, Toçuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdonenos Dios a entrambos, quando nuestros padres no quisieren. E sso si, hija, dixo su padre, la verguêça por los cerros de Vbeda, antes que en la cara, pero pues esto está ya hecho, bien serà que el Alcalde Toçuelo se sirua de que este caso passe a delante, pues vosotros no le aueys querido dexar atras. Par diez, dixo la donzella primera, q̄ el señor Alcalde Coueño ha hablado como vn viejo, dense estos niños las manos, si es, que no se

las há dado hasta agora, y queden para en vno, como lo manda la santa Yglesia nuestra madre, y vamos con nuestro vayle al olmo, que no se ha de estoruar nuestra fiesta por niñerías. Vino Toçuelo con el parecer de la moça, dieronse las manos los donzeles, acabose el pleyto, y passò el vayle adelante, que si con esta verdad se acobaron todos los pleytos, secas, y peladas estuieren las solicitas plumas de los escriuanos: quedaron Periandro, Auristella, y los demas peregrinos contententísimos de auer visto la pendencia de los dos amantes y admirados de ver la hermosura de las Labradoras donzellas, que parecia todas a vna mano que eran principio, medio, y fin de la humana belleza. No quiso Periandro, q̄ entrassen en Toledo, porque assi le lo pidió Antonio el padre, a quien aguijaua al desseo que tenia de ver a su patria, y a sus padres, que no estauan le-xos, diziêdo, que para ver las grandezas de aquella ciudad, conuenia mas tiempo, que el que su priessa

les ofrecia: por esta misma razon tampoco quisieron passar por Madrid, donde a la sazón estaua la Corte, temiendo algun estoruo, que su camino les impidiese, confirmòles en este parecer la antigua peregrina, diziendoles, que andauan en la Corte ciertos pequeños, que tenian fama de ser hijos de Grandes, que aunque paxaros noueles, se abatian al señuelo de qualquiera muger hermosa, de qualquiera calidad que fuesse, que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura, a lo que añadió Antonio el padre: Dessa manera será menester, que vsemos de la industria, que vsan las grullas, quando mudando regiones passan por el monte Limaou, en el qual las estan aguardando vnas aues de rapina, para que les siruan de pasto, pero ellas preuinendo este peligro, passan de noche, y lleuan vná piedra cada vna en la boca, para que les impida el canto, y escusen de ser sentidas, quanto mas, que la mejor industria, que podemos tener,

es, seguir la ribera deste famoso rio, y dexando la ciudad a mano derecha, guardando para otro tiempo el verla, nos vamos a Ocaña, y desde alli al Quintanar de la Orden, que es mi patria: viendo la peregrina el disñio del viage, q̄ a uia hecho Antonio, dixo, que ella queria seguir el suyo, que le venia mas a cuento; la hermosa Ricla le dio dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despido de todos, cortes, y agradecida: nuestros peregrinos passaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de Primavera, en vn mismo punto les puso la admiracion, y la alegria; vieron de yguales, y estendidas calles, a quien seruian de espaldas, y arrimos, los verdes, y infinitos arboles, tan verdes, que las hazian parecer de finissimas esmeraldas, vieron la junta, los besos, y abraços, que se dauan los dos famosos rios Henares, y Tajo, contemplaron sus fieras de agua; admiraron el concierto de sus jardines, y de la diuersidad de sus flores; vieron

sus estanques con mas pezes, que arenas, y sus esquisitos frutales, que por aliuir el peso a los arboles tendian las ramas por el suelo: finalmente, Periandro tuuo por verdadera la fama, que deste fitio por todo el mundo se esparcia; desde alli fuerõ a la villa de Ocaña, donde supo Antonio, que sus padres viuián, y se informò de otras cosas, que le alegrarõ, como luego se dirá.

CAPITULO

NONO.

Del Tercer Libro.

COn los ayres de su patria se regozijaron los espíritus de Antonio, y con el visitar a Nuestra Señora de Esperança, a todos se les alegrò el alma, Ricla, y sus dos hijos se alborozaron con el pensamiento de que auian de ver presto, ella a sus suegros, y ellos a sus abuelos, de quien ya se auia informado Antonio, que viuián a pesar del sentimiento, que la ausen-

cia de su hijo les auia causado, supo así mismo, como su contrario auia heredado el estado de su padre, y que auia muerto en amistad de su padre de Antonio, a causa, que con infinitas prueuas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se auia aueriguado, que no fue afrenta la que Antonio le hizo, por que las palabras, que en la pendencia passaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerça a las palabras, y las que se dicen con las espadas desnudas, no afrentan, puesto que agrauian: y assi el que quiere tomar vengança dellas, no se ha de entender, q̄ satisfaze su afrenta, sino que castiga su agrauio, como se mostrarà en este exemplo. Pro supongamos, que yo digo vna verdad manifesta: responde-me vn desalumbado, que miêto, y mentirè todas las vezes, que lo dixere, y poniendo mano a la espada, sustenta aquella desmentida, yo, que soy el desmentido, no tengo necesidad de boluer por la verdad que dixere, la qual no puede ser des-

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

desmentida en ninguna mane-
ra: pero castigare el poco res-
pito, que se me tuio, de modo
que el desmentido desta suerte
entrara en campo con otro,
sin que se le ponga por obie-
cion, que está afrentado, y que
no ha de entrar en campo con
nadie, hasta que se satisfaga,
porque como tengo dicho, es
grande la diferencia que ay en-
tre agrauio, y afrenta: en efe-
cto digo, que supo Antonio la
amistad de su padre, y de su cõ-
trario, y que pues ellos auian
sido amigos, se auria bien mi-
rado su causa: con estas buenas
nuevas con mas sosiego, y
mas contento se puso otro dia
en camino con sus camaradas,
a quien cõtò todo aquello que
de su negocio sabia, y que vn
hermano del que pensò ser su
enemigo, le auia heredado, y
quedado en la misma amisti-
dad con su padre que su herma-
no el muerto, fue parecer de
Antonio, que ninguno saliesse
de su orden, porque pensaua
darle a conocer a su padre, no
de improuiso, sino por algun
rodeo, que le aumentasse el

contento de hazerle conocido
aduiertiendo, que tal vez ma-
ta vna subita alegria, como
suele matar vn improuiso pe-
sar. De alli a tres dias llegaron
al crepusculo de la noche a su
lugar, y a la casa de su padre,
el qual con su madre, segun
despues parecio, estaua sen-
tado a la puerta de la calle, to-
mando, como dizen el fresco,
por ser el tiempo de los calu-
rosos del Verano; llegaron to-
dos juntos, y el primero que
hablò, fue Antonio a su mis-
mo padre: Ay por ventura, se-
ñor, en este lugar hospital de
peregrinos? Segun es Chris-
tiana la gente que le habita;
respondio su padre, todas las
casas del son hospital de pere-
grinos, y quando otra no hu-
uiera esta mia, segun su capa-
cidad, siruiera por todas, pren-
das tengo yo por effos mun-
dos a delante, que no se, si an-
daran agora buscando quien
las acoja. Por ventura, señor,
replicò Antonio, este lugar no
se llama el Quintanar de la Or-
den, y en el no viuen vn apelli-
do de vnos hidalgos, que se lla-

man Villaseñores , digolo , porque he conocido yo vn tal Villa señor bien lexos desta tierra , que si el estuuiera en esta , no nos faltara posada , á mi , ni a mis camaradas. Y como se llamaua hijo , dixo su madre , esse Villaseñor que dezis ? Llamauase Antonio , replicò Antonio , y su padre , segun me acuerdo , me dixo , se llamaua Diego de Villaseñor. Ay señor , dixo la madre , leuantandose de donde estaua , que esse Antonio es mi hijo , que por cierta desgracia ha al pie de diez y seys años , que falta desta tierra , comprado le tengo á lagrimas , pesado à suspiros , y grangeado con oraciones , plegue à Dios , que mis ojos le vean , antes , que descubra la noche de la eterna sombra. Dezidme , dixo , ha mucho que le vistes , ha mucho que le dexastes , tiene salud , piensa volver a su patria , acuerdase de sus padres , a quien poderá venir a ver , pues no ay enemigos , que se lo impidan , que ya no son sino amigos , los que le hizieron desterrar de su tierra ?

Todas estas razones escuchaua el anciano padre de Antonio , y llamando a grandes voces a sus criados , les mandò encender luzes , y que metiesse n dentro de casa , á aquellos honrados peregrinos , y llegando à su no conocido hijo , le abraçò estrechamente , diziendole : Por vos solo , señor , sin que otras nueuas os hiziesse el aposento , os le diera yo en mi casa , lleuado de la costumbre que tengo , de agafajar en ella á todos quantos peregrinos por aqui passan : pero agora con las regozijadas nueuas , que me aueys dado enfancharé la voluntad , y sobrepujaran los seruicios , que os hiziere á mis mismas fuerças . En esto ya los siruientes auian encendido luzes , y guiando los peregrinos dentro de la casa , y en mitad de vn gran patio , que tenia , salierõ dos hermosas , y honestas donzellas , hermanas de Antonio , que auian nacido despues de su ausencia , las quales , viendo la hermosura de Auristela , y la gallardia de Constança , su sobrina , con el

buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartauan de besarlas, y de bendezirlas, y quando esperauan que sus padres entrassen dentro de casa con el nuevo huésped, vieron entrar con ellos vn confuso monton de gente, que trahian en ombros sobre vna filla sentado vn hombre como muerto, que luego supieron ser el Conde, que auia heredado al enemigo, que solia ser de su tio: el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuydado de recibir los nuevos huéspedes, las turbò de manera, que no sabian a quien acudir, ni a quien preguntar la causa de aquel alboroto; los padres de Antonio acudieron al Conde herido de vna bala por las espaldas, que en vna rebuelta de dos compañias de soldados, que estauan en el pueblo aloxadas, auian tenido con los del lugar, y le auian passado por las espaldas el pecho, el qual viendose herido, mandò a sus criados, que le truxessen en casa de Diego de Villaseñor su amigo, y el traerle fue a tiempo, que co-

mençaua a hospedar a su hijo, a su nuera, y a sus dos nietos, y a Periandro, y a Auristela, la qual assiendo de las manos a las hermanas de Antonio, les pidio, que la quitassen de aquella confusion, y la lleuassen a algun aposento, donde nadie la viesse, hizieronlo ellas assi, siempre admitandose de nuevo de la sin par belleza de Auristela: Constança, a quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartar se de sus tias, que todas eran de vna misma edad, y casi de vna yguales hermosura, lo mismo le acontecio al mancebo Antonio, el qual olvidado de los respetos de la buena criança, y de la obligacion del hospedage, se atreuiò honesto, y regozijado, a abraçar a vna de sus tias, viendo lo qual vn criado de casa, le dixo: Por vida del señor peregrino, que tēga quedas las manos, que el señor desta casa no es hombre de burlas, sino a fè, que se las haga tener quedas ha despecho de su desuergonçado atreuimiento. Por Dios hermano,

respondió Antonio, que es muy poco lo que he hecho para lo que pienso hazer, si el cielo favorece mis deseos, que no son otros, que servir a estas señoras, y a todos los desta casa. Ya en esto auian acomodado al Conde herido en vn rico lecho, y llamado a dos Cirujanos, que le tomassen la sangre, y mirassen la herida, los quales declararon ser mortal, sin que por via humana tuuiesse remedio alguno. Estaua todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en esquadron formado se auian salido al campo, y esperauan, si fuesen acometidos del pueblo, dandoles la batalla, valia poco, para ponerlos en paz, la sollicitud, y la prudencia de los Capitanes, ni la diligencia Christiana de los Sacerdotes, y Religiosos del pueblo, el qual por la mayor parte se alborota de liuianas ocasiones, y crece, bien assi como van creciendo las olas del mar de blando viento mouidas, hasta que tomando el Regaçon el blando soplo del Zefiro, le mezcla con su Huracan, y las leuanta al cielo, el qual dando se priesa a entrar el dia, la prudencia de los Capitanes hizo marchar a sus soldados a otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus limites, a pesar del rigor, y mal animo, que cõtra los soldados tenian concebido. En fin, por terminos, y pausas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco a poco vino Antonio a descubrirse a sus padres, haziendole presente de sus nietos, y de su nuera, cuya presencia sacò lagrimas de los ojos de los viejos, y la belleza de Auristela, y gallardia de Periandro les sacò el pafmo al rostro, y la admiracion a todos los sentidos. Este placer tan grande como impropuiso; esta llegada de sus hijos tan no esperada, se la aguçò, turbò, y casi deshizo la desgracia del Conde, que por momentos yua empeorando, con todo esso le hizo presente de sus hijos, y de nueuo le hizo ofrecimiento de su casa, y de quãto en ella auia, que para su salud fuesse conueniente, por q̃

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

aun que quisiera mouerse, y llevarle á la de su estado, no fuera possible: tales eran las pocas esperanças, que se tenían de su salud, no se quitauan de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion Auristela, y Constança, que con la passion Christiana, y solitud possible eran sus enfermeras, puesto, que yuan contra el parecer de los cirujanos, que ordenauan le dexassen solo, a lo menos no acompañado de mugeres: pero la disposicion del cielo, que con causas a nosotros secretas, ordena, y dispone las cosas de la tierra, ordenò, y quiso, que el Conde llegasse al vltimo de su vida, y vndia antes, que della se despediesse, cierto ya de que no podia viuir, llamò á Diego de Villaseñor, y quedandose con el solo, le dixo desta manera: Yo sali de mi casa, con intencion de yr a Roma este año, en el qual el sumo Pontifice ha abierto las arcas del tesoro de la Yglesia y comunicadonos, como en año Santo las infinitas gracias, que en el suelen ga-

narfe, yua a la ligera, mas como peregrino pobre, que como Cauallero rico, entre en este pueblo, hallè trauada vna pendencia, como ya señor auueys visto, entre los soldados, que en el estauan aloxados, y entre los vezinos della, mezcleme en ella, y por reparar las agenas vidas, he venido á perder la mia, porque esta herida, que a traycion, si assi se puede dezir, me dieron, me la va quitando por momentos, no se quien me la dio porque las pendencias del vulgo traen consigo a la misma confusion, no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia, o por vengança quisiere castigarfe, con todo esto, por hazer lo que en mi es, y todo aquello que de mi parte puedo, como Cauallero, y Christiano, digo, que perdono á mi matador, y a todos aquellos que con el tuieron culpa, y es mi voluntad assi mismo de mostrar, q̄ soy agradecido al bien que en vuestra casa me auueys hecho, y la muestra,

que he de dar de este agradecimiento, no será assi como quiera, sino con el mas alto extremo, que pueda imaginarse, en estos dos baules que ahi estan, donde lleuaua recogida mi recamara, creo, que van hafta viente mil ducados en oro, y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca fuera la grande, que encierra las entrañas de Potosí, hiziera della lo mismo, que desta hazer quiero, tomalda, señor en vida, o hazed, que la tome la señora doña Constança vuestra nieta, que yo se lo doy en arras, y para su dote, y mas que le pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradissima, juntamente con quedar donzella hórada: llamadla aqui, y traed quien me despose con ella, que su valor, su Christiandad, su hermosura, merecian hazerla señora del vniuerso, no os admire señor, lo que oys, creed lo que os digo, que no será nouedad disparatada, casarse vn titulo con vna donzella hi-

jadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes, que pueden hazer a vna muger famosa, esto quiere el cielo, á esto me inclina mi voluntad, por lo que deueys al ser discreto, que no lo estorue la vuestra, yd luego, y sin replicar palabra, traed, quien me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, assi de la entrega destas joyas, y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no aya calumnia que la deshaga. Pasmose a estas razones Villaseñor, y creyo sin duda alguna, que el Conde auia perdido el juyzio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, o se dizen grandes sentencias, o se hazen grandes disparates; y assi lo que le respondió fue: Señor, yo espero en Dios, que tendreys salud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreys ver las riquezas que days, y la muger que escogeys, mi nieta no es vuestra ygual, o

alomenos no está en potencia propinqua, fino muy remota de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta hōra, que quereys hazerme, con lo que dirá el vulgo, casi siempre mal intencionado, del qual ya me parece, que dize, que os tuue en mi casa, que os trastornè el sentido, y que por vias de la sollicitud codiciosa, os hize hazer esto. Diga lo que quisiere, dixo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedara engañado, en lo que de vos pensare. Alto pues, dixo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, que no quiera abrir a la buena suerte, que està llamando a las puertas de mi casa, y con esto se salio del aposento, y comunicò lo que el Conde le auia dicho con su muger, con sus nietos, y con Periandro, y Auristela, los quales fueron de parecer, que sin perder punto, assiessen a la ocasion por los cabellos, que les ofrecia, y truxessen quien lleuasse al cabo aquel negocio: hizose assi, y en menos de

dos horas, ya estaua Costança desposada con el Conde, y los dineros, y joyas en su possessiō con todas las circunstancias, y reualidaciones que fueron possible hazerse; no huuo musicas en el desposorio, sino llantos, y gemidos, porque la vida del Conde se yua acabado por momentos: finalmente otro dia despues del desposorio, recibidos todos los Sacramentos, murio el Conde en los braços de su esposa la Condesa Costança, la qual cubriendose la cabeça con vn velo negro, hincada de rodillas, y leuantando los ojos al cielo, començò a dezir. Yo hago voto, pero apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo: *Que voto quereys hazer, señora? De ser monja,* respòdio la Cōdessa. Sedlo, y no le hagays, replicò Auristela, tan repentinamente, que las obras de seruir a Dios no han de ser precipitadas, ni que parezcá, que las mueuen accidentes, y este de la muerte de vuestro esposo, quiça os hara prometer lo que despues, o no podreys, o

no querreys cumplir, dexad en las manos de Dios, y en las vuestras, vuestra volúntad, que así vuestra discrecion, como la de vuestros padres, y hermanos os sabrà aconsejar, y encaminar en lo que mejor os estuviere, y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo Condesa tan sin pensarlo, os sabrà, y querrá dar otro titulo, que os honre, y os engrandezca con mas duracion que el presente. Rindiose a este parecer la Condesa, y dando traças al entierro del Conde, llegò vn su hermano menor, a quien ya auian ydo las nuevas a Salamanca, donde estudiaua llorò la muerte de su hermano, pero enjugaronle presto las lagrimas, el gusto de la herencia del Estado, supo el hecho, abraçò a su cuñada, no contradixo a ninguna cosa, depositò a su hermano, para llevarle despues a su lugar, partiose a la Corte, para pedir justicia contra los matadores, anduvo el pleyto, degollaron a los Capitanes, y castigaron

muchos de los del pueblo, que dòse Costança con las arras, y el titulo de Condesa, aperciòse Periandro para seguir su viage, a quíe no quisieron acompañar Antonio el padre, ni Rica su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cãfaron a Antonio el hijo, ni a la nueva Condesa, que no fue posible dexar la compañía de Auristela, ni de Periandro. A todo esto nunca auia mostrado a su abuelo el lienço, donde venia pintada su historia, enseñòse vn dia Antonio, y dixo que faltaua alli de pintar los pasos por dõde Auristela auia venido a la isla Barbara, quando se vieron ella, y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y el en el de hembra, Metamorfosis, bien extraño, a lo que Auristela dixo, que en pocas razones lo diria, que fue, que quando la robaron los Piratas de las riberas de Dinamarca, a ella, Cloelia, y a las dos pescadoras, vieron a vna isla despoblada a repartir la presa entre ellos, y no pudiendose hazer el re-

partimiento con ygualdad, vno de los mas principales se contentò, con que por su parte le diessen mi persona, y aun añadió dadiuas para ygualar la demasia, entré en su poder sola, sin tener, quien en mi desventura me acompañasse, que de las miserias suele ser alivio la compañía, este me vistio en hábitos de varon, temeroso, que en los de muger no me folicitasse el viento, muchos dias anduue con el peregrinando por diuersas partes, y firuiendole en todo aquello, que a mi honestidad no ofendia: finalmente vn dia llegamos a la isla Barbara, donde de improuiso fuymos presos de los Barbaros, y el quedò muerto en la refriega de mi prision, y yo fuy trayda á la cueua de los prisioneros, donde halle a mi amada Cloelia, que por otros no menos desventurados pasos alli auia sido trayda, la qual me contò la condicion de los Barbaros, la vana supersticion que guardauan, y el assunto ridiculo, y falso de su falsa profecia: di-

xome assi mismo, que tenia barruntos, de que mi hermano Periandro auia estado en aquella sima, à quien no auia podido hablar, por la priessa que los Barbaros se dauan á sacarle, para ponerle en el sacrificio, y que auia querido acompañarle, para certeficarse de la verdad, pues se hallaua en hábitos de hombre, y que assi rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estoruauan, salio con su intento, y se entregò de toda su voluntad, para ser sacrificada de los Barbaros, persuadiendose, ser bien de vna vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla á peligro de perderla por momentòs, y que no tenia mas que dezir, pues sabian, lo que desde aquel punto le auia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienço, pero todos fueron de parecer, que no solamente se añadiesse, sino, que aun lo pintado se borrasse, porque tan grandes, y tan no vistas cosas, no eran para andar

andar en lienços de uiles, fino en laminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes grauadas. Con todo esso quiso Villaseñor quedarse con el lienço, si quiera, por ver los bien sacados retratos de sus nietos, y la fin y equal hermosura, y gallardia de Auristela, y Periandro. Algunos dias se passaron, poniendo en orden su partida para Roma, desseos de ver cumplidos los votos de su promessa, quedose Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueva Condessa, que como queda dicho, la aficion que a Auristela tenia, la lleuara no solamente á Roma, sino al otro mundo, si para allà se pudiera hazer viage en compañía: llegose el dia de la partida, donde huuo tiernas lagrimas, y apretados abraços, y dolientes suspiros, especialmente de Ricla, que en ver partir á sus hijos se le partia el alma, echoles su bendicion su abuelo á todos, que la bendicion de los ancianos parece, que tiene prerogatiua de mejorar los su-

cessos, lleuaron consigo a vno de los criados de casa, para que los siruiesse en el camino, y puestos en el, dexaron soledades en su casa, y padres, y en compañía entre alegre, y triste, siguieron su viage.

CAPITULO

DECIMO.

Del Tercer Libro.

LAS peregrinaciones largas siempre traen consigo diuersos acontecimientos, y como la diuersidad se compone de cosas diferentes, es forçoso que los casos lo sean: bien nos lo muestra esta historia, cuyos acontecimientos nos cortan su hilo, poniendonos en duda, dō de sera bien anudarle, porque no todas las cosas que suceden son buenas para contadas y podrian passar sin serlo, y sin quedar menoscabada la historia: acciones ay, q̄ por grandes deué de callarse, y otras q̄ por baxas no deuen dezirse, puesto que es excellencia de la historia

que qualquiera cosa que en ella se escriuia, puede passar al sabor de la verdad, que trae consigo, lo que no tiene la fabula, a quien conuiene guiffar sus acciones con tanta puntualidad, y gusto, y con tanta verisimilitud, que a despecho, y pesar de la mentira, que haze dissonancia en el entendimiento, forme vna verdadera armonia. A prouechandome pues desta verdad, digo, que el hermoso esquadron de los peregrinos, profiguiendo su viage, llegô a vn lugar no muy pequeño, ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaça del, por quien forçosamente auian de passar, vieron mucha gente junta, todos atentos, mirando, y escuchando a dos mancebos que en trage de recién rescitados de cautiuos estauan, declarando las figuras de vn pintado lienço, que tenian tendido en el suelo; parecia, que se auian descargado de dos pesadas cadenas, que tenian junto a si, insignias, y relatoras de su pesada desventura, y vno de-

llos, que denia de ser de hasta ventiquatro años, con voz clara, y en todo extremo esperta lengua, crugiendo de quando en quando vn carbacho, o por mejor dezir açote, que en la mano tenia, le sacudia de manera, que penetraua los oydos, y ponía los estallidos en el cielo, bien así como haze el cochero, que castigando, o amenazando sus caualllos, haze resonar su latigo por los ayres. Entre los que la larga platica escuchauan, estauan los dos Alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tanto el vno como el otro: por donde comenzó su arenga el libre cautiuo, fue diziendo: Esta señores, que aqui veys pintada, es la ciudad de Argel, gomía, y tarasca de todas las riberas del mar Mediterraneo, puerto vniuersal de cosarios, y amparo, y refugio de ladrones, q̄ deste pequeño puerto, que aqui va pintado, salen cō sus bageles a inquietar el mūdo, pues se atreue a passar el plus vltra de las columnas de Hercules, y a acometer, y robar las apartadas is-

que por estar rodeadas del inmenso mar Oceano, pensauan estar seguras, alomenos de los baxeles Turquescos: este baxel que aqui veys reduzido a pequeño, porque lo pide assi la pintura, es vna galeota de ventidos bancos, cuyo dueño, y Capitan es el Turco, que en la crugia va en pie con vn braço en la mano, que cortò a aquel Christiano, que alli veys, para que le sirua de rebenque, y açote a los demas Christianos, q̄ van amarrados a sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro galeras, que aqui veys, que le van entrando, y dando caça: aquel cautiuo primero del primer banco, cuyo rostro le desfigura la sangre, que se le ha pegado de los golpes del braço muerto, soy yo, que seruia de espalder en esta galeota, y el otro que está junto a mi, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado: escuchad, señores, y estad atentos, quiçá la aprehension deste lastimero cuento, os llevará a los oydos las amenazadoras, y vitupe-

rosas voces, que ha dado este perro de Dragut, que assi se llamaua el Arraez de la galeota, coffario tan famoso, como cruel, y tan cruel como Falaris, o Bufiris tiranos de Sicilia, alomenos a mi me suena agora el rospeni, el manahora, y el denimaniyoc, que con corage endiablado va diziendo, que todas estas son palabras, y razones Turquescas, encaminadas a la deshonra, y vituperio de los cautiuos Christianos, llamanlos de Iudios, hombres de poco valor, de fè negra, y de pensamientos viles, y para mayor horror, y espanto, con los braços muertos açotan los cuerpos viuos. Parece ser, que vno de los dos Alcaldes auia estado cautiuo en Argel mucho tiempo, el qual con baxa voz dixo a su compañero: Este cautiuo hasta agora parece, que va diziendo verdad, y que en lo general no es cautiuo falso, pero yo le examinaré en lo particular, y veremos como da la cuerda, porque quiero q̄ sepays, que yo yua dentro desta galeota, y no me acuerdo de

auerle conocido por espalder della , sino fue á vn Alonso Moclín, natural de Velezmálaga, y voluiendose al cautiuo, le dixo; Dezidme amigo, cuyas eran las galeras, que os dauan caça, y si cõseguistes por ellas la libertad desseada? Las galeras, respondió el cautiuo, eran de don Sancho de Leyua, la libertad no la conseguimos, por que no nos alcançaron, tuuimos la despues, porque nos alcançamos con vna galeota, que desde Sargel, yua á Argel cargada de trigo, venimos á Oran con ella, y desde alli á Málaga, de donde mi compañero y yo nos pusimos en camino de Italia, con intencion de ser uir a su Magestad, que Dios guarde, en el exercicio de la guerra. Dezidme amigos, replicò el Alcalde, cautiuastes juntos, lleuaron os á Argel del primer boleó, ò á otra parte de Berberia? No cautiuamos juntos, respondió el otro cautiuo, porque yo cautiue junto á Alicante en vn nauio de lanas, que passaua á Genoua, mi compañero en los Percheles

de Malaga, a donde era pescador, conocimonos en Tetuan, dentro de vna mazmorra, hemos sido amigos, y corrido vna misma fortuna mucho tiempo, y para diez, o doze quartos, que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienço, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho señor galan, replicò el Alcalde, que aun no está dadas las vueltas de la mancuera, escuche-me, y digame: quantas puertas tiene Argel, y quantas fuentes, y quantos poços de agua dulce? La pregunta es boba, respondió el primer cautiuo: tantas puertas tiene, como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las se, y tantos poços, que no los he visto, y los trabajos, que yo en el he passado, me han quitado la memoria de mi mismo, y si el señor Alcalde quiere yr contra la caridad Christiana, recogere-mos los quartos, y alçaremos la tienda, y á Dios aho, que tan buen pan hazen aqui como en Francia. Entonces el Alcalde llamó a vn hombre de los

que estauan en el corro, que al parecer seruia de pregone-ro en el lugar, y tal vez de ver-dugo, quando se le ofrecia, y dixole Gil Berrueco, yd à la plaza, y traedme aqui luego los primeros dos años que to paredes, que por vida del Rey nuestro señor, que han de pas-sear las calles en ellos estos dos señores cautiuos, que con tanta libertad quieren vsurpar la limosna de los verdaderos pobres, contandonos mentiras, y embelecocos, estando sanos como vna mançana, y con mas fuerças para tomar vna azada en la mano, que no vn corbacho para dar estallidos en seco, yo he estado en Argel cinco años esclauo, y se, que no me days señas del en ninguna cosa de quantas aueys dicho. Cuerpo del mundo, respondió el cautiuo, es possible, que ha de querer el señor Alcalde, que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por vna niñerria, que no importa tres arditos, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes

como nosotros, y juntamente quitar à su Magestad dos valientes soldados, que yuamos a estas Italias, y a estos Flandes, a romper, a destroçar, a herir, y a matar los enemigos de la santa Fè Catolica, que topamos, porque si vá a dezir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor Alcalde, que nosotros no somos cautiuos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad, y en lo mejor de nuestros estudios nos vino gana de ver mundo, y de saber à que sabia la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz: para facilitar, y poner en obra este desseo, acertaron à passar por alli vnos cautinos que tambien lo deuián de ser falsos como nosotros agora, les cópramos este lienço, y nos informamos de algunas cosas de las de Argel: que nos pareció ser vastantes, y necessarias para acreditar nuestro embelecoco vendimos nuestros libros, y nuestras alajas à menosprecio, y cargados cõ esta mercaderia, hemos llegados hasta aqui

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

pensamos passar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hazer es, replicò el Alcalde, daros cada cien açotes, y en lugar de la pica que vays a arrastrar en Flandes, poner os vn remo en las manos, que le cimbreys en el agua en las galeras con quien quiça hareys mas seruicio a su Magestad, que cõ la pica. Querrase, replicò el moço hablador, mostrar agora el señor Alcalde ser vn Legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue a los oydos de los señores del Consejo, donde acreditandole con ellos, le tengan por seuerò, y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su seueridad, y su justicia: pues sepa el señor Alcalde, que summum ius, summa iniuria. Mirad como hablays hermano, replicò el segundo Alcalde, que aqui no ay justicia con luxuria, que todos los Alcaldes deste lugar han sido, son, y seran limpios, y castos como el pelo de la massa, y hablad menos, que os sera sano.

Boluio en esto el pregonero, y dixo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaça asnos ningunos, sino a los dos Regidores Berrueco, y Crespo, que andan en ella passeándose? Por asnos os embie yo majadero, que no por Regidores: pero bolued, y traeldos acá por si, o por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo, hartos ay en este lugar. No le tendrá vuessa merced, señor Alcalde, en el cielo, replicò el moço, si passa adelante con esta regularidad: por quien Dios es, que vuessa merced considere, que no emos robado tanto, que podemos dar a censo, ni fundar ningun mayoraçgo, apenas grangeamos el misero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales, y jornaleros: mis padres no nos enseñaron oficio alguno; y assi nos es forçolo, que remitamos a la industria, lo que auiamos de

remidir a las manos, si tuvieramos oficio: castiguenle los escaladores de casas, los saltadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la Republica, los ociosos, y baldios en ella, que no sirven de otra cosa, que de acrecentar el numero de los perdidos, y dexen a los miseros, que van su camino derecho a servir a su Magestad con la fuerza de sus brazos, y con la agudeza de sus ingenios, porque no ay mejores soldados, que los que se traen plantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra, ninguno salio de estudiante para soldado, que no lo fuese por extremo, porque quando se auienen, y se juntan las fuerzas con el ingenio, y el ingenio con las fuerzas, hazen vn compuesto milagroso, cō quē Marte se alegra, la paz se sustenta, y la Republica se engrandeze. Admirado estaua Perian dro, y todos los mas de los circunstantes, assi de las razones del moço, como de la velocidad con que hablaua, el qual

prosiguiendo, dixo: Espulguenos el señor Alcalde, mirenos, y remirenos, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seys reales, no solo nos madae dar ciento, sino seys cuētos de açotes; veamos pues si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interes merece ser castigada con afrentas, y martirizada con galeras; y assi otra vez digo, que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje, y precipite apasionadamente, a hazer, lo que despues de hecho quizá le causara pesadumbre; los juezes discretos castigan, pero no tomā vengança de los delitos, los prudentes, y los piadosos mezclan la equiedad con la justicia, y entre el rigor, y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dixo el segundo Alcalde, que este mancebo ha hablado bien, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de sentir, que los açoten, sino que los tengo de llevar a mi casa, y ayudarles para su camino,

con condicion, que le lleuen derecho, sin andar furcando la tierra de vna en otras partes, porque si assi lo hiziesfen, mas parecerian viciosos, que necesitados. Ya el primer Alcalde manso, y piadoso, blando, y compassiuo, dixo: No quiero que vayan á vuestra casa, sino a la mia, donde les quiero dar vna licion de las cosas de Argel, tal, que de aqui a delante ninguno les coga en mal Latin, en quanto a su fingida historia: los cautiuos se lo agradecieron, los circunstantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento del buen despacho del negocio. Voluiose el primer Alcalde a Periandro y dixo: Vosotros señores peregrinos, traeys algun lienço que enseñaros, traeys otra historia, que hazernos creer por verdadera, aunque la aya compuesto la misma mentira. No respondió nada Periandro, porque vio que Antonio sacaua del seno las patentes, licencias, y despachos que lleuauan para seguir su viage, el

qual los puso en manos del Alcalde, diziendole: Por estos papeles podrá ver vueſſa merced quien somos, y adonde vamos, los quales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla, y assi como á caminantes libres nos podian dexar passar libremente. Tomò el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer se los dio á su compañero, que tan poco lo sabia, y assi pararon en manos del escriuano, que passando los ojos por ellos, breuemente se los voluio á Antonio, diziendo: Aqui señores Alcaldes, tanto valor ay en la bondad destos peregrinos, como ay grandeza en su hermosura, si aqui quisieren hazer noche, mi casa les seruirá de meson, y mi voluntad de alcaçar donde se recojan: voluiole las gracias Periandro, quedaron-se alli aquella noche por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del escriuano con amor, con abundancia, y con limpieça.

CAPITULO

ONZE.

Del Tercero Libro.

Legose el dia, y con el los agradecimientos del hospedage, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautiuos falsos, que dixeron q̄ yuan industriados del Alcalde, de modo, que de alli a delante no los podian coger en mentira, á cerca de las cosas de Argel, que tal vez dixo el vno, digo, el que hablaua mas, que el otro, tal vez dixo, se hurta con autoridad, y aprouacion de la justicia, quiero dezir, que alguna vez los malos ministros della se hazen á vna con los delinquentes, para que todos coman: llegaron todos juntos donde vn camino se diuidia en dos, los cautiuos tomaron el de Cartagena; y los peregrinos el de Valencia, los quales otro dia al salir de la Aurora, que por los balcones del Oriente se assomaua, barriendo el

cielo de las estrellas, y adereçando el camino por donde el Sol auia de hazer su acostumbra da carrera, Bartolome, que assi creo se llamaua el guiador del vagaje, viendo salir el Sol tan alegre, y regozijado, bordando las nubes de los cielos con diuersas colores, de manera, que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre, y mas hermosa á la vista, y con rustica discrecion, dixo: Verdad deuio de dezir el Predicador, que predicaua los dias passados en nuestro pueblo, quando dixo, que los cielos, y la tierra anunciauan, y declarauan las grandezas del Señor: par diez, que si yo no conociera a Dios, por lo que me han enseñado mis padres, y los sacerdotes, y ancianos de mi lugar, le viniera á rastrear, y conocer, viendo la inmensa grandeza destos cielos, que me dizen, que son muchos, o alomenos, que llegan á onze, y por la grandeza deste Sol, que nos alumbra, que con no parecer mayor que vna rodela, es muchas vezes mayor, que toda la tierra, y mas, q̄ con

Hist de Persiles, y Sigismunda.

ser tan grande, afirman, que es tan ligero, que camina en ventiquatro horas, mas de trecientas mil leguas, la verdad que sea, yo no creo nada desto, pero dicenlo tantos hombres de bien, que aunque hago fuerza al entendimiento, lo creo: pero de lo que mas me admiro es, que debaxo de nosotros ay otras gentes, a quien llaman Antipodas, sobre cuyas cabeças, los que andamos acá arriba traemos puestos los pies, cosa, que me parece imposible, que para tan gran carga como la nuestra, fuera menester, que tuvieran ellos las cabeças de bronce: ríose Periandro de la rustica Astrologia del moço, y dixole: Buscar querria razones acomodadas, o Bartolome, para darte a entender el error en que estás, y la verdadera postura del mundo, para lo qual era menester tomar muy de atras sus principios, pero acomodandome con tu ingenio, abrè de coartar el mio, y dezirte sola vna cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible, que la

tierra es centro del cielo, llamo centro vn punto indiuisible, a quien todas las lineas de su circunferencia van a parar, tampoco me parece, que has de entender esto; y asì dexando estos terminos, quiero, que te contentes con saber, q̄ toda la tierra tiene por alto el cielo, y en qualquier parte de ella, donde los hombres esten, han de estar cubiertos con el cielo; asì, que como a nosotros el cielo que ves nos cubre, asì mismo cubre a los Antipodas, que dicen, sin estoruo alguno, y como naturalmente lo ordenò la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, Criador del cielo, y de la tierra. No se descontentò el moço de oyr las razones de Periandro, que tambien dieron gusto a Auristela, a la Condesa, y a su hermano. Con estas, y otras cosas yua enseñando, y entreteniendo el camino Periandro, quando a sus espaldas llegò vn carro acompañado de seys arcabuzeros a pie, y vno que venia a cauallo con vna escopeta pendiente del arçon delantero, lle-

gandose a Periandro dixo: Si por ventura, señores peregrinos, lleuays en este repuesto alguna conserua de regalo, que yo creo, que si deueys de llevar, porque vuestra gallarda presencia, mas de Caualleros ricos, que de pobres peregrinos os señala, si la lleuays dadmela, para socorrer con ella a vn desmayado muchacho, que va en aquel carro condenado a galeras por dos años, con otros doze soldados, que por auerse hallado en la muerte de vn Conde los dias passados, van condenados al remo, y sus Capitanes por mas culpados, creo que estan sentenciados a degollar en la Corte. No pudo tener a esta razon las lagrimas la hermosa Costança, porque en ella se le representò la muerte de su breue esposo: pero pudiendo mas su Christiandad, que el desseo de su vengança, acudio al bagaje, y sacò vna caxa de conserua, y acudiendo al carro, preguntò: Quien es aqui el desmayado, a lo que respondió vno de los solda-

dos: Alli va echado en aquel rincón, vntado el rostro con el sebo del timón del carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, quando el se muera, que sera bien presto segun està pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alçò el rostro el vntado moço, y alçandose de la frente vn roto sombrero, que toda se la cubria, se mostrò feo, y fuzio a los ojos de Costança, y alargando la mano para tomar la caxa, la tomò, diciendo: Dios os lo pague, señora, boluio a encaxar el sombrero, y boluio a su melancolia, y a arrinconarse en el rincón, dõde esperaba la muerte. Otras algunas razones passaron los peregrinos cõ las guardas del carro, q se acabarõ, cõ apartarse por diferentes caminos. De alli a algunos dias llegò nuestro hermoso esquadro a vn lugar de Moriscos, q estaua puesto como vna legua de la marina, en el Reyno de Valécia, hallaron en el, no meson en q aluergarse, sino todas las casas del lugar con agradable

hospicio los combidauan ,
viendo lo qual Antonio , di-
xo: Yo no se , quien dize mal
desta gente , que todos me pa-
recen vnos santos. Con pal-
mas , dixo Periandro , recibie-
ron al Señor en Ierusalen , los
mismos , que de alli a pocos
dias le pusieron en vna Cruz ;
agora bien a Dios , y a la ven-
tura , como dezirse suele , ace-
temos el combite , que nos ha-
ze este buen viejo , que con su
casa nos combida , y era assi
verdad , que vn anciano Moris-
co , casi por fuerça , assiendos-
los por las esclauinas los me-
tio en casa , y dio muestras de
agafarlos , no Morisca , sino
Christianamente : salio a ser-
uirlos vna hija suya , vestida en
trage Morisco , y en el tan her-
mosa , que las mas gallardas
Christianas tuuieran a ventu-
ra el parecerla : que en las gra-
cias , que naturaleza reparte ,
tambien suele fauorecer a las
Barbaras de Citia , como a las
ciudadanas de Toledo : esta
pues hermosa , y mora , en len-
gua Aljamiada , assiendo à Cos-
tança , y à Auristela de las ma-

nos , se encerrò con ellas en v-
na sala baxa , y estando solas ,
sin soltarles las manos , reca-
tadamente mirò a todas par-
tes , temerosa de ser escucha-
da , y despues que huuo assegura-
do el miedo , que mostraua ,
las dixo: Ay , señoras , y como
auéis venido como mansas , y
simples ouejas al matadero :
veys este viejo , que con ver-
guença digo , que es mi padre ,
veysle tan agafador vuestro ,
pues sabed , que no pretende
otra cosa , sino ser vuestro ver-
dugo , esta noche se han de lle-
uar en peso , si assi se puede de-
zir , diez y seys vaxeles de cof-
farios Berberiscos a toda la
gente de este lugar con todas
sus haciendas , sin dexar en el
cosa , que les mueua , a volver
a buscarla : piensan estos des-
venturados , que en Berberia
está el gusto de sus cuerpos ,
y la saluacion de sus almas , sin
aduertir , que de muchos pue-
blos , que allá se han passado
casi enteros , ninguno ay , que
dè otras nueuas , sino de arre-
pentimiento , el qual les vie-
ne juntamente con las quejas

de su daño: los Moros de Berberia pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los moriscos de esta, y dan en los lazos de su desventura, si quereys estoruar la vuestra, y conseruar la libertad, en que vuestros padres os engendraron, salid luego de esta casa, y acogedlos a la Iglesia, que en ella hallareys, quien os ampare, que es el Cura, que solo el, y el Escriuano son en este lugar Christianos viejos: hallareis tambien alli al Xadraque Xarife, que es vn tio mio, Moro solo en el nombre, y en las obras Christiano, contaldes, lo que passa, y dezid, que os lo dixo Rafala, que con esto sereys creydos, y amparados, y no lo echeys en burla, si no quereys, que las veras os defenganen a vuestra costa, que no ay mayor engaño, que venir el defengaño tarde. El susto las acciones, con que Rafala esto dezia, se assentò en las almas de Auristela, y de Constança, de manera que fue crey-

da, y no le respondieron otra cosa, que fuesse mas que agradecimiento. Llamaron luego a Periandro, y à Antonio, y contandoles, lo que passaua, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa, con todo lo que tenían. Bartolome que quisiera mas descansar, que mudar de posada, pesòle de la mudança, pero en efeto obedecio a sus señores: llegaron a la Iglesia, donde fueron bien recibidos del Cura, y del Xadraque, a quien contaron, lo que Rafala les auia dicho. El Cura dixo: Muchos dias ha, señores, que nos dan sobrelalto con la venida de estos vaxeles de Berberia, y aunque es costumbre suya, hazer estas entradas, la tardança de esta mentia ya algo descuydado: entrad, hijos, que buena torre tenemos, y buenas, y ferradas puertas la Iglesia, que fino es muy de proposito no pueden ser derribadas, ni abrassadas. Ay, dixo a esta sazón el Xadraque, si han de ver

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

mis ojos, antes que se cierren, libre esta tierra destas espinas y malezas, que la oprimen, ay quando llegará el tiempo en que se vera España de todas partes entera, y maciza en la Religion Christiana, que ella es vn rincon del mundo, donde está recogida, y venerada la verdadera verdad de Christo: Morisco soy, señores, y oxala que negarlo pudiera, pero no por esto dexo de ser Christiano, que las diuinas gracias las da Dios, a quien el es seruido, el qual tiene por costumbre, como vosotros mejor sabeys, de hazer salir su Sol sobre los buenos, y los malos, y llouer sobre los justos, y los injustos. O quando veremos desterrados los Moriscos de España, bien assi como el que arroja de su seno la serpiente, que le está royendo las entrañas, o bien assi como quien aparta la neguilla del trigo, o escarda, o arranca la mala yerua de los sembrados, ven ya, o venturoso Rey prudente, y pon en execucion el gallardo decreto de este destierro, sin

que se te oponga el temor, que ha de quedar esta tierra desierta, y sin gente, y el de que no sera bien, la que en efeto está en ella bautizada, que aunque estos sean temores de consideracion, el efeto de tan grande obra los hara vanos, mostrando la experiencia dentro de poco tiempo, que con los nuevos Christianos viejos que esta tierra se poblare, se boluera a fertilizar, y a poner en mucho mejor punto, que agora tiene: tendran sus señores, si no tantos, y tan humildes vassallos, seran, los que tuuieren, Catholicos, con cuyo amparo estaran estos caminos seguros, y la paz podra llevar en las manos las riquezas, sin que los salteadores se las lleuen. Esto dicho, cerraron bien las puertas, fortalezieronlas con los bancos de los asientos, subieronse a la torre, alzaron vna escalera leuadiça, lleuòse el Cura consigo el santissimo Sacramento en su relicario, proueyeronse de piedras, armaron dos escopetas, dexò

dexò el bagage mondo, y desnudo a la puerta de la Iglesia Bartolome el moço, y encerròse con sus amos, y todos con ojo alerta, y manos listas, y con animos determinados estuuieron esperando el assalto, de quien auisados estauan por la hija del Morisco. Passò la media noche, que la midio por las estrellas el Cura, tendia los ojos por todo el mar, que desde alli se parecia, y no auia nube, que con la luz de la Luna se pareciesse, que no pensasse, sino que fuesen los baxeles Turquescos, y aguijando a las campanas, començò a repicallas tan a pricissa, y tan rezio, que todos aquellos valles, y todas aquellas riberas retumbauan, a cuyo son los atajadores de aquellas marinhas se juntaron, y las corrieron todas, pero no aprouechò su diligencia, para que los baxeles no llegassen a la ribera, y echassen la gente en tierra. La del lugar que los esperaua, cargados con sus mas ricos, y mejores alhajas, adonde fue-

ron recibidos de los Turcos con grande grita, y algaçara, al son de muchas dulçaynas, y de otros instrumentos, que puesto que eran belicos, eran regozijados, pegaron fuego al lugar, y assi mismo a las puertas de la Iglesia, no para esperar a entrarla, sino por hacer el mal, que pudiesen: dexaron a Bartolome a pie, porque le dejarretaron el bagage, derribaron vna Cruz de piedra, que estaua a la salida del pueblo, llamando a grandes voces el nombre de Mahoma, se entregaron a los Turcos ladrones pacificos, y deshonestos publicos, desde la lengua del agua, como dizen, començaron a sentir la pobreza, que les amenazaua su mudança, y la deshonna, en que ponian a sus mugeres, y a sus hijos, muchas vezes, y quiçá algunas no en vano, dispararon Antonio, y Perianandro las escopetas, muchas piedras arrojò Bartolome, y todas a la parte, donde auia dexado el bagage, y muchas flechas el Xadraque, pero muchas mas

lagrimas echaron Auristela, y Constança, pidiendo a Dios, que presente tenían, que de tan manifesto peligro los librasse, y ansi mismo que no ofendiesse el fuego a su Templo, el qual no ardio, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego, que se les aplicò. Poco faltaua para llegar el dia, quando los vaxeles cargados con la pressa se hizieron al mar, alçando regozijados lilies, y tocando infinitos atabales, y dulçaynas: y en esto vieron venir dos personas, corriendo házia la Iglesia: la vna de la parte de la marina: y la otra de la de la tierra, que llegando cerca, conoció el Xadraque, que la vna era su sobrina, Rafala, que con vna Cruz de caña en las manos venia diziendo à voces; Christiana, Christiana: y libre y libre por la gracia, y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el Escriuano, que acaso aquella noche estaua fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venia a ver el

sucesso, que llorò, no por la perdida de sus hijos, y de su muger, que alli no los tenia, sino por la de su casa, que hallò robada, y abrássada. Dexaron entrar el dia, y que los vaxeles se alargassen, y que los atajadores tuuiesse lugar de assegurar la costa, y entonces baxaron de la torre, y abrieron la Iglesia, donde entrò Rafala bañado con alegres lagrimas el rostro, y acrecentando con su sobresalto su hermosura, hizo oracion a las Imágenes, y luego se abraçò con su tio besando primero las manos al Cura: el Escriuano, ni adorò, ni besò las manos a nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la perdida de su hacienda Passò el sobresalto, voluieron los espíritus de los retraidos a su lugar, y el Xadraque cobrando aliento nuevo, hablando con el Rey dixo: Ea mancebo generoso, ea, Rey inuencible, atropella, rompe, desbarata todo genero de inconuenientes, y dexanos a España tersa, limpia, y desembaraçada desta mi mala casta, que tanto

la assombra, y menoscaba, ca
 consejero tan prudente como
 illustre, nueuo Atlante del pe-
 so de esta Monarquia, ayuda, y
 facilita con tus consejos à esta
 necessaria transmigracion, lle-
 nense estos mares de tus gale-
 ras cargadas del inutil peso de
 la generacion Agarena vayan
 arrojadas a las contrarias ribe-
 ras, las çarças, las malezas, y
 las otras yeruas, que estoruan
 el crecimiento de la fertilidad,
 y abundancia Christiana, que
 si los pocos Hebreos que passa-
 ron a Egipto, multiplicaron
 tanto, que en su salida se cõta-
 ron mas de sey cientas mil fa-
 milias, que se podra temer de
 estos, que son mas, y viué mas
 holgadamente? no los esquil-
 man las religiones, no los en-
 trefacã las Indias, no los quin-
 tan las guerras, todos se casan,
 todos, ò los mas engendran, de
 do se figue, y se infiere, que su
 multiplicacion, y aumento ha
 de ser innumerable. Ea pues
 vueluo a dezir, vayan, va-
 yan, señor, y dexa la taça de
 tu Reyno resplandeciente co-
 mo el Sol, y hermosa como el

cielo. Dos dias estuieron en
 aquel lugar los peregrinos, vol-
 uiendo à enterarse, en lo que
 les faltaua, y Bartolome se a-
 comodò de bagaje, los pere-
 grinos agradecieron al Cura
 su buen acogimiento, y alaba-
 ron los buenos pensamientos
 del Xadraque, y abraçando a
 Rafala, se despidieron de to-
 dos, y figuieron su camino.

C A P I T V L O

D O Z E.

Del Tercer Libro.

EN el qual se fueron en-
 treteniendo, en contar
 el passado peligro, el
 buen animo del Xadraque, la
 valentia del Cura, el zelo de
 Rafala, de la qual se les olvidò
 de saber, como se auia escapa-
 do de poder de los Turcos, que
 assaltaron la tierra, aunque bié
 consideraron, que con el albo-
 roto ella se auria escondido en
 parte, q̄ tuuiesse lugar despues
 de volver a cõplir su desseo, q̄
 era de viuir, y morir Christiana

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

Cerca de Valencia llegaron, en la qual no quisieron entrar, por escusar las ocasiones del detenerse: pero no faltò, quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la haze hermosa, y rica sobre todas las ciudades no solo de España, sino de toda Europa, y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su estremada limpieça, y graciosa lengua, con quien sola la Portuguesa puede competir, en ser dulce, y agradable, determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuesse a costa de su cansancio, por llegar a Barcelona, adonde tenian noticia, auian de tocar vnas galeras, en quien pensauan embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genoua. Y al salir de Villa-Real, hermosa, y amenissima villa de traues de entre vna espessura de arboles les salio al encuentro vna zagala, o pastora Valenciana, vestida a lo del campo, limpia como el Sol, y hermosa como

el, y como la Luna, la qual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hazerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo: Señores, pedirlos he, o darlos he? A lo que respòdio Periandro: Hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas, ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu credito: y si es, que el que te ama, tiene entendimiento, conocièdo tu valor, te estimará, y querra bien, y si no le tiene, para que quieres, que te quiera? Bien has dicho, respòdio la villana, y diziendo a Dios, boluio las espaldas, y se entrò en la espessura de los arboles, dexandolos admirados con su pregunta, con su presteza, y con su hermosura. Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tãta importancia, que merezcan el critura, sino fue, el ver desde lejos las santissimas montañas de Monserrate, que adoraron con deuocion Christiana, sin querer subir a ellas. Por no detenerse, llegaron a Barcelona,

a tiempo , quando llegauan a su playa quatro galeras Españolas, que disparando, y haziedo salua a la ciudad con gruesa artilleria , arrojaron quatro esquifes al agua, el vno de ellos adornado con ricas alcatifas de Leuante, y cogines de carmesi , en el qual venia , como despues parecio, vna hermosa muger de poca edad ricamente vestida, con otra señora anciana, y dos donzellas hermosas , y honestamente adereçadas . Salio infinita gente de la ciudad , como es costumbre, ansi a ver las galeras como a la gente, que de ellas desenbarcaua , y la curiosidad de nuestros peregrinos llegò tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano a la dama, que de ellos desenbarcaua , la qual poniendo los ojos en todos , especialmente en Constança , despues de auer desenbarcado , dixo : Llegaos aca, hermosa peregrina, q̄ os quiero llevar conmigo a la ciudad, dõde pienso, pagaros vna deuda, que os deuo , de quien vos creo, que teneys poca noticia, vengan asì mismo vuestras camaradas , porque no ha de auer cosa, que obligue a dexar tan buena compañía. La vuestra, a lo que se vee, respondió Constança, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento, quien no la acetasse, vamos donde quisiereades, que mis camaradas me seguiran, que no estan acostumbrados a dexarme. Afsio la señora de la mano a Constança, y acompañada de muchos Caualleros, que salieron de la ciudad, a recibirla , y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron a la ciudad, en cuyo espacio de camino Constança no quitaua los ojos de ella, sin poder reduzir a la memoria, auerla visto en tiempo alguno. Aposentaronla en vna casa principal a ella , y a las que con ella desenbarcaron , y no fue posible , que dexasse yr a los peregrinos a otra parte, cõ los quales asì como tuuo comodidad para ello , passò esta platica: Sacaros quiero, señores , de la admiracion , en que sin duda os deue tener, el ver,

Hist. de Persiles y Sigismunda.

que con particular cuydado procuro seruiros, y assi os digo que à mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimièto fue en vna ciudad de Aragon, y cuyo hermano es don Bernardo Agustín, Quatraluo de estas galeras, que estan en la playa, Contarino de Arbolanchez, Cauallero del Habito de Alcantara, en ausencia de mi hermano, y ahurto del recato de mis parientes, se enamorò de mi, y yo llevada de mi estrellera, ò por mejor dezir de mi facil condicion, viendo, que no perdia nada en ello, con titulo de esposa le hize señor de mi persona, y de mis pensamientos, y el mismo dia que le di la mano, recibio el de la de su Magestad vna carta, en que le mandaua, viniesse luego al punto, à conduzir vn tercio, que baxaua de Lombardia. à Genoua de infanteria Española à la isla de Malta, sobre la qual se pensaua, baxaua el Turco. Obedecio Contarino con tanta puntualidad, lo que se le mandaua, que no quiso coger los frutos del matrimonio, con sobresalto, y sin tener cuenta con mis lagrimas, el recibir la carta, y el partirse todo fue vno: pareciome, que el cielo se auia caido sobre mi, y que entre el, y la tierra me auian apretado el coraçon, y cogido el alma. Pocos dias passaron, quando añadiendo yo imaginaciones a imaginaciones, y desseos a desseos, vine a poner en efecto vno, cuyo cumplimiento assi como me quitò la honra por entonces, pudiera también quitarme la vida, ausenteme de mi casa sin sabiduria de ninguno de ella, y en habitos de hombre, que fueron los que tomè de vn pagezillo, assentè por criado de vn atambor de vna compaña, que estaua en vn lugar, pienso, que ocho leguas del mio, en pocos dias toqué la caixa tambien como mi amo, aprendi a ser chocarrero como lo son los que vsan tal officio, juntose otra compaña con la nuestra, y ambas a dos se encaminaron a Cartagena a enuarcarse en estas quatro galeras de mi hermano, en las quales fue mi dissinio passar a

Italia,

Italia, á buscar a mi esposo, de cuya noble condicion esperè, que no afearia mi atreuimiento, ni culparia mi desseo, el qual me tenia tan ciega, que no reparè en el peligro, á que me ponía, de ser conocida, si me enuarcava en las galeras de mi hermano, mas como los pechos enamorados no ay inconuenientes, que no atropellen, ni dificultades, por quien no rompan, ni temores, que se le opongan: toda escabrosidad hize llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion: pero como los suceffos de las cosas hazen mudar los primeros intentos en ellas, el mio mas mal pensado que fundado, me può en el termino, que agora oyreis. Los soldados de las compañías de aquellos Capitanes que os he dicho, trauaron vna cruel pendencia con la gente de vn pueblo de la Mancha sobre los alojamientos, de la qual salio herido de muerte vn Cauallero, que dezian ser Conde de no se que Estado, vino vn Pesquisidor de la Corte, prendio los

Capitanes descarrearonse los soldados, y con todo esso prendio á algunos, y entre ellos a mi desdichada, que ninguna culpa tenia, condenòlos a galeras por dos años al remo, y ami tambien como por añadidura, me tocò la misma suerte, en vano me lamentè de mi desventura, viendo, quan en vano se auian fabricado mis dissinios, quisiera darme la muerte, pero el temor de yr á otra peor vida, me embotò el cuchillo en la mano, y me quitò la soga del cuello: lo que hizo, fue enlodarme el rostro, afeandole quanto pude, y encerrème en vn carro donde nos metieron con intencion de llover tanto, y de comer tan poco que las lagrimas, y la hambre hizieffen lo que la soga, y el hierro no auian hecho. Llegamos a Cartagena, donde aun no auian llegado las galeras, pusieronnos en la casa del Rey bien guardados, y alli estuimos, no esperando, sino temièdo nuestra desgracia. No sè, señores, si os acordareis de vn carro, que topasteis junto a

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

vna venta, en el qual esta hermosa peregrina (señalando a Constança) socorrio con vna caixa de conserua a vn desmayado delinquente. Si acuerdo, respondió Constança. Pues fazed, que yo era, dixo la señora Ambrosia, el que socorristeys: por entre las esteras del carro os mirè a todos, y me admirè de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar, si se mira. En efeto las galeras llegaron con la presa de vn vergantín de Moros, que las dos auian tomado en el camino, el mismo dia aherrojaron en ellas a los soldados, desnudandolos del trage que trahía, y vistiendoles el de remeros: transformacion triste, y dolorosa, pero lleuadera: que la pena, que no acaba la vida, la costumbre de padecerla, la haze facil: llegaron a mi, para desnudarme, hizo el Comitre que me lauassen el rostro, porque yo no tenia aliento para levantar los braços, miròme el Barbero, que limpia la chufma, y dixo: Pocas nauajas gas-

tarè yo con esta barba, no se yo para que nos embian acá a este muchacho de alfeñique, como si fuesen nuestras galeras de melcocha, y sus remeros de alcorça, y que culpas cometiste tu, rapaz, que mereciesen esta pena? sin duda alguna creo, que el randal, y corriente de otros agenos delitos te han conduxido a este termino, y encaminando su platica al Comitre, le dixo: En verdad, patron, que me parece, que seria bien dexar, a que siruiesse este muchacho en la pipa a nuestro General con vna manilla al pie, porque no val para el remo dos ardites. Estas platicas, y la consideracion de mi suceso que parece que entonces se estremò, en apretarme el alma, me apretò el coraçon de manera, que me desmayè, y quede como muerta, dicen que bolui en mi a cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hizieron muchos remedios, para que boluiesse, y lo que mas sentiera yo, si tuuiera sentido, fue, que deuieron de enterarse, que yo no era va-

ron, sino hembra, bolui de mi parasifmo, y lo primero con quien topò la vista, fue con los rostros de mi hermano, y de mi esposo, que entre sus brazos me tenian, no se yo, como en aquel punto la sombra de la muerte, no cubrio mis ojos, no se yo, como la lengua no se me pegò al paladar, solo se, que no supe, lo que me dixe, aunque senti, que mi hermano dixo: Que trage es este, hermana mia? y mi esposo dixo: Que mudança es esta, mitad de mi alma? que si tu bondad no estuiera tan de parte de parte de tu honra, yo hiziera luego, que trocàras este trage con el de la mortaja. Vuestra esposa es esta? dixo mi hermano a mi esposo, tan nueuo me parece este suceso, como me parece el de verla a ella en este trage: verdad es, que si esto es verdad, bastante recompensa sería a la pena, que me causa, el ver así a mi hermana. A este punto, auiendo yo recobrado parte de mis perdidos espíritus, me acuerdo, que dixe: Hermano mio, yo soy Am-

brofia Agustina tu hermana, y soy así mismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez, el amor, y tu ausencia, ò hermano, me le dieron por marido, el qual sin gozarme, me dexò, yo atreuida, arrojada, y mal considerada, en este trage que me veys, le vine a buscar: y con esto les contè toda la historia, que de mi auieys oydo, y mi suerte, que por pñtos se yua, a mas andar mejorando, hizo, que me diessen credito, y me tuuiesen lastima: contaronme, como a mi esposo le auian cautiuado Moros con vna de dos chalupas, donde se auia embarcado, para yr a Genoua, y que el cobrar la libertad, auia sido el dia antes al anochecer, sin que le diesse lugar el tiempo, de auerse visto con mi hermano, sino al pñto que me hallò desmayada. Suceso cuya nouedad le podia quitar el credito, pero todo es, así como lo he dicho: en estas galeras passaua esta señora, que viene conmigo, y con estas sus dos nietas a Italia, donde su hijo en Sicilia tie-

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

ne el patrimonio Real a su cargo, vistieronme estos que traygo, que son sus vestidos, y mi marido, y mi hermano alegres y contentos nos han sacado oy a tierra para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta ciudad, se alegren con ellos: si vosotros, señores, vays a Roma, yo harè, que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto de ella. La caixa de conserua os la pagarè, con llevaros en la mia, hasta a donde mejor os este, y quando yo no passàra à Italia, en fee de mi ruego os llevará mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia, si se os hiziere dura de creer, no me maravillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo: y pues que comunmente se dize, que el creeres cortesia, en la vuestra, que deue de ser mucha, deposito mi credito. Aqui dio fin la hermosa Agustina a su razonamiento, y aqui començò la admiracion de los oyentes, à subirse de punto; aqui començaron à desmenuzarse las

circunstancias del caso, y tambien los abraços de Constança, y Auristela, que a la bella Ambrosia dieron, la qual por ser assi voluntad de su marido, huuo de volverse a su tierra, porque por hermosa que sea, es embaraçosa la compaña de la muger en la guerra. Aquella noche se alterò el mar de modo, que fue forçoso alargarfe las galeras de la playa, que en aquella parte es de continuo mal segura: los cortesies Catalanes gente enojada terrible: y pacifica suaue; gente q̄ con facilidad dá la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantan a si mismos, que es como adelantarse a todas las naciones del mundo. Visitaron, y regalaron todo lo possible a la señora Ambrosia Agustina, a quien dieron las gracias despues que voluieron, su hermano, y su esposo. Auristela escarmentada con tantas esperiencias, como auia hecho de las borrascas del mar, no quiso enuarcarse en las galeras, sino yrse por Francia, pues estaua pacifica.

Ambrosia se voluio a Aragon, las galeras figuieró su viage, y los peregrinos el suyo, entrádo se por Perpiñan en Francia.

CAPITULO

TREZE.

Del tercero Libro.

POR la parte de Perpiñan, quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, á quien dio que hablar el suceso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente halló en el amor, que a su esposo tenia, perdon de su atreuimiento, en fin ella se voluio, como queda dicho, á su patria, las galeras figuieron su viage, y el suyo nuestros peregrinos, los quales llegando a Perpiñan, pararon en vn meson, á cuya gran puerta estaua puesta vna mesa, y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar a dos hombres a los dados, sin que otro alguno jugasse, parecioles

a los peregrinos, ser nouedad, que mirassen tantos, y jugassen tan pocos. Preguntó Peridro la causa, y fuele respondido, que de los que jugauan, el perdido so perdía la libertad, y se hazia prenda del Rey para vogar el remo seys meses, y el que ganaua, ganaua veynte ducados, que los ministros del Rey auian dado al perdido so, para que prouasse en el juego su vêtura: vno de los dos q̄ jugaua, la prouò, y no le supo bié porque la perdio, y al momento le pusieron en vna cadena, y al que la ganó, le quitaron otra, que para seguridad, de que no huyria, si perdía, le tenían puesta: miserable juego, y miserable suerte, donde no son yguales la perdida, y la ganancia. Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la qual venia vn hõbre en cuerpo de gentil parecer, rodeado de cinco, ò seys criaturas de edad de quatro á siete años, venia juto á el vna muger amargaméte llorando cõ vn lieço de dineros en la mano, la qual cõ lastimada voz

venia diciendo: Tomad, señores, vuestros dineros, y boluedme a mi marido, pues no el vicio, sino la necesidad le hizo tomar este dinero, el no se ha jugado, sino vendido, porque quiere a costa de su trabajo sustentarme a mi, y a sus hijos: amargo sustento, y amarga comida para mi, y para ellos! Callad, señora, dixo el hombre, y gastad esse dinero, que yo le desquitarè con la fuerça de mis braços, que todavia se amañaran antes a domeñar vn remo que vn açadon: no quise ponerme en aventura de perderlos, jugandolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dexaua oyr el llanto de los muchachos esta dolorida platica, que entre marido, y muger pasaua: los ministros que le trahian, les dixeron, que enjugassen las lagrimas, que si lloraran, quantas cabian en el mar, no serian bastantes, a darle la libertad, que auia perdido. Preualecian en su llanto los muchachos, diciendo a su padre: Señor, no nos dexes, porque

nos moriremos todos, si se va. El nueuo, y estraño caso enternecio las entrañas de nuestros peregrinos, especialmente las de la tesorera Constança, y todos se mouieron, a rogar a los ministros de aquel cargo, fuesen contentos de tomar su dinero, haziendo cuenta, que aquel hombre no auia sido en el mundo, y que les comouiesse a no dexar viuda a vna muger, ni huerfanos a tantos niños: en fin tanto supierõ dezir, y tanto quisieron rogar, que el dinero boluio a poder de sus dueños, y la muger cobrò su marido, y los niños a su padre. La hermosa Constança, rica despues de Condesa, mas Christiana que barbara, con parecer de su hermano Antonio dio a los pobres perdidos, con que se cobraron cinquenta escudos de oro, y assi se boluieron tan contentos como libres, agradeciendo al cielo, y a los peregrinos la tan no vista como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y passando por Léguadoc, entraron en la Proué-

ça: donde en otro meson hallaron tres damas Franceffas de tan estremada hermosura, que a no ser Auristela en el mundo, pudieran aspirar a la palma de la belleza, parecian señoras de grande Estado, segun el aparato con que se seruian, las quales viendo los peregrinos, assi les admirò la gallardia de Periandro, y de Antonio, como la sin y equal belleza de Auristela, y de Costança, llegaronlas a si, y hablaronlas con alegre rostro, y cortès comedimiento, preguntaronlas quien eran en lengua Castellana, porque conocieron ser Españolas las peregrinas, y en Francia, ni varon, ni muger dexa de aprèder la lengua Castellana. En tanto que las señoras esperauan la respuesta de Auristela, a quien se encaminauan sus preguntas, se desuiò Periandro a hablar con vn criado, que le parecio ser delas illustres Franceffas, preguntòle, quien eran, y adonde yuan, y el le respondió, diziendo: El Duque de Nemurs, que es vno de los que llaman de la sangre

en este Reyno, es vn Cauallero bizarro, y muy discreto, pero muy amigo de su gusto: es rezien heredado, y ha profuuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de estado, y de hazienda, y aunque vaya contra el mandamièto de su Rey: porque dize, que los Reyes bien pueden dar la muger a quien quisieren de sus vassallos, pero no el gusto de recibilla. Con esta fantasia, locura, o discreciõ, o como mejor deue llamarse, ha embiado a algunos criados suyos a diuersas partes de Francia, a buscar alguna muger, que despues de ser principal, sea hermosa, para casarse cõ ella, sin que reparen en hazièda, porque el se contèta con que la dote sea su calidad, y su hermosura, supola de estas tres señoras, y embiò me a mi que le siruo, para q̄ las viesse, y las hiziesse retratar de vn famoso pintor, q̄ embiò conmigo: todas tres son libres, y todas de poca edad, como aueys visto, la mayor que se llama Deleasir, es discreta

en estremo, pero pobre: la mediana, que Belarmina se llama es bizarra, y de gran donayre, y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, haze gran ventaja a las dos, en ser rica, ellas tambien han sabido el desseo del Duque, y querian, segun a mi se me ha trasluzido, ser cada vna la venturosa, de alcançarle por esposo, y con ocasion de yr a Roma, a ganar el jubileo de este año, que es como el cétesimo, que se vsaua, han salido de su tierra, y quieren passar por Paris, y verse con el Duque, fiadas en el quiça, que trae consigo la buena esperança: pero despues, señores peregrinos, que aqui entrastes, he determinado de llevar vn presente à mi amo, que borre del pensamiento todas; y qualesquier esperanças, que estas señoras en el suyo huieren fabricado, porque le pienso llevar el retrato de esta vuestra peregrina vnica, y general señora de la humana belleza, y si ella fuesse tan principal, como es hermosa, los criados de mi

amo, no tédrían mas que hazer ni el Duque, mas que desfiar. Dezidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina como se llama, y que padres la engendraron. A lo que tembládo respondió Periandro: Su nombre es Auristela, su viage à Roma, sus padres nūca ella los ha dicho, y de que sea libre, os aseguro, porque lo sè sin duda alguna, pero ay otra cosa en ello, que es tan libre, y tan señora de su voluntad, que no la rendirá a ningun Principe de la tierra, porque dize, que la tiene rendida al que lo es del cielo, y para enteraros, en que sepaís, ser verdad, todo lo que os he dicho, sabed, que yo soy su hermano, y el que sabe lo escóddido de sus pensamientos, assi que no os seruirá de nada, el retratalla, sino de alborotar el animo de vuestro señor, si à caso quisiesse atropellar por el inconueniente de la baxeza de mis padres. Con todo esso, respondió el otro, tengo de llevar su retrato, si quiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nueuo milagro de

hermosura. Con esto se despidieron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no darsele al pintor, para retratar à Auristela. Bartolome voluio luego à adereçar el bagage y á no estar bien con Periandro, por la priesa que daua á la partida. El criado del Duque viendo, que Periandro queria partirse luego, se llegó a el, y le dixo: Bien quisiera, señor, rogaros, que os detuuierades vn poco en este lugar, si quiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad, y de espacio pudiera sacar el retrato del rostro de vuestra hermana pero bien os podeis yr a la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho, que de sola vna vez que la ha visto, la tiene tan aprehendida en la imaginaciõ, que la pintará à sus solas tan bien, como si siempre la estuuiera mirando. Maldixo Periandro entre si la rara habilidad del pintor, pero no dexò por esto de partirse, despidiendose luego de las tres gallardas Francesas, que abraçaron à Auristela, y à Constança estrecha-

mente, y les ofrecieron de llevarlas hasta Roma en su compañía, si dello gustauan. Auristela se lo agradecio, con las mas corteses palabras que supo, diziendoles, que su voluntad obedecia á la de su hermano Periandro, y que assi no podian detenerse ella, ni Constança, pues Antonio hermano de Constança, y el suyo se yuan, y con esto se partieron, y de alli a seys dias llegaron a vn lugar de la Prouença, donde les sucedio, lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITULO

CATORZE.

Del Tercero Libro.

LA historia, la poesia, y la pintura simbolicizan entre si, y se parecen tanto, que quando elcribes historia, pintas, y quando pintas, compones, no siempre va en vn mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes, y magnificas, ni la

poesia cōuersa siempre por los cielos, baxezas admite la historia, la pintura yeruas, y retamas en sus quadros, y la poesia tal vez se realça, cantando cosas humildes: esta verdad nos la muestra bien Bartolome bagajero del esquadron peregrino, el tal tal vez habla, y es escuchado en nuestra historia. Este reboluiendo en su imaginacion el cuento, del que vendio su libertad, por sustentar a sus hijos, vna vez dixo, hablando con Periandro: Grande due de ser, señor, la fuerça, que obliga a los padres, a sustentar a sus hijos, sino digalo aquel hombre, que no quiso jugar se, por no perderse, sino empeñar se, por sustentar a su pobre familia: la libertad, segun yo he oydo dezir, no dene de ser vendida por ningun dinero, y este la vendio por tan poco, que lo lleuaua la muger en la mano, acuerdome tambien, de auer oydo dezir a mis mayores, que lleuando a ahorcar a vn hombre anciano, y ayudandole los Sacerdotes a bien morir, les dixo: Vuessas mercedes se sos-

siguen, y dexenme morir de espacio, que aunque es terrible este paso, en que me veo, muchas vezes me he visto en otros mas terribles. Preguntaronle, quales eran: respondioles, que el amanecer Dios, y el rodealle seys hijos pequeños, pidiendole pan, y no teniendo lo para darselo, la qual neçessidad me puso la gança en la mano, y fieltros en los pies, cō que facilite mis hurtos, no tan viciosos, como neçessitados. Estas razones llegaron a los oydos del señor que le auia sentenciado al suplicio, que fueron parte para boluer la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. A lo que respondio Periandro. El hazer el padre por su hijo, es hazer por si mismo, porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata, y se continua el ser del padre, y assi como es cosa natural, y forçosa, el hazer cada vno por si mismo, assi lo es, el hazer por sus hijos, lo que no es tan natural, ni tan forçoso, hazer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene a su hijo,

deciede

deciente, y el decender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre aciente, y sube, que es caminar cuesta arriba, de donde ha nacido aquel refran: Vn padre para cien hijos, antes que cien hijos para vn padre. Con estas platicas, y otras entretenian el camino por Francia, la qual, es tan poblada, tan llana, y apazible, que a cada paso se hallan casas de plazer, adonde los señores de ellas estan casi todo el año, sin que se les dè algo, por estar en las villas, ni en las ciudades. A vna de estas llegaron nuestros viandantes, que estaua vn poco desuiada del camino Real. Era la hora de medio dia, herian los rayos del Sol derechamente a la tierra, entraua el calor, y la sombra de vna gran torre de la casa les combidò, que alli esperaffen a passar la fiesta, que con calor riguroso amenazaua. El solcito Bartolome desembaraçò el bagaje, y tendiendo vn tapete en el suelo, se sentaron todos a la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuydado de hazer Bartolome su repuesto, satisfazierò la hambre, que ya començaua a fatigarles: pero apenas auian alçado las manos, para llevarlo a la boca, quando alçado Bartolomé los ojos, dixo a grandes voces: Apartaos, señores, que no sè quien baxa bolando del cielo, y no sera bien, que os coja debaxo. Alçaron todos la vista, y vieron baxar por el ayre vna figura, que antes que distinguiesen lo que era, ya estaua en el suelo junto casi a los pies de Perriandro, la qual figura era de vna muger hermosísima, que auiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, firuiendole de campana, y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies, y en el suelo sin daño alguno, cosa possible, sin ser milagro: dexòla el suceso atonita, y espantada, como lo quedaron, los que bolar la auian visto, oyeron en la torre gritos, que los daua otra muger, que abraçada con vn hombre, que parecia, que pugnaua por derribarse el vno al otro:

Socorro, socorro, dezia la muger, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aqui abaxo. La muger voladora vuelta algun tanto en si dixo: Si ay alguno, que se atreua á subir por aquella puerta, señalandoles vna, que al pie de la torre estaua, librarà de peligro mortal á mis hijos, y a otras gentes flacas, que alli arriba estan. Periandro impellido de la generosidad de su animo se entrò por la puerta, y à poco rato le vieron en la cumbre de la torre abraçado con el hombre, que mostraua ser loco del qual, quitandole vn cuchillo de las manos, procuraua defenderse: pero la suerte que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenò, que entrambos a dos viniessen al suelo, cayendo al pie de la torre, el loco passado el pecho con el cuchillo, que Periandro en la mano traia, y Periandro viendo por los ojos, narizes, y boca cantidad de sangre, que como no tuuo vestidos anchos, que le sustentassen, hizo el golpe su ofeto, y dexòle ca-

si sin vida. Auristela, que ansi le vio, creyendo indubitablemente, que estaua muerto, se arrojò sobre el, y sin respeto alguno puesta la boca con la suya, esperaua, à recoger en si alguna reliquia, si del alma le huuiesse quedado, pero aunque le huuiera quedado, no pudiera recibilla, porque los trapillados dientes le negaran la entrada. Constança dando lugar a la passion, no le pudo dar a mouer el paso, para yr a socorrerla, y quedòse en el mismo sitio, donde la hallò el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de rayzes, ò como si ella fuera estatua de duro marmol formada. Antonio su hermano acudio, a apartarlos semiuiuos, y a diuidir, los que ya pensaua ser cadaueres: solo Bartolome fue, el que mostrò con los ojos el graue dolor que en el alma sentia, llorando amargamente. Estando todos en la amarga afficcion, que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua huuiesse publicado su sentimiento, vierò, que hazia ellos venia vn gran

tropel de gente, la qual desde el camino Real auia visto el buelo de los caidos, y venian a ver el suceso, y era el tropel, que venia, las hermosas damas Francesas, Deleasir, Belarminia y Feliz Flora: luego como llegaron, conocieron a Auristela, y a Periádro, como a aquellos, que por su singular belleza que dauan impressos en la imaginacion, del que vna vez los miraua: apenas la compasion les auia hecho apear, para socorrer, si fuesse possible, la desventura que mirauan, quando fueron assaltados de seys, ò ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este assalto puso en las manos de Antonio su arco, y sus flechas, que siempre las tenia a punto, ò ya para ofender, ò ya para defenderse: vno de los armados con descortès movimiento assió a Feliz Flora del brazo, y la puso en el arçon de lantero de su filla, y dixo, voluendose a los demas compañeros: Esto es hecho, esta me basta, demos la buelta. Antonio que nunca se pagò de des-

cortesias, pospuesto todo temor, puso vna flecha en el arco, tendio, quanto pudo el brazo yzquierdo, y con la derecha estirò la cuerda, hasta que llegó al oido, de modo q̄ las dos puntas, y extremos del arco ca si se juntaron, y tomando por blanco el robador de Feliz Flora, disparò tan derechamente la flecha, que sin tocar Feliz Flora, sino en vna parte del velo, con que se cubria la cabeça passò al saltador el pecho de parte aparte, acudio a su vengança vno de sus compañeros y sin dar lugar, a que otra vez Antonio el arco armasse, le dio vna herida en la cabeça tal que dio con el en el suelo mas muerto que viuo, visto lo qual de Constança, dexò de ser estatua, y corrió a socorrer a su hermano, que el parentesco callenta la sangre, que fuele elarse en la mayor amistad, y lo vno, y lo otro son indicios, y señales de demasiado amor. Ya en esto auian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas apercebidos de piedras, digo, los q̄ no

Hist. de Persiles y Sigismunda!

tenian armas, se pusieron en defensa de su señora, los salteadores que vieron muerto a su Capitan, y que segun los defensores acudian, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando, ser locura; auenturar las vidas, por quien ya no podia premiarlas, boluieron las espaldas, y dexaron el campo solo. Hasta aqui de esta batalla pocos golpes de espada hemos oydo, pocos instrumentos belicos han sonado: el sentimiento, que por los muertos suelen hazer los viuos, no ha salido, a romper los ayres, las lenguas en amargo silencio tienen depositadas sus quejas, solo algunos ayres entre roncocos gemidos andan embueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela, y Constança, cada qual abraçada con su hermano, sin poder aprouecharse delas quejas, con que se aliuian los lastimados coraçones, pero en fin el cielo que tenia determinado, de no dexarlas morir tã a priessa, y tan sin quejarse,

les despegô las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorunpio en razones semejantes.

No sè yo, desdichada, como busco aliento en vn muerto, o como ya que le tuuiesse, puedo sentirle, si estoy tan sin el, que ni sè si hablo, ni si respiro, ay hermano, y que cayda ha sido esta, que assi ha derribado mis esperanças, como que la grãdeza de vuestro linage, no se huuiera opuesto a vuestra desventura: mas como podia ella ser grãde, si vos no lo fuerades? en los môtes mas leuãtados caen los rayos, y adõde hallan mas resistencia, hazen mas daño: monte erades vos, pero monte humilde, que con las sombras de vuestra indultria, y de vuestra discrecion os encubriades a los ojos de las gentes, ventura yuades a buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el paso, encaminando el mio a la sepultura: quan cierta la tendra la Reyna vuestra madre, quando a sus oydos llegue vuestra no pensada muerte? ay de mi otra

vez sola, y en tierra agena, bié assi como verde yedra, a quien ha faltado su verdadero arri-mo. Estas palabras de Reyna, de montes, y Grandezas teniá atentos los oydos de los circū-stantes, que les escuchauan, y aumentòles la admiracion, las que tambien dezia Constan-ça, que en sus faldas tenia a su mal-herido hermano, apretan-dole la herida, y tomandole la sangre. La compasiua Feliz Flora que con vn lienço suyo blandamente se la esprimia, obligada de auerla el herido librado de su deshonra: Ay di-go, dezia, amparo mio, de que ha seruido, auerme leuantado la fortuna a titulo de señora, si me auia de derribar al de des-dichada: bolued, hermano, en vos, si quereys, que yo buelua en mi, o sino, hazed, ò piadosos cielos, que vna misma fuer-te nos cierre los ojos, y vna misma sepultura nos cubra los cuerpos, que el bien que sin pensar me auia venido, no podia traer otro descuento, que la presteza de acabarse. Con esto se quedò desmaya-

da, y Auristela ni mas, ni me-nos, de modo que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama que cayò de la torre, causa principal de la cayda de Periandro, man-dò a sus criados, que ya auian venido muchos de la casa, que le lleuassen al lecho del Cón-de Domicio su señor, mandò tambien llevar a Domicio su marido, para dar orden, en se-pultalle. Bartolome tomò en braços a su señor Antonio, a Constança se las dio Feliz Flo-ra, y a Auristela Belarminia, y Deleasir, y en esquadron dolo-roso, y con amargos pasos se encaminaron a la casi Real casa.

CAPITULO

QUINZE.

Del Tercero Libro.

POco aprouechauá las discretas razones que las tres damas France-
as dauan a las dos lastimadas

tança, y Auristela, porque en las rezientes desventuras no hallan lugar consolatorias per suasion; el dolor, y el desastre que de repente sucede, no de improuiso admite consolaciõ alguna, por discreta que sea: la postema duele, mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse, y assi mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante, quien mueua al sentimiento, á quejas, y a suspiros, no es discrecion de masiada acudir al remedio con agudas medicinas: llore pues algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constanta, y cierren entrambas los oydos á toda consolacion en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dixo á las damas Francesas, que antes que Domicio con ella se desposasse, andaua enamorado de vna parienta suya, la qual tuuo casi indubitables esperanças de casarse con el, saliole en blanco la fuerte, porque ella dixo,

Claricia, la tuuiesse siempre negra, porque dissimulando Lorena, que assi se llamaua la parienta de Domicio, el enojo que auia recebido del casamiento de mi esposo, dio en regalarle con muchos, y diuersos presentes, puesto que mas bizarros, y de buen parecer, que costosos, entre los quales le embiò vna vez, bien assi como embiò la falsa Deyanira la camisa á Hercules, digo, que le embiò vnas camisas ricas, por el lienço, y por el labor vistosas, á penas se puso vna, quando perdio los sentidos, y estuuò dos dias como muerto. Boluio á la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados, y tan trocados que ninguna accion hazia, que no fuesse de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso, y desatinado, tanto que era necessario tenerle en cadenas, y que aquel dia estando ella en aquella torre se auia soltado el loco de las prisiones, y viniendo a la torre, la auia echado por las ventanas abaxo, á quien el cielo focorrio con la anchura de sus vestidos,

ò por mejor dezir, con la acost-
 tñbrada misericordia de Dios,
 que mira por los inocentes: di-
 xo, como aquel peregrino auia
 subido á la torre, a librar a vna
 donzella, a quien el loco que-
 ria derribar al suelo, tras la
 qual tambien despeñara á o-
 tros dos pequeños hijos, que
 en la torre estauan, pero el su-
 cesso fue tan contrario, que el
 Conde, y el peregrino se estre-
 llaron en la dura tierra, el Con-
 de herido de vna mortal heri-
 da, y el peregrino con vn cu-
 chillo en la mano, que al pare-
 cer, se le auia quitado á Domi-
 cio, cuya herida era tal, que no
 fuera menester, seruir de aña-
 didura, para quitarle la vida,
 pues bastaua la caída. En esto
 Periandro estaua sin sentido
 en el lecho, adonde acudieron
 Maestros, á curarle, y á concer-
 tarle los deslucados huesos,
 dieronle beuidas apropiadas
 al caso, hallaronle pulsos, y al-
 gun tanto de conocimiento de
 las personas que al rededor de
 si tenia, especialmente de Au-
 ristela, á quien con voz desma-
 yada, que a penas podia enten-

derse, dixo: Hermana, yo muer-
 ro en la Fè Catolica Christia-
 na, y en la de quererte bien, y
 no hablò, ni pudo hablar mas
 palabra por entonces. Toma-
 ron la sangre a Antonio, y ten-
 tandole los Cirujanos la heri-
 da, pidieron albricias á su her-
 mana, de que era mas grande
 que mortal, y de que presto tē-
 dria salud con ayuda del cielo,
 dioselas Feliz Flora, adelantá-
 dose a Constança, q̄ se las yua
 à dar, y aun se las dio, y los Ci-
 rujanos las tomaron de entrã-
 bas, por no ser nada escrupulo-
 sos. Vn mes o poco mas es-
 tauieron los enfermos, curan-
 dose, sin querer dexarlos las se-
 ñoras Franceffas, tanta fue la
 amistad que trauaron, y el gus-
 to, que sintieron de la discreta
 conuersacion de Auristela, y
 de Constança, y de los dos sus
 hermanos, especialmēte Feliz
 Flora que no acertaua a quitar
 se de la cabecera de Antonio,
 amandole con vn tan comedi-
 do amor, que no se estendia à
 mas, que a ser beneuolencia,
 y á ser como agradecimiento
 del bien, q̄ de el auia recibido,
 quádo

Hist. de Persiles y Sigismunda.

quando su saeta la librò de las manos de Rubertino, que segùn Feliz Flora contaua, era vn Cauallero señor de vn castillo, que cerca de otro suyo ella tenia, el qual Rubertino lleuado no de perfecto, sino de vicioso amor auia dado en seguirla, y perseguirla, y en rogarla, le diessè la mano de esposa, pero que ella por mil esperiècias, y por la fama que pocas vezes miente, auia conocido, ser Rubertino de aspera, y cruel condicion, y de mudable, y antojadiza voluntad, no auia querido condescender con su demãda, y que imaginaua, que acoffido de sus desdenes, auia salido al camino a roballa, y a hazer de ella por fuerça, lo que la voluntad no auia podido: pero que la flecha de Antonio auia cortado todos sus crueles, y mal fabricados disfinios, y esto le mouia a mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora, dixo, passò assi, sin faltar punto, y quando se llegó el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerças comèçaron a dar mue-

stras della, boluieron a renouarse sus desseos, alomenos los de bolner a su camino, y assi lo pusieron por obra, acomodandose de todas las cosas necessarias, sin que como està dicho, quissessen las señoras Franceffas dexar a los peregrinos, a quien ya tratauan cõ admiracion, y con respeto, por que las razones del llanto de Auristela les auian hecho concebir en sus animos, que deuiã de ser grandes señores, que tal vez la Magestad suele cubrirse de buriel, y la grandeza vestirse de humildad. En efeto cõ perplexos pensamientos los mirauan, el pobre acompañamiento suyo les hazia tener en estima de condicion mediana el brio de sus personas, y la belleza de sus rostros leuantaua su calidad al cielo, y assi entre el si, y el no andaua dudosa. Ordenaron las damas Franceffas que fuesßen todos a cauallo, porque la cayda de Periandro no consentia, que se fiassè de sus pies: Feliz Flora agradecida al golpe de Antonio el barbaro no sabia quitarle de su lado, y

do, y tratando del atreuimiento de Rubertino, a quien dexauan muerto, y enterrado, y de la estraña historia del Conde Domicio, a quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juyzio, le auian quitado la vida, y del buelo milagroso de su muger, mas para ser admirado, que creydo. Llegaron a vn rio, que se vadeaua con algun trabajo, Periandro fue de parecer, que se buscasse la puente, pero todos los demas no vinieron en el: y bien assi como quando al repressa- do rebaño de mansas ouejas, puestas en lugar estrecho, haze camino la vna, a quien las demas al momento figuen, Belarminia se arrojò al agua, a quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, llevando tambien junto a si a su hermana Constantça: ordenò pues la suerte, que no fuesse buena la de Feliz Flora, porque la corriente del agua le desuaneciò la cabeza de modo, que sin poder tenerse, dio consigo en mitad

de la corriente, tras quien se abalançò con no creyda presteza el cortes Antonio, y sobre sus ombros, como a otra nueva Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dixo muy cortès: Eres Español? A quien Antonio respondió: Si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimaralas en algo: pero como nacen de ellos, antes me descontentan, que alegran. Passò en fin el, como he dicho otras vezes, hermoso esquadron, y llegaron al anochecher a vna caseria, que junto con serlo, era melon, en el qual se alojaron a toda su voluntad, y lo que en el les sucedio, nuevo estilo, y nuevo capitulo pide.

CAPITULO

DIEZ Y SEIS.

Del tercero Libro.

COsas, y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion, antes de

suce-

suceser, pudiera hazer, que assi
sucederá, no acertára, atraçar
los, y assi muchos por la rari-
dad con que acontecen, passan
plaça de apocrifos, y no son te-
nidos por tãverdaderos, como
lo son, y assi es menester, q̄ les
ayuden juramentos, ò alome-
nos el buen credito, de quien
los cuenta, aunque yo digo, q̄
mejor seria, no contarlos, segú
lo aconsejá aquellos antiguos
versos Castellanos, q̄ dicen.

Las cosas de admiracion

*No las digas, ni las cuentes,
Que no saben todas gentes,
Como son.*

La primera persona cõ quiẽ
encontrò Constança, fue con
vna moça de gintil parecer, de
hasta veynte y dos años vesti-
da à la Española, limpia, y as-
seadamente, la qual llegandose
á Constança, le dixo en lègua
Castellana: Bendito sea Dios,
que veo gente, fino de mi tie-
rra, a lo menos de mi nació Es-
paña: bendito sea Dios, digo
otra vez, que oyre dezir, Vuel-
sa merced, y no Señoria hasta

los moços de cozina. Dessa
manera, respondió Constan-
ça, vos señora Española de-
ueis de ser. Y como si lo soys
respondio ella, y aun de la me-
jor tierra de Castilla. De qual
replicò Constança. De Tala-
uera de la Reyna, respondió
ella. Apenas huuo dicho esto,
quando a Constança le vinie-
ron barruntos, que deuia de
ser la esposa de Ortel Banedre
el Polaco, que por adultera
quedaua presa en Madrid, cu-
yo marido persuadido de Pe-
riandro la auia dexado presa, y
ydose a su tierra, y en vn in-
stante fabricò en su imagina-
cion vn monton de cosas, que
puestas en efeto le sucedieron
casi como las auia pensado:
tomòla por la mano, y fuesse
donde estaua Auristela, y a-
partandola á parte con Perian-
dro, les dixo: Señores, voso-
tros estays dudosos, de que si
la ciencia que yo tengo, de a-
deuinar, es falsa, ò verdadera,
la qual ciencia no se acredita,
con dezir las cosas, que estan
por venir, porque solo Dios
las sabe, y si algun humano las

acierta

acierta, es a caso, ò por algunas premissas, a quien la experiencia de otras semejantes tie ne acreditado: si yo os dixesse cosas passadas, que no huuiessen llegado, ni pudiesen llegar á mi noticia, que deriades? quereislo ver? esta buena hija que tenemos delante, es de Talauera de la Reyna, que se caso con vn estrangero Polaco, que se llamaua, si yo mal no me acuerdo Ortel Banedre, a quien ella ofendio con alguna deseuoltura con vn moço de meson, que uiuia frontero de su casa, la qual lleuada de sus ligeros pensamientos, y en los braços de sus pocos años se falió de casa de sus padres con el referido moço, y fue presa en Madrid con el adultero, donde deue de auer passado muchos trabajos, assi en la prision como en auer llegado hasta aqui, que quiero, que ella nos las cuente, porque aunque yo los adiuine, ella nos los contará con mas puntualidad, y con mas gracia. Ay, cielos santos, dixo la moça, y quié es esta señora, q̄ me ha leydo mis pé-

famiétos? quié es esta adeuina, que ansi sabe la desuergonçada historia de mi vida? yo, señora, soy essa adultera, soy essa presa y soy condenada a destierro de diez años, porq̄ no tuue parte q̄ me siguiesse, y soy, la q̄ aqui estoy en poder de vn soldado Español, que va á Italia, comiendo el pan con dolor, y pasando la vida, que por momentos me haze dessear la muerte: mi amigo el primero murio en la carcel, este q̄ no se, en q̄ numero pōga, me socorrio en ella, de donde me sacò, y como he dicho, me lleva por essos mūdos con gusto suyo, y cō pesar mio, q̄ no soy tan tonta, q̄ no conozca el peligro en q̄ traygo el alma en este vagamūdo estãdo. Por quié Dios es, señores, pues soys Españoles, pues soys Christianos, y pues soys principales, segun lo dà a entender vuestra preséncia, q̄ me saqueis del poder deste Español, que sera como sacarme de las garras de los leones. Admirados quedaron Periandro, y Auristela de la discrecion sagaz de Constança, y concediendo

con ella, la reforçaron, y acre-
ditaron, y aun se mouieron, a
fauorecer con todas sus fuer-
ças a la perdida moça, la qual
dixo, que el Español soldado
no yua siempre con ella, sino
vna jornada adelante, o atras
por deslumbrar a la justicia.
Todo esso està muy bien, di-
xo Periandro, y aqui daremos
traça en vuestro remedio, que
la que ha sabido adiuinar vue-
stra vida passada, tambien sa-
bra acomodaros en la veni-
dera, sed vos buena, que sin el
cimientto de la bondad no se
puede cargar ninguna cosa,
que lo parezca, no os desuieys
por agora de nosotros, que
vuestra edad, y vuestro rostro
son los mayores contrarios, q̄
podeys tener en las tierras es-
trañas. Llorò la moça, enter-
neciose Constança, y Auris-
tela mostrò los mismos senti-
mientos, con que obligò a Pe-
riandro, a que el remedio de
la moça buscasse. En esto es-
tauan quando llegó Bartolome,
y dixo: Señores, a cudid a
ver la mas estraña vision que
aureys visto en vuestra vida:

dixo esto tan asustado, y tan
como espantado, que pensan-
do yr a ver alguna marauilla
estraña, le figuieron, y en vn
apartamiêto algo desuiado de
aquel, donde estauan alojados
los peregrinos, y damas, vierõ
por entre vnas esteras vn apo-
sento todo cubierto de luto, cu-
ya lobrega escuridad no les de-
xò ver particularmête, lo que
en el auia, y estandole assi mi-
rando, llegó vn hombre anciano
no todo assi mismo cubierto
de luto, el qual les dixo: Señores
de aqui a dos horas que au-
ra entrado vna de la noche, si
gustays de ver a la señora Ru-
perta, sin que ella os vea, yo
hare, que la veays, cuya vista
os dara ocasion, de que os ad-
mireys, assi de su cõdicion, co-
mo de su hermosura. Señor, res-
pondio Periandro, este nuestro
criado q̄ aqui está, nos cõbidò
a q̄ viniessemos a ver vna ma-
rauilla, y hasta aora no hemos
visto otra q̄ la deste aposento
cubierto de luto, que no es ma-
rauilla ninguna. Si bolueis a la
hora que digo, respondió el en-
lutado, tendreys de que mara-

uillaros , porque aureys de saber, que en este aposento se alojaba la señora Ruperta, muger q̄ fue , apenas haze vn año , del Conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio a el le costò la vida, y a ella, verse en terminos de perderla cada paso , a causa que Claudino Rubicon Cauallero de los principales de Escocia, a quien las riquezas, y el linage hizieron soberuio , y la condicion algo enamorada, quiso bien a mi señora; siendo donzella, de la qual, si no fue aborrecido , alomenos fue desdeñado , como lo mostrò, el casarse con el Conde mi señor, esta presta resolucion de mi señora la bautizò Rubicon en deshonra , y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no huiera tenido padres, que se lo mandaran , y obligaciones precisas, que le obligaran a ello , junto con ser mas acertado, ajustarse las edades, entre los que se casan , que si puede ser , siempre los años del esposo con el numero de diez han de llevar vètaja a los de la muger, o con al-

gunos mas, porque la vejez los alcance en vn mismo tiempo. Era Rubicon varon viudo , y que tenia hijo de casi veynte, y vn años, gentil hombre en estremo, y de mejores condiciones que el padre , tanto, que si el se huiera opuesto a la cathedra de mi señora , oy viuiera mi señor el Conde, y mi señora estuuiera mas alegre , sucedio pues , que yendo mi señora Ruperta á holgarse con su esposo à vna villa suya, à caso, y sin pensar en vn despoblado encontramos a Rubicon con muchos criados suyos , que le acompañaúan. Vio a mi señora, y su vista despertò el agrauio, que á su parecer se le auia hecho, y fue de suerte , que en lugar del amor nacio la ira , y de la ira el desseo de hazer pensar a mi señora, y como las vèganças de los que bien se han querido, sobrepujan à las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente, y atreuido, de sembaynando la espada , corrio al Conde mi señor, que estava inocente deste caso, sin q̄ tuuiesse lugar de preuenirse

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

del daño, que no temia, y embaynandosela en el pecho, dixo: Tu me pagaràs lo que no me deues, y si esta es crueldad, mayor la vò tu esposa para conmigo, pues no vna vez sola, sino cien mil me quitan la vida sus desdenes, á todo esto me hallè yo presente, ohi las palabras, y vi con mis ojos, y tentè con las manos la herida, escuchè los llantos de mi señora, que penetraron los cielos, voluimos ha dar sepultura al Conde, y al enterrarle, por orden de mi señora se le cortò la cabeça, que en pocos dias con cosas, que se le aplicaron, quedò descarnada, y en solamente los huesos, mandòla mi señora poner en vna caja de plata, sobre la qual, puestas sus manos hizo este juramento: pero oluidaseme por dezir, como el cruel Rubicon, o ya por menos precio, o ya por mas crueldad, o quizá con la turbacion descuydado, se dexò la espada embaynada en el pecho de mi señor, cuya sangre á vn hasta agora muestra estar casi reciente en

ella; digo pues, que dixo estas palabras: Yo la desdichada Rupta, á quien han dado los cielos solo nòbre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vègar la muerte de mi esposo con mi pòder, y con mi industria, si bien auenturasse en ello vna, y mil veces esta miserable vida, que tengo, sin que me espanten trabajos, sin que me falten ruegos, hechos á quien pueda fauorecerme, y en tanto, que no llegare á efeto este mi justo, sino Christiano desseo, júro, que mi vestido será negro, mis aposentos lobregos, mis manteles tristes, y mi compañía la misma soledad, á la mesa estaràn presentes estas reliquias, que me atormenten el alma, esta cabeça, que me diga sin lengua que vé gue su agrauio, esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo, á la que alterando la mia no me dexé soslegar, hasta vengarme: esto dicho, parece, que templò sus continuas lagrimas, y dio algùn vado a sus dolientes suspiros, hase puesto

en camino de Roma, para pedir en Italia à sus Principes fauor, y ayuda contra el matador de su esposo, que aun toda via la amenaza, quiza temeroso, que suele ofender vn mosquito, mas de lo que puede fauorecer vn aguila. Esto, señores, vereys como he dicho, de aqui à dos horas, y fino os dexare admirados, o yo no aure sabido contarlo, o vosotros tẽdreydys el coraçon de marmol: aqui dio fin à su platica el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver a Ruperta, desde luego se començaron à admirar del caso.

CAPITULO

DIEZ Y SIETE.

Del Tercer Libro.

LA ira segun se dize, es vna reuolucion de la sangre, que està cerca del coraçõ, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto, que agrauia, y tal vez con la memoria, tiene por vltimo fin, y paradero suyo la vengança,

çã, q̃ como la tome el agrauado sin razon, o con ella, soffiega: esto nos lo darà a entender la hermosa Ruperta, agrauada y ayrada, y cõ tanto desseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia, que era ya muerto, dilataua su colera por todos sus descendientes, sin querer dexar (si pudiera) viuio ninguno dellos, q̃ la colera de la muger no tiene limite: llegose la hora de que la fueron a ver los peregrinos, sin q̃ ella los viesse, y vieron la hermosa en todo estremo, con blanquissimas tocas, que desde la cabeça casi le llegauan a los pies, sentada delante de vna mesa, sobre la qual tenia la cabeça de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le auian quitado la vida, y vna camissa, que ella se imaginaua, que aun no estaua enjuta de la sangre de su esposo. Todas estas insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necesidad, que nadie la despertasse, porque nunca dormia: leuantose en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeça del marido, començò

començò a hazer, y a reualidar el voto, y juramento, que dixo el enlutado escudero, llovian lagrimas de sus ojos, vastantes á bañar las reliquias de su passion, arrancaua suspiros del pecho, que condensauan el ayre cerca, y lexos, añadia al ordinario juramento razones, que le agrauauan, y tal vez parecìa, que arrojaua por los ojos, no lagrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo, tan sujeta la tenia su passion, y el desseo de vengarse; veylla llorar; veylla suspirar; veylla no estar en si; veylla blãdir la espada matadora; veylla beffar la camissa ensangrentada, y que rompe las palabras con solloços, pues esperad no mas de hasta mañana, y vereys cosas, que os den sujeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuuiesedes de vida. En mitad de la fuga de su dolor estaua Ruperta, y casi en los vmbrales de su gusto, porque mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se llegó á ella vno de sus criados, como si se llegara à vna

sombra negra, segun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras, le dixo: señora Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, se acaba de apear agora con algunos criados, mira, si quieres encubrirte, ò si quieres que te conozca, o lo que seria bien que hagas, pues tienes lugar para pensarlo. Que no me conozca respondió Ruperta, y auissad à todos mis criados, que por descuydo no me nombren, ni por cuydado me descubran, y esto diziendo, recogió sus prendas, y mandò cerrar el aposento, y que ninguno entrasse ha hablalla, voluieronse los peregrinos al fuyo, quedò ella sola, y pensatiua, y no se como se supo, que auia hablado à solas, estas, o otras semejantes razones. Advierte, o Ruperta, que los piadosos cielos tehan traydo á las manos, como simple victima al sacrificio al alma de tu enemigo, que los hijos, y mas los vnicos, pedaços del alma son de los padres; ea Ruperta, oluidate de que eres muger, y si no quieres oluidarte desto mi-

rá, que eres muger, y agrauada, la sangre de tu marido te está dando voces, y en aquella cabeça, sin lengua, te está diziendo: Vengança, dulce esposa mia, que me mataron sin culpa, si que no espantò la braueza de Olofernes à la humildad de Iudic, verdad es, que la causa fuya fue muy diferente de la mia, ella castigò à vn enemigo de Dios, y yo quiero castigar à vn enemigo, q̄ no se si lo es mio, à ella le puso el hieirro, en las manos el amor de su patria, y a mi me le pone el de mi esposo: pero para que hago yo tan disparatadas comparaciones, que tengo que hazer mas, sino cerrar los ojos, y embaynar el azero en el pecho deste moço, que tanto será mi vengança mayor, quanto fuere menor su culpa, alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los desfeos quieré cumplir, no reparan en inconuenientes, aunque sean mortales, cumpla yo el mio, y tenga la salida por mi misma muerte: esto dicho, dio traça, y orden, en como aque-

lla noche se encerrasse en la estancia de Croriano, donde le dio facil entrada vn criado suyo, traydor por dadiuas, aunque el no pensò, sino que hazia vn gran seruicio a su amo, lleuandole al lecho, vna tan hermosa muger como Rupta, la qual puesta en parte donde no pudo ser vista, ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en marauilloso silencio, estuuò esperando la hora de su contento, que la tenia puesta en la de la muerte de Croriano, lleuò para ser instrumento del cruel sacrificio, vn agudo cuchillo, que por ser arma mañera, y no embarazosa, le parecio ser mas a proposito, lleuò assi mismo vna lanterna bien cerrada, en la qual ardia vna vela de cera, recogio los espiritus de manera, que apenas oífaua embiar la respiracion al ayre: que no haze vna muger enojada? que montes de dificultades no atropella en sus dissinios? que inormes crueldades no le parecen blandas, y pacificas?

Hist. de Persiles y Sigismunda.

No mas, porque lo que en este caso se podia dezir es tanto, q̄ será mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras, con que encarecerlo: llegose en fin la hora, acostose Croriano, durmiose con el cáfancio del camino, y entregose, sin pensamiento de su muerte al de su reposo, con atentos oydos estaua escuchando Ruperta, si daua alguna señal Croriano de que durmiese, y asseguraronla, que dormia, assi el tiempo, que auia passado desde que se acostò hasta entonces, como algunos dilatados alientos, que no los dan sino los dormidos, viendo lo qual, sin santiguarse, ni inuocar Deydad que la ayudasse, abrio la lanterna, con que quedò claro el aposento, y mirò donde pondria los pies, para que sin tropezar la lleuassen al lecho; la bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, executa tu ira, satisfaze tu enojo, borra, y quita del mundo tu agrauio, que delante tienes, en quien puedes hazerlo: pero mira, o hermosa Ruperta, si

quieres, que no mires a esse hermoso cupido, que vas a descubrir, que se desharà en vn punto, toda la maquina de tus pensamientos: llegò en fin, y temblandole la mano, descubrio el rostro de Croriano, que profundamente dormia, y hallò en el la propiedad del escudo de Medusa, que la conuertio en marmol, hallò tanta hermosura, que fue bastante a hazerle caer el cuchillo de la mano, y à que diese lugar la consideracion del i norme caso, que cometer queria; vio, que la belleza de Croriano, como haze el Sol à la niebla, ahuyenta las sombras de la muerte, que dar le queria. Ay dixo, entre si, generoso mancebo, y quan mejor eres tu para ser mi esposo, que para ser objeto de mi vengança, que culpa tienes tu, de la que cometio tu padre? y que pena se ha de dar a quien no tiene culpa? gozate, gozate joven illustre, y quedese en mi pecho mi vengança, y mi crueldad encerrada, que quando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa, que vengatiua,

tiua: esto diciendo, ya turbada, y arrepentida, se le cayo la lanterna de las manos, sobre el pecho de Croriano, que despertò con el ardor de la vela, hallòse à escuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertò por donde; dio voces Croriano, tomò su espada, y saltò del lecho, y andando por el aposento topò con Ruperta que toda temblando le dicho: No me mates, ò Croriano, puesto, que soy vna muger, q̄ no ha vn hora, que quise, y pudo matarte, y agora me veo en terminos de rogarte, que no me quites la vida. En esto entraron sus criados al rumor cõ luzes, y vio Croriano, y conocio á la bellissima viuda, como quien vee à la resplandeciente Luna, de nubes blancas rodeada. Que es esto señora Ruperta, le dixo, son los pasos de la vengança, los que hasta aqui os han traydo, o quereys, que os pague yo los desafueros, q̄ mi padre os hizo, que cuchillo es este, que otra señal es, sino de que aueys venido á ser verdugo de mi vida? mi padre es

ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacion de los agrauios que dexan hechos, los viuos si que pueden recompensarlos, y assi yo, que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa, que el os hizo, lo mejor que pudiere, y supiere: pero dexame primero ver si soys fantasma, que aqui ha venido, ò a matarme, ò á engañarme, ò á mejorar mi suerte. Empeorese la mia, respondió Ruperta: si es, que halla modo el cielo, como empeorarla, si entrè este dia passado en este meson, con alguna memoria tuya veniste tu a el, no te vi quando entraste, ohi tu nombre, el qual despertò mi colera, y me mouiò á la vengança, concertè con vn criado tuyo, que me encerrasse esta noche en este aposento, hizèle, que callasse, sellandole la boca con algunas dadiua, entrè en el apercebime deste cuchillo, y acrecentè el desseo de quitarte la vida, senti que dormias, sali de donde estaua, y á la luz de vna lanterna, que conmigo traía,

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

te descubri, y vi tu rostro, que me mouio á respeto, y a reuerencia, de manera, que los filos del cuchillo se embotaron, el desseo de mi vengança se deshizo, cayoseme la vela de las manos, y despertote su fuego, diste voces, quedè yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto, yo no quiero mas venganças, ni mas memorias de agrauios, viue en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya lo son el perdonarte la culpa, que no tienes. Señora, respondió Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tu no quiseste, el despechado matò a tu esposo, muriose, llevando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan suya, para hazer bien por su alma, si quieres, que te entregue la mia, recíbeme por tu esposo, si ya como he dicho no eres fantasma, que me engañas, que las grandes venturas, que vienen de improviso, siempre traen consigo alguna sospecha. Este mi cuerpo no es fantastico, respondió Ruperta,

y el alma, que en el te entrego, es senzilla, pura, y verdadera. Testigos fueron destos desposorios los criados de Croriano que auian entrado con las luzes: triunfò aquella noche la blanda paz desta dura guerra, voluiose el campo dela batalla en talamo de desposorio, nacio la paz de la ira, y del disgusto el contento; amanecio el dia, y hallò los recien desposados: en la cama: leuantaronse los peregrinos, con desseo de saber, q̄ auria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estauan ya bien informados; salio el rumor del nueuo desposorio, y haziendo de los Cortesanos, entraron á dar los parabienes á los nouios, y al entrar en el aposento, vieron salir del de Ruperta el anciano escudero, que su historia les auia contado, cargado con la caxa donde yua la calzbera de su primero espo, y cõ la camissa, y espada, que tantas vezes auia renouado las lagrimas de Ruperta, y dixo, que lo lleuua a donde no renouassen otra vez en las

glorias presentes passadas des-
 uenturas, murmurò de la faci-
 lidad de Ruperta, y en general
 de todas las mugeres, y el me-
 nor vituperio, que dellas dixo,
 fue llamarlas antojadizas. Le-
 uantaronse los nouios, antes
 que entrassen los peregrinos,
 regozijaronse los criados, assi
 de Ruperta, como de Croria-
 no, y boluiose aquel meson en
 Alcaçar Real, digno de tan al-
 tos desposorios. En fin Perian-
 dro, y Auristela, Constança, y
 Antonio su hermano, hablarõ
 a los desposados, y se dieron
 parte de sus vidas, alomenos la
 que conuenia, que se diese.

C A P I T V L O

D I E Z Y O C H O

Del Tercer Libro.

EN esto estauan, quando
 entrò por la puerta del
 meson vn hombre, cu-
 ya larga, y blanca barba, mas
 de ochenta años le daua de
 edad, venia vestido, ni como
 peregrino, ni como religioso,

puesto, que lo vno, y lo otro
 parecia: trahia la cabeça descu-
 bierta, rasa, y calua en el me-
 dio, y por los lados luengas, y
 blanquissimas canas le pendia
 sustentaua el agouiado cuerpo
 sobre vn retorcido cayado, q̄
 de vaculo le seruia: en efeto,
 todo el, y todas las partes re-
 presentauan vn venerable an-
 ciano, digno de todo respeto,
 al qual apenas huuo visto la
 dueña del meson, quando hin-
 cándose ante el de rodillas, le
 dixo: Contarè yo este dia, pa-
 dre Soldino, entre los venturo-
 sos de mi vida, pues he mereci-
 do verte en mi casa, que nunca
 vienes a ella, sino para bien-
 mio, y boluiendose a los circū-
 stantes, prosiguió, diziendo:
 Este monton de nieue, y esta
 estatua de marmol blanco, que
 se mueue, que aqui veys, seño-
 res, es la del famoso Soldino,
 cuya fama, no solo en Francia
 sino en todas partes de la tier-
 ra se estiende. No me alabeys
 buena señora, respondió el
 anciano, que tal vez la buena
 fama se engendra de la mala
 mentira, no la entrada, sino

la salida haze a los hombres venturosos: la virtud, que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio: pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion, que de mi teneys, mirad oy por vuestra casa, porque destas bodas, y destes regozijos, que en ella se preparan, se ha de engendrar vn fuego, que casi toda la consume. A lo que dixo Croriano, hablando con Rupertha su esposa, este sin duda deue de ser Magico, o adeuino, pues predize lo por venir. Entreoyô esta razon el anciano, y respondió: No soy Mago, ni adeuino, sino Iudiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña á adeuinar, creedme, señores, por esta vez, si quiera, y dexad esta estancia, y vamos á la mia, que en vna cercana selua, que aqui os dará, sino tan capaz, mas seguro aloxamiento. Apenas huuo dicho esto, quando entrò Bartolome, criado de Antonio, y dixo á voces: Señores, las cocinas se abrasan, porque en la infinita leña,

que junto a ellas estaua, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas del mar: tras esta voz acudieron las de otros criados, y començaron á acreditarlas los estallidos del fuego, la verdad tan manifesta acreditò las palabras de Soldino, y assiendo en braços Perianandro á Auristela, sin querer yr primero á aueriguar, si el fuego se podia atajar, o no, dixo á Soldino: Señor, guianos á tu estancia, que el peligro desta, ya está manifesto: lo mismo hizo Antonio con su hermana Constança, y con Feliz Flora la dama Francesca, á quien siguieron Deleasir, y Belarminia, y la moça arrepentida de Talavera se affio del cinto de Bartolome, y el del cabestro de su bagaje, y todos juntos, con los desposados, y con la huespeda, que conocia bien las adiuinanças de Soldino, le siguieron, aunque con tardo paso los guiaua: la demas gente del meson, que no auian estado presentes á las razones de Soldino,

quedaron ocupados en matar el fuego, pero presto su furor les dio à entender, que trabauan en vano, ardiendo la casa todo aquel día, que ha cogeltes el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno, que contara su furia: llegaron en fin á la selua donde hallaron vna ermita no muy grande, dentro de la qual vieron vna puerta, que parecia serlo de vna cueua escura: antes de entraren la ermita, dixo Soldino, á todos los que le auian seguido: Estos arboles con su apacible sombra os seruiran de dorados techos, y la yerua deste amenissimo prado, sino de muy blandas, alomenos de muy blancas camas yo llevarè conmigo a mi cueua à estos señores, porque les conuiene, y no porque los mejore en la estancia, y luego llamó á Periandro, á Auristela, á Constança, á las tres damas Francesas, á Ruperta, á Antonio, y á Croriano, y dexando otra mucha gente fuera, se encerrò con estos en la cueua, cerrando tras si la puerta

de la ermita, y la de la cueua. Viendose pues Bartolome, y la de Talauera, no ser de los escogidos, ni llamados de Soldino, ò ya de despecho, ò ya llevados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en vno, de dexar Bartolome a sus amos, y la moça à sus arrepentimientos; y así aliuieron el bagaje de dos habitos de peregrinos, y la moça acauallo, y el galan á pie, dieron cantonada, ella á sus compassiuas señoras, y el à sus honrados dueños, llevando en la intencion de yr tambien a Roma, como yuan todos. Otra vez se ha dicho, que todas las acciones no verissimeles, ni prouables se han de contar en las historias, porque sino se les dà credito, pierden de su valor pero al historiador, no le conuiene mas, de dezir la verdad, parezcalo, ò no lo parezca: cõ esta maxima pues, el que escriuio esta historia, dize, que Soldino, con todo a quel esquadron de damas, y Caualleros baxò por las gradas de la escura cueua, y à menos

Hist. de Persiles y Sigismunda.

de ochéta gradas se descubrio el cielo luziente, y claro, y se vieron vnos amenos, y tendidos prados, que entretenian la vista, y alegrauan las almas, y haziendo Soldino rueda de los que con el auian baxado, les dixo, Señores, esto no es encantamento, y esta cueua por don de aqui hemos venido, no sirue fino de atajo, para llegar desde allá arriba a este valle q̄ veys, que vna legua de aqui tiene mas facil, mas llana, y mas apacible entrada, yo leuantè aquella hermita, y con mis braços, y con mi continuo trabajo cauè la cueua, y hize mio este valle, cuyas aguas, y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan, aqui huyendo de la guerra, hallè la paz, la hambre, que en esse mundo de allá arriba, si assi se puede dezir, tenia, hallo aqui a la hartura, aqui en lugar de los Principes y Monarcas, que mandan el mundo, a quien yo seruia, he hallado a estos arboles mudos que aunque altos, y pomposos son humildes, aqui no suena en mis oydos el desden de los

Emperadores, el enfado de sus ministros, aqui no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirua, aqui soy yo señor de mi mismo, aqui tengo mi alma en mi palma, aqui he dado fin al estudio de las Matematicas, he contemplado el curso de las Estrellas, y el mouimiento del Sol, y de la Luna. Pero ay de mi, que me haze entristezer otro coronado jouden, tendido en la seca arena, de mil Moras lanças atrauesado, el vno nieto, y el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamas como se deue alabado Carlos Quinto, a quien yo serui muchos años, y siruiera hasta que la vida se me acabara, fino lo estoruara el querer mudar la milicia mortal en la diuina: aqui estoy, donde sin libros, con sola la esperiencia, que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, o Croriano, y en saber yo tu nombre, sin auerte visto jamas, me acreditè contigo, que gozarás de tu Ruperta largos años, y a ti, Periandro, te asseguro buen su

cesso de tu peregrinacion, tu hermana Auristela no lo será presto, y no porque ha de perder la vida con breuedad, à ti, ò Constança subiràs de Condesa á Duquesa, y tu hermano Antonio al grado, que su valor merece: estas señoras Francesas, aunque no consiguan los desseos, que agora tienen, conseguiran otros, que las honren y contenten: el auer pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres, sin aueros visto jamas, las muertes, que he dicho, que he visto antes que vengan, os podran mouer si quereys a creerme, y mas quando halley, ser verdad, q̄ vuestro moço Bartolome, con el bagaje, y con la moça Castellana se ha ydo, y os ha dexado a pie no le figays, porque no le alcácareys, la moça es mas del suelo, q̄ del cielo, y quiere seguir su inclinacion ha despecho, y pesar de vuestros consejos, Español soy que me obliga a ser cortès, y a ser verdadero con la cortesia os ofrezco, quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad á la esperiencia de

todo quanto os he dicho; si os marauillare de ver a vn Español en esta agena tierra, aduertid, que ay sitios, y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en que estamos, lo es para mi mas que ninguno, las alquerias, caserias, y lugares, que ay por estos contornos las habitan gentes Catholicas, y santas, quando conuiene recibo los Sacramentos, y busco lo que no pueden ofrecer los campos, para passar la humana vida, esta es la que tengo, de la qual pienso salir à la siempre duradera, y por agora no mas, sino vamos arriba, daremos sustèto a los cuerpos.

CAPITULO DIEZ Y NVEVE.

Del tercero Libro.

A Dereçose la pobre, mas que limpia comi da, aunque fue muy limpia cosa, no muy nueva para los peregrinos, que se acordaron entonces de la isla Barbara, y de la de las ermitas, dõ-

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

de quedò Rutilio, y adonde ellos comieron de los ya sazoados, y ya no frutos de los arboles; tambien se les vino á la memoria la profecia falsa de los Isleños, y los muchos pronosticos de Mauricio, con las Moriscas del Xadraque, y vltimamente las del Español Soldino, pareciales, que andauan rodeados de adeuinanças, y mitidos, hasta el almia en la Iudiciaria Astrologia. Acabose la breue comida, salio Soldino con todos los que con el estauan al camino, para despedirse dellos, y en el echaron menos á la moça Castellana, y á Bartolome el del bagaje, cuya falta no dio poca pesadumbre a los quatro, porque les faltaua el dinero, y la reposteria, mostrò congoxarse Antonio, y quiso adelantarse á buscarle, porque bien se imaginò, que la moça le lleuaua, o el lleuaua a la moça, ò por mejor dezir, el vno se lleuaua al otro: pero Soldino le dixo, que no tuuiesse pena, ni se mouiesse á buscarlos, porque de creer era que otro dia volueria su cria-

do arrepentido del hurto, y en tregaria quanto auia lleuado, creyeron, y assi no curò Antonio de buscarle, y mas, que Feliz Flora ofrecio à Antonio de prestarle, quanto huuiesse menester para su gusto, y el de sus compañeros desde alli a Roma, á cuya liberal oferta se mostrò Antonio agradecido lo possible, y aun se ofrecio de darle prenda, que cupiesse en el puño, y en el valor passasse de cinquenta mil ducados, y esto fue, pensando de darle vna de las dos perlas de Auristela, que con la Cruz de diamantes guardadas, siempre cõ figo las traia. No se atreuio Feliz Flora, á creer la cantidad del valor de la prenda: pero atreuiose á voluer ha hazer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, vieron venir por el camino, y passar por delante dellos hasta ocho personas á cavallo, entre las quales yua vna muger sentada en vn rico sillon, y sobre vna mula vestida de camino, toda de verde hasta el sombrero, que con ricas, y varias plumas açotaua

el ayre con vn antifaz assi mismo verde cubierto el rostro: passaron por delante dellos, y con baxar las cabeças, sin hablar palabra alguna los saludaron, y passaron de largo: los del camino tampoco hablaron, y al mismo modo les saludaron, quedauase atras vno de los de la compañía, y llegando á ellos pidio por cortesia vn poco de agua, dieronfela, y preguntaronle, que gente era la que yua alli delante, y que dama la de lo verde? A lo que el caminante respondió: El que alli delante va, es el señor Alexandro Castruxo, gentil-hombre Capuano, y vno de los ricos varones, no solo de Capua, fino de todo el Reyno de Napoles, la dama es su sobrina, la señora Ylabela Castruxo, que nacio en España, donde dexa enterrado á su padre, por cuya muerte su tio la lleva á casar a Capua, y á lo que yo creo, no muy contenta. Effen ser á, respondió el escudero enlutado de Ruperta, no porque va á casarse, sino porque el camino es lar-

go, que yo para mi tengo, que no ay muger, que no dessee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No se essas Filosofias, respondió el caminante, solo se, que va triste, y la causa ella se la sabe, y á Dios quedad, que es mucha la ventaja, que mis dueños me lleuan, y picando apriessa se les fue de la vista, y ellos despidiendose de Soldino, le abraçaron, y le dexaron, Oluidauase de dezir, como Soldino auia aconsejado á las damas Francesas, que siguiesen el camino derecho de Roma, sin torcerle, para entrar en Paris, porque assi les conuenia: este consejo fue para ellas, como si se le dixera vn Oraculo, y assi con parecer de los peregrinos, determinaron de salir de Francia, por el Delphinado, y atrauessando el Piamonte, y el Estado de Milan, ver a Florencia, y luego á Roma. Tanteado pues este camino, con proposito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta alli, caminaron; y otro dia al romper del alua, vie-

ron venir hàzia ellos, al tenido por ladron Bartolome el bagajero, detras de su bagaje, y el vestido como peregrino, todos gritaron quando le conocieron, y los mas le preguntaron, que huyda auia sido la fuya, que trage aquel, y que buelta aquella? á lo que el hincado de rodillas delante de Constança, casi llorando, respondió a todos: Mi huyda no se como fue, mi trage ya veys, que es de peregrino, mi buelta es á restituyr, lo que quiça, y aun sin quiça en vuestras imagines me tenia confirmado por ladron, aqui señora Constança viene el bagaje, cõ todo aquello, que en el estaua, excepto dos vestidos de peregrinos, que el vno es este, que yo traygo, y el otro queda haciendo romera, a la ramera de Talauera, que doy yo al diablo al amor, y al bellaco, que me lo enseñó, y es lo peor, que le conozco, y determino ser soldado debaxo de su bandera, porque no siento fuerças, que se opongan á las que haze el gusto, con los que poco saben,

echeme vueffa merced su bendicion, y dexenme volver, que me espera Luyfa, y aduirta, que vueluo sin blanca, fiado en el donayre de mi moça, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo seran, si Dios me guarda el juyzio, si viuiesse mil siglos. Muchas razones le dixo Periandro, para estoruarle su mal proposito, muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constança, y Antonio: pero todo fue, como dizen, dar voces al viento, y predicar en desierto: limpio se Bartolome sus lagrimas, dexò su bagaje, voluio las espaldas, y partio en vn buelo, dexando á todos admirados de su amor, y de su simpleça; Antonio viendole partir tan de carrera, puso vna flecha en su arco, que jamas la disparò en vano, con intencion de atrauessarle de parte á parte, y sacarle del pecho, el amor, y la locura: mas Feliz Flora, que pocas vezes se le apartaua del lado, le traudò del arco, diziendole: Dexale, Antonio, que harta mala

ventura lleua en yr a poder, y a sugetarle al yugo de vna mu-
ger loca. Bien dizes, señora,
respondio Antonio, y pues tu
le das la vida, quien ha de ser
poderoso a quitarsela: final-
mente muchos dias camina-
ron, sin sucederles cosa digna
de ser contada: entraron en
Milan, admiroles la grandeza
de la ciudad, su infinita rique-
za, sus oros, que alli, no sola-
mente ay oro, sino oros, sus
belicas herrerias, que no pa-
rece, sino que alli ha passado
las fuyas Bulcano, la abundan-
cia infinita de sus frutos, la
grandeza de sus templos, y fi-
nalmente la agudeza del in-
genio de sus moradores: oye-
ron dezir a vn huesped fuyo,
que lo mas que auia que ver
en aquella ciudad, era la Aca-
demia de los entronados, que
estaua adornada de eminen-
tissimos Academicos, cuyos
sutiles entendimientos dauan
que hazer a la fama, a todas
horas, y por todas las partes
del mundo: dixo tambien, que
aquel dia era de Academia, y
que se auia de disputar en ella,

si podia auer amor sin zelos.
Si puede, dixo Periandro, y
para prouar esta verdad, no es
menester gastar mucho tiem-
po. Yo, replicò Auristela, no
se que es amor, aunque se lo
que es, querer bien. A lo que
dixo Belarminia, no entiendo
esse modo de hablar, ni la di-
ferencia que ay entre amor, y
querer bien. Esta, replicò Au-
ristela, querer bien, puede ser
sin causa vehemente, que os
mueua la voluntad, como se
puede querer a vna criada,
que os sirue, o a vna estatua,
o pintura, que bien os parece,
o que mucho os agrada, y es-
tas no dan zelos, ni los pueden
dar: pero aquello, que dizen,
que se llama amor, que es vna
vehemente passion del animo,
como dizen, ya que no dà ze-
los, puede dar temores, que lle-
guen a quitar la vida, del qual
temor a mi me parece, que no
puede estar libre el amor en
ninguna manera. Mucho has
dicho señora, respondio Periá-
dro, porq̃ no ay ningun amáte
que esté en possessiõ de la cosa
amada, q̃ no tema el perderla;

no ay ventura tan firme, que tal vez no dè bayuenes, no ay clauo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna, y fiel desseo, que nos lleua á acabar presto nuestro camino, no lo estoruara, quiça mostrara yo oy en la Academia, que puede auer amor sin zelos, pero no sin temores, cessò esta platica, estuuieron quatro dias en Milan, en los quales començaron á ver sus grandezas porque acabarlas de ver, no dieran tiempo quatro años: partieronse de alli, y llegaron à Luca, ciudad pequeña, pero hermosa, y libre, que debaxo de las alas del Imperio, y de España, se descuella, y mira essenta á las ciudades de los Principes, que la dessean: alli, mejor que en otra parte ninguna, son bien vistos, y recibidos los Españoles, y es la causa, que en ella no mandan ellos, sino ruegan, y como en ella no hazen estancia de mas de vn dia, no dan lugar á mostrar su condicion, tenuta por arrogante: aqui acontecio á nuestros passageros vna de

las mas estrañas aventuras, que se han contado en todo el discurso deste libro.

CAPITULO

VEINTE:

Del Tercero Libro.

LAS posadas de Luca son capaces, para aloxar vna compañia de soldados, en vna de las quales se aloxò nuestro esquadron siendo guiado de las guardas del aspuertas de la ciudad, que se los entregaron al huesped por cuenta, porque á la mañana, o quando se partiessen, la auia de dar dellos: al entrar vio la señora Ruperta, que salia vn Medico, que tal le parecio en el trage, diciendo à la huespeda de la casa, que tambien le parecio no podia ser otra. Yo, señora, no me acabo de desengañar, si esta donzella esta loca, o endemoniada, y por no errar, digo, que está endemoniada, y loca, y con

todo esto tengo espera. de
 fu salud, si es, que su tio no se
 da priessa à partirse. Ay Iesus!
 dixo Ruperta, y en casa de en-
 demoniados, y locos nos apea-
 mos, en verdad, en verdad, que
 si se toma mi parecer, no he-
 mos de poner los pies dentro.
 A lo que dixo la huespeda: Sin
 escrupulo puede V. S. que este
 es el merced de Italia, apearse,
 porque de cien leguas se podia
 venir à ver lo que està en esta
 posada; apearonse todos, y Au-
 ristela, y Constança, que auia
 oydo las razones de la huespe-
 da, le preguntaron, que auia
 en aquella posada, que tanto
 encarecia el verla? Venganse
 conmigo, respondió la huespe-
 da, y veran lo que veran, y di-
 ran lo que yo digo; guiò y fi-
 guieronla, donde yieron echa-
 da en vn lecho dorado à vna
 hermosissima muchacha, de
 edad, al parecer, de diez y seys
 ò diez y siete años, tenia los
 braços aspados, y atados con
 vnas vendas à los balaustrés
 de la cabecera del lecho, co-
 mo que le querian estoruar, el
 mouerlos à ninguna parte, dos

mugeres, que deuián de seruir
 la de enfermeras, andauan bus-
 candole las piernas para atar-
 selas tambien, à lo que la enfer-
 ma dixo: Vasta, que se me aten
 los braços, que todo lo demas
 las ataduras de mi honestidad
 lo tiene ligado, y boluiendose
 à las peregrinas, con leuanta-
 da voz, dixo: Figuras del cielo
 Angeles de carne, sin duda
 creo, que venis à darme salud,
 porque de tan hermosa presen-
 cia, y de tan Christiana visita,
 no se puede esperar otra cosa;
 por lo que deueys à ser quien
 soys, que soys mucho, que me
 mandeis que me desaten, que
 con quatro, ò cinco bocados,
 que me dè en el brazo, queda-
 rè harta, y no meharè mas mal
 porque no estoy tan loca co-
 mo parezco, ni el que me ator-
 menta, es tan cruel, que dexará
 que me muerda. Pobre de ti so-
 brina, dixo vn anciano, q̄ auia
 entrado en el aposento, y qual
 te tiene, esse que dizes, que no
 ha de dexar, que te muerdas,
 encomiendate à Dios Ysabela
 y procura comer no de tus her-
 mosas carnes, sino de lo que

te diere este tu tio, que bien te quiere: lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que sustenta la tierra te traherè, que tu mucha hazienda, y mi voluntad mucha te lo ofrece todo. La doliente moça, respondió: Dexenme sola con estos Angeles, quiza mi enemigo el demonio huyra de mi, por no estar con ellos; y señalando con la cabeça, que se quedassen con ella, Auristela, Constança, Ruperea, y Feliz Flora, dixo, que los demas se faliessen, como se hizo con voluntad, y aun con ruegos de su anciano, y lastimado tio, del qual supieron ser aquella la gentil dama de lo verde, que al salir de la cueua del sabio Español, auian visto passar por el camino, que el criado, que se quedò atras, les dixo se llamaua Ysabela Castrucha, y que se yua a casar al Reyno de Napoles. Apenas se vio sola la enferma, quando mirando a todas partes, dixo, que mirassen si auia otra persona en el aposento, que aumentasse el numero, de los que ella dixo,

que se quedassen, miròlo Rupertta, y escudriñolo todo, y assegurò no auer otra persona, que ellos: con esta seguridad, sentòse Ysabela, como pudo, en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de proposito, rompio la voz con vn tan grande suspiro, que parecia, que con el se le arrancaba el alma, el fin del qual fue, tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, con señales tan de muerte, que obligò a los circunstantes a dar voces, pidiendo vn poco de agua para bañar el rostro de Ysabela, que a mas andar se yua al otro mundo, entrò el misero tio, llevando vna Cruz en la vna mano, y en la otra vn hisopo, bañado en agua bendita; entraron assi mismo con el dos Sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaua, pocas vezes se apartauan della, entrò assi mismo la huespeda con el agua, rozaronle el rostro, y boluio en si, diciendo: Escusadas son por agora estas preuenciones, yo saldre presto, pero no ha de ser quando

quando vosotros quisieredes, fino quando a mi me parezca, que sera quando viniere a esta ciudad Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista Marulo, Cauallero desta ciudad, el qual Andrea aora está estudiádo en Salamáca, bié descuydado de los suceſſos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que teniá, de estar Yſabela endemoniada, porq̄ no podian pensar, como pudieſſe ſaber ella, Iuan Bautista Marulo quié fueſſe, y ſu hijo Andrea, y no faltô, quié fueſſe luego a dezir al ya nombrado Iuá Bautista Marulo, lo q̄ la bella endemoniada del, y de ſu hijo auia dicho. Tornò a pedir, que la dexaſſen ſola con los q̄ antes auia eſcogido: dixerõle los Sacerdotes los Euágelios, y hizieron ſu guſto, lleuandole todos, de la ſeñal que auia dado, quedaria quando el demonio la dexaſſe, libre, que indubitavelmente la juzgaron por endemoniada: Feliz Flora hizo de nueuo la peſquiſa dela eſtancia, y cerrando la puerta della, dixo a la enferma: Solos

esta nos, mira ſeñora, lo que quieres. Lo que quiero es, reſpondio Yſabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque ſon blandas me fatigan, porque me impiden: hizieronlo aſſi con mucha diligencia, y ſentandose Yſabela en el lecho, aſſi de la vna mano a Aurifſela, y de la otra a Rupertta, y hizo, que Conſtança, y Feliz Flora, ſe ſentaſſen junto a ella en el miſmo lecho, y aſſi apiñadas en vn hermoſo monton, con voz baxa, y lagrimas en los ojos, dixo: Yo ſeñoras ſoy la infelice Yſabela Caſtrucha, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hazienda, y los cielos algun tanto de hermoſura; nacieron mis padres en Capua, pero engédronme en Eſpaña, donde naci y me crie en caſa deſte mi tio, que aqui está, que en la Corte del Emperador la tenia. Valame Dios, y para q̄ tomo yo tã de atrás la corriete de mis deſuenturas: Eſtando pues yo en caſa deſte mi tio, ya huerfana de mis padres, que a el me dexarõ encomendada, y por tutor

mio, llegò a la Corte vn mo-
ço, a quien yo vi en vna Ygle-
sia, y le mirè tan de proposito,
y no os parezca esto, señoras,
desemboltura, que no parece-
rà, si consideraredes, que soy
muger, digo, que le mirè en
la Yglesia de tal modo, que en
casa no podia estar sin mirarle
porque quedò su presencia tan
impresa en mi alma, que no
la podia apartar de mi memo-
ria; finalmente no me falta-
ron medios para entèder quien
el era, y la calidad de su perso-
na, y que hazia en la Corte, ò
donde yua, y lo que saque en
limpio fue, que se llamaua An-
drea Mirulo, hijo de Iuan Bau-
tista Mirulo, Cauallero desta
ciudad, mas noble, que rico,
y que yua à estudiar à Salamã-
ca: en seys dias que alli estu-
uo, tuue orden de escreuirle,
quien yo era, y la mucha ha-
zienda que tenia, y que de mi
hermosura se podia certificar
viendome en la Yglesia, escri-
uile assi mismo, que entendia,
que este mi tio, me queria ca-
sar con vn primo mio, porque
la hazienda se quedasse en ca-

sa, hombre no de mi gusto, ni
de mi condicion, como es ver-
dad: dixele assi mismo, que la
ocasion en mi le ofrecio sus ca-
bellos, que los tomasse, y
que no diesse lugar, en no ha-
zello, al arrepentimiento, y
que no tomasse de mi facili-
dad ocasion para no estimar-
me: respondió, despues de a-
uerme visto no se quantas ve-
zes en la Yglesia, que por mi
persona sola, sin los adornos
de la nobleza, y de la riqueza,
me hiziera señora del mundo,
si pudiera, y que me suplicaua
durasse firme algun tiempo
en mi amorosa intencion, alo-
menos, hasta que el dexasse
en Salamanca a vn amigo
suyo, que con el desta ciudad
auia partido à seguir el estu-
dio: respondile, que si haria,
porque en mi no era el amor
importuno, ni indiscreto, que
presto nace, y presto se mue-
re; dexome entonces por hon-
rado, pues no quiso faltar a su
amigo, y con lagrimas, como
enamorado, que yo se las vi
verter, passando por mi calle
el dia que se partio, sin dexar-

me, y yo me fuy con el, sin partirme: otro dia, quien podrá creer esto, que de rodeos tié las desgracias, para alcançar mas presto a los desdichados: digo, que otro dia concertò mi tio, que voluiessemos a Italia, y sin poderme escusar, ni valerme, el fingirme enferma, porque el pulso, y la color me hazian sana, mi tio no quiso creer, que de enferma, sino de mal contenta del casamiento, buscava traças para no partirme: en este tiempo le tuue, para escriuir á Andrea de lo que me auia sucedido, y que era forçoso el partirme, pero que yo procuraria passar por esta ciudad, donde pensaua fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traça, á que el le tuuiesse de dexar á Salamanca, y venir á Luca, adonde a pesar de mi tio, y aun de todo el mūdo, seria mi esposo, assi que en su diligencia estaua mi ventura, y aun la suya, si queria mostrarse agradecido, si las cartas llegaron á sus manos, que si de uieron de llegar, porque los portes las hazen ciertas, antes

de tres dias ha de estar aqui, yo por mi parte he hecho lo que he podido, vna legiõ de demonios parece que tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener vna onça de amor en el alma, quando la esperança desde lejos la anda haziendo cocos: esta es señoras mias mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad, mis amorosos pensamientos son los demonios, que yo fingo me atormétan, passo hambre, porq̄ espero hartura, pero con todo esso, la desconfiança me persigue, porq̄ como dizé en Castilla, a los desdichados se les suelê helar las migas entre la boca, y la mano: hazed señores de modo, q̄ acrediteys mi mētira, y fortalezcays mis discursos, haziendo cõ mi tio, q̄ puesto, q̄ yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quiça permitirá el cielo, que llegue el de mi contento, con la venida de Andrea. No aurá para que preguntar, si se admirarõ, ò no los oyétes de la historia de Ysabela pues la historia misma se trae consigo la admiraciõ, para ponerla en las

almas de los que la escuchan: Ruperta, Auristela, Constança, y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus disñios, y de no partirse de aquel lugar, hasta ver el fin dellos, pues a buena razon no podia tardar mucho.

C A P I T V L O

V E I N T E I V N O.

Del Tercer Libro.

Priessa se daua la hermosa Ysabela Castrucha, a reualidar su demonio, y priessa se dauan las quatro, ya sus amigas, a fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones, que podian, de que verda deramente era el demonio el que hablaua en su cuerpo: porque se vea quien es el amor, pues haze paecer endemoniados a los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, boluio el Medico a hazer la segunda visita, y acaso truxo con el a Iuã Bautista Marulo, padre de An-

drea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dixo: Vea v.m. señor Iuan Bautista Marulo, la lastima desta donzella, y si merece, que en su cuerpo de Angel, se ande espaciando el demonio, pero vna esperança nos consuela, y es, que nos ha dicho, que presto saldrá de aqui, y dara por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, q̄ por instátes aguarda? Assi me lo han dicho, respondió el señor Iuan Bautista, y holgariame yo, que cosas mias fueffen paraninfos de tan buenas nueuas. Gracias à Dios, y a mi diligéncia, dixo Ysabela, que sino fuera por mi, el se estuiera agora quedo en Salamanca, haziedo lo que Dios se sabe, crea me el señor Iuan Bautista, que está presente, que tiene vn hijo mas hermoso que santo, y menos estudiante que galan, que mal ayan las galas, y las atilda duras de los mancebos, que tanto daño hazé en la Republica, y mal ayá juntaméte las espue las, q̄ no son de rodaxa, y los azicates, que no son puntia-

gudos, y las mulas de alquiler, que no se aventajan à las postas: con estas fue ensartando otras razones equiuocas, conuiene à saber de dos sentidos, que de vna manera las 'entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes: ellas las interpretauan verdaderamente, y los demas, como desconcertados disparates. Donde vistes vos, señora, dixo Marulo, à mi hijo Andrea, fue en Madrid, o en Salamanca. No fue sino en Illescas, dixo Ysabela, cogiendo guindas la mañana de San Iuan al tiempo que alboreaua, mas si va à dezir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicò Marulo, que estè mi hijo cogiendo guindas, y no espulgandose, que es mas proprio de los estudiantes. Los estudiantes, que son Caualleros, respondió Ysabela, de pura fantasia pocas vezes se espulgan, pero muchas se rascan, que estos animalejos, que se vsan en el mundo tan de ordinario, son tan atre-

uidos, que assi se entran por las calças de los Principes, como por las fraçadas de los hospitales. Todo lo sabes malino, dixo el Medico, bien parece, que eres viejo, y esto encaminando su razon al demonio, q̄ pensaua que tenia Ysabela en el cuerpo: estando en esto, que no parece, sino que el mismo Satanas lo ordenaua, entrò el tio de Ysabela con muestras de grandissima alegria, diciendo: Albricias sobrina mia, albricias hija de mi alma, que ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Iuan Bautista, que está presente: ea dulce esperanza mia, cumplenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en viendole: ea demonio maldito, vade retro, exi foras, sin que lleues pensamiento de volver à esta estancia, por mas barrida, y escombrada que la veas. Venga, venga, replicò Ysabela, esse putatiuo Ganimedes, esse contrahecho Adonis, y deme la mano de esposo, libre, sano, y sin cautela, que yo le he estado aqui aguardando, mas firme

que roca, puesta à las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueuen. Entrò de camino Andrea Marulo, à quien ya en casa de su padre le auian dicho la enfermedad de la estrangera Ysabela, y de como le esperaua para darle por señal de la salida del demonio. El moço, que era discreto, y estaua preuenido por las cartas, que Ysabela le embiò á Salamanca, de lo que auia de hazer, si la alcançaua en Luca: sin quitarse las espuelas acudio á la posada de Ysabela, y entrò por su estancia, como atontado, y loco, diziendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es, que no vasta de vna esquadra; con este alboroto, y voces, casi quedaron admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tanto, que dixo el Medico, y aun su mismo padre: Tan demonio es este, como el que tiene Ysabela; y su tio dixo: Esperauamos á este mancebo para nuestro bien, y creo que ha

venido para nuestro mal. Sofriegate hijo, soffriegate, dixo su padre, que parece, que estás loco. No lo ha de estar, dixo Ysabela, si me vee a mi; no soy yo por ventura, el centro donde reposan sus pensamientos; no soy yo el blanco, donde affestan sus desseos? Si por cierto, dixo Andrea, si, que vos soys señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo, y vida de mi muerte, dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la esclauitud en que me veo, à la libertad de verme debaxo de vuestro yugo, dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alçadme de la humildad de ser Andrea Marulo, á la alteza de ser esposo de Ysabela Castrucho, vayan de aqui fuera los demonios, que quisieren estoruar tan sabroso nudo, y no procuren los hombres apartar lo que Dios junta. Tu dizes bien, señor Andrea, replicò Ysabela, y sin que aqui interuengan traças, maquinas, ni embelecocos, dame esa mano de Esposo, y recibe-

me por tuya: tendió la mano Andrea, y en aquel instante alçò la voz Auristela, y dixo: Bien se la puede dar, que para en vno son. Pasmado, y atonito, tendiò tambien la mano su tio de Ysabela, y trauò de la de Andrea, y dixo: Que es esto señores, vsase en este pueblo, que se case vn diabo con otro? Que no dixo el Medico, que esto deue de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es possible, que este caso, que va sucediendo, pueda ser preuenido por entendimiento humano. Con todo esso, dixo el tio de Ysabela, quiero saber de la boca de entrambos, que lugar le daremos à este casamiento, el de la verdad, ò el de la burla. El de la verdad, respondió Ysabela, porque ni Andrea Marulo està loco, ni yo endemoniada, yo lo quiero, y escojo por mi esposo, sies que el me quiere, y me escoje por su esposa. No loco, ni endemoniado, sino con mi juyzio entero, tal, qual Dios ha sido seruido de darme, y diziendo esto,

tomò la mano de Ysabela, y ella le dio la suya, y con dos sies quedaron indubitablemète casados. Que es esto, dixo Castrucho, otra vez, aqui de Dios, como, y es possible, que assi se deshonren las canas deste viejo? No las puede deshorrar, dixo el padre de Andrea, ninguna cosa mia, yo soy noble, y fino demasiadamente rico, no tan pobre, que aya menester a nadie, no entro, ni salgo en este negocio, sin mi sabiduria se han casado los muchachos, q̄ en los pechos enamorados la discrecion se adelanta à los años, y si las mas vezes los moços en sus acciones disparan, muchas aciertã, y quãdo aciertan, aunque sea a caso, excedê con muchas ventajas a las mas consideradas: pero mirese con todo esso, si lo que aqui ha pasado puede passar a delante, porque si se puede deshazer, las riquezas de Ysabela, no han de ser parte, para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos Sacerdotes, que se hallarõ presentes, dixeron, que era valido el Matrimonio, presupues

to, que si con parecer de locos le auian començado, con parecer de verdaderamente cuerdos le auian confirmado. Y de nuevo le confirmamos, dixo Andrea, y lo mismo dixo Ysabela: oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas del coraçon, y la cabeça sobre el pecho, y dando vn profundo suspiro, buelto los ojos en blanco, dio muestras de auerle sobreuenido vn mortal parafismo, lleuaronle sus criados al lecho, leuantose del fuyo Ysabela, lleuola Andrea á casa de su padre, como a su esposa, y de alli á dos dias entraron por la puerta de vna Yglesia vn niño hermano de

Andrea Marulo á bautizarse Ysabela, y Andrea á casarse, y á enterrar el cuerpo de su tio porque se vea: quan estraños son los sucessos desta vida, vnos á vn mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran: con todo esso se puso luto Ysabela, porque esta que llaman muerte, mezcla los talamos con las sepulturas, y las galas con los lutos. Quatro dias mas estuieron en Luca nuestros peregrinos, y la esquadra de nuestros passageros que fueron regalados de los desposados, y del noble Iuan Bautista Marulo. Y aqui dio fin nuestro autor al tercero libro desta historia.



LIBRO

Q V A R T O

DE LOS TRABAJOS
DE PERSILES, Y

Sigismunda.

HISTORIA SETENTRIONAL.

CAPITULO PRIMERO.

Del Quarto Libro.

Disputôse entre nuestra peregrina esquadra, no vna, sino muchas vezes, si el casamiento de Ysabela Castrucha, con tantas maquinas fabricado, podia ser valedero, a lo que Perianдро muchas vezes dixo, que si, quanto mas, que no les tocava a ellos la aueriguaciôn de aquel caso: pero lo que a el le auia descontentado, era la junta del Bautismo, casamiento, y la se-

pultura, y la ignorancia del Medico, que no atinò con la traça de Ysabela, ni con el peligro de su tio; vnas vezes trataban en esto, y otras en referir los peligros, que por ellos auian passado: andauan Croriano, y Ruperta su esposa atêtissimos, inquiriendo, quien fuesen Perianдро, y Auristella, Antonio, y Constança, lo que no hazian por saber, quien fuesen las tres damas Fran-

cessas, que desde el punto que las vieron, fueron dellos conocidas, con esto, á mas que medianas jornadas, llegaron á Aquapendente, lugar cercano á Roma, á la entrada de la qual villa, adelantandose vn poco Periandro, y Auristela de los demas, sin temor, que nadie los escuchasse, ni oyesse, Periandro habló á Auristela desta manera. Bien sabes, o señora, que las causas que nos mouieron á salir de nuestra patria, y á dexar nuestro regalo, fueron tan justas, como necesarias, ya los ayres de Roma nos dan en el rostro, ya las esperanças, que nos sustentan nos bullen en las almas, ya, ya, hago cuenta, que me veo en la dulce possession esperada, mira señora, que será bien, que des vna buelta á tus pensamié-
tos, y escudriñando tu voluntad, mires, si estás en la entereza primera, o si lo estarás despues de auer cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu Real sangre no se engendrò entre promessas mentirosas, ni entre dobladas traças; de

mi te se dezir, ò hermosa Sigismunda, que este Periandro, q̄ aqui ves, es el Persiles, que en la casa del Rey mi padre viste, aquel digo, que te dio palabra de ser tu esposo en los Alcaçares de su padre, y te la cumplirá en los desiertos de Libia, si alli la contraria fortuna nos lleuasse. Y uale mirando Auristela atentissimamente, marauillada, de que Periandro dudasse de su fè, y assi le dixo. So la vna voluntad, o Persiles, he tenido en toda mi vida, y essa aura dos años que te la entreguè, no forçada, sino de mi libre aluedrio, la qual tan entera, y firme està agora, como el primer dia, que te hize señor della, la qual, si es possible, que se aumente, se ha aumentado, y crecido entre los muchos trabajos que hemos passado; de que tu estes firme en la tuya, me mostrarè tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, harè, que se bueluan en possession tus esperanças: pero dime que haremos despues, que vna misma coyunda nos ate, y vn mismo yugo oprima nuestros cuellos

cuellos, lexos nos hallamos de
 nuestras tierras, no conocidos
 de nadie en las agenas, sin arri-
 mo, que sustente la yedra de
 nuestras incomodidades: no di-
 go esto, porque me falte el ani-
 mo de sufrir todas las del mun-
 do, como estè contigo, sino di-
 go porque qualquiera necesi-
 dad tuya me ha de quitar la
 vida: hasta aqui, ò poco menos
 de hasta aqui, padecia mi alma
 en si sola: pero de aqui a delan-
 te padecerè en ella, y en la
 tuya, aunque he dicho mal en
 partir estas dos almas, pues no
 son mas que vna. Mira, señora
 respòdio Perianandro, como no
 es possible, que ninguno fabri-
 que su fortuna, puesto, que di-
 zen, que cada vno es el artifi-
 ce della, desde el principio has-
 ta el cabo; assi yo no puedo res-
 pòderte agora, lo que haremos
 despues que la buena suerte
 nos ajunte; rompase agora el
 inconueniente de nuestra diui-
 sion, que despues de juntos cà-
 pos ay en la tierra que nos sus-
 tenten, y choças, que nos reco-
 jan, y afos que nos encubran,
 que ha gozarse dos almas, que
 son vna como tu has dicho, no
 ay contentos con que ygualar-
 se, ni dorados techos, q̄ mejor
 nos alberguen: no nos faltará
 medio, para q̄ mi madre la Rey-
 na sepa dōde estamos, ni á ella
 le faltará industria para soco-
 rrernos, y en tanto essa Cruz
 de diamantes, que tienes, y es-
 sas dos perlas inestimables, co-
 mençaran á darnos ayudas, si-
 no que temo, q̄ al deshazernos
 dellas, se ha de deshazer nues-
 tra maquina, porque como se
 ha de creer, que prendas de tã-
 to valor, se encubran debaxo
 de vna esclauina? Y por venir
 dandoles alcance la demas cõ-
 pañia, cessò su platica, que fue
 la primera, que auian hablado
 en cosas de su gusto, porque la
 mucha honestidad de Auriste-
 la jamas dio ocasion a Perian-
 dro, á que en secreto la habla-
 se, y con este artificio, y segu-
 ridad notable, pa ffarõ la plaça
 de hermanos entre todos quã-
 tos hasta alli los auian conoci-
 do, solamente en el desalma-
 do, y ya muerto Clodio pas-
 sò la malicia tan adelante, que
 llegó a sospechar la verdad.

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

Aquella noche llegaron vna jornada antes de Roma, y en vn meson, adonde siempre les solia acontecer marauillas, les acontecio esta, si es que assi puede llamarse: estando todos sentados a vna mesa, la qual la sollicitud del huesped y la diligencia de sus criados tenian abundâtemente proueyda, de vn aposento del meson salio vn gallardo peregrino cõ vnas escriuanias sobre el braço yzquierdo, y vn cartapacio en la mano, y auiendo hecho a todos la deuida cortesia en lengua Castellana, dixo: Este traçe de peregrino que visto, el qual trae consigo la obligaciõ de que pida limosna el que lo trae, me obliga, a que os la pida, y tan auentajada, y tan nueua, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me auneys de hazer rico: yo, señores, soy vn hombre curioso, sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio, y Apolo; algunos años me he dado al exercicio de la guerra, y algunos otros, y los mas maduros en

el de las letras, en los de la guerra he alcãçado algun buẽ nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado, algunos libros he impresso de los ignorâtes no condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos: y como la necesidad, segũ se dize, es maestra de auir los ingenios, este mio, que tiene vn no se que de fantastico, è inuentiuo, ha dado en vna imaginacion algo peregrina, y nueua, y es, que a costa agena quiero sacar vn libro a luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, ageno, y el prouecho mio, el libro se ha de llamar Flor de aforismos peregrinos, conuiene a saber, sentencias sacadas de la misma verdad en esta forma, quando en el camino, o en otra parte topo alguna persona, cuya experiencia muestre, ser de ingenio, y de prendas, le pido, me escriua en este cartapacio algun dicho agudo, fies, que le sabe, o alguna sentencia, que lo parezca, y de esta manera tengo ajuntados mas de tre-

cientos

cientos aforismos, todos dignos de saberse, y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo autor, que lo firmò de su nombre, despues de auerlo dicho. Esta es la limosna, que pido, y la que estimaré sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor Español, respondió Periandro, alguna muestra de lo que pedis, por quien nos guemos, que en lo demas se-reys seruido, como nuestros ingenios lo alcançaren. Esta mañana, respondió el Español, llegaron aqui, y passaron de largo vn peregrino, y vna Peregrina Españoles, a los quales, por ser Españoles, declarè mi desseo, y ella me dixo, que pudiesse de mi mano (por que no sabia escriuir) esta razon.

Mas quiero ser mala con esperança de ser buena, que buena con proposito de ser mala.

Y dixome, que firmasse la peregrina de Talauera: tan poco sabia escriuir el peregrino, y me dixo, que escriuiesse.

No ay carga mas pesada que la muger liuiana.

Y firmè por el: Bartolome el Manchego. Deste modo son los aforismos, que pido, y los que espero desta gallarda compañía, seran tales, que realcen a los demas, y les firuan de adorno, y de esmalte. El caso está entendido, respondió Croriano, y por mi, tomando la pluma al peregrino, y el cartapacio, quiero començar a salir desta obligacion, y escriuo.

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huyda.

Y firmò Croriano: luego tomò la pluma Periandro, y escriuiuo.

Dichoso es el soldado, que quando està peleando, sabe, que le està mirando su Principe.

Y firmò. Sucedióle el barbaro Antonio, y escriuiuo.

La honra que se alcança por la guerra, como se graua en laminas de bronze, y con puntas de azero, es mas firme que las demas honras.

Y firmose Antonio el barbaro, y como alli no auia mas hombres, rogò el peregrino, que rã-

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

bien aquellas damas escriuiessen, y fue la primera que escriuió Ruperta, y dixo.

La hermosura que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de un buen parecer.

Y firmò. Segundò la Auristela y tomando la pluma, dixo.

La mejor dote, que puede llevar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura, y la riqueza a el tiempo la gasta, o la fortuna la deshaze.

Y firmò: a quien siguió Constança, escriuiendo.

No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger el marido.

Y firmò. Feliz Flora escriuió tambien, y dixo.

A mucho obligan las leyes de la obediencia forçosa, pero a mucho mas las fuerças del gusto.

Y firmò: y siguiendo Belarmini, dixo.

La muger ha de ser como el Armiño, dexandose antes prender, que enlodarse.

Y firmò. La vltima que escriuió, fue la hermosa Deleasir, y dixo

Sobre todas las acciones de esta vida tiene imperio la buena, o la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.

Esto fue, lo que escriuieron nuestras damas, y nuestros peregrinos, de lo que el Español quedò agradecido, y contento, y preguntandole Perianadro, si sabia algun aforismo de memoria, de los que tenia allí escritos, le dixesse. A lo que respondió, que solo vno diria, que le auia dado gran gusto, por la firma del que lo auia escrito, que dezia:

No dessees, y seras el mas rico hombre del mundo.

Y la firma dezia, Diego de Ratos corcouado çapatero de viejo en Tordefillas lugar en Castilla la Vieja junto a Valladolid. Por Dios, dixo Antonio, que la firma està larga, y tendida, y que el aforismo es el mas breue, y compèdioso, que puede imaginarse, porque està claro, que lo que se dessea, es lo que falta, y el que no dessea, no tiene falta de nada, y assi sera el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos dixo

el Español, que hizieron sabro
sa la conuersacion, y la cena,
sentòse el peregrino con ellos,
y en el discurso de la cena di-
xo: No darè el privilegio deste
mi libro a ningun Librero en
Madrid, si me da por el dos
mil ducados, que alli no ay nin-
guno, que no quiera los priui-
legios de balde, o alomenos
por tan poco precio, que no le
juzga al autor del libro: verdad
es, que tal vez suelen comprar
vn privilegio, y imprimir vn
libro, con quien piensan enri-
quezer, y pierden en el el tra-
bajo, y la hazienda, pero el de
estos aforismos escrito se lleva
en la frente la bondad, y la ga-
nancia.

CAPITULO

SEGUNDO.

Del Quarto Libro.

Bien podia intitular el
libro del Peregrino Es-
pañol, historia peregrina,
sacada de diuersos autores,
y dixera verdad, segun auian

vido, y yuan siendo, los que la
componian, y no les dio po-
co que reyr la firma de Die-
go de Ratos, el çapatero de
viejo, y aun tambien les dio
que pençar el dicho de Barto-
lome el Manchego, que dixo,
que no auia carga mas pesada
que la muger liuiana, señal
que le deuia de pesar ya, la
que lleuaua en la moça de Ta-
lauera. En esto fueron hablan-
do otro dia, que dexaron al
Español moderno, y nueuo
autor de nueuos, y esquisitos
libros, y aquel mismo dia vie-
ron a Roma, alegrandoles las
almas, de cuya alegria redun-
daua salud en los cuerpos, al-
boroçaronse los coraçones de
Periandro, y de Auristela, vié-
dose tan cerca del fin de su
desseo: los de Croriano, y Ru-
perta, y los de las tres damas
Francesas anfi mismo por el
buen suceso que prometia el
fin prospero de su viage, en-
trando a la parte de este gusto
los de Constança, y Antonio:
heriales el Sol por Zenit, a
cuya causa, puesto que está
mas apartado de la tierra q en

ninguna otra fazon del dia, hie-
re con mas calor y vehemen-
cia, y auiendoles combidado
vna cercana selua, que a su ma-
no derecha se descubria, deter-
minaron de passar en ella el ri-
gor de la fiesta, que les amena-
zaua, y aun quiza la noche,
pues les quedaua lugar dema-
siado, para entrar el dia figuie-
te en Roma: hizieronlo assi, y
mientras mas entrauan por la
selua adelante, la amenidad del
sitio, las fuentes que de entre
las yeruas salian, los arroyos
que por ella cruzauan, les yuá
confirmando en su mismo pro-
posito. Tanto auian entrado en
ella, quáto bolviendo los ojos,
vieron, q̄ estauan ya encubier-
tos, a los q̄ por el real camino
passauan, y haziendoles la va-
riedad de los sitios variar en la
imaginacion, qual escogerian,
segun eran todos buenos, y a-
pazibles, alçò a caso los ojos
Auristela, y vio pendiente de
la rama de vn verde sauze vn
retrato del grádor de vna quar-
tilla de papel, pintado en vna
tabla no mas del rostro de vna
hermosissima muger, y repa-

rando vn poco en el, conocio
claramente ser su rostro el del
retrato, y admirada, y suspen-
sa se le enseñò a Periandro: a
este mismo instante dixo Cro-
riano, que todas aquellas yer-
uas manauan sangre, y mostrò
los pies en caliente sangre te-
ñidos. El retrato que luego des-
colgò Periandro, y la sangre
que mostraua Croriano, los
tuuo confusos a todos, y en
desseo de buscar assi el dueño
del retrato, como el de la san-
gre. No podia pensar Auriste-
la, quien, donde, o quando pu-
diessè auer sido sacado su ro-
stro, ni se acordaua Periandro,
que el criado del Duque de
Nemurs le auia dicho, que el
pintor que sacaua los de las
tres Franceffas damas, sacaria
tambien el de Auristela, con
no mas de auerla visto, que si
de esto el se acordara, con faci-
lidad diera en la cuenta, de lo
que no alcançaua: el rastro que
figuieron de la sangre lleuò a
Croriano, y a Antonio, que le
seguián, hasta ponerlos entre
vnos espesos arboles que alli
cerca estauan, donde vieron al
pie

pie de vno vn gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el coraçon, y todo lleno de sangre, vista que le turbò en gran manera, y mas quando llegandose a el Croriano le alçò el rostro, que sobre los pechos tenia derribado, y lleno de sangre, y limpiandosele con vn lienço conocio sin duda alguna, ser el herido el Duque de Nemurs, que no bastò el diferente trage, en que le hallaua, para dexar, de conocerle, tanta era la amistad que con el tenia el Duque herido, o alomenos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que cõ la sangre los tenia cerrados, con mal pronunciadas palabras dixo: Bien huieras hecho, o quien quiera que seas, enemigo mortal de mi de cáso, si huieras alçado vn poco mas la mano, y dadome en mitad del coraçon, que alli si que hallaras el retrato mas viuo, y mas verdadero, que el q me hiziste quitar del pecho, y colgar en el arbol, porque no me siuiesse de reliquias, y de escudo en nuestra batalla. Ha-

llòse Constança en este hallazgo, y como naturalmète era de condicion tierna, y compasiua acudio a mirarle la herida, y a tomarle la sangre, antes que a tener cuèta con las lastimosas palabras, que dezia, casi otro tanto le sucedio a Perianδρο, y a Auristela, porque la misma sangre les hizo passar adelante a buscar el origen, de donde procedia, y hallarõ entre vnos verdes, y crecidos juncos, tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierta, y limpio tenia, y assi, sin tener necesidad de limpiarsele, ni de hazer diligencias para conocerle, conocieron ser el Principe Arnaldo, que mas desmayado que muerto estaua. La primera señal que dio de vida, fue, probarse a leuantar, diciendo: No le lleuaras traydor, por que el retrato es mio, por ser el de mi alma, tu le has robado, y sin auerte yo ofendido en cosa, me quieres quitar la vida. Temblando estaua Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones

nes que le tenia, la impelian, a que a el se llegasse, no osaua por la presencia de Periandro, el qual tan obligado como cortès affio de las manos del Principe, y con voz no muy alta, por no descubrir lo que quizá el Principe, querria, que se callasse, le dixo: Bolued en vos, señor Arnaldo, y vereys, que estays en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, que no os podays prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos digo, y vereys a vuestro amigo Periandro, y a vuestra obligada Auristela, tã desseosos de seruiros como siẽpre, contadnos vuestra desgracia, y todos vuestros sucessos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria, y fuerças alcançaren, dezidnos, si estays herido, y quien os hirio, y en que parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abrio en esto los ojos Arnaldo, y conociendo a los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojò a los pies de Au-

ristela, puesto que abraçado tambien a los de Periandro, que hasta en aquel punto guardò el decoro a la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos dixo: No es posible, que no seas tu, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia ni animo, para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo que siempre ha deseado seruirte, en tu busca vengo, porque fino es parando en ti, que eres mi centro, no tendra sosiego el alma mia. En el tiempo que esto passaua, ya auian dicho a Croriano, y a los demas el hallazgo del otro peregrino, y q̄ daua tambien señales de estar mal herido, oyendo lo qual Constança, auiedo tomado ya la sangre al Duque, acudio a ver lo que auia menester el segundo herido, y quando conoció ser Arnaldo, quedò atonita y confusa, y supliendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones le dixo,

le descubriessè sus heridas: a lo que Arnaldo respondió, con señalarle cō la mano derecha el braço yzquierdo, señal de q̄ alli tenia la herida. Desnudòle luego Constança, y hallòsele por la parte superior atraueſſado de parte a parte, tomòle luego la sangre, que aun corria, y dixo a Periandro, como el otro herido que alli estaua, era el Duque de Nemurs, y que conuenia llevarlos al pueblo mas cercano, donde fueſſen curados, porque el mayor peligro que teniá, era la falta de la sangre. Al oyr Arnaldo el nombre del Duque, se estremecio todo y diò lugar, a que los frios ze-
 los se entraſſen hasta el alma por las calientes venas, casi vazias de sangre, y assi dixo, sin mirar, lo que dezia: Alguna diferencia ay de vn Duque a vn Rey, pero en el estado del vno ni del otro, ni aun en el de todos los Monarcas del mundo cabe el merecer a Auristela: y añadió y dixo: No me lleuen, adonde llevaré al Duque, que la presencia de los agrauadores no ayuda nada a las enfer-

medades de los agrauados. Dos criados trahia consigo Arnaldo, y otros dos el Duque, los quales por orden de sus señores los auian dexado alli solos, y ellos se auian adelantado a vn lugar alli cercano, para tenerles adereçado alojamiento cada vno de por si, porque aun no se conocian. Miren también, dixo Arnaldo, si en vn arbol de estos que estan aqui a la redonda, està pendiente vn retrato de Auristela, sobre quien ha sido la batalla, que entre mi y el Duque emos passado? qui tese, deseme, porque me cuesta mucha sangre, y de derecho es mio. Casi esto mismo estaua diziendo el Duque a Ruperta, y a Croriano, y a los demas que con el estauan, pero a todos satisfizo Periandro, diziendo, que el le tenia en su poder como en deposito, y que le bolueria en mejor coyuntura, a cuyo fueſſe. Es possible, dixo Arnaldo, que se puede poner en duda la verdad, de que el retrato sea mio? no sabe ya el cielo, que desde el punto que vi el original, le trasladè en mi

alma, pero téngale mi hermano Perianro, que en su poder no tendran entrada los zelos, las iras, y las soberuias de sus pretendores, y lleueme de aqui que me desmayo: luego acomodaron, en que pudiesen yr los dos heridos, cuya vertida sangre mas que la profundidad de las heridas les yua poco a poco quitando la vida, y assi los lleuaron al lugar, donde sus criados les tenian el mejor alojamiento, que pudieron, y ha sta entonces no auia conocido el Duque, ser el Principe Arnaldo su contrario.

CAPITULO

TERCERO.

Del Quarto Libro.

Inuidiosas, y corridas estauan las tres damas Francesas, de ver, que en la opinion del Duque estaua estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno, de los sayos, que el criado que embió a retratarlas, como se ha-

dicho, les dixo, que consigo lo trahia, entre otras joyas de mucha estima, pero que en el de Auristela idolatraua: razones y desengaño que las lastimò las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras yguales a las suyas, ni aun que se les compare, porque la verdad que comunmente se dize, de que toda comparación es odiosa, en la de las bellezas viene a ser odiosissima, sin que amistades, parentescos, calidades, y grandezas se opongan al rigor desta maldita inuidia, que assi puede llamarse, la que encèdia las comparadas hermosuras: dixo assi mismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando a la peregrina Auristela enamorado de su retrato, aquella mañana se auia sentado al pie de vn arbol cõ el retrato en las manos, assi hablaua cõ el muerto como cõ el original viuo, y que estando assi, auia llegado el otro peregrino tan paso por las espaldas, que pudo bien oyr, lo que el Duque con el re-

trato hablaua, sin que yo, y otro compañero mio lo pudiessemos estoruar, porque estauamos algo desuiados: en fin corrimos a aduertir al Duque, que le escuchauan, boluio el Duque la cabeça, y vio al peregrino, el qual sin hablar palabra, lo primero que hizo, fue arremeter al retrato, y quitarsele de las manos al Duque que como le cogio de sobresalto, no tuuo lugar de defenderle, como el quisiera, y lo que le dixo, fue, alomenos lo que yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos, la que en ellas tienes, dexa essa tabla, donde està pintada la hermosura del cielo, ansi porq̃ no la mereces, como por ser ella mia. Eſso no, respondió el otro peregrino, y si desta verdad no puedo darte testigos, remitire su falta a los filos de mi estoque, que en este bordõ traygo oculto. Yo si que soy el verdadero possessor desta incomparable belleza, pues en tierras bien remotas, de la que agora estamos, la comprè con

mis tesoros, y la adorè con mi alma, y he seruido a su original con mi sollicitud, y cõ mis trabajos. El Duque entonces boluiendose a los otros, nos mandò con imperiosas razones, los dexassemos solos, y que viniessimos a este lugar, donde le esperassemos, sin tener osadia de boluer solamente el rostro, a mirarles: lo mismo mandò el otro peregrino a los dos, que con el llegaron, que segun parece, tambien son sus criados, con todo esto hurtè algun tanto la obediencia a su mandamiento, y la curiosidad me hizo boluer los ojos, y vi, que el otro peregrino colgaua el retrato de vn arbol, no porque puntualmente lo viesse, sino porque lo conjeturè, viendo, que luego desenuaynando del bordon que tenia vn estoque, o alomenos vna arma, que lo parecia, a comettio a mi señor, el qual le salio a recibir cõ otro estoque, que yo sè, que en el bordon trahia. Los criados de entrambos quisimos boluer a despartir la cõtienda, pero yo fuy de contra-

Hist. de Persiles y Sigismunda.

rio parecer, diziendoles, que pues era ygual, y entre dos solos, sin temor, ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexassemos, y siguiessemos nuestro camino, pues en obedecerles, no errauamos, y en el volver quiza si: aora sea lo que fuere, pues no se, si el bué consejo, ò la cobardia nos emperecò los pies, y nos atò las manos, ò si la lumbre de los es-toques hasta entonces aun no sangrientos nos cegò los ojos, que no acertauamos, à ver el camino, que auia desde alli al lugar de la pendencia, fino el que auia al de este, adòde aora estamos: llegamos aqui, hizimos el alojamiento cõ prissa, y con mas animoso discurso voluimos à ver, lo q̄ auia hecho la suerte de nuestros dueños, hallamoslos, qual auéis visto, donde si vüestra llegada no los socorriera, bié sin prouecho auia sido la nuestra. Esto dixo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duq̄: y al mismo instante se deshizo

en la imaginacion de cada vna la quimera, y maquina, si algu na auia hecho, ò leuantado de casarse con el Duque, que ninguna cosa quita, ò borra el amor mas presto de la memoria q̄ el desden en los principios de su nacimiento: q̄ el desden en los principios del amor tiene la misma fuerça, que tiene la hambre en la vida humana: à la hambre, y al sueño se rinde la valentia, y al desden los mas gustosos desseos. Verdad es, q̄ esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga, y entera possessiõ del alma, los desdenes, y desengaños le firuen de espuelas, para que cõ mas ligereza corra à poner en efeto sus pensamientos. Curaronse los heridos, y dentro de ocho dias estuuiéron para ponerse en camino, y llegar à Roma, de donde auian venido Cirujanos, a verlos. En este tiempo supo el Duque, como su contrario era Principe heredero del Reyno de Dinamarca, y supo anfi mismo, la intencion q̄ tenia, de escogerla por esposa: esta verdad

calificò en el sus pensamientos, que eran los mismos, que los de Arnaldo. Pareciole, q̄ la q̄ era estimada para Reyna, lo podia ser para Duquesa, pero entre estos pensamientos, entre estos discursos, y imaginations se mezclauan los zelos de manera, que le amargauan el gusto, y le turbauan el sosiego, en fin sellegò el dia de su partida, y el Duque, y Arnaldo cada vno por

su parte, entrò en Roma, sin darse á conocer a nadie, y los demas peregrinos de nuestra compania llegando a la vista della desde vn alto montezillo la descubrieron, y hincados de rodillas, como á cosa sacra, la adoraron, quâdo de entre ellos salio vna voz de vn peregrino, que no conocieron, que con lagrimas en los ojos començò, a dezir desta manera.

*O grande, ò poderosa, ò sacrosanta
Alma ciudad de Roma, à ti me inclino
Deuoto, humilde, y nueuo peregrino,
A quien admira, ver belleza tanta.*

*Tu vista, que a tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque diuino,
De aquel que à verte, y adorarte vino
Con tierno afecto, y con desnuda planta.*

*La tierra de tu suelo que contemplo
Con la sangre de Martires mezclada,
Es la reliquia vniuersal del suelo.*

*No ay parte en ti, que no sirua de exemplo
De santidad, assi como traçada
De la ciudad de Dios al gran modelo.*

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

Quando acabò de dezir este soneto el peregrino, se boluio a los circunstantes, diziendo: Aura pocos años, que llegò a esta santa ciudad vn Poeta Español enemigo mortal de si mismo, y deshonra de su nacion, el qual hizo, y compuso vn soneto en vituperio desta insigne ciudad, y de sus illustres habitadores, pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran: yo no como Poeta, sino como Christiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto, el que aueys oydo. Rogòle Perianandro, que le repitiesse, hizolo asì, alabaronle mucho, baxarò del recuesto, passaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo, besando primero vna, y muchas vezes los vmbrales, y margenes de la entrada de la ciudad santa, antes de la qual llegaron dos Iudios a vno de los criados de Croriano, y le preguntaron, si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida, y preparada, dõ-

de alojarse, sino que ellos se la dariã tal, que pudieffen en ella alojarse Principes, porq̃ aueys de saber, señor, dixeron, que nosotros somos Iudios, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud, tenemos por officio, adornar casas de todo lo necessario, segun, y como es la calidad, del que quiere habitar las, y alli llega su adorno, donde llega el precio, que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondió: Otro compañero mio desde ayer està en Roma, con intencion que tenga preparado el alojamiento, conforme a la calidad de mi amo, y de todos aquellos, que aqui vienen. Que me maten, dixo Abiud, si no es este el Frãces, que ayer se contentò con la casa de nuestro compañero Manasses, que la tiene adereçada como casa real: vamos pues adelãte, dixo el criado de Croriano, que mi compañero deue de estar por aqui esperando a ser nuestra guia, y quando la casa que tuuiere, no fuere tal, o nos encomendaremos a la que nos diere el señor Zabulon:

lon: con esto passaron adelante, y a la entrada de la ciudad vieron los Iudios a Manasses su compañero, y con el al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento, que la posada que los Iudios auian pintado, era la rica de Manasses, y assi alegres, y contentos, guiaron a nuestros peregrinos que estaua jūto al arco de Portugal. Apenas entraron las Francesas damas en la ciudad, quando se llevaron tras si los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia de estacion, estaua llena aquella calle de nuestra Señora del Populo de infinita gente, pero la admiracion que comenzó a entrar poco a poco, en los que a las damas Francesas mirauan, se acabò de entrar mucho a mucho, en los coraçones de los que vieron a la fin par Auristela, y a la gallarda Constança, que a su lado yua, bien assi como van por yguales pararelos dos luzientes estrellas por el cielo, tales yuan, que dixo vn Romano, que a lo que se cree, deuia de ser Poeta: yo apostare, que la

Diosa Venus, como en los tiempos passados, buelue a esta ciudad, a ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios que haze mal el señor Governador de no mandar, que se cubra el rostro desta mouible imagen: quiere por ventura, que los discretos se admiren, que los tierros se deshagan, y que los necios idolatren? con estas alabanças, tan hiperboles como no necessarias passa adelante el gallardo esquadron, llegó al alojamiento de Manasses bastante para alojar a vn poderoso Principe, y a vn mediano exercito.

CAPITULO

QUARTO.

Del quarto Libro.

E Stendiose aquel mismo dia la llegada de las damas Francesas por toda la ciudad con el gallardo esquadron de los peregrinos, especialmente se diulgò la desigual hermosura de Auristela,

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

encareciendola, sino como ella era, alomenos quanto podian las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coronò la casa de los nuestros de mucha gente, que los lleuaua la curiosidad, y el desseo de ver tanta belleza junta, segun se auia publicado. Llegò esto a tanto extremo, que desde la calle pedian a voces se assomasen a las ventanas las damas, y las peregrinas, que reposando no querian dexar verse, especialmente clamauan por Auristela, pero no fue possible, q̄ se dexasse ver ninguna dellas. Entre la demas gente que llegò a la puerta llegaron Arnaldo, y el Duque con sus habitos de peregrinos, y apenas se huuo visto el vno al otro, quando a entrambos les temblaron las piernas, y les palpitarõ los pechos: conociolos Periandro desde la ventana, dixoselo a Croriano, y los dos juntos baxaron a la calle, para estoruar en quanto pudiesen, la desgracia, que podian temer de dos tan zelosos amantes, Periandro se passò con Arnaldo,

y Croriano con el Duque, y lo que Arnaldo dixo a Periandro, fue: Vno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento, que tengo, consintiendo, que este Cauallero Frances, que dizen, ser el Duque de Nemurs, estè como en possession del retrato de Auristela, que puesto que está en tu poder, parece, que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio: mira, amigo Periandro, esta enfermedad que los amantes llamã zelos, que la llamaran mejor desesperacion rabiosa, entran a la parte con ella la inuidia, y el menosprecio, y quando vna vez se apodera del alma enamorada, no ay consideracion, que la soffiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas, que la engendran, los efetos que haze, son tan grandes, que por lo menos quitã el seso, y por lo mas menos la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que viuir con zelos, y el que fuere amante verdadero, no ha de tener atreuimièto,

para pedir zelos a la cosa amada: y puesto que llegue a tanta perfeccion, que no los pida, no puede dexarlos de pedir a si mismo, digo a su misma ventura, de la qual es imposible viuir seguro; porque las cosas de mucho precio, y valor tienen en continuo temor, al que las posee, o al que las ama, de perderlas, y esta es vna passion, que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconsejote, o amigo Periandro, si es, que puede dar consejo, quien no le tiene para si, que consideres, que soy Rey, y que quiero bien, y que por mil experiencias estas satisfecho, y enterado, de que cumplirè con las obras, quanto con palabras he prometido, de recibir a la fin par Auristela tu hermana, sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud, y hermosura, y que no quiero aueriguar la nobleza de su linage, pues està claro, que no auia de negar naturaleza los bienes de la fortuna, a quien tantos dio de si misma: nunca en humildes su-

getos, o pocas vezes haze su asiento: virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas vezes es indicio de la belleza del alma, y para reduzirme a vn termino, solo te digo, lo que otras vezes te he dicho, que adoro Auristela, ora sea de linage del cielo, ora de los infimos de la tierra, y pues ya està en Roma, adonde ella ha librado mis esperanças, sé tu, ò hermano mio, parte, para que me las cumpla, que desde aqui parto mi corona, y mi Reyno contigo, y no permitas que yo muera escarnido deste Duque, ni menospreciado de la que adoro. A todas estas razones, ofrecimientos, y promessas respondió Periandro, diciendo: Si mi hermana tuuiera culpa en las causas, que este Duque ha dado á tu enojo, sino la castigara, a lo menos la riñera, que para ella fuera vn gran castigo, pero como se que no la tiene, no tengo que responderte: en esto de auer librado tus esperanças en su venida á esta ciudad, como no se, a do llegan, las que te ha

dado, no sè, que responderte: de los ofrecimientos que me hazes, y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga, el ser tu, el que los hazes, y yo a quien se hazen, porque cõ humildad se ha dicho, o valeroso Arnaldo, quicá esta pobre muceta de peregrino sirue de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al Sol, y por aora sossiegate, que ayer llegamos a Roma, y no es possible, que en tan breue espacio se ayan fabricado discursos, dado traças, y leuantado quimeras, que reduzgan nuestras acciones a los felices fines que desseamos, huye en quanto te fuere possible, de encontrarte con el Duque, porque vn amante desdeñado, y flaco de esperanças suele tomar ocasion del despecho, para fabricarlas, aunque sea en daño, de lo que bien quiere. Arnaldo le prometio, que assi lo haria, y le ofrecio prendas, y dineros, para sustentar la autoridad, y el gasto, assi el suyo, como el de las damas Francesas. Diferente fue la platica, que tuuo Cro-

riano con el Duque, pues toda se resoluió, en que auia de cobrar el retrato de Auristela, ò auia de confessar Arnaldo, no tener parte en el: pidio también a Croriano, fuesse intercessor con Auristela, le recibiesse por esposo, pues su Estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hazia ventaja ninguna de las mas illustres de Europa, en fin el se mostrò algo arrogate, y algo zeloso, como quien tan enamorado estaua. Croriano se lo ofrecio assi mismo, y quedò, darle la respuesta, que dixesse Auristela, al proponerle la ventura, que se le ofrecia, de recibirle por esposo.

CAPITULO

QVINTO.

Del Quarto Libro.

DEsta manera los dos contrarios zelosos, y amantes, cuyas esperanças tenian fundadas en el ayre, se despidieron, el vno de

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

Periandro, y el otro de Croria no, quedando ante todas cosas de reprimir sus impetus, y disimular sus agrauios, alomenos hasta tanto, que Auristela se declarasse, de la qual cada vno esperaua, que auia de ser en su fauor, pues al ofrecimiento de vn Reyno, y al de vn Estado tan rico como el del Duque bien se podia pensar, que auia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito, de escoger otra vida, por ser muy natural, el amarse las grandezas, y apetecerse la mejoría de los estados, especialmente fuele ser este desseo mas viuo en las mugeres. De todo esto estaua bien descuydada Auristela, pues todos sus pensamientos por entonces no se estendian a mas, que de enterarse en las verdades, que a la saluacion de su alma conuenian, que por auer nacido en partes tan temotas, y en tierras, a donde de la verdadera Fè Catolica no está en el punto tan perfecto, como se requiere, tenia necesidad de acrisollarla en su verdadera oficina. Al apartar-

se Periandro de Arnaldo, llegó a el vn hombre Español, y le dixo: Segun traygo las señas si es, que vueessa merced es Español, para vueessa merced viene esta carta, pusole vna en las manos cerrada, cuyo sobreescrito dezia: Al illustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el barbaro. Preguntòle Periandro, que quien le auia dado aquella carta? respondiòle el portador, que vn Español, que estaua preso en la carcel, que llaman torre de Nona, y por lo menos condenado á horcar por homicida, el, y otra su amiga muger hermosa llamada la Talauerna. Conocio Periandro los nombres, y casi adiuinò sus culpas, y respondiò: Esta carta no es para mi, sino para este peregrino, que hàzia acá viene, y fue, porque en aquel instante llegó Antonio, à quien Periandro dio la carta, y apartandole los dos a vna parte, la abrio, y vio, que assi dezia:

Quien en mal anda, en mal para: de dos pies, aunque el

Vno estè sano , si el otro está cojo, tal vez coxea, que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres, la que yo traùè con la Talauerana, que no deuiera, me tiene a mi, y a ella sentenciados de remate para la horca: el hombre que la sacò de España, la hallò aqui en Roma en mi compañía, recibio pesadumbre dello, assentòle la mano en mi presencia, y yo que no soy amigo de burlas, ni de recibir agrauios, sino de quitarlos, volui por la moça, y a puros palos matè à su agrauador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegò otro peregrino, que por el mismo estylo començò à tomarme la medida de las espaldas, dize la moça, que conocio, que el que me apaleaua, era vn su marido de nacion Polaco, con quien se auia casado en Talauera, y temiendo, que en acabando conmigo, auia de començar por ella, porque le tenia agrauado, no hizo mas de echar mano à vn cuchillo, de dos que traía consigo siempre en la vayna, y lle-

gandose a el bonitamente, se le clauò por los riñones, ha-ziendole tales heridas, que no tuuiera necesidad de Maestro: en efeto, el amigo à palos, y el marido à puñaladas, en vn instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieron nos al mismo punto, y traxeron nos à esta carcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad, tomaron nos la confession, confesamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aqui llaman tortura, sustentandose el processo, dandose mas prissa à ello, de la que quisieramos, ya está concluso, y nosotros sentenciados à destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados à ahorc ar, de lo que está tan pesadosa la Talauerana, que no lo puede llevar en paciencia: la qual besa à vuestra merced las manos, y à mi señora Constança, y del señor Periandro, y à mi señora Auristela, y dize, que ella se holgàra, de estar libre, para

yr á besarfe las à vueffas mercedes a sus casas, dize tambien que si la finpar Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar à su cargo nuestra libertad, que le fera facil, porque que pedira su grande hermosura, que no lo alcance aunque la pida á la dureza misma? y aña de mas, y es, que si vueffas mercedes no pudieren alcançar el perdon, a lo menos procuren alcançar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma, sea en España: porque está informada la moça, que aqui no lleuan los ahorcados con la autoridad conueniente, porque van a pie, y apenas los vee nadie, y assi apenas ay, quié les reze vna Auemaria, especialmente si son Españoles los que ahorcan, y ella querria, si fuesse possible, morir en su tierra, y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente, que de compassion le cerrasse los ojos: yo tambien digo lo mismo porque soy amigo de acomodar-me a la razon, porque estoy tan mohino en esta carcel, que atrecco de escusar la pesa

dumbre, que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido, que me sacassen à ahorcar mañana, y aduertto á vueffa merced, señor mio, que los juezes desta tierra no desdizen nada de los de España, todos son cortesses, y amigos de dar, y recibir cosas justas, y que quando no ay parte, que solicite la justicia, no dexan de llegarfe á la misericordia, la qual si reyna en todos los valerosos pechos de vueffas mercedes, que si deue de reynar, sugeto ay en nosotros, en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la carcel, comidos de chinches, y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan, como si fuesßen grandes, y sobre todo nos tienen ya en cueros, y en la quinta effencia de la necesidad, solicitadores, procuradores, y escriuanos, de quien Dios nuestro señor nos libre, por su infinita bondad y misericordia amen. Aguardando la respuesta quedamos, con tanto desseo de recibirla buena,

como le tienen los zigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres, y firmava: El desdichado Bartolome Manchego. En extremo dio la carta gusto a los dos, que la auian leydo, y en extremo les fatigò su aflicion, y luego diziendole, al que la auia lleuado, dixesse al preso, que se consolasse, y tuuiesse esperança de su remedio, porque Auristela, y todos ellos con todo aquello que dadiuas, y promessas pudiesen, le procurarian, y al punto fabricaron las diligencias, que auian de hazerse: la primera fue, que Croriano hablasse al Embaxador de Francia, que era su pariente, y amigo, para que no se executasse la pena tan presto, y diessse lugar el tiempo, a que le tuuiesesen los ruegos, y las solicitudes: determinò tambien Antonio, de escriuir otra carta en respuesta de la suya, a Bartolome, con que de nuevo se renouasse el gusto, que les auia dado la suya, pero comunicando este pensamiento con Auristela, y con su hermana Con

stança, fueron las dos de parecer, que no se la escriuiesse, porque a los afligidos no se ha de añadir aflicion, y podria ser que tomassen las burlas por veras, y se afligiesen con ellas: lo que hizieron, dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los ombros, y diligencia de Croriano, y en las de Rupertha su esposa, que se lo rogò ahincadamente, y en seys dias ya estauan en la calle Bartolome, y la Talauerana, que adonde interuiene el fauor, y las dadiuas, se allanan los riscos, y se deshazen las dificultades. En este tiempo le tuuo Auristela, de informarse de todo aquello que a ella le parecia, que le faltaua por saber de la Fe Catolica, alomenos de aquello que en su patria escuramente se platicaua, hallò con quien comunicar su desseo por medio de los Penitenciarios, con quiè hizo su confession entera, verdadera, y llana, y quedò enseñada, y satisfecha, de todo lo que quiso, porque los tales Penitenciarios en la mejor forma que pudieron, le declara-

ron todos los principales , y mas conuenientes misterios de nuestra Fè . Començaron desde la inuidia y soberuia de Lucifer , y de su cayda con la tercera parte de las estrellas, que cayeron con el en los abismos, cayda que dexò vacas, y vazias las sillas del cielo , que las perdieron los Angeles malos por su necia culpa : declararonle, el medio que Dios tuuo, para llenar estos asientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria, que los Angeles malos perdieron: discurren por la verdad de la creacion del hombre, y del mundo, y por el misterio sagrado, y amoso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquexaron el profundissimo misterio de la santissima Trinidad: contaron, como conuino, que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiziesse hombre, para que como hombre Dios pagasse por el hombre, cuya vnion hipostatica solo podia ser bastante, para dexar a Dios satisfecho de la

culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se auia de satisfacer, y el hombre finito por si no podia, y Dios en si solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegò el caudal a ser infinito, y ansi lo fue la paga : mostraronle la muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostrò en el pesebre, hasta que se puso en la Cruz : exageraronle la fuerça, y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la qual no ay abrir la senda del cielo, que fuele cerrar el pecado: mostraronle assi mismo a Iesu Christo Dios viuo sentado a la diestra del Padre, estando tan viuo y entero como en el cielo sacramentado en la tierra, cuya santissima presencia no la puede diuidir, ni apartar ausencia alguna, porque vno de los mayores atributos de Dios que todos son yguales, es, el estar en todo lugar, por potencia, por essencia, y por presencia: asseguraronle infaliblemente la

te la venida deste Señor, á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y assi mismo la estabilidad, y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ò por mejor dezir, las fuerças del infierno: trataron del poder del sumo Pontifice Vicario de Dios en la tierra, y llauero del cielo, finalmente no les quedò por dezir cosa, que vieron, que conuenia para darse a entender, y para que Auristela, y Periandro los entendiesen. Estas liciones ansi alegraron sus almas, que las sacò de si mismas, y se las lleuò, á que passassen los cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

C A P I T V L O

S E X T O;

Del Quarto Libro.

COn otros ojos se miraron de alli a delante Auristela, y Periandro, alomenos con otros ojos miraua Periandro à Auristela, pa-

reciendolo, que ya ella auia cunplido el voto, que la traxo a Roma, y que podia libre y desembaraçadamente recibirle por esposo, pero si medio gentil amaua Auristela la honestidad despues de cathequizada la adoraua, no porque viesse, yua contra ella, en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen antes, ò fuerças, ò ruegos. Tambien estaua mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz, que le mostrasse, lo que auia de hazer despues de casada, porque pensar voluer a su tierra, lo tenia por temeridad, y por disparate, á causa que el hermano de Periandro que la tenia destinada, para ser su esposa, quiça viendo burladas sus esperanças, tomaria en ella, y en su hermano Periandro vengança de su agrauio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca, y algo pensatiua: las damas Francesas visitaron los Templos, y anduuieron las estaciones con pompa, y magestad, porque Croriano,

como se ha dicho, era pariente del Embaxador de Francia, y no les faltò cosa, que para mostrar illustre decoro, fuesse necessaria, lleuando siempre consigo Auristela, y á Constança, y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad del pueblo de Roma, y sucedio, que passando vn dia por vna calle, que se llama Bancos, vieron en vna pared bella vn retrato entero de pies á cabeça de vna muger, que tenia vna corona en la cabeça, aunque partida por medio la corona, y á los pies vn mundo, sobre el qual estaua puesta, y apenas la huieron visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al viuio dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntò Auristela admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendia á caso? Respondiole el dueño, (que segun despues se supo, era vn famoso pintor) que el vendia aquel retrato, pero no sabia, de quien fuesse, solo sabia, que otro pintor su amigo se le auia hecho copiar

en Francia, el qual le auia dicho, ser de vna donzella estrangera, que en habitos de peregrina passaua a Roma. Que significa, respondió Auristela, auerla pintado con corona en la cabeça, y los pies sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Effen, señora, dixo el dueño, son fantasias de pintores, ò caprichos, como los llaman, quiza quieren dezir, que esta donzella merece lleuar la corona de hermosura, que ella va hollando en aquel mundo: pero yo quiero dezir, que dize, que vos señora, soys su original, y que mereceys corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero. Que pedis por el retrato, preguntò Constança? A lo que respondió el dueño, dos peregrinos estan aqui, que el vno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dize, que no le dexará por ningun dinero, yo no he concluydo la venta, por parecerme, que se estan burlando, porque la efforbitancia del ofrecimiento me haze estar en duda.

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

Pues no lo esteys , replicò Constança , que essos dos peregrinos, si son los que yo imagino , bien pueden doblar el precio, y pagaros a toda vuestra satisfacion . Las damas Francesas, Ruperta , Croriano, y Periandro quedaron atonitos, de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato : cayò la gente, que el retrato miraua , en que parecia al de Auristela , y poco a poco començò a salir vna voz, que todos, y cada vno de por si afirmaua : Este retrato que se vende , es el mismo de esta peregrina , que va en este coche, para que queremos ver al traslado, sino al original, y assi començaron , a rodear el coche , que los caualllos no podian yr adelante , ni boluer atras, por lo qual dixo Periandro : Auristela hermana , cubrase el rostro con algun velo , porque tanta luz ciega , y no nos dexa ver , por donde caminamos . Hizolo assi Auristela , y passaron adelante, pero no por esto dexò , de seguirlos mucha gente, que es-

perauan , a que se quitasse el velo, para verla, como dessea-ua . Apenas se huuo quitado de alli el coche, quando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus habitos de peregrino, y dixo : Yo soy , el que os ofreci los mil escudos por este retrato , si le quereys dar, traedle , y venidos conmigo, que yo os los darè luego de oro en oro . A lo que otro peregrino , que era el Duque de Nemurs , dixo : No repareys, hermano , en precio , sino venios conmigo , y proponed en vuestra imaginacion, el que quisieredes , que yo os le darè luego de cõtado. Señores, respõdio el pintor, cõcertaos los dos, en qual le ha de lleuar, que yo no me desconcertarè en el precio, puesto que pienso, que antes me aueys de pagar cõ el desseo que con la obra. A estas platicas estaua atèta mucha gente, esperàdo, en q̄ auia de parar aquella compra, porq̄ ver ofrecer millaradas de ducados a dos , al parecer , pobres peregrinos pareciales cosa de bur-la. En esto dixo el dueño: El q̄

le quisiere, deme señal, y guie, que yo ya le descuelgo, para llevarsele: oyendo lo qual Arnaldo, puso la mano en el seno y sacò vna cadena de oro, con vna joya de diamantes, que de ella pendia, y dixo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dixo el Duque, dándole vna de diamantes al dueño del retrato, y traedmele a mi casa. Santo Dios, dixo vno de los circunstantes, que retrato puede ser este, que hombres estos, y que joyas estas? cosa de encantamento parece aquesta por esso os auiso, hermano pintor, que deys vn toque a la cadena, y hagays esperiencia de la fineza de las piedras, antes que deys vuestra hazienda, que podria ser, que la cadena, y las joyas fuesen falsas, porque el encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojaronse los Principes, pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron, en que el dueño del retrato se enterasse en la

verdad del valor de las joyas. Anda ua rebuelta toda la gente de Bancos, vnos admirando el retrato, otros preguntando, quien fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos, esperando, en quien auia de quedar con el retrato, porque les parecia, que estauã de parecer los dos peregrinos, de no dexarle por ningun precio: dierale el dueño por mucho menos, de lo que le ofrecian, si se le dexaran vender libremente. Passò en esto por Bancos el Governador de Roma, oyò el murmurio de la gente, preguntò la causa, vio el retrato, y vio las joyas, y pareciendole, ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar, y llevar el retrato a su casa, y prender a los peregrinos: quedòse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanças, y su hazienda en poder de la justicia, donde jamas entrò alguna, que si saliesse, fuesse con aquel lustre, con que auia entrado. Acudio el pintor, a buscar

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta, y del temor que tenia, no se quedasse el Governador con el retrato, el qual de vn pintor que le auia retratado en Portugal de su original, le auia el comprado en Francia, cosa que le parecio á Periandro possible, por auer sacado otros muchos, en el tiempo que Auristela estubo en Lisboa, con todo esso le ofrecio por el cien escudos, con que quedasse a su riesgo el cobrar. Contentose el pintor, y aunque fue tan grande la baja de ciento a mil, le tuuo por bien vendido, y mejor pagado: aquella tarde juntandose con otros Españoles peregrinos, fue á andar las siete Iglesias, entre los quales peregrinos acertò, à encontrarse con el Poeta, que dixo el soneto, al descubrirse Roma, conocieronse, y abraçaronse, y preguntaronse de sus vidas, y sucesos el Poeta peregrino le dixo, q̄ el dia antes le auia sucedido vna cosa digna de contarse por admirable, y fue, que auiendo tenido noticia, de que vn monse-

ñor Clerigo de la Camara curioso, y rico, tenia vn museo el mas extraordinario, que auia en el mundo, porque no tenia figuras de personas, que efectiuamente huuiessen sido, ni entonces lo fueffen, sino vnas tablas preparadas, para pintarse en ellas los personages illustres, que estauan por venir, especialmente los que auian de ser en los venideros siglos, Poetas famosos, entre las quales tablas auia visto dos, que en el principio de ellas estava escrito en la vna Torquato Tasso, y mas abaxo vn poco dezia, Ierusalen libertada, en la otra estava escrito, Zarate, y mas abaxo, Cruz, y Constantino. Preguntéle, al que me las enseñaua, que significauan aquellos nombres? Respondiome, que se esperaua, que presto se auia de descubrir en la tierra la luz de vn Poeta, que se auia de llamar Torquato Tasso, el qual auia de cantar Ierusalen recuperada, con el mas heroyco, y agradable plectro, q̄ hasta entonces ningun Poeta huuiesse cantado, y que casi luego le auia

le auia de suceder vn Español llamado Fráncisco Lopez Duarte, cuya voz auia de llenar las quatro partes de la tierra, y cuya armonia auia de suspender los coraçones de las gètes, contando la inuencion de la Cruz de Christo, con las guerras del Emperador Constantino, poema verdaderamente heroyco, y religioso, y digno del nombre de poema. A lo que replicò Periandro: Duro se me haze de creer, que de tan atras se tome el cargo, de adereçar las tablas, donde se ayan de pintar, los que estan por venir, que en efeto en esta ciudad cabeça del mundo, estan otras marauillas de mayor admiracion: y aura otras tablas adereçadas para mas Poetas venideros, preguntò Periandro? Si, respondió el peregrino: pero no quise detenerme, a leer los titulos, contentandome con los dos primeros, pero assi a bulto mirè tantos, que me doy a entender, que la edad, quando estos vengán, que segun me dixo, el que me guiaua, no puede tardar, ha

de ser grandissima la cosecha de todo genero de Poetas: encaminelo Dios, como el fuere mas seruido. Por lo menos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesia, suele serlo de hambre, porque dame. le Poeta, y dartele he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta á hazer milagros, y figuese la consequencia: ay muchos Poetas, luego ay muchos pobres: ay muchos pobres, luego caro es el año. En esto yuan hablando el peregrino, y Periandro, quando llegò a ellos Zabulon el Iudio, y dixo a Periandro, que aquella tarde le queria llevar a ver a Hipolita la Ferraresa, que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma, y aun de toda Italia. Respondiole Periandro, que yria de muy buena gana, lo qual no le respondiera, si como le informò de la hermosura, le informára de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abalançaua, ni abatia á cosas bajas, por hermosas q̄ fuessen, que en esto la naturaleza auia

Hist. de Persiles y Sigismunda.

hecho y iguales, y formado en vna misma turquesa a el, y a Auristela, de la qual se recató, para yr a ver Hipolita, a quien el Iudio le lleuò mas por engaño, que por voluntad, que tal vez la curiosidad haze tropezar, y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITULO

SETIMO.

Del Quarto Libro.

Con la buena criança, con los ricos ornamentos de la persona, y cõ los adereços, y pompa de la casa se cubré muchas faltas, por que no es possible, que la buena criança ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el adereço de la casa no contente: todo esto tenia Hipolita dama cortessana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesia con la misma buena criança, no era possible que fuesse estimada en poco, de quien la conocia, porque

con la hermosura encantaua, con la riqueza se hazia estimar y con la cortesia, si assi se puede dezir, se hazia adorar: quando el amor se viste de estas tres calidades, rompe los coraçones de bronze, abre las bolsas de hierro, y rinde las voluntades de marmol, y mas si a estas tres cosas se les añade el engaño, y la lisonja, atributos conueniètes para las que quieren mostrar a la luz del mûdo sus donayres. Ay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando vna de estas hermosas, que pinto, dexando a vna parte las de su belleza, se ponga a discurrir las de su humilde trato? la hermosura en parte ciega, y en parte alumbra, tras la que ciega, corre el gusto: tras la que alumbra, el pensar en la enmienda. Ninguna de estas cosas considerò Periandro, al entrar en casa de Hipolita, pero como tal vez sobre descuydados cimientos suele leuantar amor sus maquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricò, no sobre la voluntad de

Periandro, fino en la de Hipolita, que con estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho, para dar con ellas; donde se arrepientan, sin arrepentirse. Ya auia visto Hipolita á Periandro en la calle, y ya le auia hecho mouimientos en el alma su bizarria, su gentileza, y sobre todo el pensar, que era Español, de cuya condicion se prometia dadiuas impossibles y concertados gustos, y estos pensamientos los auia comunicado con Zabulon, y rogadole, se lo traxesse a casa, la qual tenia tan adereçada, tan limpia, y tan compuesta, q̄ mas parecia, que esperaua ser tálamo de bodas que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipolita, que con este nombre la llamauan en Roma, como si lo fuera, vn amigo llamado Pirro Calabrês, hombre acuchillador, impaciente, facinoroso, cuya hazienda libraua en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas vezes con ellos alcan

çaua, lo que queria, sin rendirse a nadie, pero en lo que mas Pirro aumentaua su vida, era en la diligencia de sus pies, q̄ lo estimaua en mas que las manos, y de lo que el mas se preciaua, era, de traer siempre asombrada á Hipolita en qualquiera condicion, que se le mostrasse, ora fuelle amorosa, ora fuesse aspera, que nunca les falta á estas palomas duendadas milanos, que las persigan, ni paxaros que las despedacén: miserable trato de esta mundana, y simple gente! Digo pues, que este Cauallero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se hallò en casa de Hipolita, al tiempo que entraron en ella el Iudio, y Periandro: Apartole a parte Hipolita, y dixole, Vete con Dios, amigo, y lleuate esta cadena de oro de camino, que este peregrino me embiò con Zabulon esta mañana. Mira lo que hazes, Hipolita, respòdio Pirro, que a lo q̄ se me trasluze, este peregrino es Español, y soltar el de su mano, sin auer tocado la tuya esta cadena, que deue

de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobrefaltan, lleuate tu, ô Pirro, la cadena, y dexame á mi el cargo, de sustentarla, y de no voluerla á pesar de todas sus Españolaerías. Tomò la cadena que le dio Hipolita, Pirro, que para el efeto la auia hecho comprar aquella mañana, y sellandole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa: luego Hipolita libre, y desembaraçada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó á Periandro, y sin desenfado, y con donayre lo primero que hizo, fue echarle los braços al cuello, diziendole: En verdad que tengo de ver, si son tan valientes los Españoles, como tienen la fama: quando Periandro vio aquella desemboltura, creyò, que toda la casa se le auia caido á cuestras, y poniendole la mano delante el pecho a Hipolita, la detuuò, y la apartò de si, y le dixo: Estos habitos que visto, señora Hipolita, no permiten, ser profanados, ò alomenos yo no lo permitirè

en ninguna manera, y los peregrinos, aunque sean Españoles, no estan obligados, á ser valientes, quando no les importa: pero mirad vos señora, en que quereis, que muestre mi valor, sin que a los dos perjudique, y fereis obedecida, sin replicaros en nada. Pareceme, respondió Hipolita, señor peregrino, que ansi lo soys en el alma, como en el cuerpo, pero pues, segun dezis, que hareys, lo que os dixere, como a ninguno de los dos perjudique, entraos conmigo en esta quadra, que os quiero en señar vna lonja, y vn camarín mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy Español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola, que aun exercito de enemigos, hazed, que nos haga otro la guia, y lleuadme, do quisieredes. Llamò Hipolita á dos donzellas suyas, y á Zabulon el Iudio, que a todo se hallò presente, y mādolas, que guiasen a la lonja: abrieron la sala, y á lo que despues Periandro dixo, estaua la mas bien adere-

zada, que pudiesse tener algun Principe rico, y curioso en el mundo, Parrasio, Polignoto, Apeles, Ceuxis, y Timantes, tenian alli lo perfecto de sus pinzeles, comprado con los te- foros de Hipolyta, acompaña- dos de los del deuoto Rafael de Urbino, y de los del diuino Micael Angelo, riquezas, don- de las de vn gran Principe de- uen, y pueden mostrarse, los edificios Reales, los alcaçares soberuios, los templos magni- ficos, y las pinturas valientes son proprias, y verdaderas se- ñales de la magnanimidad, y riqueza de los Principes, pren- das en efeto contra quien el tiempo apresura sus alas, y a- presta su carrera, como á emu- las suyas, que á su despecho es- tan mostrando la magnificen- cia de los passados siglos. O Hipolyta, solo buena por esto, si entre tantos retratos que tie- nes, tuuieras vno de tu buen trato, y dexaras en el suyo á Pe- riandro, que assombrado ato- nito, y confuso andaua miran- do, en que auia de parar la abú- dancia, que en la lonja veía en

en vna limpiissima mesa, q̄ de- cabo à cabo la tomaua la musi- ca, que de diuersos generos de paxaros, en riquissimas jaulas estauan, haziendo vna confu- sa, pero agradable armonia: en fin à el le parecio, q̄ todo quã- to auia oydo dezir de los huer- tos Esperidelos, de los de la Ma- ga Falerina, de los Penfiles fa- mósos, ni de todos los otros, q̄ por fama fueffen conocidos en el mundo, no llegauan al a- dorno de aquella sala, y de a- quella lonja: pero como el an- daua con el coraçon sobresalta- do, que bien aya su honestidad que se le aprensaua entre dos tablas, no se le mostrauan las cosas como ellas eran, antes cã- sado de ver cosas de tanto de- leyte, y enfadado de ver, que todas ellas se encaminauan cõ- tra su gusto, dando de mano a la cortesia; prouò à salirse de la lonja, y se saliera, si Hipoly- ta no se lo estoruara, de mane- ra, q̄ le fue forçoso mostrar cõ- las manos, asperas palabras al- go descortesses, trauò de la es- clauina de Periandro, y abrièdo- le el jubò, le descubrio la Cruz

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

de diamantes, que de tantos peligros hasta allí auia escapado, y así deslumbrò la vista à Hipolyta, como el entendimiento, la qual viendo, que se le yua, ha despecho de su blanda fuerça, dio en vn pensamiento, que si le supiera reualidar, y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello à Perianandro, el qual dexando la esclauina en poder de la nueua Egypcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor, ni esclauina, se puso en la calle, que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huyr, que en el esperar: puso se ella, así mismo, à la ventana, y à grandes voces començò à apellidar la gente de la calle, diciendo: Tenganme à esse ladrón, que entrando en mi casa como humano, me ha robado vna prenda, que vale vna ciudad: acertaron à estar en la calle dos de la guarda del Pontifice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladrón, facilitarò su dudosa potestad, y prendieron a Periandro, echaronle mano al pecho, y quitan-

dole la Cruz le santigdaron cò poca decencia; paga que dá la justicia a los nuevos delinquentes, aunque no se les aberigue el delito. Viendo pues Perianandro puesto en Cruz, sin su Cruz, dixo a los Tudescos en su misma lengua, que el no era ladrón, sino persona principal, y que aquella Cruz era suya, y que viesse, que su riqueza no la podia hazer de Hipolyta, y que les rogaua le lleuassen ante el Governador, que el esperaba con breuedad aueriguar la verdad de aquel caso, ofrecioles dineros, y con esto, y con auelles hablado en su lengua, con que se reconcilian los animos que no se conocen, los Tudescos no hizieron caso de Hipolyta, y así lleuaron a Perianandro delante del Governador: viendo lo qual Hipolyta, se quitò de la ventana, y casi arañandose el rostro, dixo a sus criadas: Ay, hermanas, y que necia he andado; a quien pensaua regalar, he lastimado; a quien pensaua seruir, he ofendido, preso va por ladrón, el que lo ha sido de mi alma; mi-

rad, que caricias; mirad, que halagos son hazer prender al libre, y difamar al honrado, y luego les contò, como lleuan preso al peregrino dos de la guarda del Papa: mandò assi mismo, que la aderezassen luego el coche, que queria yr en su seguimiento, y disculpalle, porque no podia sufrir su co- raxon, verse herir en las mis- mas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimo- ñera, que cruel, que de la cruel- dad no tendria disculpa, y del testimonio si, echando la cul- pa al amor, que por mil dispa- rates descubre, y manifesta sus desseos, y haze mal a quien bien quiere. Quando ella llegó en casa del Governador, le ha- llò con la Cruz en las manos, examinando a Periandro el ca- so, el qual como uio a Hipoly- ta, dixo al Governador: Esta señora, que aqui viene, ha di- cho, que essa Cruz, que vuestra merced tiene, yo se la he roba- do, y yo dire, que es verdad, quando ella dixere, de que es la Cruz, que valor tiene, y qué- tos diamantes la componen,

porque sino es, que se lo dizen los Angeles, o alguno otro es- piritu, que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y vna vez sola. Que dize la señora Hipolyta a esto, dixo el Go- uernador, y esto cubriendo la Cruz, porque no tomasse las señas della; la qual respondió: Con dezir, que estoy enamo- rada, ciega, y loca, quedara es- te peregrino disculpado, y yo esperando la pena, que el se- ñor Governador quisiere dar- me por mi amoroso delito, y le contò punto por punto, lo que con Periandro le auia pas- sado, de lo que se admiro el Go- uernador, antes del atreuimié- to, que del amor de Hipolyta, que de semejantes sujetos, son propios los lasciuos dispa- rates, a feole el caso, pidio a Pe- riandro la perdonasse, diole por libre, y boluiole la Cruz, sin que en aquella causa se es- criuiesse le tra alguna, que no fue ventura poca: quisiera sa- ber el Governador, quien eran los peregrinos, que auian dado las joyas en prédas del retrato

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

de Auristela, y assi mismo, quié era el, y quien Auristela? á lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela, mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas, esta Cruz es mia, y quando me dé el tiempo lugar, y la necesidad me fuerce, diré, quien soy, que el dezirlo agora, no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana, el retrato, que v. m. tiene, ya se le tengo comprado al pintor, por precio conuenible, sin que en la compra ayan interuenido pujas, que se fundan mas en rancor, y en fantasia, que en razon. El gouernador, dixo, que el se queria quedar con el por el tanto, por añadir con el á Roma, cosa que auentajasse á las de los mas excelentes pintores, que la hazian famosa. Yo se lo doy a v. m. respondió Periandro, por parecerme, que en darle tal dueño, le doy la hōra possible: agradecioselo el Gouernador, y aquel dia dio por libres a Arnaldo, y á el Duque, y les voluio sus joyas, y el se quedô con el retrato, por-

que estaua puesto en razon, q̄ se auia de quedar con algo.

CAPITULO

OCTAVO

Del Quarto Libro.

MAS confusa, q̄ arrepentida voluio Hipolyta á su casa pensatiua ademas, y ademas enamorada, que aunque es verdad, q̄ en los principios de los amores, los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los q̄ vsô con ella Periandro, le auuaron mas los desseos: pareciãle á ella, q̄ no auia de ser tan de brô, ce vn peregrino, q̄ no se ablandasse con los regalos, que pensaua hazerle: pero hablando cō figo, se dixo á si misma: Si este peregrino fuera pobre, no truxera consigo Cruz tan rica, cuyos muchos, y ricos diamantes siruen de claro sobrescrito de su riqueza, de modo, que la fuerça desta roca no se ha de tomar por hambre, otros ardidés, y mañas son menester para

redirla; no sería possible, q̄ este moço tuuiesse en otra parte ocupada el alma; no sería possible, q̄ esta Auristela no fuesse su hermana; no sería possible, q̄ las finezas de los desdenes, que vfa cōmigo, los quisiesse assentar, y poner en cargo à Auristela: valame Dios, q̄ me parece, q̄ en este pũto he hallado el de mi remedio, alto, muera Auristela, descubrasse este encantamẽto, alomenos veamos el sentimiento, q̄ este montaraz coraçon haze, pongamos, siquiera, en platica este dissignio, en ferme Auristela, quitemos su Sol delãte de los ojos de Periãdro, veamos, si faltando la hermosura, causa primera de adõde el amor nace, falta tambien el mismo amor, que podria ser q̄ dando yo lo que a este le quitar, quitandole à Auristela, viniessse à reduzirse a tener mas blandos pensamientos, por lo menos prouarlo tengo, a teniẽdome à lo que se dize, q̄ no daña el tentar las cosas, que descubren algun rastro de prouecho. Con estos pensamientos, algo consolada, llegò à su casa

dõde hallò à Zabulon, cõ quiẽ comunicò todo su dissignio, cõfiada en q̄ tenia vna muger de la mayor fama de echizera, que auia en Roma, pidiendole auiendo antes precedido dadiuas, y promessas, hiziesse con ella, no q̄ mudassse la voluntad de Periandro, pues sabia, q̄ esto era impossible, sino que enfermase la salud de Auristela y con limitado termino, si fuesse menester, le quitasse la vida. Esto dixo Zabulon ser cosa facil al poder, y sabiduria de su muger, recibio, no se quanto por primera paga, y prometio, que desde otro dia començaria la quiebra de su salud de Auristela. No solamente Hipolyta satisfizo à Zabulon, sino amenzole assi mismo, y à vn Iudio dadiuas, o amenazas le hazen prometer, y aun hazer impossibles. Periãdro cõtò à Croniano Ruperta à Auristela, y à las tres damas Frãcessas, à Antonio, y à Cõstança su prision, los amores de Hipolyta, y la dadiua, q̄ auia hecho del retrato de Auristela al Governador. No le cõtò nada à Auristela los amores

de la Cortesana, porque ya auia oydo dezir, que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas, y mas discretas, y las musarañas de los zelos, aunque no sea mas de vna, y sea mas pequeña que vn mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de vn amante mayor que el monte Olimpo, y quando la honestidad ateda la lengua, de modo que no puede quejarse, dá tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo, que a cada passo anda buscando salidas, para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ninguno otro remedio tienen los zelos, que oyr disculpas, y quando estas no se admiten, no ay que hazer caso de la vida, la qual perdiera Auristela mil vezes, antes, que formar vna quexa de la fee de Periandro. Aquella noche fue la primera vez, que Bartolome, y la Talauerana fueron a visitar a sus señores, no libres, aunque ya lo estauan de la carcel, sino atados con mas duros

grillos, que eran los del Matrimonio, pues se auian casado, que la muerte del Polaco, puso en libertad a Luysa, y a el le truxo su destino, a venir peregrino a Roma: antes de llegar a su patria, hallò en Roma, a quien no trahia intencion de buscar, acordandosele de los consejos, que en España le auia dado Periandro, pero no pudo estoruar su destino, aunque no le fabricò por su voluntad. Aquella noche, assi mismo, visitò Arnaldo a todas aquellas señoras, y dio cuenta de algunas cosas, que en el boluer a buscarles, despues que apaciguò la guerra de su patria, le auian sucedido: contò, como llegò a la isla de las Ermitas, donde no auia hallado a Rutilio, sino a otro Ermitaño en su lugar, que le dixo, que Rutilio estaua en Roma: dixo assi mismo, que auia tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella libres, sanas, y contentas a las desposadas, y a los demas, que con Periandro, segun ellos dixeron, se auian embarcado: contò, como supo de

oydas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no auia querido casarse: dixo, como se tornaua a poblar la isla Barbara, confirmandose sus moradores en la creencia de su falsa profecia: aduirtio, como Mauricio, y Ladislao su yerno, con su hija Tranfila, auia dexado su patria y passadose a viuir mas pacificamente a Inglaterra: dixo tambien, como auia estado cō Leopoldio Rey de los Daneos despues de acabada la guerra, el qual se auia casado por dar sucesion a su Reyno, y que auia perdonado a los dos traydores, que lleuaua presos, quando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostrò estar muy agradecido, por el bué termino, y cortesia, que con el tuuieron, y entre los nobres, que le era forçoso nombrar en su discurso: tal vez tocaua con el de los padres de Periandro, y tal con los de Aurstela, con que les sobresaltua los coraçones, y les trahia a la memoria, assi grandezas, como desgracias: dixo, que en Portugal, especialmente en

Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos: contò assi mismo la fama, que dexauan en Francia, en todo aquel camino la hermosura de Constança, y de aquellas señoras damas Francesas: dixo, como Croniano auia grangeado opinion de generoso, y de discreto, en auer escogido a la fin par Ruperta por esposa: dixo, assi mismo, como en Luca se hablaua mucho en la sagacidad de Ysabela Castrucho, y en los breues amores de Andrea Marulo, a quien con el demonio fingido truxo el cielo a viuir vida de Angeles: contò, como se tenia por milagro la cayda de Periandro, y como dexaua en el camino a vn mancebo peregrino poeta, que no quiso adelantarse con el, por venirse de espacio, componiendo vna comedia de los sucessos de Periandro, y Aurstela, que los sabia de memoria por vn lienço que auia visto en Portugal, donde se auian pintado, y que trahia intenció firmissima de casarse con Aurstela, si ella quisiesse. Agrade

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

deciole Auristela su buen proposito, y aun desde alli le ofrecio darle para vn vestido, si acaso llegasse roto, que vn desseo de vn buen poeta toda buena paga merece: dixo tambien que auia estado en casa de la señora Constança, y Antonio, y que sus padres, y abuelos estauan buenos, y solo fatigados de la pena que tenian, de no saber de la salud de sus hijos, deseando voluiesse la señora Constança, á ser esposa del Cõde su cuñado, que queria seguir la discreta eleccion de su hermano, ò ya por no dar los veynte mil ducados, o ya por el merecimiento de Constança, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro, y Auristela, que como á sus hermanos los querian. Desta platica de Auristela se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas, de que Periandro, y Auristela deuián de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de Condes, y de millaradas de ducados, no po-

dian nacer sino sospechas illustres, y grandes: contò tambien, como auia encontrado en Francia á Renato, al Cauallero Frances vencido en la batalla contra derecho, y libre y vitoriofo por la conciencia de su enemigo: en efeto, pocas cosas quedaron de las muchas, que en el galan progreso desta historia se han contado, en quien el se huuiesse hallado, pues que alli no las voluiesse á traer á la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarle con el retrato de Auristela, que tenia Periandro cõtra la voluntad del Duque, y contra la fuya, puesto que dixo, que por no dar enojo á Periandro, dissimularia su agrauio. Ya le huuiera yo deshecho respondió Periandro, voluendo, señor Arnaldo, el retrato si entendiera fuera vuestro, la ventura, y su diligencia se le dieron al Duque, vos se le quitastes por fuerça, y assi no tenays de que quexaros; los amantes estan obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus desseos, que tal vez

no los han de satisfazer, por acomodarse con la razon, que otra cosa les manda: pero yo harè de manera, que no quedãdo vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho, y serã con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo, que de otro alguno; satisfizole à Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas ni menos à Auristela, con esto cessò la platica, y otro dia por la mañana començaron à obrar en Auristela los echizos, los venenos, los encãtos, y las malicias de la Iulia, muger de Zabulon.

CAPITULO

NONO.

Del Quarto Libro.

NO se atreuio la enfermedad à cometer rostro à rostro à la belleza de Auristela, temerosa no espantasse tanto la hermosura la fealdad suya; y assi la acometio por las espaldas, dandole en ellas vnos calos frios

al amanecer, que no la dexarõ leuãtar aquel dia, luego, luego, se le quitò la gana de comer, y començò la viuieza de sus ojos à amortiguarse, y el desmayo, que con el tiempo suele llegar à los enfermos, sembrò en vn punto por todos los sentidos de Constança, haziendo el mismo efeto en los de Periandro, q̃ luego se alborotaron, y temieron todos los males posibles, especialmente lo q̃ temen los pocos venturosos: no auia dos horas, q̃ estaua enferma, y ya se le parecian cardenas las encarnadas rosas de sus mexillas verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus diètes, hasta los cabellos le parecio, q̃ auian mudado color, estrecharonse las manos, y casi mudado el assièto, y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraua en el lecho, que yazia, sino en el alma donde la tenia retratada, llegauan à sus oydos, a lo menos llegaron de alli à dos dias sus palabras, entre debiles acentos formadas, y pronunciadas

Hist. de Persiles y Sigismunda.

con turbada lengua : affustaronse las señoras Francesas, y el cuydado de atender a la salud de Auristela, fue de tal modo, que tuuieron necesidad de tenerle de si mismas: llamaronse Medicos, escogieronse los mejores, alomenos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina, y assi suele auer Medicos véturosos, como soldados bié afortunados; la buena suerte, y la buena dicha, que todo es vno, tambien puede llegar a la puerta del miserable en vn sacco de sayal, como en vn escarapate de plata; pero ni en plata, ni en lana no llegaua ninguna a las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesparauan los dos hermanos, Antonio, y Constança; esto era al reues en el Duque, que como el amor, que tenia en el pecho, se auia engendrado de la hermosura de Auristela; assi como la tal hermosura yua faltando en ella, yua en el faltando el amor, el qual muchas rayzes ha de auer echado en el alma, para tener fuerças de lle-

gar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada, feysissima es la muerte, y quien mas a ella se llega, es la dolencia: Auristela en fin yua enflaqueziendo por momentos, y quitando las esperanças de su salud a quátos la conocian, solo Perriádro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel, que cõ intrepido pecho se oponia a la cõtraria fortuna, y a la misma muerte, q̄ en la de Auristela le amenazaua. Quinze dias esperò el Duq̄ de Nemurs a ver si Auristela mejoraua, y en todos ellos no huuo ninguno, q̄ a los Medicos no consul tasse de la salud de Auristela, y ninguno se la assegurò, porq̄ no sabiã la causa precisa de su dolencia, viédo lo qual el Duq̄ y las damas Frãcessas no haziã del caso alguno, viendo tãbien q̄ el angel de luz de Auristela se auia buuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas; que fino del todo, en parte le disculpauan: vn dia llegandose a Auristela en el lecho, donde enferma estaua, delante de Perriandro, le dixo: Pues la vétura me

ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el desseo que tenia de recibirte por mi legitima esposa, antes que la desesperacion me trayga a terminos de perder el alma, como me ha traydo en los de perder la vida, quiero por otro camino prouar mi ventura, porque se cierto, que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y assi sucediendome el mal, que no procuro, vendré a perderme, y a morir desdichado, y no desesperado, mi madre me llama, tieneme prevenida esposa, obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura, y de tu enfermedad, y quiera Dios, que no diga las de tu muerte, dieron sus ojos muestra de algunas lagrimas. No pudo responderle Auristela, o no quiso, por no errar en la respuesta deláte de Periandro, lo mas que hizo fue, poner la mano debaxo de su almohada,

y facar su retrato, y boluersele al Duque, el qual le bessò las manos por tan gran merced, pero alargando la suya Periandro, se le tomò, y le dixo: Si de ello no disgustas, ô gran señor, por lo que bien quieres, te supplico, me le prestes, porque yo pueda cumplir vna palabra, que tengo dada, que sin ser en perjuyzio tuyo, será grandemente en el mio, fino lo cumpla: boluiosele el Duque con grandes ofrecimientos de poner por el la hazienda, la vida, y la honra, y mas, si mas pudiesse, y desde alli se diuidio de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma: discreto amante, y el primero, quizá, que aya sabido aprouecharse de las guedexas, que la ocasion le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar a Arnaldo, para que considerara, quan menoscabadas estauan sus esperanças, y quã a pique de acabar con toda la maquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi auia pissado las ropas a Auristela, y estuuo muy deter-

determinado de acompañar al Conde, sino en su camino, a lo menos en su proposito, voluiendose a Dinamarca, mas el amor, y su generoso pecho no dieron lugar, a que dexasse a Periandro sin consuelo, y a su hermana Auristela en los postreros limites de la vida, áquie visitò, y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinacion de aguardar, à que el tiempo mejorasse los sucessos, à pesar de todas las sospechas, que le sobreuenian.

CAPITULO

DECIMO.

Del Quarto Libro.

Contérrissima estaua Hipolyta, de ver, que las artes de la cruel Iulia, tan en daño de la salud de Auristela se mostrauan, porque en ocho dias, la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian, sino por el organo de la voz, cosa, que tenia suspenso a los Medicos, y ad-

mirados à quantos la conocia. Las señoras Francesas atendian á su salud, con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegò á tanto el mal de Auristela, que no conteniendose en los terminos de su juridicion, passò a la de sus vezinos, y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontrò fue con el, no porque el veneno, y maleficios de la peruersa Iulia obrassen en el derechaméte, y con particular asistencia, como en Auristela, para quie estauan hechos, sino porque la pena que el sentia de la enfermedad de Auristela, era tanta, que causaua en el el mismo efeto que en Auristela, y assi se yua enflaqueziendo, q̄ començaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo qual Hipolyta, y que ella misma se mataua con los filos de su espada, aduinando con el dedo, de donde procedia el mal de Periandro, procurò darle remedio, dádole

sele á Auristela, la qual, ya flaca, ya descolorida, parecia que estaua llamando su vida a las aldauas de las puertas de la muerte, y creyendo sin duda, q̄ por momentos la abririan, qui so abrir, y preparar la salida á su alma, por la carrera de los Sacramentos, bien como ya instruyda en la verdad Catolica, y assi haziendo las diligencias necessarias, con la mayor deuocion q̄ pudo, dio muestras de sus buenos pensamientos, acreditò la integridad de sus costumbres, dio señales de auer aprendido bien lo que en Roma la auian enseñado, y resignándose en las manos de Dios, fofsegò su espíritu, y puso en oluido, Reynos, regalos, y grandezas. Hipolyta pues auiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela, moria tambien Periandro; acudio à la Iudia à pedirle, que templasse el rigor de los echizos, que consumian á Auristela, o los quitasse del todo, q̄ no queria ella ser inuentora de quitar con vn golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela moria Perian-

dro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida; hizolo assi la Iudia, como si estuuiera en su mano la salud, ò la enfermedad agena, ò como sino dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa: pero Dios obligandole, si assi se puede dezir, por nuestros mismos pecados, para castigo de ellos permite, que pueda quitar la salud agena esta, que llaman echizeria, con que lo hazen las echizeras, sin duda ha el permitido, vsando mezclas, y venenos, que con tiempo limitado, quitan la vida á la persona que quiere, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ygnora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efeto: assi que para guarecer destes males la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medecina. Començò pues Auristela à dexar de empeorar, que fue señal de su mejoría, començò el Sol de su belleza, à dar señales, y vislumbres, de que

Hist de Perfiles, y Sigismunda.

de que boluia a amanecer en el cielo de su rostro, boluieron a despuntar las rosas en sus mexillas, y la alegria en sus ojos, ajuntaronse las sombras de su melancolia, boluio a enterarse el organo suaue de su voz, a finòse el carmin de sus labios, conuirtio con el mar fil la blancura de sus dientes, que boluieron a ser perlas, como antes lo eran: en fin, en poco espacio de tiempo boluio a ser toda hermosa, toda bellissima, toda agradable, y toda contenta, y estos mismos efetos redùdaron en Periandro, y en las damas Francesas, y en los demas, Croriano, y Ruperta, Antonio, y su hermana Constança, cuya alegria, o tristeza caminaua al paso de la de Aurifrela, la qual dando gracias al cielo por la merced, y regalos que le yua haziendo, assi en la enfermedad, como en la salud: vn dia llamò a Periandro, y estando solos, por cuydado, y de industria, desta manera le dixo: Hermano mio, pues ha querido el cielo, que con este nombre tan dulce, y tan ho-

nesto, ha dos años, que te he nombrado, sin dar licencia al gusto, o al descuydo, para que de otra suerte te llamasse, que tan honesta, y tan agradable no fuesse, querria, que esta felicidad passasse adelante, y que solos los terminos de la vida la pusiesse termino, que tanto es vna ventura buena, quanto es duradera, y tanto es duradera, quanto es honesta: nuestras almas, como tu bien sabes, y como aqui me han enseñado, siempre estan en continuo mouimiento, y no pueden parar, sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y vnos se encadenan de otros, y se eslabonan, y van formando vna cadena, que tal vez llega al cielo, y tal se fume en el inferno; si te pareciere, hermano, que este lenguaje no es mio, y que va fuera de la enseñança, que me han podido enseñar mis pocos años, y mi remota criança, a diuerte, que en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia, y escrito mayores cosas, principalmente ha puesto,

que en solo conocer, y ver a Dios está la suma gloria, y todos los medios, que para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, son los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad, y el de la virginidad: yo alomenos assi lo entiendo, y juntamente con entenderlo assi, entiendo, que el amor que me tienes, es tan grande, que querras, lo que yo quisiere, heredera soy de vn Reyno, y ya tu sabes la causa, porque mi querida madre me embiò en casa de los Reyes tus padres, por assegurarame de la grande guerra de que se temia desta venida, se causò el de venirme yo contigo, tan sugeta a tu voluntad, que no he salido della vn punto, tu has sido mi padre, tu mi hermano, tu mi sombra, tu mi amparo; y finalmente tu mi Angel de guarda, y tu mi enseñador, y mi maestro, pues me has traydo a esta ciudad, donde he llegado a ser Christiana, como deuo; querria agora, si fuesse possible yrme al cielo, sin rodeos, sin sobrelaltos, y sin cuydados, y es-

to no podrá ser, si tu no me dexas la parte, que yo misma te he dado, que es la palabra, y la voluntad de ser tu esposa, dexame señor la palabra, que yo procurarè dexar la voluntad, aunque sea por fuerça, que para alcançar tan gran bien, como es el cielo: todo quanto ay en la tierra se ha de dexar, hasta los padres, y los esposos, yo no te quiero dexar por otro, por quien te dexo, es por Dios que te darà a si mismo, cuya recompensa infinitamente excede, a que me dexes por el: vna hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es, que se puede llamar hermosa la mortal belleza, con ella te podras casar, y alcançar el Reyno, que a mi me toca, y con esto, haziendo felices mis desseos no quedaran defraudados del todo los tuyos: que inclinas la cabeça, hermano, a que pones los ojos en el suelo, desagradate estas razones, parecete descaminaados mis desseos, dime lo, respondeme, por lo menos, se pa yo tu voluntad, quicà tēplare la mia, y buscare alguna

Del Quarto Libro.

salida à tu gusto, que en algo con el mio se conforme? Con grandissimo silencio estuuo escuchando Perian dro á Auristela, y en vn breue instante formò en su imaginacion milares de discursos, que todos vinieron a parar en el peor, que para el pudiera ser, porque imaginò, que Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida, no era, sino porque á el se le acabara la fuya, pues bien deuia saber, que en dexando ella de ser su esposa, el no tenia para que viuir en el mundo, y fue, y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra á Auristela, se leuantò de donde estaua sentado, y con ocasion de salir a recibir a Feliz Flora, y á la señora Constança, que entrauan en el aposento, se salio del, y dexò á Auristela, no se si diga arrepetida, pero se, que quedò pensatiua, y confusa.

(?)(?)

(?)

LAS aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priessa se dan à salir, mas despacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas, se detienen, y vnas á otras seniegan el paso, hasta que haze camino la corriente, y se desagua: lo mismo acontece en las razones, que concibe el entendimiento de vn lastimado amante, que acudiendo tal vez todas juntas á la lengua, las vnas á las otras impiden, y no sabe el discurso, con quales se dè primero à entender su imaginacion: y assi muchas vezes callando dize mas de lo que querria. Mostrose esto en la poca cortesia, que hizo Perian dro á los que entraron a ver à Auristela, el qual lleno de discursos, preñado de conceptos colmado de imaginaciones, desdeñado, y desengañado,

se sa-

se salio del aposento de Auristela, sin saber ni querer, ni poder responder palabra alguna, á las muchas que ella le auia dicho: llegaron à ella Antonio, y su hermana, y hallaronla, como persona, que acabaua de despertar de vn pesado sueño, y que entre si estaua diciendo con palabras distintas, y claras: mal he hecho, pero que importa, no es mejor que mi hermano sepa mi intencion; no es mejor, que yo dexé con tiempo los caminos torcidos, y las dudosas sendas, y tenda el paso por los atajos llanos, que con distincion clara nos estan mostrando el felice paradero de nuestra jornada: yo confieso, que la compania de Perianandro no me ha de estoruar de yr al cielo, pero tambien siento, que yrè mas presto sin ella; si que mas me deuo yo à mi, que no à otro, y al interresse del cielo, y de gloria, se ha de posponer los delparentesco, quanto mas, que yo no tengo ninguno con Perianandro. Aduierte, dixo a esta fazon Constança, hermana Au-

ristela, que vas descubriendo cosas, que podrian ser parte, que desterrando nuestras sospechas, á ti te dexassen confusa: fino es tu hermano Perianandro, mucha es la conuersacion que con el tienes, y si lo es, no ay para que te escandalizes de su compania. Acabò en esta fazon de voluer en si Auristela, y oyendo lo que Constança le dezia, quiso enmendar su descuydo, pero no acertò, pues para soldar vna mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viua la sospecha. No se, hermana, dixo Auristela, lo que me he dicho, ni te, si Perianandro es mi hermano, o fino, lo que te sabrè dezir es, que es mi alma por lo menos, por el viuo, por el respiro, por el me muevo, y por el me sustento, conteniendome cò todo esto en los terminos de la razon; sin dar lugar a ningùn vario pensamièto, ni à no guardar todo honesto decoro, bien assi como lo deue guardar vna muger principal à vn tan principal hermano. No te entiendo,

Hist. de Persiles, y Sigismunda.

señora Auristela, la dixo a esta sazón Antonio, pues de tus razones tanto alcançò ser tu hermano Periandro, como fino lo fuesse, dinos ya quien es, y quié eres, si es, que puedes dezillo, que agora sea tu hermano, o no lo sea, por lo menos no podeys negar ser principales, y en nosotros, digo en mi, y en mi hermana Constança, no està tan en niñez la esperiencia, que nos admire ningun caso, que nos contares, que puesto, que ayer salimos de la isla Barbara, los trabajos que has visto, que emos passado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra, que se nos dè, facamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los que son de amores, que parece, que los tales consigo mismo traen la declaracion, que mucho, que Periandro no sea tu hermano, y que mucho, que tu seas su legitima esposa, y que mucho otra vez, que con honesto, y casto decoro os ayais mostrado hasta aqui limpissimos al cielo, y honestissimos a los ojos de los

que os han visto; no todos los amores son precipitados, ni atreuidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar a sus amadas, sino cò las potencias de su alma; y fiendo esto assi, señora mia, otra vez te suplico, nos digas, quien eres, y quien es Periandro, el qual segun le vi salir de aqui, el lleva vn Bolcan en los ojos, y vna mordaza en la lengua. Ay desdichada, replicò Auristela, y quan mejor me huuiera sido, que me huuiera entregado al silencio eterno, pues callando escusara la mordaza, q̄ dizes, que lleva en su lengua, indiscretas somos las mugeres mal sufridas, y peor calladas, mientras callè, en sosiego estuuò mi alma, hablè, y perdile, y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero, q̄ sepays vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo, ni mi amante, alomenos de aquellos, que corriendo por la carrera de su gusto procuran parar sobre la honra

honra de sus amadas , hijo de Rey es , hija, y heredera de vn Reyno soy , por la sangre somos yguales, por el estado alguna ventaja le hago , por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden , y nuestros desseos con honestissimo efeto se está mirando, sola la ventura es la que turba, y confunde nuestras intenciones , y la que por fuerça haze, que esperemos en ella, y porque el nudo, que lleua a la garganta Periandro, me aprieta la mia, no os quiero dezir mas por agora , señores , sino suplicaros me ayudeys a buscalte , que pues el tuuo licencia para yrse sin la mia, no querrá boluer sin ser buscado. Leuanta pues, dixo Constança, y vamos a buscalte, que los laços con que amor liga a los amantes , no los dexa alexar de lo que bien quieren ; ven, que presto le hallaremos, presto le verás, y mas presto llegaras a tu contento: si quieres tener vn poco los escrupulos que te rodean, dales de mano, y dala de esposa a Periandro, que ygualandole contigo, pondrás silencio a qualquiera murmuracion: leuantò se Auristella, y en compañia de Feliz Flora, Constança, y Antonio, salieron a buscar a Periandro , y como ya en la opinion de los tres era Reyna, con otros ojos la mirauan, y con otro respèto la seruian. Periandro, en tanto que era buscado , procuraua alexarse de quien le buscaua, salio de Roma a pie , y solo , si ya no se tiene por compañia la soledad amarga, los suspiros tristes , y los continuos solloços, que estos, y las varias imaginaciones no le dexauan vn punto: ay, yua diziendo entre si, hermosissima Sigismunda, Reyna por naturaleza , bellissima por priuilegio, y por merced de la misma naturaleza , discreta sobre modo , y sobre manera agradable, y quan poco te costaua, o señora , el tenerme por hermano, pues mis tratos , y pensamientos jamas desmintieron la verdad de serlo ; aunque la misma malicia lo quisiera aueriguar , aunque en sus traças se desuelara ; si

*Del Quarto Libro. Donde se dice
ze, quien eran Perian-
dro, y Auris-
tela.*

quieres que te lleuen al cielo sola, y señera, sin que tus acciones dependan de otro, que de Dios, y de ti misma, sea en buen hora: pero quisiera, que advertieras, que no sin escrupulo de pecado, puedes ponerle en el camino que desfeças, sin ser mi homicida: dexaras, ò señera, á cargo del silencio, y del engaño tus pensamientos, y no me los declararas a tiempo, que auias de arrancar con las rayzes de mi amor mi alma, la qual por ser tan tuya, te dexo a toda tu voluntad, y de la mia me destierro, quedate en paz bien mio, y conoce, que el mayor que te puedo hazer, es dexarte: llegose la noche en esto, y apartandose vn poco del camino, que era el de Napoles, oyò el sonido de vn arroyo, que por entre vnos arboles corria, à la margen del qual arrojandose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dio treguas à sus suspiros.

(?)

PArece, que el bien, y el mal distan tan poco el vno del otro, que son como dos lineas concurrentes, que aunque parten de apartados, y diferentes principios, acaban en vn punto. Sollozando estaua Perianandro en compañía del manso arroyuelo, y de la clara luz de la noche, hazianle los arboles compañía, y vn ayre blando, y fresco le enjugauan las lagrimas, lleuauale la imaginacion Auristela, y la esperanza de tener remedio de sus males el viento, quando llegó à sus oydos vna voz estrangera, que escuchandola con atencion, vio, que en lenguaje de su patria, sin poder distinguir, si murmuraua, o si cantaua, y la curiosidad le lle-

no cerca, y quando lo estuuo, oyò, que eran dos personas, las que no cantauan, ni murmurauan, sino que en platica corriente estauan razonando, pero lo que mas le admirò fue que hablassen en lengua de Noruega, estando tan apartados della, acomodose detras de vn arbol de tal forma, que el, y el arbol hazian vna misma sombra, recogio el aliento, y la primera razon, que llegò á sus oydos fue Notienes, señor, para que persuadirme, de que en dos mitades se parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiempo, donde me lleuaron mis desgracias, y se, que la mitad del año se lleua la noche, la otra mitad el dia, el que sea esto assi, yo lo se, el porque sea assi ignoro. A lo que respondio: Si llegamos á Roma, con vna esfera te harè tocar con la mano la causa desse marauilloso efecto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia, y la noche de ventiquatro horas: tambien te he di-

cho, como en la vltima parte de Noruega, casi debaxo del Polo Artico, está la isla, que se tiene por vltima en el mundo, a lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, á quien Virgilio llamó Tule, en aquellos versos, que dizen en el libro 1. Georg.

act tua nauta

*Numina sola colât: tibi seruiat
vltima Thule.*

Que Tule en Griego, es lo mismo, que Tile en Latin, esta isla es tan grande, o poco menos que Inglaterra, rica, y abundante de todas las cosas necessarias, para la vida humana: mas adelante debaxo del mismo Norte, como trecientas leguas de Tile, está la isla llamada Frisslanda, que aurà quatrocientos años, que se descubrio á los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de Reyno, y no pequeño. De Tile es Rey, y señor Magliminio, hijo de la Reyna Eustoquia, cuyo padre no ha muchos meses, que passò desta á mejor vida, el qual

Hist de Perfiles, y Sigismunda.

el qual dexò dos hijos, que el vno es el Magfimino, que te he dicho, que es el heredero del Reyno, y el otro vn generoso moço llamado Perfiles, rico de los bienes de la naturaleza, sobre todo extremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no se yo con qual poderte encarecer las virtudes deste Perfiles, y assi quedense en su punto, que no sera bien, que con mi corto ingenio las menoscabe, que puesto, que el amor que le tengo, por auer sido su ayo, y criadole desde niño, me pudiera llevar a dezir mucho, toda via será mejor callar, por no quedar corto. Esto escuchaua Periandro, y luego cayò en la cuenta, que el que le alabaua, no podia ser otro, que Serafido, vn ayo suyo, y que assi mismo, el que le escuchaua era Rutilio, segun la voz, y las palabras, que de quando en quando respondia; si se admirò, o no, a la buena consideracion lo dexo, y mas quando Serafido, que era el mismo, que auia imaginado Periandro, oyò,

que dixo: Eusebia Reyna de Frislanda tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor se llamaua Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifrò toda la hermosura, que por todas las partes de la tierra tiene repartida, a la qual no se yo cò que disignio, tomando ocasiõ de que la querian hazer guerra ciertos enemigos suyos, la embiò a Thile, en poder de Eustoquia, para que seguramente, y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se criasse, puesto, que yo para mi tengo, que no fue esta la ocasion principal de embialla, sino para que el Principe Magfimino se enamorasse della, y la recibiesse por su esposa, que de las estremadas bellezas se puede esperar, que bueluan en cera los coraçones de marmol, y junten en vno los extremos, que entre si, estan mas apartados, alomenos, si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrá aueriguar la experiencia, porque se, que el

Principe Magfimino muere por Sigifmunda, la qual a la fazon, que llegò a Tile, no eſtaua en la iſla Magfimino, a quien ſu madre la Reyna embiò el retrato de la donzella, y la embaxada de ſu madre: y el reſpondio, que la regalaffen, y la guardaffen para ſu eſpoſa. Reſpuesta, que ſiruió de flecha que atraueſò las entrañas de mi hijo Perfiles, que eſte nombre le adquirio la criança, que en el hize, deſde que la oyò; no ſupo oyr coſas de ſu guſto, perdió los brios de ſu iuuentud: y finalmente encerrò en el honeſto ſilencio todas las acciones, que le hazian memorable, y bien querido de todos, y ſobre todo vino a perder la ſalud, y a entregarse en los braços de la deſeſperacion de ella, viſitaronle Medicos, como no ſabian la cauſa de ſu mal, no acertauan con ſu remedio, que como no muestran los pulſos el dolor de las almas, es dificultoſo, y caſi impoſſible entender la enfermedad, que en ellas aſſiſte: la madre viendo morir a ſu hijo,

ſin ſaber quien le mataua, vna y muy muchas vezes le preguntò, le deſcubrieſſe ſu dolencia, pues no era poſſible, ſino que el ſupieſſe la cauſa, pues ſentia los efetos; tanto pudieron eſtas perſuaſſiones, tanto las ſolicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia, o la firmeza de Perfiles, le vino a dezir, como el moria por Sigifmunda, y que tenia determinado de dexarse morir, antes, que yr contra el decoro, que a ſu hermano ſe le deuia, cuya declaracion reſucitó en la Reyna ſu muerta alegria, y dio eſperanças a Perfiles de remediarle, ſi bien ſe atropellaſſe el guſto de Magfimino, pues por conſeruar la vida, mayores reſpetos ſe han de poſponer que el enojo de vn hermano: finalmente Eſtoquia hablò a Sigifmunda, encareciendole, lo que ſe perdía en perder la vida Perfiles, ſujeto donde todas las gracias del mundo tenían ſu aſſiento, bien al reues del de Magfimino, a quien la aſpereza de ſus coſtumbres, en algun

modo, le hazian aborrecible, leuantole en esto algo mas testimonios de los que deuiera, y subio de punto con los hiperboles que pudo, las bondades de Persiles. Sigismunda muchacha, sola, y persuadida, lo que respondio fue, que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera, que la aconsejasse, sino á su misma honestidad, que como esta se guardasse, dispusiesen á su voluntad della, abraçola la Reyna, contò su respuesta á Persiles, y entre los dos concertaron, que se ausentassen de la isla, antes que su hermano viniessse, á quien darian por disculpa, quando no la hallasse, que auia hecho voto de venir a Roma, á enterarse en la Fè Catolica, que en aquellas partes Setentrionales andaua algo de quiebra, jurandole primero Persiles, que en ninguna manera yria en dicho, ni en hecho contra su honestidad: y assi colmandoles de joyas, y de consejos, los despidiola Reyna, la qual despues me contò todo, lo que

hasta aqui te he contado. Dos años poco mas tardò en venir el Principe Magfiminio á su Reyno, que anduuo ocupado en la guerra, que siempre tenia con sus enemigos: preguntò por Sigismunda, y el no hallarla, fue hallar su desassosiego, supo su viage, y al momento se partio en su busca, si bien confiado de la bondad de su hermano, temeroso poro de los rezelos, que por marauilla se apartan de los amantes: como su madre supo su determinacion, me llamò á parte, y me encargò la salud, la vida, y la honra de su hijo, y me mandò me adelantasse á buscarle, y á darle noticia, de que su hermano le buscava. Partiose el Principe Magfiminio en dos gruesissimas naues, y entrando por el estrecho Herculeo con diferentes tiempos, y diuersas borrascas llegò á la isla de Tinacria, y desde alli á la gran ciudad de Partenope, y agora queda no lejos de aqui, en vn lugar llamado Terrachina, vltimo de los de Napoles, y primero de los

los de Roma, queda enfermo, porque le ha cogido, esto que llaman mutacion, que le tiene á punto de muerte; yo desde Lisboa, donde desembarque, traygo noticia de Perfiles, y Sigismunda, porque no pueden ser otros, vna peregrina, y vn peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grande estruendo de hermosura, que si no son Perfiles, y Sigismunda, deuen de ser Angeles humanados. Si como los nombras, respondió ei que escuchaua á Serafido, Perfiles, y Sigismunda, los nombraras Periandro, y Auristela, pudiera darte nueva certissima dellos, porque ha muchos dias, que los conozco, en cuya compañía he passado muchos trabajos, y luego le començò á contar los de la isla Barbara, con otros algunos, en tanto, que se venia el dia, y en tanto, que Periandro, porque alli no le hallassen, los dexò solos, y voluio á buscar á Auristela, para contar la venida de su hermano, y tomar consejo de lo que deuián de hazer, para

huyr de su indignacion, reñiendo á milagro auer sido informado en tan remoto lugar de aquel caso, y assi lleno de nueuos pensamientos, voluio á los ojos de su contrita Auristela, las esperanças casi perdidas de alcançar su deseo.

CAPITULO

T R E Z E.

Del Quarto Libro.

ENTRE TIENE SE el dolor, y el sentimiento de las rezien dadas heridas en la colera, y en la sangre caliente, que despues de fria fatiga, de manera, que rinda la paciencia del que las sufre, lo mismo acontece en las passiones del alma, que en dando el tiempo lugar, y espacio para considerar en ellas, fatigan hasta quitar la vida: dixo su voluntad Auristela á Periandro, cumplió con su deseo, y satisfi-

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

fecha de auerle declarado, esperaua su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se salio de Roma, y le sucedio, lo que selha contado: conocio a Ruttio, el qual contò a su ayo Serafido, toda la historia de la isla Barbara, con las sospechas que tenia, de que Auristela, y Periandro fuesen Sigismunda, y Perfiles: dixole assi mismo, que sin duda los hallarian en Roma, a quien, desde que los conocio, venian encaminados, con la dissimulacion, y cubierta de ser hermanos; preguntò muchissimas vezes a Serafido la condicion de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era Rey Maglimino, y Reyna la sin par Auristela. Boluiole a repetir Serafido, como la isla de Tile, o Tulle, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la vltima de aquellos mares Septentrionales, puesto, que vn poco mas adelante està otra

isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubrio Nicolas Temo Veneciano, el año de mil y treientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es Reyna Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco, ay otra isla, assi mismo, poderosa, y casi siempre llena de nieue, que se llama Groenlanda, a vna punta de la qual, està fundado vn Monasterio debaxo del titulo de Santo Tomas, en el qual ay Religiosos de quatro naciones, Españoles, Franceffes, Toscanos, y Latinos, enseñan sus lenguas a la gente principal de la isla, para que en saliendo de ella sean entendidos, por doquiera que fueren; està, como he dicho la isla sepultada en nieue, y encima de vna montañuela està vna fuente, cosa marauillosa, y digna de que se sepa, la qual derrama, y vierte de sí tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy

gran espacio dentro del, no solamente le desnueva, pero le calienta de modo, que se recoge en aquella parte, increíble infinitud de diuersos pescados, de cuya pesca se mantiene el Monasterio, y toda la isla, que de alli saca sus rentas, y prouechos; esta fuente engendra, assi mismo, vnas piedras conglutinofas, de las quales se haze vn betun pegajoso, con el qual se fabrican las casas, como si fuessen de duro marmol. Otras cosas te pudiera dezir, dixo Serafido a Rutilio, destas islas, que ponen en duda su credito, pero en efeto son verdaderas. Todo esto, que no oyò Perian dro, lo contò despues Rutilio, que ayudado de la noticia que dellas Periandro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian, llegò en esto el dia, y hallòse Periandro junto a la Yglesia, y templo magnifico, y casi el mayor de la Europa, de san Pablo, y vio venir ázia si alguna gente en monton a cauallo, y a pie, y llegando cerca, conocio, que los que venian eran Auristela, Fe

liz Flora, Constança, y Antonio su hermano; y assi mismo Hipolyta, que auiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar a que otra lleuasse las albricias de su hallazgo, y assi siguió los pasos de Auristela, encaminados por la noticia que dellos dio la muger de Zabulon el Iudio, bien, como aquella, que tenia amistad con quien no la tiene con nadie: llegò en fin Periandro al hermoso esquadron, saludò a Auristela, notòle el semblante del rostro, y hallò mas mansa su riguridad, y mas blandos sus ojos: contò luego publicamente, lo que aquella nochele auia passado con Serafido su ayo, y con Rutilio; dixo como su hermano el Principe Magfimino quedaua en Terrachina enfermo, de la mutacion, y con proposito de venirse a curar a Roma, y con autoridad disfrazada, y nombre trocado a buscar los; pidio consejo a Auristela, y a los demas de lo que haria: porque de la condicion de su hermano el Principe, no podia esperar ningun blando acogimiento.

miento. Pasmose Auristela con las no esperadas nuevas, desaparecieronse en vn punto, assi las esperanças de guardar su integridad, y buen proposito, como de alcançar por mas llano camino la compañía de su querido Periandro. Todos los demas circunstantes discurrieron en su imaginacion, que consejo darian á Periandro, y la primera que salió con el suyo, aunque no se le pidieron, fue la rica, y enamorada Hipolyta, que le ofrecio de llevarle a Napoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil, y mas ducados, que su hazienda valia: oyò este ofrecimiento Pirro el Calabrès, que alli estaua, que fue lo mismo, que oyr la sentencia irremissible de su muerte, que en los rusianes no engendra zelos el desden, sino el interes, y como este se perdía con los cuydados de Hipolyta, por momentos yua tomando la desesperacion, possession de su alma, en la qual yua atesorando odio mortal contra Periandro, cuya gentileza, y gallardia, aunque era tan grande, como se ha dicho, à el le parecia mucho mayor, porque es propria condicion del zeloso, parecerle magnificas, y grandes las acciones de sus ribales. Agradecio Periandro à Hipolyta, pero no admitio su generoso ofrecimiento, los demas no tuvieron lugar de aconsejarle nada, porque llegaron en aquel instante Rutilio, y Serafido, y entrambos à dos apenas huieron visto à Periandro, quando corrieron à echarse à sus pies, porque la mudança del habito, no le pudo mudar la de su gentileza; teniale abraçado Rutilio por la cintura, y Serafido por el cuello, lloraua Rutilio de plazer, y Serafido de alegria. Todos los circunstantes estauan atentos, mirando el extraño, y gozoso recibimiento, solo en el coraçon de Pirro andaua la melancolia, atenazandole con tenazas, mas ardiendo, que si fuera de fuego, y llegó a tanto estremo el dolor que sintio, de ver engrandecido, y honrado à Periandro,

dro, que sin mirar lo que hazia, ò quiça mirandolo muy bien, metio mano à su espada, y por entre los braços de Serafido, se la metio à Periandro por el ombro derecho, con tal furia, y fuerça, que le salio la punta por el yzquierdo, atrauessandole, poco menos que al foslayo, de parte à parte. La primera, que vio el golpe fue Hipolyta, y la primera que gritò, fue su voz, diziendo: Ay traydor enemigo mortal mio, y como has quitado la vida, à quien no merecia perderla para siempre, abrio los braços Serafido, soltole Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayò Periandro en los de Auristela, la qual faltandole la voz à la garganta, el aliento a los suspiros, y las lagrimas à los ojos, se le cayò la cabeça sobre el pecho, y los braços a vna, y à otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia, que en el efeto, suspendio los animos de los circunstantes, y les robò la color de los rostros, dibuxandoles la muerte en ellos, que ya por la falta de

la sangre, à mas andar se entraua por la vida de Periandro cuya falta amenazaua a todos el vltimo fin de sus dias, a lo menos Auristela la tenia entre los dientes, y la queria escupir de los labios. Serafido, y Antonio arremetieron à Pirro, y à despecho de su fiereza, y fuerças le assieron, y con gente, que se llegò, le embiaron à la prision, y el Governador de alli à quatro dias le mandò llevar à la horca, por incorregible, y Asaffino, cuya muerte dio la vida à Hipolyta, que viuió desde alli adelante.

CAPITULO

CATORZE.

Del quarto Libro.

ES tan poca la seguridad conque se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos vn minimo punto de firmeza, Auristela arrepentida de auer assi declarado su pensamiento

Hist. de Perfiles, y Sigismunda.

a Periandro, boluio a buscarle alegre, por pensar, que en su mano, y en su arrepentimiento estaua el boluer a la parte, que quisiesse, la voluntad de Periandro, porque se imaginaua ser ella el clauo de la rueda de su fortuna, y la esfera del mouimiento de sus desseos, y no estaua engañada, pues ya los trahia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela: pero mirad los engaños de la variable fortuna, Auristela en tan pequeño instante como se ha visto, se vee otra de lo que antes era; pensaua reyr, y està llorando; pensaua viuir, y ya se muere; crehia gozar de la vista de Periandro, y ofrecesele a los ojos la del Principe Magfimino su hermano, que con muchos coches, y grande acompañamiento entraua en Roma, por aquel camino de Terrachina, y lleuandole la vista el esquadron de gente, que rodeaua al herido Periandro, llegó su coche a verlo, y salio a recibirle Serafido, diziendole: O Principe Magfimino, y que malas albricias espero de

las nueuas que pienso darte; este herido, que ves en los brazos desta hermosa donzella, es tu hermano Perfiles, y ella es la fin par Sigismunda, hallada de tu diligencia a tiempo tan aspero, y en fazon tan rigurosa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te há puesto en la de llevarlos a la sepultura. No yran solos, respondió Magfimino, que yo les hare compañía, segun vengo, y sacando la cabeça fuera del coche, conocio a su hermano, aunque tinto, y lleno de la sangre de la herida: conocio assi mismo a Sigismunda, por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto, que le turbò sus colores, no le aseo sus facciones; hermosa era Sigismunda antes de su desgracia, pero hermosissima estaua despues de auer caydo en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. Dexòse caer del coche sobre los brazos de Sigismunda, ya no Auristela sino la Reyna de Fuislanda, y en su imaginacion también Reyna de Thile: que estas

mudanças tan estrañas , caen debaxo del poder de aquella, que comunmente es llamada Fortuna , que no es otra cosa, sino vn firme disponer del cielo. Auia se partido Magfimino con intencion de llegar a Roma, a curarse con mejores Medicos que los de Terrachina, los quales le pronosticaron, que antes que en Roma entrasse , le auia de saltar la muerte , en esto mas verdaderos, y experimentados , que en saber curarle ; verdad es , que el mal que causa la mutacion , pocos le saben curar: en efeto , frontero del Templo de San Pablo , en mitad de la campaña rasa , la fea muerte salio al encuentro al gallardo Perfiles , y le derribò en tierra, y enterrò a Magfimino, el qual, viendose a punto de muerte, con la mano derecha assio la yzquierda de su hermano , y se la llegó a los ojos , y con su yzquierda le assio de la derecha , y se la juntò con la de Sigismunda , y con voz turbada , y aliento

mortal, y cansado , dixo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos, y hermanos mios, creo , que entre vosotros està por saber esto, aprieta, o hermano, estos parpados, y cierrame estos ojos en perpetuo sueño , y con essotra mano aprieta la de Sigismunda , y sellala con el si, que quiero , que le des de esposo , y sean testigos de este casamiento la sangre, que estas derramando , y los amigos que te rodean , el Reyno de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud , y gozes los años infinitos. Estas palabras tan tiernas , tan alegres, y tan tristes auuaron los espiritus de Perfiles , y obedeciendo al mandamiento de su hermano, apretandole la muerte, la mano le cerrò los ojos , y con la lengua , entre triste , y alegre pronunciò el si, y le dio, de ser su esposa a Sigismunda, hizo el sentimiento de la improuisa, y dolorosa muerte en los presentes , y començaron a ocupar los súpiros el ayre , y

a regar las lagrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Magfimino, y llevaronle a San Pablo, y el medio viuo de Persiles en el coche del muerto le boluieron a curar a Roma, donde no hallaron a Belarminia, ni a Deleasir, que se auian ya ydo a Francia con el Duque. Mucho sintio Arnaldo el nueuo, y estraño casamiento de Sigismunda, muchissimo le peso, de que se huieffen mal logrado tantos años de seruicio, de buenas obras hechas, en orden a gozar pacifico de su fin ygal belleza, y lo que mas le taraçaua el alma, eran las no creydas razones del maldiziente Clodio, de quien el a su despecho hazia tan manifesta prueua: confuso, atonito, y espantado estuuu por yrse, sin hablar palabra a Persiles, y Sigismunda, mas considerando, ser Reyes, y la disculpa que tenían, y que sola esta ventura estaua guardada para el, determinò yr a verles, y ansi lo hizo: fue muy bien recebido,

y para que del todo no pudiese estar quexoso, le ofrecieron a la Infanta Eusebia para su esposa hermana de Sigismunda, a quien el acetò de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera, por pedir licencia a su padre, que en los casamientos graues, y en todos es justo, se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Assistio a la cura de la herida de su cuñado, en esperança, y dexandole sano, se fue a ver a su padre, y preuenir fiestas para la entrada de su esposa. Feliz Flora determinò de casarse con Antonio el barbaro, por no atreuerse a viuir entre los parientes, del que auia muerto Antonio: Croriano, y Ruperta, acabada su romeria, se boluieron a Francia, llevando bien que contar del suceso de la fingida Auristela. Bartolome el Manchego, y la Castellana Luysa se fueron a Napoles, donde se dize, que acabaron mal, porque no viuieron bien. Persiles depositò a su herma-

no en San Pablo , recogio a todos sus criados , boluio a visitar los Templos de Roma, acaricio a Constança, a quien Sigismunda dio la Cruz de diamantes , y la acompañô, hasta dexarla casada con el Conde su cuñado , y auiendo besado los pies al Pontifice ,

sosegò su espiritu, y cumplio su voto, y viuio en compañía de su esposo Perfiles , hasta que bisnietos le alargaron los dias, pues los vio en su larga , y feliz posteridad.



*F F N de los trabajos de Perfiles,
y Sigismunda.*



De Thomé gomes vulcano

IMPRESSA

EN LISBOA

Por Iorje Rodríguez. Año

M. DC. XVII.



DORMIR

V. B.

T. 4^o

34

A.T. 45